

el programa comunista

ÓRGANO DEL PARTIDO COMUNISTA INTERNACIONAL

EN ESTE NÚMERO

- Los Estados Unidos de América en el límite de dos épocas 1
- ¡Irak es el mundo! 10
- ¡Internacional y mundial es el capitalismo; Internacional y mundial será la lucha proletaria anticapitalista de clase! 14
- Chile, a treinta años de distancia 21
- ¡El golpe de Estado fallido en Venezuela es una advertencia al proletariado! 25
- Puntos de referencia marxistas acerca del imperialismo y el terrorismo 30
- En defensa de la continuidad del programa comunista (7): Consideraciones sobre la actividad orgánica del partido cuando la situación general es históricamente desfavorable (1965) 37
- Auschwitz o la Gran Coartada 42
- La guerra imperialista en el ciclo burgués y en el análisis marxista (2) 48
- *Los fabricantes de íconos a la obra: Creación de la "Fundación Amadeo Bordiga"* 60

LO QUE DISTINGUE A NUESTRO PARTIDO

la reivindicación de la línea que va de Marx a Lenin, a la fundación de la Internacional Comunista y del Partido Comunista de Italia (Liorna, 1921); la lucha de la Izquierda Comunista contra la degeneración de la Internacional, contra la teoría del «socialismo en un solo país» y la contrarrevolución estaliniana; el rechazo de los Frentes Populares y de los bloques de la Resistencia; la dura obra de restauración de la doctrina y del órgano revolucionarios, en contacto con la clase obrera, fuera del politiquero personal y electoral.

EL PROGRAMA COMUNISTA

Órgano del Partido Comunista Internacional

ADMINISTRACIÓN Y DIFUSIÓN

Ediciones Programme
3, rue Basse Combalot
69007 Lyon - France

Precio del ejemplar: 3 €.; América latina: US \$ 1.5; USA y Cdn: US\$ 3; 2 £; 8 FS; 25 Krs. **Precio de sostén:** 6 €; América latina: US\$ 3; USA y Can.: US\$ 6; 6 £; 16 FS; 50 Krs. **Suscripción:** el precio de 4 ejemplares.

Pago con giro postal o cheque al Sr. **DESSUS**, a la dirección de las **Ediciones Programme** (Lyon)

CORRESPONDENCIA

Italia : Il Comunista
C.P. 10835
20110 Milano

Francia : Editions programme
3 rue Basse Combalot
69007 Lyon

Suiza : Editions programme
Ch. de la Roche 3
1020 Renens

¡ SOSTENED Y DIFUNDID LA PRENSA DEL PARTIDO !

- **Il comunista** -
Periódico bimestral

Precio del ejemplar: 1 €; £ 1; 5 FS. **Suscripción:** 6,5 €; £ 6; 25 FS; **Suscripción de sostén:** 13 €; £ 12; 50 FS.

- **Le prolétaire** -
Periódico bimestral

Precio del ejemplar: 1 €; £ 1; 3FS; 350 CFA. **Suscripción:** 7,5 €; £ 10; 30FS; 1'500 CFA. **Suscripción de sostén :** 15 €; £ 20; 60FS; 3'000 CFA

- **Programme communiste** -
Revista teórica

Precio del ejemplar: : 8 €; £ 5; 15FS; 2'000 CFA.; América latina: US\$ 2; USA y Cdn: US\$ 8 **Suscripción:** El precio de 4 ejemplares. **Suscripción de sostén:** 50 €; £ 30; 100FS; 16'000 CFA.; América latina: US\$ 20; USA y Cdn: US\$ 50

PUBLICACIONES DEL PARTIDO

Partido y clase

- Introducción.
- Tesis sobre el papel del partido en la revolución proletaria (1920).
- Partido y clase (1921).
- Partido y acción de clase (1921).
- El principio democrático (1922).
- Dictadura proletaria y partido de clase (1951).
- La inversión de la praxis (1951).
- Partido revolucionario y acción económica (1951).
- Apéndice.

Los fundamentos del comunismo revolucionario

- Introducción.
- Partido y Estado de clase como formas esenciales de la revolución comunista.
- Las organizaciones económicas del proletariado esclavo como pálidos sustitutos del partido revolucionario.
- Desnaturalización pequeño-burguesa de las concepciones «sindicalistas» y «socialista de empresa» del encuadramiento proletario.
- Conclusiones.

**¡Lean, difundan, sostengan la prensa internacional del partido!
¡Abónense, re-abónense, suscríbanse !**

Suplemento en español a la revista teórica del Partido Comunista Internacional, «programme communiste» no ISSN-0033-037 X.
Acabado de imprimir en agosto de 2004

Los Estados Unidos de América en el límite de dos épocas

Por primera vez en su historia, luego de un siglo de asolar al mundo de terrorismo económico, político y militar de gran potencia capitalista, el imperialismo norteamericano sufre desde el exterior un ataque terrorista de gran alcance. Así chocan, pues, sobre los cielos de Wall Street, redes muy intrincadas de intereses capitalistas contrapuestos.

Los atentados que han destruido las Twin Towers en Nueva York, que han golpeado un ala del Pentágono y fallado otros blancos, han cambiado objetivamente el escenario en el cual los Estados Unidos habían actuado hasta ahora. De ahora en adelante las cosas ya no serán como antes, repiten los portavoces de todos los países occidentales; y en cierto sentido es verdad.

El suelo, el mar y el cielo de los Estados Unidos, desde que este país se fundó, jamás habían sido violados como lo fueron el 11 de Septiembre de 2001.

Cuatro aviones civiles desviados y transformados en bombas mortíferas, lanzados contra los mayores símbolos de la potencia económica y militar estadounidense: las Twin Towers, las torres gemelas, en el centro del World Trade Center, donde se encontraban las sedes de las sociedades financieras, bancarias y comerciales más importantes del mundo; y el Pentágono, el supervigilado ministerio de la defensa americano. De las noticias recogidas de muchos medios, el blanco fallido parecía haber sido la Casa Blanca, símbolo por excelencia del poder político americano. Tres objetivos sobre cuatro, dieron en el blanco. Una operación terrorista cumplida con gran audacia y maestría, a la altura de una precisa y verdadera operación militar. Provocando la muerte de cerca de 6 mil personas.

La invulnerabilidad de los Estados Unidos, ha sido vuelta añicos, al menos en esta ocasión. El mundo ha visto frente a sí a la más grande potencia imperialista - verdadero gendarme planetario del capitalismo - puesta de rodillas temporalmente por un golpe al corazón de las finanzas norteamericanas. Durante tres días Wall Street permaneció cerrado, cosa que nunca había sucedido, ni siquiera durante el crac de 1929. La confianza de los inversionistas de la Bolsa, junto con las Torres Gemelas, se vino abajo de un golpe. El pánico invadió

las Bolsas de todo el mundo; los índices bursátiles se precipitaron retrogradándolos a las cotizaciones de 1998. Haciendo intervenir inmediatamente al gobierno para sostener al dólar; entre el 12 y el 13 de septiembre la Federal Reserve introdujo líquido en el mercado por más de 100 millardos de dólares, junto con otros 100 millardos aportados por el Banco Central Europeo que Washington les había solicitado. Bush, electo bajo la consigna: «menos del Estado, más del privado», debió echar marcha atrás y adherir a la causa del «más del Estado, menos del privado», demostrando al mismo tiempo que «los grandes hombres» van donde quiere el Capital y sus intereses. Todo ello en función de la defensa del dólar, no sólo y no tanto como moneda «americana», sino como moneda de intercambio internacional, en la cual todas las potencias imperialistas están interesadas.

EN EL FONDO, CONTRASTES INTERIMPERIALISTAS Y RECESIÓN

Ningún representante del imperialismo norteamericano habla de peligro de recesión, tampoco sus colegas en los otros países imperialistas. La realidad, que de hecho precede por varios meses antes al fatídico septiembre neoyorquino, es que la economía estadounidense, luego de casi diez años de crecimiento, ya no está en capacidad de asumir el rol de locomotora de la economía mundial, y entra en recesión. Ninguna economía, menos todavía la japonesa que ha entrado en crisis desde hace algún tiempo, puede jugar hoy semejante papel. En Europa, la crisis del mercado norteamericano acarrea sin duda graves repercusiones. Y no se trata solamente de caídas bursátiles; desde hace más de un año la cotización de las empresas de la llamada «nueva economía» han caído al precipicio. La «vieja economía», es decir, la vieja y tradicional producción industrial, se encuentra de nuevo frente a la

saturación de mercados incapaces de absorber rápidamente las enormes cantidades de mercancías que esta vieja economía es capaz de producir. La economía norteamericana pierde terreno, el consumo no arriba a izarse al nivel de una producción hipertrofiada, los mercados se restringen, mientras que la competencia entre potencias capitalistas se agudiza. La competencia interimperialista regresa a los niveles de 1989-91, época en que fueron necesarios recursos políticos y militares extraordinarios para volver a poner en marcha la maquinaria capitalista de cada competidor. La caída del gigante soviético había abierto vastos territorios económicos a la codicia de los imperialistas occidentales en su búsqueda frenética de nuevas posibilidades de inversiones y ávidos de ampliar sus áreas de dominación económica y política. La Alemania de Bonn que aprovecha para echar mano sobre la antigua RDA aprisionada en las redes de la Unión Soviética. Los Estados Unidos posaban sus garras en Europa Central, reforzando a su vez su dominación en Medio Oriente, mientras que la Gran Bretaña retomaba silenciosamente el camino de Asia Central.

Encontrándose todos en el conflicto de los Balcanes y Medio Oriente, unos para bombardear, otros para hacer de policías, o para hacer «simplemente» negocios, mientras que el mozaico del Imperio Soviético se rompía a pedazos, haciendo emerger a la superficie las contradicciones múltiples que laboran desde siempre la larga bisagra entre los países del Cáucaso y del Asia Central quienes separan como una lama el norte del sur del mundo euro-asiático.

La caída de la URSS no ha significado sin embargo la caída del imperialismo ruso; menos aún la caída pura y simple del imperialismo en general. Ella ha abierto la vía a un nuevo proceso de reparto del mundo en el cual Rusia tendrá un rol redimensionado, continental, pero también estratégico para la conservación del modo de produc-

ción capitalista, mientras que otras potencias europeas como Alemania, Francia y la vieja Inglaterra se verán empujadas inexorablemente a acrecentar su rol internacional.

La guerra del Golfo en 1990-91 y la guerra de los Balcanes en 1998-99 han hecho aparecer tendencias de cierta importancia, primera de las cuales se encuentra el compromiso forzado de todas las grandes potencias imperialistas sobre cada uno de los teatros de guerra. Ha terminado la época en que algunos podían aliarse con el Oeste, luego con los Estados Unidos, mientras que otros se alineaban en el campo del Este, es decir la URSS, en una especie de condominio planetario donde las incursiones de unos y otros dentro de los territorios «no alineados», o particularmente complicados (como en Medio Oriente), eran relativizados por la horquilla recíproca del terrorismo nuclear. Desde entonces, los alineamientos toman y tomarán otras formas. Por el instante, se trata de no adversar a los Estados Unidos, la sola verdadera potencia imperialista planetaria, y de tratar, bajo su sombra «protectora», de proseguir sus intereses, de realizar sus negocios, cada vez que las condiciones contingentes lo permitan, a nivel diplomático, o económico, político o militar.

Los ataques terroristas a los Estados Unidos han tenido lugar en un período durante el cual el tablero de los contrastes interimperialistas se amplía cada vez más; desde Cercano y Medio Oriente hasta el Asia Central, y del Océano Índico al Extremo Oriente. La entrada en juego la constituyen por supuesto las fuentes de energía - petróleo, gaz natural - las rutas de transportes internacionales e intercontinentales de estas materias primas, su control y el control de los territorios económicos en los cuales existen estas fuentes de energía, territorios por donde aquellas materias primas pueden atravesar.

Mirando el mundo desde Londres, París, Berlín, o Roma, desde el este del Mediterráneo, a espaldas del nudo de países siempre al borde de la urgencia social o militar (Israel, Jordania, Siria, Líbano), de países que rebosan de petróleo (Arabia Saudita, Irak, Irán, Emiratos) y, siguiendo hacia Oriente, el Cáucaso y las antiguas repúblicas soviéticas del Asia Central; y más lejos aún Pakistán, la India, la China, etc., países que exceden de habitantes hambrientos y miserables. Al Oeste, más allá del Atlántico, los grandes aliados,

Canadá y Estados Unidos que aportan seguridad, al menos mientras no se rompen las alianzas existentes. Es, pues, comprensible que las ambiciones expansionistas de los europeos sean dirigidas necesariamente hacia el sur y hacia el este, y es exactamente en estas direcciones que estallan constantemente las luchas más violentas de competencia y las mayores tensiones internacionales.

Si miramos al mundo desde Moscú y del petróleo del Mar Caspio, al sur terminamos en el Cáucaso y sus países ingobernables, y más allá Turquía e Irán que esconden los pequeños países de Medio Oriente y de la península arábiga. Al Sudeste se encuentran los nuevos Estados surgidos luego de la desintegración de la URSS tales como Kazajistán, Uzbekistán, Tadjikistán, Turkmenistán (con petróleo, gaz, oro, y plata), luego las feroces montañas de Afghanistan. Siguiendo hacia Oriente, llegamos a China, Pakistán, la India; hacia el océano Índico frecuentado por las flotas americanas, inglesas, francesas. Al Oeste conseguimos los antiguos países satélites, caídos hoy en la órbita euro-occidental. Ucrania y más allá el enredado nudo de los Balcanes. Las ambiciones expansionistas de Moscú, luego de la derrota en Occidente y el derrumbamiento de su vasto imperio, se encuentran reducidas a sus antiguos vasallos, sobre todo en el sur. Y es probablemente una de las razones por las cuales Moscú, si debe buscarse un aliado potente pero incómodo, prefiere Estados Unidos que la vecina Europa.

Si miramos al mundo desde Washington o Nueva York, las cosas se ven muy diferentes: al Este, más allá del Atlántico, se encuentra Europa Occidental, verdadero concentrado de potencias imperialistas concurrentes más antiguas de carácter mundial como la Gran Bretaña, hasta potencias más nuevas como Italia. Al Oeste, al otro lado del Pacífico, se encuentra Japón, luego China y la India, los inmensos archipiélagos tropicales, y más lejos Australia. Al Sur está América Central y Latina; colonizadas brutalmente en este último siglo por el dólar y los blindados. Pero que continúa siendo un barril de pólvora social peligrosamente suspendido al destino del gigante americano. Las ambiciones imperialistas de los Estados Unidos se extienden al mundo entero, pesando sin embargo particularmente sobre las zonas de fractura del imperialismo mundial, las famosas «zonas de tem-

pestad» donde guerra es la norma, y paz la excepción.

Según el punto de observación, el mundo se ve bajo prioridades diferentes, con vías de expansión más o menos practicables, esto no sin dejar de pensar que las potencias capitalistas más apremiadas por los límites territoriales (que con el tiempo tienden a volverse demasiado estrechos) son todavía una vez más Alemania, Rusia y Japón.

Alemania esta encerrada hacia el interior de una Europa Occidental superindustrializada y competitiva; bloqueada al este por Rusia que no cede fácilmente su rol continental; por su historia y tendencia económica, su vía de desemboque corre hacia el sudeste: Austria, Slovenia, los Balcanes, Turquía, Medio Oriente, pero por vocación imperialista sus vías de desemboque se encuentran en los cuatro puntos cardinales, continentales y eurasiáticos.

Rusia, reducida más a potencia asiática que europea después de la caída de la URSS, tiene extrema necesidad de conseguir un partner económicamente fuerte y política y militarmente interesado en su rol de gendarme continental sobre tres frentes históricos: por occidente, hacia las potencias europeas, por oriente hacia China y Japón y, al sur, hacia la larga serie de países asiáticos que unen el Mediterráneo con el Océano Índico, casualmente henchidos de petróleo y gaz natural. Hoy las salidas de Rusia están prácticamente bloqueadas en las tres direcciones, teniendo que jugar el rol de policía euroasiático; pero, ¿policía al servicio de quién? del más fuerte naturalmente, de los Estados Unidos de América.

El Japón, por largo tiempo y decenios después de la II Guerra Mundial, se ha consagrado a reconstituir y desarrollar una potencia económica de primer orden. En diversas oportunidades, se ha precipitado para paliar el endeudamiento americano, marchando al paso de los Estados Unidos, hasta el punto de considerarse a sí mismo como una potencia occidental! Segunda potencia mundial, pero también el país que ha recibido los más fuertes contragolpes de las sacudidas del mercado mundial, cayendo en una crisis recesiva de gran magnitud. Esto no impide que su vitalidad capitalista se hará sentir de nuevo sobre el mercado mundial y que sus ambiciones expansionistas no quedarán bloqueadas por mucho tiempo frente a los

Estados Unidos quien extiende su presencia al antiguo «patio trasero» japonés: Indochina, Indonesia, Filipinas, etc., y más importante todavía, a China.

Los elementos de los próximos contrastes interimperialistas, que las consecuencias de los actos de terrorismo, islámico o de otra naturaleza tienden hoy a esconder, se encuentran en realidad bien presentes, y trabajan desde el subsuelo económico preparando las condiciones para los enfrentamientos militares y de guerra en las cuales estas mismas potencias imperialistas mayores se verán envueltas, no sólo para bombardear terceros sino para bombardearse entre sí.

**EL TERRORISMO DE
INSPIRACIÓN RELIGIOSA
ES ENEMIGO DEL
PROLETARIADO, TANTO
COMO EL TERRORISMO
ESTATAL BURGUÉS**

Es erróneo pensar que el terrorismo es un arma utilizada sólo por individuos, o grupos de individuos no identificables con entidades nacionales o estatales, con la cual estos buscan responder con la violencia a la violencia que las entidades constituidas, poderes políticos y militares bien precisos, usan frente a las poblaciones y clases subalternas para someterlas y mantenerlas sometidas. El Estado es una organización bien precisa de poder y cohesión que las clases dominantes - en toda sociedad de clase desarrollada en la historia de la organización social humana - usan necesariamente para organizar, mantener y defender el propio dominio sobre la sociedad. El Estado, y el moderno - burgués a la enésima potencia -, es el principal órgano de represión del cual toda clase dominante se sirve hasta que caiga bajo los golpes de la revolución que solo el movimiento de clase del proletariado internacional hará históricamente decisiva y definitiva; el Estado es el organizador sistemático del terror con el cual domina a toda la sociedad.

En el desarrollo de los antagonismos sociales entre las clases, el Estado, en virtud de su centralización y del casi total monopolio de la violencia legalizada, tiene la tarea de usar toda la violencia que considere oportuna (y que leyes a propósito prevean y legalicen) con la finalidad de defender el orden constituido, la legalidad, el respeto de las leyes por parte de los componentes de todas las clases pero,

sobre todo, por parte de los componentes de las clases subalternas, los proletarios, los campesinos pobres, los desheredados. En la época de la democracia, en los países capitalistas desarrollados, en los llamados países «civiles», países en los cuales las clases dominantes compran el apoyo de las clases dominadas a través de la distribución de migajas de riqueza social a los estratos proletarios (a través de un nivel de vida un poco más alto que el de la sobrevivencia, y a través de una serie de amortiguadores sociales todavía funcionando), el terror que la violencia estatal se desencadene contra quien se coloque «fuera de las leyes burguesas», es decir, la amenaza de la violencia cinética, de la violencia efectivamente practicada, es con frecuencia suficiente para obtener en general un buen porcentaje de respeto de las reglas burguesas y capitalistas por parte de las clases subalternas, la que más sufre socialmente la opresión del trabajo asalariado, de la miseria y el hambre y que por este motivo son empujadas a veces a reaccionar con violencia. El país «civil» es así identificado con la democracia burguesa, con el bienestar económico, con el respeto precisamente de las reglas y leyes que la sociedad burguesa se ha dado.

La propaganda burguesa ha inculcado en la cabeza de generaciones de proletarios que estos necesitan aceptar - como si fuese un hecho «natural» - la civilización de la opresión salarial y la represión policial, de la violencia económica y la violencia militar hasta la guerra declarada, con la finalidad de defender el statu quo, el orden constituido, en suma su dominio político y económico sobre la sociedad, al mismo tiempo que necesita rechazar (y luchar «contra») todo tipo de reacción violenta a aquella violencia. Sin embargo, cuando la clase dominante burguesa se encuentra en condiciones de acelerar la conquista de determinados mercados o de ciertos territorios económicos de su interés, o en situación de gran dificultad económica, o política o social, esta se arroga el «derecho» de ejercitar toda suerte de violencia (económica o policial, del asesinato político a la acción militar). Pues, tiene necesidad de un enemigo contra el cual desencadenarse; de vez en cuando puede ser un Estado competidor, un estrato o clase social, un raza diferente, o una diferente fé religiosa.

Los Estados Unidos de América, por ejemplo, han construido su histo-

ria moderna bajo el exterminio de las poblaciones indígenas, sobre el más brutal racismo contra los negros, sobre la conquista de zonas de influencia y de mercados al son de golpes y masacres, y, naturalmente, como todo país capitalista que se respete, sobre la explotación del trabajo asalariado entre los más opresivos. ¿Cuál país es hoy el más representativo de la democracia, del bienestar, de la libertad, de la moderna civilización burguesa que los Estados Unidos de América? El terrorismo que desarrolla una gran potencia de las dimensiones de los USA de hoy no se habían visto nunca antes; pero este tipo de terrorismo, estatal, legalizado de instituciones nacionales opuestas e internacionales - como la ONU - no puede sino producir constantemente contradicciones todavía más agudas y violentas que aquellas que este intenta calmar. No es una ecuación matemática, es la historia de la competencia entre Estados burgueses capitalistas y entre imperialismos que lo demuestra. Este tipo de terrorismo produce contrarreacciones, que en general son precisamente los estratos pequeño burgueses de la sociedad - que en períodos de crisis temen la proletarianización - que descargan su desesperación e impotencia social histórica, utilizando formas de resistencia de tipo terrorista, o sea formas de lucha que no ataque (¡dios nos libre!) a los fundamentos sagrados de la economía capitalista, el sistema de ganancias y trabajo asalariado sobre el cual continuar viviendo como parásitos.

El terrorismo reaccionario, el terrorismo negro, el terrorismo de los fanáticos religiosos es exactamente la expresión de aquella reacción con la cual la pequeña burguesía, y una parte de la gran burguesía excluida del banquete más opulento, tratan de imponer sus intereses privados, de sectores de la sociedad, haciendo «la guerra» a los detentores del poder político y económico adversario. Si la globalización, o sea la más veloz mundialización de los fenómenos económicos y sociales, ha permitido y permite a los grandes capitalistas de aprovechar la competencia para valorizar lo máximo posible sus capitales sobre cada posible plaza financiera del mundo, incluso las reacciones de tipo terrorista, caracterizadas fundamentalmente por el mismo frenesí, de aprovechar de la competencia para valorizar lo máximo posible sus capitales y privilegios sociales, tienen cada vez más al mundo entero como teatro. En todos estos casos se en-

cuentran de frente burgueses que combaten burgueses, capitalistas que combaten capitalistas y el hecho que en su «guerra» se encuentran involucrados también estratos proletarios, no cambia en nada la sustancia del antagonismo de competencia entre burgueses, de los cuales los proletarios no obtendrán ningún beneficio con respecto a sus condiciones de vida, de trabajo y de perspectiva.

Otra cosa es el terrorismo de tipo brigadista, de «izquierda», que muchos han llamado erróneamente «rojo», cuya finalidad no es la de imponer intereses económicos y financieros de un sector de la sociedad contra otros, sino la de atemorizar a las clases patronales con el fin de atenuar el grado de explotación de los obreros. Grande es la ilusión de poder inducir al poder político burgués a distribuir más «igualmente» los recursos de la riqueza nacional, figurémonos la riqueza mundial. Es la habitual ilusión reformista, con la cual se cree poder incidir en forma permanente sobre la sociedad actual, atenuando sus aspectos más odiosos de desigualdad y violenta brutalidad, y dirigiendo las perspectivas de bienestar, que el desarrollo cuantitativo de la economía capitalista deja entrever a cada paso avanzado hacia su imposible realización. A diferencia del reformismo clásico, tendencialmente pacifista, parlamentario y con tiempos de acción inconmensurablemente largos, el terrorismo «de izquierda» rompe la paz, rompe con los medios pacíficos y electorales, y se dedica paralelamente a sus fines con la organización de respuestas violentas a la violencia del patrón o del Estado, mas sin ubicarse en el terreno de la revolución social efectiva, lo que significaría abatir el poder político burgués e instaurar una dictadura - la de la clase proletaria - gracias a la cual proceder en los tiempos que necesita el abatimiento de la estructura económica capitalista, la destrucción del modo de producción capitalista que se encuentra a la base de la explotación del trabajo asalariado, de la explotación del hombre por el hombre, y, por consiguiente, de la destrucción de los presupuestos materiales y sociales de toda forma de opresión y de violencia, capitalista o precapitalista esta sea.

Toda dictadura de clase utiliza, en defensa de su dominio político y para combatir la reacción de las clases adversas, al lado de la violencia estatal otras formas de terrorismo. La cárcel, la

pena de muerte, la presión y la opresión económica y social, son aspectos de todas las dominaciones que han caracterizado las sociedades clasistas, desde las antiguas (egipcia, griega, romana, asiática) hasta las medievales, y hoy la sociedad burguesa. La dictadura de clase de la burguesía, que en el desarrollo de la economía capitalista se vuelve dictadura imperialista, no es menos efectiva bajo las faldas de la democracia parlamentaria que bajo las de la dictadura militar o fascista. Aunque la dictadura de clase del proletariado, instaurada con la victoria de la revolución antiburguesa y anticapitalista, adoptará una nueva forma de Estado (que detendrá el monopolio de la violencia) y utilizará formas de terrorismo - rojo este sí - para contrarrestar eficazmente las tentativas de revanchismo burgués y de reacción militar por parte de las clases adversas, y las tentativas de ataque militar desde el exterior por parte de las potencias capitalistas todavía en pie. El proletariado consciente, los comunistas, no esconden el hecho que en la sociedad burguesa la fuerza, la violencia, la dictadura de las clases dominantes, sólo se pueden contrarrestar y vencer con otra mayor fuerza, violencia, dictadura. Las finalidades son completamente opuestas: los fines de la burguesía se reducen a la sola conservación del modo de producción capitalista del cual este sustrae su dominio político, y por lo tanto político y militar, aún cuando la prosecución de estos fines comporte la destrucción del medio ambiente en el cual vivimos; masacres y violencias de todo tipo, periódicas destrucciones de guerra que tienden a volverse cada vez más gigantescas. Los fines del movimiento proletario de clase, luego del comunismo revolucionario, son los de derribar definitivamente todo dominio de clase sobre la sociedad humana, toda explotación y opresión por parte de los hombres sobre otros hombres, toda contradicción entre riqueza social y apropiación privada de esta riqueza, y superar toda división de clase: luego de abrir la sociedad humana a una nueva historia, la historia de la especie humana, armoniosamente organizada y capaz de desarrollos científicos, artísticos, ideales completamente irrealizables dentro de una sociedad dividida en clases. Pero para arribar a estos fines, la calle de la revolución violenta, del derrumbe violento del Estado y el poder burgués es históricamente obligada: ninguna nueva sociedad ha na-

cido jamás sino a través de una profunda revolución social.

**LOS PROLETARIOS
RECONOCEN UN SOLO
TIPO DE ALINEAMIENTO:
LA LUCHA DE CLASE
CONTRA TODA OTRA CLASE
SOCIAL, EN DEFENSA DE SUS
EXCLUSIVOS INTERESES
INMEDIATOS E
HISTÓRICOS DE CLASE**

Desde hace un par de décadas, el escenario mundial ha sido ocupado por las iniciativas del terrorismo tipo islámico. Este terrorismo burgués intenta responder a la sistemática represión de otros poderes burgueses, aliados a otros poderes burgueses considerados como adversarios, con el método de producir estragos en la población inerte con el fin de provocar dos tipos de consecuencias: una visible y tanto más cínica respuesta a la represión, y el endurecimiento de la represión misma, a través de la cual esta tiende a ejercer una influencia mayor sobre las masas y de las cuales alcanzar nuevos auge militantes a utilizar en las próximas rondas terroristas. La llamada lucha contra las organizaciones terroristas por parte de los países árabes e islámicos «moderados» (por lo tanto aliados a los imperialismos occidentales) es una lucha exclusivamente interna de facciones burguesas antagonistas, alejadas de todo, incluso del más pequeño interés inmediato proletario. Los proletarios son llamados hoy para escoger con quién se van: con la coalición de capitalistas que se identifica con los intereses americanos y occidentales contra otra coalición de burgueses y capitalistas que se identifica con los intereses de sectores financieros y políticos de algunos países islámicos, como Pakistán, Irán, Afganistán, Indonesia. Pero los proletarios, desde el punto de vista de sus intereses de clase, antagónico a todas las otras clases de esta sociedad siendo al mismo tiempo internacional, tienen la tarea de cerrar filas en el propio frente de lucha, su propio frente de clase contra cualquier otro orden burgués.

Derrumbado el orden soviético de la URSS, reconocido en su tiempo como el campo enemigo de Occidente, ¿dónde se encuentra ahora el enemigo? ¿Es un Estado, o grupo de Estados, poblaciones dispersadas sobre vastos territorios? ¿Es un enemigo económico, político, religioso?

El Occidente capitalista, y por occidente hablan hoy los Estados Unidos, tiene un competidor y un enemigo «histórico», el Oriente capitalista; pero al Oriente de los Estados Unidos, están las potencias europeas que, con el moderno Japón, son las únicas que pueden preocupar a los capitalistas americanos. Luego de la II Guerra Mundial, los viejos enemigos: Alemania, Japón e Italia se volvieron aliados, y de los más estrictos. Terminada la segunda guerra mundial, un aliado de primer orden como la URSS se transforma en enemigo N° 1. Después de la caída de la URSS, Rusia retorna gozando de los favores de Washington, y donde la China que había permanecido durante mucho tiempo al margen del banquete mundial, ahora se estaba colando entre ellos. ¿Cuánto tiempo pasará antes que del concentrado de imperialismos competidores que significa Europa Occidental emerjan las potencias que enfrentarán a los USA como enemigos? ¿Una década, dos, tres? ¿Por cuánto tiempo la economía de las potencias imperialistas mayores podrán sostener los ciclos cada vez más cortos de crisis de superproducción, sin hacerse recíprocamente la guerra por repartirse el mercado mundial, según intereses impuestos con las armas?

Hoy estamos todavía en la época en la cual el enfrentamiento militar lo hacen «todos los aliados» contra países y potencias menores, de vez en cuando señalados como el mal a extirpar, como el foco de brutalidad y terrorismo que hay que destruir. Ayer Saddam Hussein e Irak, luego Milosevich y Serbia, hoy bin Laden y Afganistán, y mañana será cualquier otro representante del «terrorismo internacional» que, naturalmente, antes habría sido una pieza importante del imperialismo americano o europeo. En suma, si el oscuro director del terrorismo internacional no existiese, habría que haberlo inventado.

Es indiscutible que decenios de opresión y represión de las masas árabes y musulmanas - de palestinos a kurdos, de argelinos a chechenos, de afghanistanes a pakistaníes - hemos deducido la formación de grupos subversivos que se lanzan al terrorismo. Allí donde no existen recursos económicos abundantes, donde no existe la lenta pero inexorable intoxicación democrática, pero sí en abundancia la desesperación, miseria y muerte por hambre, la reacción a la opresión toma casi inevitablemente los caracteres del

fanatismo religioso, luego del terrorismo religioso. A la sangrienta violencia del capitalismo que destruye los viejos equilibrios sociales y económicos sustituyéndolos sólo por miseria creciente y las masas de masa, las masas desheredadas que responden con la violencia individual, con actos de terrorismo. Los telenoticieros y las crónicas periodísticas, nos han habituado demasiado a las acciones terroristas sucidas lanzadas contra hombres y símbolos del poder constituido y de su sistemática represión. Sin embargo, el terrorismo que viene de la población civil no es una característica de los grupos que se oponen con la violencia a la violencia de los Estados, como lo demuestran los numerosos casos en Perú, Argelia, Israel, Líbano, Rwanda, Sudáfrica, la India, etc., etc. Frecuentemente han partido del Ejército regular, algunas veces mimetizados en guerrilleros, para provocar masacres terroristas, utilizando estas ocasiones como pretexto para oprimir y reprimir todavía más su propia población y proletariado.

Actos terroristas que, de repente, tal como han sido organizados y llevados a cabo, no pueden haber salido sino de organizaciones burguesas bien estructuradas, con recursos financieros notables, capaces de infiltrar los servicios secretos, los puestos de comando y control, sabiendo usar cierto tipo de fanatismo tal como el religioso, como masa de choque y maniobra a bajo costo. Y es lo que ha ocurrido en Nueva York. El más puro terrorismo burgués, bien que amantado con finalidades altamente religiosas !

MARTES, 11 DE SEPTIEMBRE

Hora 8:48: un Boeing 767, en vuelo de Boston a Los Angeles, desviado hacia Nueva York, con 81 pasajeros, 11 miembros del equipaje, y 4 o 5 secuestradores, golpea la Torre norte del World Trade Center.

Hora 9:03: un Boeing 767, en vuelo también de Boston a Los Angeles, desviado hacia Nueva York con 56 pasajeros, 9 miembros del equipaje y 4 o 5 secuestradores, golpea la Torre sur del World Trade Center.

Hora 9:45: un Boeing 757, en vuelo de Washington a Los Angeles, con 58 pasajeros, 6 miembros del equipaje y 4 o 5 secuestradores, golpea el Pentágono.

Hora 10:00: un Boeing 757, en vuelo de Newark a San Francisco, 38 pasajeros, 7 miembros del equipaje y 4 o 5

secuestradores, se precipita - antes de golpear un blanco no identificado (tal vez la Casa Blanca) - en Jennerstown, en un bosque de Pensilvania, cercano a Pittsburgh.

Todo sucede en el espacio de una hora y cuarto sin que los servicios de inteligencia americanos, conociendo situaciones similares muchas veces antes, hubiesen logrado hacer algo durante ese lapso. Entre tanto, entre las 10:25 y las 10:28 las dos Torres Gemelas se derrumban hasta sus cimientos, devastando toda la zona del World Trade Center. Luego de días y días de búsqueda y excavaciones, las fuentes oficiales, que habian gritado 20 mil muertos y más, cierran la cuenta alrededor de 4 mil víctimas. Pero ninguno cuenta, naturalmente, la centena o tal vez el millar de trabajadores inmigrantes, clandestinos o no, que trabajaban en las empresas de limpieza, de transporte, garages, etc., y que quedaron encerrados en los ascensores y subterráneos de las Twin Towers, verdadera ciudad-hormiguero con un desarrollo vertical capaz de acoger 20 mil habitantes cada una, ulterior demostración de la loca carrera capitalista con su despiadada separación entre ciudad y campo y con la paralela concentración paroxística de multitudes de grupos humanos aprisionados dentro de un espacio ínfimo.

UNA GUERRA QUE DURARÁ AÑOS

La reacción del presidente Bush y su Administración se hizo esperar, pero cuando se hace pública, ya en la mira tienen al culpable: Osama bin Laden, multimillonario saudita, héroe de la resistencia afghana a la invasión soviética, ya confidente y aliado de los USA en función antisoviética, líder del fanatismo islámico, transformado en el enemigo público N° 1 ya que se sustrajo al servilismo estadounidense, e inculpado en una serie de atentados anti-USA. De nada sirve que bin Laden, escondido en Afganistán, afirme no ser el responsable en la creación y ejecución de dichos ataques terroristas. El fundamentalismo islámico, hagan o no de bin Laden su jefe, son señalados como el terreno de cultivo del terrorismo anti-americano, y antioccidental; en particular bin Laden, gracias a sus recurrentes declaraciones sobre la guerra santa del Islam contra el Occidente corrupto, y en virtud de sus aparentemente ilimitados recursos financieros, es señalado como

el mandante y jefe del actual «terrorismo internacional», contra el cual los representantes del imperialismo americano - en los hechos, la mayor potencia económica y militar del mundo que ha aterrorizado a todos los continentes, desde la segunda guerra mundial hasta hoy - llaman en ayuda a todos los demás países.

Que halla sido un atentado terrorista nadie lo pone en duda, sin embargo Bush alza el tiro y lo declara acto de guerra contra Estados Unidos, y Occidente. Este se empeña en aportar las «pruebas» de la culpabilidad de bin Laden frente a los aliados y con la presencia de todos los países árabes «moderados» a los que se les pide cerrar filas con los USA para combatir al terrorismo internacional considerado, con justa razón, un peligroso y huidizo competidor no sólo y no tanto desde el punto de vista económico-financiero, sino desde el punto de vista de la influencia y el control de vastas masas que pueblan países estratégicamente importantes. La guerra contra... el terrorismo internacional, está declarada. Lo que significa también que los USA pueden pedir toda suerte de ayuda en su guerra a cada uno de los aliados de la OTAN, incluyendo participación militar activa (artículo 5 de las Tablas de la Ley de la OTAN).

La amenaza americana lanzada por boca de Colin Powell es seria: ¡se tratará de una guerra no de un día o meses, sino de años! Donde serán golpeados no sólo los «terroristas», sus bases y organizaciones, sino también los Estados que los protejan o les hospeden. Lo que significa, como ya ha sucedido en todas las guerras precedentes, que por muy «inteligentes» que sean las bombas y misiles utilizados, estará previsto que habrán muertos civiles en abundancia. ¿No es esto una ulterior confirmación de terrorismo de gran potencia?

Entonces el gigante herido lanza su artillería y amenaza al mundo entero: ¡cuidado si alguien se pone en contra de mí! No sólo Afganistán debe temer la ira americana, sino también algunos países árabes o musulmanes que por años han organizado, subvencionado, protegido y defendido a los diversos grupos del terrorismo islámico; y entre estos no están sólo Siria, Yemen, Irake Irán, sino también Libia, Pakistán, Indonesia y Arabia Saudita. Y no es por nada que la Libia, Pakistán y Arabia Saudita se hallan precipitado a declarar estar «de la parte de los Estados Unidos».

Lo que ha cambiado, en las relaciones inter-imperialistas y en las relaciones particulares con los países árabes y musulmanes, es el criterio de confiabilidad frente a Washington: la amenaza es mucho más clara hoy, quien se coloca contra los intereses americanos en el mundo pagará un precio muy caro.

Pero, ¿a quién se dirige Washington verdaderamente? ¿A Afganistán? ¿O más bien, a sus preciosos y fideles aliados occidentales, incluyendo a Israel? ¿Cuáles son los países que pueden realmente poner en dificultad sistemáticamente, a la potente máquina capitalista americana, sino los más potentes competidores en el mercado internacional? Los países productores de petróleo representan ciertamente un factor decisivo para la economía capitalista no sólo americana sino mundial; pero estos países son absolutamente indispensables a los imperialistas europeos, que de petróleo no tienen sino gotas con respecto a las extraordinarias cantidades que estos necesitan para hacer funcionar su aparato productivo, mientras que para los Estados Unidos lo es en mucho menor grado, tanto como para la misma Rusia. Por ello la artillería que Washington ha alzado en las dunas de Kuwait y Arabia Saudita hacen más daño a Berlín y París que a Riyadh o Al Kuwait. El gran interés que USA demuestra por toda la cara mezzoriental y por Asia Central está ligado al control de las fuentes de energía a las cuales van a aprovisionarse los competidores europeos más peligrosos, e incluso Japón; si mañana un aliado de hoy debiera volverse un enemigo, nada mejor que cerrarle el grifo de petróleo para ponerlo de rodillas. Disparando contra las montañas de Afganistán, ¿a quién realmente quieren hacer daño los americanos?

Incluso en los enfrentamientos de los Estados Unidos algo ha cambiado. Hoy los U.S.A. piden ayuda, incluso militar, a los aliados de la OTAN. La Gran Bretaña, espalda fidelísima, siempre en primera línea; pero al mismo tiempo cuida sus propios negocios, trátase de Somalia (luego, el Mar Rojo) o de Bosnia, de Irak (y el golfo pérsico) o de Afganistán (por lo tanto océano Índico y encrucijada del Asia Central). Canadá y Australia, fideles alfiles, participan silenciosamente y con pocas reivindicaciones a la empresa del gigante amigo. Pero, esta vez Alemania descende al campo al lado de los U.S.A. mucho más decidida que en la

época de la guerra en Serbia; iniciando así la nueva aventura militar del imperialismo alemán, que no será episódica, sino constante e interesada. Para Alemania, Washington pide mucho más de lo que aparenta: exigirá informaciones, el aporte de sus servicios secretos, puesto que al parecer, la organización de los atentados de Nueva York había sido orquestada en Hamburgo, Alemania; los americanos ya no establecerán tan fácilmente el hecho que de la *intelligence* alemana no halla surgido ni la más mínima brizna de información de cuanto halla sucedido. Francia, que no falta jamás cada vez que están involucrados Africa, el Medio y Extremo Oriente, no puede sino acentuar su participación al lado de los Estados Unidos en la lucha contra el terrorismo islámico del cual razones tiene de temer a sus atentados, pero sus fines no coinciden del todo con el de los americanos: vuelve a Asia para relanzar su imagen y contrastar la influencia que USA y Gran Bretaña tienden a conquistar y reconquistar allí.

Los Estados Unidos deben necesariamente llamar en ayuda a sus aliados en esta campaña militar - ya que se trata de campaña militar, y no tanto de operación de policía internacional, pero pidiendo su ayuda lo ponen en situación de negociar bajo posiciones más favorables las condiciones de esta ayuda.

¿Una guerra que durará años y no días o meses? Pues la duración no se refiere sólo a la dificultad de ubicar y eliminar a los numerosos grupos terroristas que recorren el globo; ni siquiera se refiere a una guerra asimétrica (definida de esta manera dado que no se trata exactamente de uno o más Estados bien definidos y localizables contra los cuales descargar sus misiles y cañoneras) en la cual esa dificultad puede ser más o menos en buena parte superada con el uso combinado e inteligente de los servicios secretos de los países aliados. La duración se refiere también al hecho que esta nueva época de aparente alianza globalizada de todos los Estados capitalistas burgueses contra un enemigo que no es un Estado sino uno o más grupos terroristas organizados y dirigidos por familias de capitalistas, lo que se pone en juego no es la derrota del terrorismo islámico - del cual, además, los estados capitalistas burgueses se han servido a manos llenas durante todos estos años, y que todavía se servirán, en función no sólo de defensa de determi-

nadas redes de intereses sino también en función antiproletaria - sino la maduración de nuevos alineamientos imperialistas de guerra.

La nueva repartición del mercado mundial no ha acontecido aún; luego de la caída de la URSS, demasiadas variantes emergen del desorden en el cual la situación mundial se ha precipitado. Frente a una América que sigue siendo la potencia imperialista dominante hoy, están otras potencias cuya progresión económica y militar no ha madurado aún para enfrentar a los USA y poner en discusión su supremacía mundial. Está escrito en el desarrollo de los contrastes interimperialistas que los Estados Unidos, como ya ocurrió en el pasado a la Gran Bretaña, se encontrarán en un cierto momento frente a una coalición de Estados que, como objetivo, se fijarán de arrancarle su dominio planetario. Las condiciones de este particular contraste, de esta guerra, no están maduras aún, pero se están preparando desde hace tiempo. Y las diferentes burguesías dominantes sienten que hoy o mañana este enfrentamiento entre imperialismos se realizará. También en relación a esta perspectiva, toda burguesía nacional tiende a reforzar la unión patriótica entre las clases, reforzando la propaganda nacionalista con cada pretexto; por ello vienen bien los ataques terroristas a las Torres Gemelas, visto que estas muertes pueden servir a la propaganda burguesa para reforzar los vínculos entre burgueses y proletarios sea en el campo de las potencias imperialistas que se sienten todas igualmente golpeadas, sea en el campo adverso donde el llamado a la guerra santa, al cual todo militante musulmán «está obligado a responder», produce el mismo compactamiento interclasista. En un caso como en el otro, a favor exclusivamente de intereses capitalistas contrapuestos.

**BAJO EL PRETEXTO DEL
TERRORISMO SE ACELERAN
LAS GRANDES MANIOBRAS
DE CONTROL SOBRE LOS
TERRITORIOS
CONSIDERADOS
ESTRATÉGICOS POR TODOS
LOS IMPERIALISTAS**

Los intereses de las potencias imperialistas mayores tienden a converger en la medida en que sobre el mercado mundial existan las condiciones para que todos ganen y pueden

continuar ganando en detrimento de potencias menores, y en la medida en que una potencia pueda compensar con su intervención las insuficiencias de otra. Es indiscutible que los mercados más importantes para las mayores potencias imperialistas estén representados sobre todo por sus propios mercados «internos», y que si la crisis golpea duramente uno de estos mercados, como ha demostrado últimamente Japón, y los Estados Unidos después del 11 de Septiembre, todos sufren las consecuencias negativas de estos. Por ello, a nivel internacional, son vitales las cada vez más apresuradas reuniones del vértice entre las grandes potencias, en cuanto a que estas deben medir y concordarse constantemente sobre qué hacer. Después del 11 de Septiembre, la administración americana ha puesto en el mercado una fuerte liquidez para reactivar el consumo adoptando recortes a las tasas de dinero y a las tazas de los ciudadanos. La economía capitalista al estadio imperialista necesita apoyarse en la «confianza» de los consumidores, y en la confianza en el «futuro» ya que esta empuja a los consumidores a empeñar los recursos actuales y futuros confiando al sistema bancario dinero fresco y dinero que ganarán seguidamente con el resultado de empeñar con el crédito incluso a las generaciones futuras. Pero todo esto puede servir de verdad para controlar la economía, a colmar los déficits, a reactivar a plena máquina la economía capitalista? En cierto sentido, todas las medidas que los poderes centrales burgueses toman, voluntariamente o de mala gana, a condición de frenar y contener todo lo más posible la tendencia de los capitalistas a extraer del trabajo asalariado el máximo de plusvalor sólo para sí y a fagocitar sus rivales uno tras otro, pueden dar la idea de que estos pueden efectivamente controlar la economía capitalista. Pero la realidad del modo de producción capitalista es otra muy diferente: la tendencia de los rivales a concordar reglas y modos de colocarse en el mercado, de respetar la parte de todos, se contrasta con el hecho de la tendencia opuesta donde el adversario que tiene más recursos combate y vence al adversario más débil, tendiendo a volverse monopolista sobre el mercado. La lucha de competencia es la linfa vital de la circulación de las mercancías y del capital; no se le controla más que por períodos limitados y por sectores de producción, y no se puede eliminar, sin eliminar al mismo

tiempo el modo de producción capitalista.

A los llamados de Bush, aun con sus reservas, los aliados occidentales han respondido positivamente; a ellos se han agregado nuevos comensales: la Rusia de Putin, los países árabes «moderados», desde la Arabia Saudita - que es notoriamente un país que sostiene y hospeda a militantes y jefes de las diversas organizaciones islámicas consideradas por los occidentales como terroristas - incluyendo a Jordania, e Israel obviamente, hasta el mismo Arafat que se ha tomado la molestia de donar su sangre por los heridos víctimas de los atentados a las torres gemelas; por último se añade Pakistán, país que ha afiliado y sostenido los talibanes afganos, y que hoy les vuelven la espalda por pura conveniencia del poder (quien corre el riesgo de una guerra civil cuyo motivo desencadenante sería esta media vuelta, pero el motivo más profundo es la miseria indecible a la cual gran parte de la población ha sido arrojada).

«Somos todos americanos» es el grito que los burgueses querían oír lanzar de cada garganta y, aun cuando no se hallan pronunciado en favor de bin Laden, constituye en su conjunto una advertencia para todos aquellos que no se han alineado con Washington. Ha sido lanzada una campaña de propaganda por un llamado a las armas, por una «*union sacrée*» más allá de los confines nacionales, con lo cual se busca definir nuevas categorías sociales: por una parte, unidos bajo la bandera de la libre circulación del capital y de la masiva liberalización del capital privado, del cual los americanos son los campeones, y de la parte opuesta, aquellos que están contra esta liberalización, contra ese modelo de economía y de vida. La burguesía dominante siempre ha buscado sostener, bajo la bandera de sus intereses, a todas las clases sociales, sobre todo la clase proletaria; y esto no podría, ni puede hacerlo, declarando abiertamente sus intereses privados. Esta debe maquillar toda campaña propagandista y guerrillera, contra los enemigos del momento, con palabras y conceptos nobles, humanitarios, con idealismo. Durante la primera guerra mundial, la burguesía democrática llamará a la lucha contra la barbarie prusiana por la Civilización; en la segunda guerra mundial la burguesía democrática llamará a luchar contra el nazifascismo, contra el totalitarismo que violaba la libertad y la igualdad de los hombres;

en la tercera guerra mundial la burguesía democrática ¿contra qué llamará a luchar? ¿contra el terrorismo y el oscurantismo religioso?

Desde los ataques a Irak, es un hecho que la propaganda occidental utiliza de pivote la misma tecla sensible: la lucha contra el terrorismo, ubicado no sólo como método, sino como «estrategia» de algunos Estados o algunas grandes y ramificadas organizaciones de las que llaman ocultas. Basta sólo un paso para que actitudes, palabras y acciones sean automáticamente interpretadas como actitudes, palabras y acciones contra la Civilización. Pero, la civilización de la cual se habla no tiene, para nosotros, la c mayúscula; no estamos ya en el período de las grandes revoluciones burguesas libradas entre finales de 1700 y los primeros cincuenta años de 1800, a través de las cuales efectivamente la moderna civilización capitalista le hacía las cuentas a la vieja sociedad cerrada económicamente, precipitada en las tinieblas de las supersticiones religiosas. El nuevo modo de producción, el capitalista, se ha impuesto en todo el mundo y condiciona la vida económica, social y política de todos los grupos humanos, incluso a aquellos que por razones históricas ligadas a tareas económicas y sociales sin resolver por parte de la burguesía, sufren de residuos precapitalistas, en particular sobre el terreno social y religioso, además de económico naturalmente.

La civilización del capitalismo, desarrollado hasta su último estadio histórico posible, el imperialismo, no tiene ya nada de progresivo y de civilizado a aportar a las poblaciones del mundo. Si no hubiesen bastado dos guerras mundiales y la hecatombe de muertos que las han caracterizado, decenas de millones de soldados muertos junto a las masacres civiles, prueban sin duda alguna que la civilización que el capitalismo ofrece al género humano es la civilización del dinero y el cañón. Si miramos el curso de los decenios transcurridos, desde el fin de la segunda guerra mundial hasta hoy, y mañana, no pasa un año que no halla habido una guerra en cualquier país del mundo en la cual no se encuentre constantemente en juego la apropiación privada de la riqueza social, ya sea esta constituida por fuerza de trabajo de mineras, petróleo, diamante, de cursos de agua, de pasajes por montañas, de pastorales o de peces de mar. La civilización por la cual en Occidente llaman al apoyo a sus «ciudadanos»

no es menos bárbara que la civilización por la cual en Oriente los islamistas llaman a sostener, desde el África noroccidental hasta el Extremo Oriente, a las muchedumbres que habitan estas regiones.

La evolución capitalista hace que las fuentes de energía, como petróleo y gas natural, sean de fundamental importancia, dado que sirven para innumerables usos industriales. Las búsquedas de yacimientos petrolíferos han puesto al descubierto que tales preciosas fuentes energéticas se encuentran sobre todo en el hemisferio norte del globo terráqueo, que desde el Ecuador alcanza y supera el trópico de Cáncer, cubriendo toda la zona templada. Es exactamente en esta gran porción de la tierra - que va desde el Norte de África, pasando por el Medio Oriente, hasta la Siberia y el Caspio - donde se encuentran los más grandes productores de petróleo y mucha de su gran inestabilidad. Si hoy incluso los USA prestan una atención particular a países como Afganistán y Pakistán no es por motivos humanitarios, sino por torvos intereses de control imperialista de una área que será estratégicamente importante dentro de los futuros alineamientos de guerra mundial.

El pretexto del terrorismo no data de hoy. En los últimos diez años han habido muchos ataques terroristas a puestos militares norteamericanos, embajadas, buques, fuera de los Estados Unidos; en 1993 en Okalahoma City y en 1996 en Nueva York, precisamente bajo las Torres Gemelas. Hubieron muertos, heridos, destrucciones; algunos atentados fueron reivindicados por grupos fundamentalistas islámicos, otros se revelaron ser razones internas bajo el empeño de organizaciones de la derecha americana, como en Oklahama City. El pretexto del terrorismo pareció haber sido superado. Pero los atentados del 11 de Septiembre señalan un retorno. Estos han vuelto a acelerarse sobre el terreno de las iniciativas americanas respecto a los aliados occidentales. Luego de la Guerra del Golfo para expulsar al Irak de Kuwait, los americanos se establecieron con sus propias bases no sólo en Kuwait sino también en la Arabia Saudita, la tierra sagrada de los mahometanos que no ha debido jamás ser hoyada por los «corruptos» e «infieles». Después de la Guerra en los Balkanes contra la Serbia, los americanos - ya presentes fuertemente en Turquía y Grecia - se encuentran acampados en Macedonia con bases pro-

pias. Después de la guerra contra el Afganistán de los talibanes, ¿dónde se ubicarán los americanos? En Uzbekistán donde ya han arribado; tal vez en el mismo Afganistán del cual precisamente en Roma, el 2 de Octubre pasado, un gobierno en el exilio presidido por el ex-rey afgán Zahir Shah, fue bautizado en acuerdo con los grupos de oposición al régimen talibán reunidos en la Alianza del Norte. Es evidente que un gobierno filo-americano sería un gran privilegio para Washinton, sobre todo en una zona destinada a ser de grandísima importancia, no sólo por los recursos minerales presentes, sino por el control de los mayores competidores presentes en esa parte del globo: el Japón, sobre todo, para el cual es estratégico el estrecho de Macca (que divide Indonesia de Malasia y permite pasar del Mar de la China meridional hasta el Océano Índico, hasta luego alcanzar los yacimientos petrolíferos del Golfo Pérsico); la China que, para llegar al Océano Índico sin confrontarse con Japón, está obligada a aliarse con algunos países contiguos al subcontinente indio, al oeste Pakistán y a oriente Bangladesh, Birmania (hoy llamada Myanmar); Rusia que no cesará jamás de buscar pasadizos del Asia Central hacia el Océano Índico, aliándose tal vez con Irán o con la India, o bien en función antiamericana, o bien en función antichina.

LA RESPUESTA PROLETARIA DEBE SER: DERROTISMO EN PAZ Y EN GUERRA, CONTRA LOS INTERESES BURGUESES, EN FUNCIÓN DE LA REORGANIZACIÓN CLASISTA Y REVOLUCIONARIA A NIVEL INTERNACIONAL

La guerra durará años. ¿Mas cuál guerra? La guerra inter-imperialista, la guerra que de comercial y financiera se está transformando, cada día que pasa, en guerra militar por una nueva repartición de los mercados mundiales.

El derrotismo revolucionario de leniniana memoria, es la sola gran respuesta, de clase, unificante, históricamente válida, que el proletariado internacional debe dar a esta nueva oleada propagandista de patriotismo burgués e imperialista. Rechazar la complicidad con los designios imperialistas de las burguesías dominantes, en Occidente como en Oriente, es posible sólo a condición de romper con la colaboración interclasista que los campeones del oportunismo de todos los países

alimentan, con la finalidad de ligar la suerte de las clases proletarias a las exigencias del predominio capitalista e imperialista del país en el cual se vive y se les explota hasta los huesos. Rechazar la asimilación a la defensa «de la patria» confiando sus energías, su vida y su futuro en manos de las clases dominantes que, con el pretexto de la «lucha contra el terrorismo internacional», acentúan la feroz sumisión de las clases proletarias a las leyes del capital y de la ganancia capitalista de las grandes potencias imperialistas; rechazar esta asimilación es condición vital para organizar, de manera absolutamente independiente de los intereses burgueses y capitalistas, las fuerzas proletarias en defensa de sus propios intereses exclusivos en el campo económico, por la sobrevivencia, en el campo social, por el renacimiento de la lucha de clase y de la solidaridad entre todos los trabajadores asalariados, los proletarios, y en el campo político, por la afirmación histórica de las finalidades revolucionarias y comunistas, las solas que pueden ser realizadas a condición de destruir el modo de producción capitalista - fuente de todo género de opresiones - y de echar abajo para siempre el dominio de la burguesía sobre toda la sociedad.

Los proletarios, de cualquier raza o país a los que pertenezcan, están unidos por una condición material fundamental: no tienen reservas, y son tomados en consideración por los patronos y por las clases privilegiadas sólo en la medida en que la explotación de su fuerza de trabajo produce ganancias en cantidades siempre mayores. Si, por razones de competencia, por razones económicas empresariales, por razones de relaciones internacionales de la burguesía dominante, las condiciones de explotación de la fuerza de trabajo no están ya adaptadas a la supervivencia de los estratos proletarios de tal o cual país, el remedio que conoce toda burguesía dominante, todo capitalista, es la de deshacerse de una parte más o menos extensa de proletarios implicados en la producción o en la distribución: licenciamiento, miseria, hambre, muerte, es lo que espera a cada proletario que es expulsado del puesto de trabajo como un desecho. ¿Qué une al proletario al capitalista? Sólo la relación de sumisión a las exigencias de ganancia del capitalista. ¿Qué los divi-

de? Todo: desde las condiciones de vida a las condiciones de trabajo, de la socialidad a la solidaridad de clase, y a las perspectivas de vida en el presente como en el futuro.

Contra toda empresa de guerra de nuestras burguesías dominantes, los proletarios deben afirmar su rechazo a colaborar con toda empresa militar de las clases dominantes. Pero sólo a condición de romper con la colaboración de clase que se realiza cuotidianamente, en cada empresa, en cada actividad social, en cada expresión de vida de esta sociedad mercantil donde todo se compra y todo se vende - del producto de fábrica hasta el ideal político, de las relaciones interpersonales a la religión, del aire que respiramos al agua que bebemos - y a lo cual nos habituamos continuamente, a cada paso, de la cuna a la tumba, como una lenta pero inexorable intoxicación, a no tener en nuestra vida otra perspectiva que la del dinero, del intercambio de mercancías, de la lucha competitiva entre los hombres, de la guerra, como si fuesen las cosas más «naturales» y «justas».

La operación militar americana contra los «terroristas islámicos», y las intervenciones militares en Afganistán y probablemente en otros países considerados «enemigos», había sido llamada «Justicia Infinita». Pero los jefes religiosos de todas las religiones monoteístas han exhortado a los políticos que sólo dios puede ejercer una justicia infinita, mientras que a los hombres no se les ha dotado de un tal poder. Ciertamente si al cristianismo, hebraísmo, islamismo, se les dinamitan las bases de la misma superstición religiosa (sólo un ente sobrenatural, un dios, puede disponer de la vida en el más allá), ¿cómo hacen sus sacerdotes para difundir entre las multitudes la idea que el reino «de los justos» no es de este mundo, y que no podrá ser alcanzado felizmente sino después de la muerte?, ¿y sólo a condición de soportar, en este mundo material, resignados y pacíficos, las formas sociales y los poderes constituidos tal cual son, con todas sus desigualdades e injusticias, puesto que sólo gracias a esta «prueba» dios abrirá las puertas de la eterna felicidad a los pecadores una vez enmendados sus pecados?

Así, la operación militar cambió de título y los especialistas de la propa-

ganda imperialista encontraron otro; ahora se llama «libertad inmutable», otra bella imagen de la infinita hipocresía burguesa; ¿cuál libertad, para quién, desde cuándo y por cuánto tiempo? La única verdadera e inmutable libertad que los capitalistas quieren es la de poder explotar cada posibilidad práctica, lo más veloz posible, para hacer dinero, para ganar, para enriquecerse, la que requiere conservar el modo de producción actual junto a las formas sociales adecuadas para la más intensa y extensa explotación del trabajo asalariado, de la fuerza de trabajo proletaria que de vez en cuando es llamada para llorar, junto a los burgueses, los muertos que sólo las masacres burguesas provocan.

La libertad por la cual los proletarios combatirán no será la libertad de comercio, la libertad de apropiarse privadamente de las riquezas sociales, la libertad de explotar el trabajo humano con fines pecuniarios, la libertad del más fuerte de aplastar al más débil, la libertad de hacer y exportar la guerra, si los intereses de la patria requieren de la intervención de la fuerza militar.

La libertad por la cual el proletariado combatirá será la libertad de romper las cadenas de la esclavitud burguesa que lo mantienen atado al modo de producción capitalista, obligándolo a vivir y morir exclusivamente por el capital, por el enriquecimiento privado de los capitalistas; la libertad de organizarse independientemente de toda política y práctica que ligue su suerte y su futuro a las exigencias del capital y de la sociedad burguesa a su imagen y semejanza; la libertad de luchar contra todas las otras clases sociales que viven parasitariamente sobre la explotación de su capacidad laboral. La libertad de soñar con la revolución, y una sociedad a talla humana, hecha no del homus mercantil sino de hombres pertenecientes a una especie que ha superado toda división social de clase y que ha arrojado al museo de cera las formas de la dominación capitalista: el dinero, la mercancía, la publicidad, el mercado, el capitalista, el trabajador asalariado, el policía, el soldado, el cura.

Il Comunista N° 77 (Ott. 2001) / Le Prolétaire N° 459 (Oct.-Nov. 2001)

¡Irak es el mundo!

La guerra que los anglo-americanos han desencadenado contra el Irak del ex-aliado Sadam Hussein, se inserta en una situación histórica en la que los imperialismos actuales más agresivos del mundo toman la iniciativa para contrarrestar, no solamente los factores de crisis económica que atenazan a todo el sistema capitalista internacional, sino también para contrarrestar la competencia con los otros centros imperialistas - Berlín, París, Moscú, Pekín - quienes han manifestado en los últimos años una creciente hostilidad con respecto a la hegemonía estadounidense sobre el mercado mundial.

Con los acontecimientos del 11 de Septiembre de 2001 - el ataque a las Twin Towers de Nueva York -, habíamos escrito que los Estados Unidos habían sido catapultados al límite de dos épocas. Los tiempos de la competencia sobre el mercado mundial se restringen, y la necesidad de una nueva repartición entre los más potentes imperialismos mundiales se torna cada vez más apremiante. La época de interminables negociaciones bajo los auspicios de las Naciones Unidas (que han caído en la impotencia desde hace mucho tiempo, demostración más reciente hecha durante las guerras de los Balcanes) se acababa: las rivalidades entre los centros capitalistas aproximan la hora de los enfrentamientos - aun cuando todavía no han llegado al terreno militar. El ataque terrorista a las Twin Towers aportará el pretexto a la Administración Bush para adoptar oficialmente la doctrina de guerra preventiva contra el «terrorismo internacional». El más potente imperialismo del planeta, el que posee las fuerzas militares y los medios de destrucción masivos que jamás un Estado capitalista halla poseído, declara la guerra a ... Afganistán, uno de los países más atrasados del mundo, por el solo hecho de «proteger» y «esconder» la organización terrorista de Osama bin Laden (Al-Quaeda) acusada de ser la autora material e intelectual de los atentados del 11 de Septiembre.

Pero lo que se ha iniciado en realidad, con la guerra contra el Afganistán

de los talibanes, es un nuevo ciclo de guerra de competencia entre los más imponentes centros imperialistas del mundo.

A más de diez años de distancia, después del derrumbe de la URSS y de su sistema de Estados satélites, que parecía ofrecer de la URSS, ha podido ampliar sus fronteras realizando en octubre de 1990 la anexión de la RDA y volver a las fronteras con Polonia, bocado regularmente devorado una vez por los rusos y otras veces por los alemanes (y quien busca siempre un vano apoyo exterior, ayer en Francia y hoy con los Estados Unidos). Con las guerras balcánicas de 1991-95, la desintegración de Yugoslavia y la constitución de nuevos Estados independientes, Alemania se ha convertido de nuevo en el imperialismo dominante de la región.

La Rusia post-soviética ha perdido inevitablemente su influencia no sólo de Europa del Este y los Balcanes (donde mantiene todavía lazos con Serbia), pero sobre todo sobre sus antiguos territorios bálticos, las repúblicas caucásicas, asiáticas, Ucrania. Esto no significa que no va a tratar de reconquistar esta influencia; al contrario, estos esfuerzos no pueden ir sino en aumento y provocar contrastes tanto frente a Alemania, que se ha convertido en un partner económicamente importante de estos países, como frente a Estados Unidos, socio económicamente importante también, pero que busca sobre todo establecer cabezas de playa militares como ha sido el caso de Uzbekistán en la guerra de 2001 contra Afganistán. En fin, China que, entre 1997 y 1999 ha vuelto a tomar posesión de Hong Kong y Macao

cuyo PIB mantiene un crecimiento anual de 8%; todo lo cual lo transforma en socio comercial de bastante respeto, al mismo tiempo que peligrosa potencia regional. Desde el punto de vista político, China hasta ahora ha evitado la suerte de la URSS, lo que no quiere decir que no pueda suceder; tal vez a partir de una crisis económica que arrojará a la calle a una parte importante de trabajadores chinos, facilitando la agresión económica de los centros imperialistas más interesados en el mercado chino: Japón y los Estados Unidos.

LA SUERTE DE LOS IMPERIALISMOS EUROPEOS SE JUEGA EN MEDIO ORIENTE

Es de nuevo Medio Oriente que se inflama, y no sólo a causa del petróleo que es, no obstante, de una importancia permanente para la economía capitalista y para los diversos imperialismos. En Medio Oriente se juega, pues, la suerte de las potencias imperialistas europeas. El terremoto mediorientista está destinado a acompasar los ciclos de crisis económica y política capitalistas. Como siempre, ningún imperialismo puede permanecer indiferente a lo que pasa en esta región: todos, incluso aquellos que parecen indiferentes a los acontecimientos, como es el caso de Japón (segundo socio económico de Arabia Saudita después de los estadounidenses), hoy se encuentran implicados. Cuando el reparto de las zonas de influencia entre los imperialismos se vuelve cada vez más difícil y tenso, todas las potencias capitalistas están inevitablemente obligadas a hacer todos los esfuerzos para evitar ser dominada por los otros competidores.

Sostenemos desde hace tiempo que las contradicciones interimperialistas se dirigen cada vez más hacia una agravación de las tensiones entre los Estados Unidos (secundado por Gran Bretaña) y el «resto del mundo». Es una cuestión de hegemonía sobre el mercado mundial, una cuestión de control de los flujos de capitales y una

cuestión de control de zonas consideradas como estratégicas (tanto desde el punto de vista económico como militar). «A escala mundial, la fuerza de expansión y agresión más violenta, poco importa si se traduce en armas, dólares o conservas en lata, es esto lo que alimenta las entrañas del gigantesco aparato productivo de los Estados Unidos» escribíamos en 1950, a la época de la guerra de Corea (1).

Desde finales de la última guerra mundial, los Estados Unidos constituyen la potencia imperialista más importante, el baluarte más sólido y mejor armado del capitalismo internacional, el gendarme más agresivo de la conservación burguesa, la fuerza reaccionaria más potente que el movimiento proletario y la revolución deberán afrontar. Si todo lo que debilita al imperialismo *leadership* es visto a favor por los marxistas, esto no puede ni debe de ninguna manera significar un apoyo cualquiera a las fuerzas burguesas que se oponen y se opondrán a los Estados Unidos. Desde hace 50 años las crisis económicas capitalistas que se han sucedido y que en algunos momentos ha sido de gran amplitud, no han podido dar el choque suficiente para engendrar lo que para nosotros es el factor decisivo: la reanudación de la lucha de clase internacional - no solamente por razones políticas, que a su vez no están solamente ligadas a la acción colaboracionista de las organizaciones políticas y sindicales reformistas.

La maduración de las contradicciones, producto de una competencia cada vez más aguda, ha podido ser amortiguada por la política implementada por los grandes Estados burgueses en el curso de estos últimos decenios. «(...)El nuevo método que tiende a planificar la economía capitalista - dice uno de nuestros textos de partido - constituye, con respecto al liberalismo clásico ilimitado hoy en día superado, una forma de **auto-limitación** del capitalismo destinado a nivelar la extorsión de plusvalía alrededor de una promedial. Se adoptan medidas reformistas propugnadas desde hace décadas por los socialistas de derecha, con lo cual se reducen las formas extremas y agudas de explotación patronal, mientras se van desarrollando las formas de asistencia social material. Todo ello tiende a retardar los choques entre las clases y el estallido de las contradicciones del modo de producción capitalista, cosa que sería imposible conseguir si

no se lograra conciliar, en una cierta medida, la abierta represión contra las vanguardias revolucionarias junto a ciertas concesiones a las necesidades económicas más imperiosas de las grandes masas. Estos dos aspectos del drama histórico que vivimos se condicionan uno al otro (...)» (2).

Esta auto-limitación de la extorsión de plusvalía era válida para los países desarrollados; en las colonias, semicolonias, en los países menos desarrollados pero ricos en materias primas, la tasa de explotación de la mano de obra, la tasa de extorsión de plusvalía eran muy elevadas y las concesiones a las necesidades económicas de las masas muy débiles. La explotación bestial de las masas laboriosas de estos países permitía incluso a los capitalistas acordar algunas migajas bajo forma de «garantías» o reservas inimaginables en el pasado a los proletarios de los países ricos: la burguesía podía distribuirles una pequeña fracción de las ganancias que extraía de la explotación de los proletarios y masas campesinas de los países sub-desarrollados.

Pero esta forma de planificar el andamiaje de la economía no podía durar eternamente; más aumentan las dificultades económicas y más costosas y finalmente insoportables se vuelven las medidas de auto-limitación de la plusvalía.

La agresividad siempre más creciente del capitalismo sobre el mercado mundial se refleja también dentro de cada país. La violencia económica está destinada a ejercerse cada vez más abiertamente y sin freno alguno: las olas de despidos se suceden una tras otra, las cadencias y, en consecuencia, los accidentes laborales no cesan de aumentar, la precariedad no cesa de ganar terreno; en una palabra, la incertidumbre del mañana se generaliza cada vez más en la clase obrera - comprendidos todos aquellos que se creían definitivamente «protegidos» por su *statut* de funcionarios.

Y con la competencia cada vez más encarnizada, se acrecientan las probabilidades de guerras en las zonas «estratégicas» del capitalismo.

* * *

La guerra contra Irak ha tenido como pretexto el «desarme» de Irak, es decir la destrucción de sus armas de «destrucción masiva». La pantomima de las inspecciones de la ONU no han servido sino para darle a Estados Unidos y Gran Bretaña el tiempo necesario

para preparar la guerra, para enrolar el máximo posible de Estados en su «coalición» (como durante la guerra contra Serbia) y prepararse para una larga ocupación militar de Irak.

Pero Irak, el cual guarda bajo su suelo las segundas reservas petroleras más importantes del mundo (pudiendo probablemente ser más cuantiosas todavía), al igual que Afganistán, representa una bisagra geopolítica, en contacto con Turquía, del golfo Pérsico y del cercano Oriente islámico. Desde este punto de vista Bagdad y Kandahar se asemejan, aun considerando que el grado de desarrollo capitalista de ambos no es comparable.

La guerra contra Irak, que ha durado la mitad de la de los Talibán, es una verdadera guerra de rapiña, de saqueo imperialista. La misma constituye para los Estados Unidos el paso inicial para un nuevo reparto del mundo; y, en realidad, mucho menos debido a un régimen irakí que después de 12 años de embargo no se tenía ya en pie, que a sus competidores imperialistas que, al igual que este, intentaban meter mano sobre los preciosos yacimientos de petróleo.

Luego de la precedente guerra del Golfo, los Estados Unidos habían expulsado al ejército irakí de Kuwait - y dejado voluntariamente al régimen las armas y los soldados suficientes para aplastar las revueltas de los chiitas al sur y kurdos al norte, ¡que hoy pretenden liberar y vengar de este aplastamiento! Paralelamente, los Estados Unidos han comenzado a incursionar en Arabia Saudita, Kuwait y Qatar, un vasto territorio desde el cual controlar no sólo a estos países, sino también al golfo Pérsico (e Irán, otra potencia regional productora de petróleo liberada del control estadounidense) diciendo que temporalmente; pero allí están todavía, lo que muestra el valor de las afirmaciones actuales según las cuales estos permanecerán por poco tiempo en Irak...

GUERRA PREVENTIVA CONTRA LOS IMPERIALISMOS COMPETIDORES

La «guerra preventiva» que ha servido de bandera a las recientes intervenciones del militarismo, no está dirigida contra el terrorismo internacional de Bin Laden, Hezbollah, Hamas o Sadam Hussein; la misma va dirigida contra las potencias imperialistas capaces de obstaculizar la hegemonía de

los Estados Unidos en el mercado mundial. El enfrentamiento diplomático entre los anglo-americanos y el eje franco-alemán sobre el desencadenamiento de una guerra o no contra Irak, antes de haber encontrado alguna prueba sobre la existencia de armas de destrucción masiva, muestra que el choque de intereses entre estos colosos ha alcanzado un nivel que nunca antes hubiésemos podido imaginar. Ni Berlín, ni París son inocentes palomas, interesadas solamente en la paz perpetua. Son más bien auténticos bandidos imperialistas como se ha demostrado en el caso de Francia con la ocupación militar de Costa de Marfil o sus envíos de soldados en Centroáfrica; en cuanto a Alemania, desde 1994, su parlamento ha adoptado una ley autorizando el envío de sus tropas al extranjero, comprendiendo aquellos países fuera del cuadro de la OTAN, lo que no ha tardado en realizar. Los dos compinches organizan además una reunión con la perspectiva de poner en pie una fuerza militar europea independiente de los Estados Unidos.

Los planes americanos de invasión de Irak y su ocupación militar estaban listos desde hace años. Había solamente que esperar el momento oportuno. Los momentos de las guerras no son «decididos» por los gobiernos, sino determinados por la maduración de las oposiciones entre potencias imperialistas, sean regionales o mundiales. La persistencia de la recesión estadounidense, a pesar de la parcial y reciente recuperación, la ausencia de reanudación económica en Japón y Europa, el estallido de la burbuja especulativa que perjudicó a la bolsa americana y en consecuencia a todas las bolsas del mundo, las dificultades comerciales; todo esto empujaba a las autoridades estadounidenses a dirigirse hacia su industria de armamentos, sector económico muy importante, y en consecuencia hacia el militarismo y así aportar oxígeno a la economía. La doctrina de la «guerra preventiva» oculta de hecho la movilización de recursos del país hacia un militarismo más pronunciado (3), lo que no puede dejar de desembocar en una política exterior agresiva. Los atentados del 11 de Septiembre no hicieron más que amplificar el fenómeno dándole argumentos inapelables. Los acentos fundamentalistas que marcan todos los discursos de Bush (la lucha de los Estados Unidos del Bien contra el Mal) se amoldan de maravilla a la agresividad militar del Pentágono y sirven

para justificar las decenas de millardos de dólares de créditos militares asignados al célebre complejo militar-industrial.

En lo que respecta a Berlín y París, su oposición «de principio» a la guerra está determinada por el hecho de que estas se sentían bastante fuertes tanto para no ceder a la desiderata de Washington, como para no sacrificar más sin protestar sus intereses a los de los estadounidenses. Su «pacifismo» de fachada está destinado a disiparse rápidamente luego de la caída del régimen de Sadam para dejar la plaza a la acción diplomática a fin de tratar de no dejar escapar los negocios de la reconstrucción o de hacer una cruz sobre sus intereses petroleros y financieros. Mas Washington quiere reservarse el pastel, con una porción para recompensar a los fieles británicos, y tal vez un bocado a los españoles, hasta, ¿quién sabe?, una migaja a los italianos representados por el voluble pero proamericano Berlusconi. La victoria de los anglo-americanos hace caducos los acuerdos para la explotación de yacimientos petroleros que fueron pasados con el régimen precedente: rusos, franceses, alemanes serán excluidos en consecuencia. En definitiva, las tensiones imperialistas no serán atenuadas sino agravadas.

LA DICTADURA DE SADDAM HA CAÍDO, LA DICTADURA DEL CAPITAL CONTINÚA

En Irak, los Estados Unidos dictaron las reglas de constitución de un nuevo régimen, menos en razón de su victoria militar que de la ocupación del país. La población que esperaba la caída de Saddam Hussein deberá constatar la primacía de los intereses de la potencia ocupante. Todas las contradicciones de una sociedad sometida a la opresión interna de la dictadura y a la opresión externa de un embargo que ha sembrado hambre, miseria y muerte durante 12 años no han desaparecido; hoy se agregan la ocupación militar y los estragos de la guerra. Después de la caída del régimen y la disgregación de su aparato, en una situación donde ningún movimiento político digno de ese nombre tenga la posibilidad de constituirse, no queda sino el aparato religioso para apoderarse de la dirección y control de la población. Más allá de la desaparición del Raís y de los altos dignatarios (muertos bajo las bombas, en fuga o escondidos en algún subterráneo), ya fracciones liga-

das a su régimen o grupos fundamentalistas han aparecido para orientar el descontento de las masas pobres de la población en una oposición a los estadounidenses e incluso grupos de guerrillas hoy se encuentran muy activos causando bajas considerables en las tropas de ocupación. El futuro de Irak bajo la ocupación anglo-estadounidense promete todo salvo ser apacible. Aun cuando la caída de la dictadura pueda hacer esperar maravillas de la democracia, las perspectivas para la población son todo salvo color de rosas,

En realidad la próxima democracia imperialista que los anglo-estadounidenses instauran en Irak tendrá por finalidad la de enregimentar a los proletarios irakíes dentro de un orden social adaptado a una explotación más eficaz en beneficio de los capitales extranjeros que serán invertidos, así como la de la burguesía irakí a quien será confiada la tarea de control social y policial. Es muy posible que los próximos gobiernos democráticos no lleguen como Saddam Husein a atacar y asesinar con gases tóxicos más de 5000 kurdos en una sola ciudad para aplastar sus aspiraciones independentistas, o a masacrar millares de opositores en las prisiones. Sin embargo, está fuera de dudas que las condiciones de vida de los proletarios y masas irakíes no se mejorará con el arribo de la democracia: su cara autoritaria y represiva aparecerá muy pronto.

Los proletarios de las grandes metrópolis capitalistas que han sido implicados por sus burguesías en las guerras o en los negocios ligados a masacres militares (reconstrucción, «ayudas humanitarias») deben romper con la sumisión al orden burgués y la complicidad que la clase dominante forja en permanencia, en particular por intermedio de los partidos y organizaciones colaboracionistas. Deben romper con la pretendida comunidad de intereses por la defensa de la libertad, esta libertad no es otra cosa que la libertad para los capitalistas de explotar la fuerza de trabajo asalariada, la libertad de apropiarse de la riqueza social, la libertad de arrojar a la calle y a la miseria a los trabajadores con el solo fin de defender sus privilegios sociales ligados a la propiedad privada.

La liberación de la dictadura de Saddam Hussein que saludan todos los propagandistas burgueses y los periodistas del mundo entero, no desembocará en realidad sino en una dic-

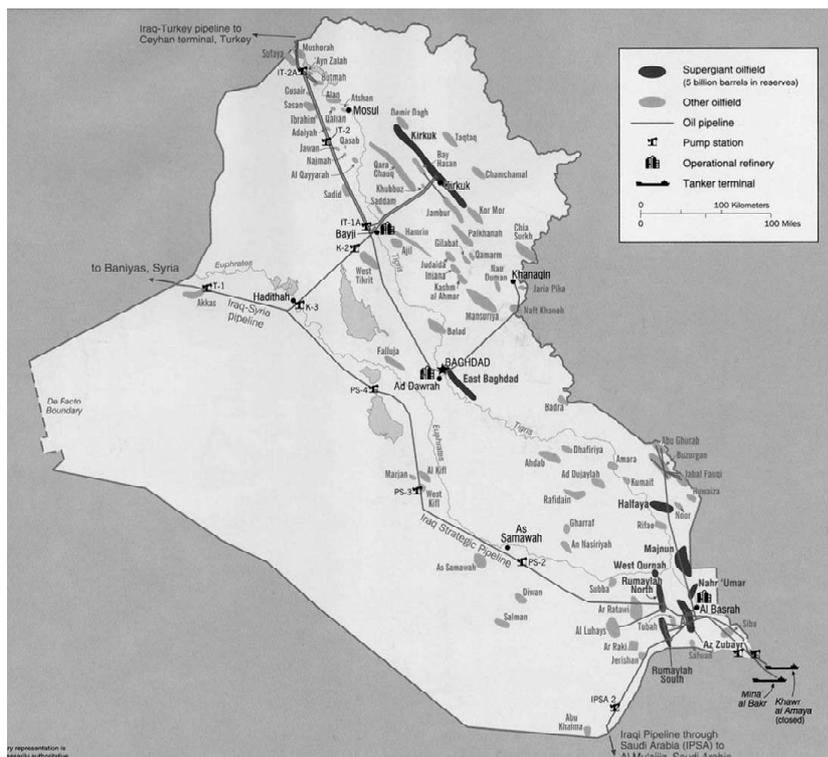
tadura mucho más sólida, pernicioso, opresiva, **la dictadura del capital**, de su modo de producción y de su sociedad. Saddam Hussein es hijo de la burguesía dominante, su poder dictatorial no era sino la expresión de la dictadura de esta clase. La eliminación de Saddam - que ningún proletario lamentará - no representa el debilitamiento del capitalismo, sino solamente la desaparición de uno de sus instrumentos particularmente odiosos. Que este sea remplazado por un Chalabi, un

Khomeiny irakí o todo un parlamento, ello no cambiará en nada el hecho que allí continuará reinando la ley del capital, de la ganancia, con tanta más fuerza bajo la égida del super-capitalismo estadounidense - y que los proletarios irakíes deberán combatirlo.

Irak es el mundo hemos intitulado este artículo, parafraseando el de un escrito de 1950 consagrado a la guerra de Corea. Si remplazamos Corea por Irak, vemos que sus conclusiones son todavía válidas:



El Irak representa una de las más grandes cuencas petrolíferas del mundo, con las reservas más importantes después de la Arabia Saudita, las cuales están calculadas en 112 MB, contra 262 para la Arabia Saudita; de esta forma, Medio Oriente detenta las 2/3 partes de las reservas mundiales. Detrás de los tanques, y protegidas por el tapiz de bombas anglo-estadounidenses, se esconden, pues, las principales corporaciones petroleras encargadas de saciar a los ogros capitalistas insaciables y desmesurados. Los USA se encuentran a la cabeza: en 1972, importaban el 30% de su consumo petrolero; en 2003: 50% y en 10 años estará en 70%.



«Coréa es el mundo entero; los coreanos son los proletarios del mundo entero, víctimas predestinadas del tercer conflicto mundial. El capitalismo que los divide en campos opuestos, los unifica involuntariamente, por la lógica misma de su desarrollo, en un destino común. Para la crítica marxista, el imperialismo es la traducción bajo forma espectacular y violenta de la crisis permanente de una sociedad en putrefacción: su marcha terrible, gigantesca e implacable no puede esconder la realidad que periodistas, ideólogos, pontífices religiosos o laicos de la sociedad tienen todos igual interés en camuflar detrás de la cortina de humo de diarios y cañones: al mismo tiempo que empuja a su más alto grado de tensión las manifestaciones de violencia, arrogancia, opresión del modo de producción burgués, el imperialismo empuja y empujará cada vez más al extremo sus contradicciones internas, las razones objetivas de su disgregación, las potencialidades subversivas de las fuerzas subjetivas nacidas en su seno quienes serán llamadas a destruirlo. Si la guerra encuentra su punto de partida en la derrota de la clase obrera, si las vías de ejecución del imperialismo está signada por el declive de la revolución internacional, es en su dinámica misma que residen los factores de la reanudación revolucionaria del proletariado.

El imperialismo podrá o no utilizar la bomba atómica como instrumento técnico de guerra; pero lo que el imperialismo no podrá evitar de recibir en plena jeta, aun con todo lo inmenso que parece hoy su omnipotencia, es la bomba atómica de la revolución internacional e internacionalista de la clase obrera» (4).

(Junio de 2003)

(1) cf «Corea é il mundo» en «Prometeo» (para entonces la revista teórica del Partido), noviembre 1950, n°1.

(2) cf «Fuerza, violencia, dictadura en la lucha de clase», Textos (en español) del P.C. Internacional n°2, Febrero de 1972, p.27.

(3) Una explicación en detalles de este fenómeno se podrá leer en «La guerra imperialista en el ciclo burgués y en el análisis marxista» (II) páginas 50-62 en esta misma revista.

(4) cf «Corea ...», op. cit.

¡Internacional y mundial es el capitalismo; Internacional y mundial será la lucha proletaria anticapitalista de clase!

Proletarios,

El capitalismo es, en su esencia, un modo de producción internacional; que, en su incesante desarrollo, penetra en todos los rincones aún los más lejanos y apartados del planeta. El capitalismo nace nacional pero, debido a su congénita tendencia globalizante, se ha desarrollado y se desarrolla sólo internacionalmente. Su período de «libre competencia» - primer estadio de desarrollo en el cual el capital industrial conquista el mundo sirviendo de trampolín para el desarrollo del capital financiero - ha sido superado por el estadio de desarrollo imperialista; allí, el capital financiero es quien domina sobre toda otra forma de capital, sea agrario, industrial o comercial, público o privado. Y es el estadio imperialista quien revela en toda su magnitud que, históricamente, de revolucionaria en sus albores, se ha transformado en contrarrevolucionaria desde hace mucho tiempo. Y tal transformación no se debe inscribir dentro de su tendencia globalizante - que al contrario, sí es históricamente revolucionaria - sino en su limitación histórica: el capitalismo no está en capacidad de resolver, de una vez por todas, sus contradicciones que se agudizan cada vez más; lo que quiere decir que no está en capacidad de superarse a sí mismo. Superada una crisis, el capitalismo regenera los factores de crisis que son cada vez más extensas y agudas. Hoy, en su estadio imperialista, los intereses de los grandes Estados y grupos mono-

polistas no tienen ya como escenario y no sólo su propio mercado nacional, sino directamente el mercado mundial.

Una decena de mil grandes trusts, originarios de los países capitalistas más avanzados (más numerosos en Europa Occidental que en los U.S.A.) y que dictan las directivas a sus propios Estados nacionales, tienen en sus manos el destino de todo el género humano. Los grandes monopolios, los grandes holdings financieros, representados por los grandes Estados imperialistas - Estados Unidos, Japón, Gran Bretaña, Alemania, Francia, Italia, Canadá, Rusia - han elevado la «libre competencia» entre empresas en el mercado mundial en competencia entre gigantescas oligarquías financieras internacionales, agudizando, alzando el nivel de contrastes entre sus respectivos intereses globales. No tardará mucho en que al grupo de los 8 se agregue la China que, si bien se encuentra en una perspectiva económica a corto plazo y que puede representar un gran mercado «nacional» a invadir con todo tipo de mercancías nacionales o extranjeras, dando así respiro a una economía capitalista en constante sobreproducción, en una perspectiva no muy lejana representará otro polo imperialista que se implanta como competidor de primera importancia, aumentando de esta manera los elementos de crisis, de contraste y enfrentamiento a escala mundial.

Lo que ha cambiado desde los primeros decenios del siglo XX no es el

tipo de economía; se trata todavía de capitalismo, sólo que desarrollado hasta su enésima potencia. Los intereses generales y objetivos del capitalismo - en cuanto modo de producción y sociedad a su imagen y utilidad - son siempre fundamentalmente los mismos: acumulación de capital, producción y reproducción de capital contra cualquier obstáculo, sea económico, social, ambiental, cultural o militar. La «globalización» no es un nuevo y desconocido estadio de desarrollo del capitalismo, sino que corresponde al proceso de desarrollo imperialista del capitalismo, que aún no ha sido interrumpido y batido por la revolución proletaria internacional.

¡EL CAPITALISMO NO ES REFORMABLE!

Proletarios,

Lo que ha cambiado, desde la segunda carnicería mundial, es el escenario de los conflictos inter-imperialistas, en el cual la victoria militar de los norteamericanos ha colocado a su Estado y a los monopolios que este representa en posición de ostensible ventaja respecto a los otros grandes Estados de la tierra. Durante 45 largos años, el mundo fue repartido en dos grandes zonas de influencias, en un condominio - ruso-americano - que, si no ha impedido que algunas grandes y tenaces luchas anticoloniales tuviesen un cierto suceso en las respectivas naciones, ha

impedido sin embargo, la única verdadera posibilidad de lucha efectiva contra el poder del capitalismo sobre la sociedad: la lucha revolucionaria y de clase del proletariado de cada país, unido por encima de los confines nacionales que cada burguesía erige en defensa de sus propios intereses específicos. Y hoy, a una década de la caída de dicho condominio, con una Rusia debilitada económicamente pero cada vez más integrada al mercado mundial y una China que avanza a pasos de gigante hacia la misma integración, el escenario aparece como si los intereses generales de los países más industrializados - verdaderos patronos del mundo - fuesen en verdad los de buscar continuamente un equilibrio entre los mismos, equilibrio que debería beneficiar a todos los países del mundo, ¡comenzando por los más pobres y miserables! ¡No puede haber mentira más impúdica!

En Goteborg, Silvio Berlusconi, el nuevo primer ministro de Italia, seguido inmediatamente por el nuevo ministro del exterior italiano Ruggero en vísperas del próximo G8, «aseguran» que las preocupaciones de los cientos y cientos de grupos que rechazan la potencia y prepotencia de los grandes trusts mundiales y sus Estados son las mismas que tienen ellos. ¡Nadie les cree! ¿Pues entonces qué resultado pudiera acaso obtenerse del diálogo entre los intereses de las oligarquías financieras internacionales y los intereses de sobrevivencia y desarrollo de 150 países reducidos al hambre precisamente a causa del dominio mundial de los Estados capitalistas más avanzados y de las pocas decenas de miles de multinacionales defendidas tenazmente por estos mismos Estados?

Como en el pasado, también hoy los grupos que contestan la supremacía de las multinacionales (pero que casi siempre se olvidan de los Estados que interpretan los intereses capitalistas en términos diplomáticos, económicos, militares) reivindican el derecho a la libre determinación de los pueblos, a un desarrollo económico no condicionado por los intereses de los grandes grupos multinacionales, a un desarrollo «sostenido» en un mercado «ecuánime». Desgraciadamente, la ilusión de poder reformar el capitalismo desde adentro, limando sus contradicciones más espinosas a través de movimientos de opinión, la movilización de las conciencias en un cuadro pacifista e interclasista, es dura de superar.

Los proletarios más viejos - para-

lizados por decenios de oportunismo interclasista - desafortunadamente no han podido transmitir a los jóvenes de hoy la tradición clasista del movimiento obrero que colocaba siempre en primera instancia la defensa de los intereses del proletariado, defensa a través de una lucha que no soñaba ni siquiera de pedir la caridad al rico patrón ni mucho menos pretendía de sentarse de igual a igual en la «mesa de los poderosos». La tradición clasista tenía claro el hecho de que el enemigo de clase principal - la burguesía dominante - hubiese intentado todas las vías, usado todos los medios, desde la represión abierta y brutal al diálogo, de la trampa de la participación a la apertura democrática, desde la provocación a través de infiltrados hasta la desviación reformista y colaboracionista, para lograr el resultado fundamental para ella; a saber, el control político y social del proletariado.

¿Por qué es vital para cada burguesía someter el proletariado a sus intereses - casi siempre mistificados y ocultados detrás del patriotismo, de la solidaridad de los ricos hacia los pobres, de la democrática confrontación y de la convivencia pacífica? Para poder extorsionar trabajo asalariado cantidades cada vez más gigantescas de plus-trabajo, esto es, de plusvalor, esto es, la ganancia que cada capitalista se embolsa gracias a la explotación cada vez más intensa y extensa del trabajo asalariado, verdadera esclavitud moderna.

Y esta explotación, con el desarrollo del imperialismo y la «globalización» del capital, ha aumentado exponencialmente a tal extremo que unos cuantos Estados capitalistas avanzados someten a una gran mayoría de países atrasados, y en consecuencia pobres, reduciendo al hambre, la desesperación, volviéndolos completamente dependientes del mercado mundial, es decir de las pocas decenas de miles de multinacionales que dominan precisamente el mercado mundial.

El mercado es para el capital - luego, dinero - como el agua para los peces; sin los mercados los capitales no circulan, no se reproducen, no podrían vivir. Pero en el mercado vencen sólo los capitales más grandes, los más fuertes, los más competitivos y defendidos por los respectivos Estados nacionales construidos expresamente no sólo con aparatos políticos y económicos complejos sino sobre todo con fuerzas armadas cada vez más a la altura tecnológicamente con respecto

a la competencia mundial.

Crear que el mercado puede volverse «ecuánime» y «solidario» gracias a la buena voluntad de los grandes de la tierra, es como creer que el pez grande renunciaría a comerse al pez más chico. Las leyes del capitalismo no las ha inventado el capitalista; el capitalista no es más que un producto del capitalismo. Los diferentes modos de producción que la sociedad humana ha desarrollado desde la era primitiva hasta hoy provienen de más o menos lentas y complejas transformaciones sociales y no de decisiones de jefes, de algún genio o grupos particulares de personas.

Entonces, es por razones materiales e históricas, que el modo de producción capitalista - y por lo tanto el mercado; el valor, la ganancia, el dinero, la explotación del trabajo asalariado - no pueden someterse a objetivos sociales que no sean sino aquellos, y sólo aquellos, que alimenten y desarrollen al capitalismo mismo, con todas las consecuencias que el desarrollo capitalista ha comportado y comporta: desigualdad entre los hombres, entre naciones y Estados, guerras, miseria creciente, hambre y desesperación para una grandísima parte de la población mundial, destrucción y toxicidad ambiental a muy elevada potencia.

Y es por razones bien materiales e históricamente determinadas que el capitalismo podrá ser superado para dar espacio a una sociedad efectivamente solidaria y armoniosa - la sociedad de especie, el comunismo - solamente a través de la lucha de clase internacional del proletariado de todos los países, y principalmente de los países capitalistas actuales más avanzados que dominan al mundo. La posibilidad de cambiar el mundo no está en la democracia burguesa, o en las instituciones caritativas y religiosas, mucho menos en la «buena voluntad», ella no puede recidir sino en la vigorosa y decidida lucha anticapitalista que históricamente sólo el proletariado moderno, el «pueblo del trabajo asalariado», puede desarrollar a través de su organización independiente de clase, su partido político.

LA VIA PARA VENCER LAS INFAMIAS DEL CAPITALISMO ESTÁ EN LA REANUDACIÓN DE LA LUCHA PROLETARIA INDEPENDIENTE Y DE CLASE

Proletarios,
Luchar contra el poder desmesura-

do de las multinacionales y sobre todo contra el de los 8-9 Estados más potentes del mundo en defensa de los miles de pueblos oprimidos, en defensa del ambiente y de la vida bajo cada cielo es un primer paso de la crítica al statu quo, de la resistencia a la presión y a la opresión del capitalismo sobre los seres humanos. Pero los pasos sucesivos si son dirigidos en la senda de las ilusiones democráticas y reformistas, están destinados a fracasar; un gran desperdicio de energías avocadas a plegarse antes y después al statu quo, una vez que el empuje de fuertes emociones y de sentimientos de solidaridad hallan perdido su arrancada. Y es cuando entonces asistiremos por la enésima vez al reflujó de los movimientos «anti-globalización» como otrora sufrieron los movimientos sesentiochistas de «la imaginación al poder», o los movimientos antinucleares durante los años setenta; la democracia burguesa, con sus miles de cuentos de los cuales los movimientos de aquel entonces y los de hoy se encuentran finalmente prisioneros, logra asimilar todo.

La vía más difícil, pero más eficaz, de la resistencia anticapitalista y de la lucha contra todo tipo de opresión - de multinacionales o empresas del país, de Estados imperialistas fuera de sus fronteras o de su Estado nacional sirviendo de estropajo, de la burguesía del país que nos coloniza o la del propio país más o menos al servicio de algún poderoso de este mundo - es la vía de la lucha de clase; esto es, la lucha que el proletariado organizado crea en defensa exclusiva de sus intereses de clase, en primer lugar inmediatos y luego sobre niveles más generales y políticos. ¡Son las condiciones materiales del trabajador asalariado que existen en cualquier parte del planeta lo que reúne objetivamente a todos los proletarios del mundo!

Es por ello que, desde sus orígenes, el grito de guerra del comunismo revolucionario ha sido: ¡PROLETARIOS DE TODOS LOS PAÍSES, UNÍOS!

Más ¿dónde se encuentra el proletariado hoy? ¿dónde y cómo se organiza en defensa de sus intereses inmediatos y de clase?

Hoy el poder burgués, su supremacía, su dominio se encuentra delante de un infinito archipiélago de movimientos que impugnan justamente esta supremacía, este dominio y piden - unos cristianamente, otros con determinación democrática, los más temerarios con actitudes barricadistas - el

derecho de manifestar precisamente esta impugnación. Pero, la substancia de las reivindicaciones «anti-globalización», en su gran mayoría compatibles con el capitalismo aunque no esté de acuerdo con la arrogancia de los grandes de la tierra, no quita un solo gramo del peso del Gran Capital sobre la sociedad. Hoy el poder burgués no se encuentra delante de un proletariado organizado, un proletariado unido en la lucha contra el capital a cada nivel - partiendo de la defensa del puesto de trabajo hasta arribar al nivel más general y político de las grandes cuestiones sociales - , no se encuentra frente a un proletariado guiado por su partido revolucionario. El proletariado ha desaparecido de la escena, no representa un punto de referencia y de fuerza de la oposición al capital y al poder burgués; pareciera disuelto en la nada, tanto como para dar campo a las teorías más imbéciles sobre la esperada transformación de la sociedad dividida en clases en sociedad «sin clases» no obstante la continuación de la dominación del capital, el mercado, la ganancia capitalista, el trabajo asalariado.

La ausencia del proletariado, en cuanto clase organizada en forma independiente, de la escena de los contrastes sociales determina la objetiva «invasión de campo» por parte de la pequeña burguesía que, numerosa en los países capitalistas avanzados, ocupa el rol provisorio de «protagonista», empuñando la bandera de la oposición social y política contra las exageraciones del capitalismo y los capitalistas, estén directamente ligados o no al gobierno, contra los símbolos más reconocibles, como es el caso de las multinacionales.

Todavía hoy, el proletariado se encuentra obligado a vivir en la sombra, no poseyendo la «visibilidad» que gozan frecuentemente los actuales movimientos «anti-globalización», no logrando plantear sus propias reivindicaciones en defensa de mejores condiciones de vida y de trabajo sobre el terreno de la más elemental lucha anticapitalista; pareciera condenado para siempre, expedito a un ángulo de la historia. Desgraciadamente esto es una tremenda realidad. La gravedad de los daños que el colaboracionismo sindical y político de los sindicatos tricolor y de los partidos falsamente socialistas o comunistas han infligido a la independencia de clase, a la organización proletaria clasista incluso sólo a nivel de defensa inmediata, cosa que

se puede medir cuando en tiempos de recesión económica o de crisis la clase dominante burguesa pasa a la política directamente antiproletaria, volviendo a englutir una tras otra las concesiones que las luchas proletarias habían conquistados en años precedentes, sin ninguna seria y vigorosa resistencia obrera. Y esto es lo que está sucediendo en todos los países capitalistas más avanzados. Cuanto más se agudiza la competencia internacional, más la burguesía de cada país en particular tiende a exprimir a su proletariado - y a triturar al proletariado de los países más pobres - con la finalidad de mantener y defender su propia «cuota de mercado», o sea su propio provecho. Sin embargo, de este proceso de compresión social no sólo la resiente el proletariado en términos de desempleo, miseria, hambre; lo resienten también más o menos largas franjas de la pequeña burguesía que, en tiempos de expansión económica, había aprovechado a manos llenas de la tasa de explotación que la gran burguesía ejerce sobre el trabajo asalariado, enriqueciéndose ella de paso y elevándose en prestigio social.

Ahora, con la crisis y la recesión económicas que avanzan - en Japón es ya una brutal realidad - muchos estratos de la pequeña burguesía temen (o en parte ya han terminado) de caer en las condiciones de vida del proletariado, esto es de los sin-reservas, en las condiciones de quien no puede ya pagar el arriendo, de tener que vivir día por día, de tener que venderlo todo e ir a trabajar bajo las órdenes de un patrón. Estas son las condiciones materiales que empujan a la pequeña burguesía a rechazar el empeoramiento de sus específicas condiciones de vida. Mientras que en sus amplios estratos ha aparecido la ilusión de poder mejor defender sus privilegios sociales apoyando aquellos gobiernos más propensos a mitigar los golpes de hacha que reciben constantemente sus posiciones sociales, en otros ha comenzado a tomar auge la idea de solidaridad, de caridad, de legalidad, de democracia directa. Y así es como nacen miles y miles de grupos, asociaciones, círculos, centros sociales que se dedican precisamente a la defensa de los derechos humanos, a la defensa del ambiente, a ayudar a los inmigrantes, y a los desesperados de la droga o del alcohol, en los países opulentos o en África, América Latina, o en Asia.

Para una gran parte de los movimientos actuales, la «anti-

globalización» representa el común denominador que los reúne en torno a un hipotético «frente» contra las más odiosas «incivildades» de los poderosos de la tierra, contra la arrogancia de las multinacionales y contra la democracia «trinchada» del poder burgués, contra la usurpación de los recursos naturales y ambientales del planeta por parte de empresarios que lo han tomado por asalto y contra las constantes fechorías de los políticos en el poder. Un «frente» que no cuestiona - y no puede cuestionarlo, dado su origen y composición - las bases mismas de esta «incivildad», las bases productivas de esta sociedad burguesa, su modo de producción que empuja al capital a su enésima potencia, su producción y reproducción, su acumulación y valorización, que empuja las empresas que se hacen competencia a coaligarse, fundirse y concentrar sus capitales en dosis cada vez más macizas, hasta transformarse precisamente en trusts, las famosísimas multinacionales, en un proceso que se repite en forma continua.

Existe sólo un movimiento que ha puesto y pondrá en discusión las bases mismas del horror capitalista: el movimiento proletario de clase, el movimiento del comunismo revolucionario representado históricamente por Marx, Engels, Lenin y de ninguna manera por Stalin, Mao Tse-Tung, Castro o el Ché Guevara, mucho menos por los Toni Negri o los movimientos de hoy.

DE LOS MOVIMIENTOS DE LA «ANTI-GLOBALIZACIÓN» SE PUEDEN, SIN EMBARGO, SACAR ALGUNAS LECCIONES

Proletarios,

No obstante sus límites, los movimientos «anti-globalización», que son movimientos reales, pero práctica e ideológicamente, casi todos, prisioneros de la democracia burguesa y de sus aparatos - ya sean gubernamentales o no gubernamentales - ponen en evidencia algunos aspectos del poder capitalista que deben mover a la reflexión y llevar a los proletarios a reconocer en sí mismos y en su fuerza social desconocida hasta hoy la clave de la lucha contra el capitalismo.

Primero que nada, se hace evidente para todos que los grandes de la tierra, sean 8, 9, o 10, jamás han pedido, ni piden y no preguntarán jamás a ninguno si tienen ellos o no el derecho de tomar decisiones que involucran a todos los países del mundo: la razón del

«derecho» está cimentada en la fuerza, y más concentrada y armada está esta fuerza, más este «derecho» se impone, plazca o no a los demócratas más convencidos. Entonces, primera lección: es la fuerza organizada, en asociaciones, partidos, aparatos estatales, lo que determina el curso de la historia, y es con la fuerza que se imponen los derechos.

En segundo lugar aparece claro para todos que los intereses específicos de los más grandes y potentes grupos multinacionales e imperialistas del mundo, son los intereses que priman sobre todos los otros. Los Estados burgueses son cada vez y siempre más el «comité de negocios de los capitalistas» el cual defiende sus intereses; los Estados Imperialistas más potentes y dominantes del mercado mundial dictan con la fuerza de su potencia económica, financiera y militar las condiciones de participación al mercado mundial de todos los otros países, aumentando por esta razón la presión y opresión capitalista sobre toda la población del mundo, proletarizando poco a poco y cada vez más amplias masas de campesinos expulsados de sus tierras y labranzas, aumentando al mismo tiempo el grado de explotación de un proletariado que se evidencia cada vez más como masa asalariada mundial.

En tercer lugar, resulta claro hasta para el más distraído que los grandes de la tierra, más se desarrolla la economía capitalista, más se desarrollan los elementos de crisis y contraste entre los mismos grandes imperialismos, y más tienen estos necesidad de reunirse cada vez con más frecuencia y a todo nivel institucional no sólo para pilotar el andamio de la economía mundial y la de cada país, sino sobre todo para tratar de encontrar de vez en cuando aquellos acuerdos a través de los cuales defender mejor sus específicos intereses nacionales dentro de un mercado mundial que en realidad - como siempre lo ha sostenido el marxismo - no es nada fácil de gobernar. Así, en el mercado mundial, la congénita anarquía del mercado capitalista desde sus orígenes no hace sino agigantar - paralelamente al loco desarrollo de la producción capitalista - sus brutales consecuencias. Pero las reuniones de los grandes de la tierra tienen necesidad de «serenidad», de «tranquilidad», de «seguridad» ya que en estos encuentros se deciden cosas incluso muy importantes para el destino de tal o cual holding, de esta o

aquella economía nacional, de esta o aquella alianza. Los capitalistas desean ser dejados en paz en su gran labor de defensa de sus gigantescos beneficios, y logrando militarizar la ciudad en la cual decidan reunirse - como en Génova - si los movimientos sociales que los impugnan osan «desobedecer»; y usando policías bien armados - como en Gotebörg - prontos incluso a disparar a altura de hombre si estos se estiman «sobrepasados» por los manifestantes. Lo que demuestra una vez más que la fuerza, y la fuerza armada, decide quien tiene «derecho» a reunirse y decidir sobre los destinos del mundo (los grandes de la tierra) y quiénes no (los grupos de impugnadores).

En cuarto lugar, la renovación del jueguito del diálogo y de la militarización de la ciudad, revela por enésima vez que la burguesía dominante no se limita a usar el solo método del el palo y la zanahoria, sino que tiende constantemente a difundir la idea según la cual toda discusión de su poder e intereses es «acceptable» en la medida en que la misma se restrinja a los confines ya definidos de antemano, e «inaceptable» si la protesta social supera aquellos confines. Luego, la tolerancia democrática tiende a restringirse, y todo movimiento que no acepta las reglas que impone en el momento el poder burgués es considerado precisamente como «irregular», sospechoso de ideología y acción violenta, criminalizado. La democracia burguesa revela así su otra cara, la más verdadera: las reglas democráticas escritas no tienen valor sino cuando son interpretadas por los representantes del poder burgués. Aquel que la interprete «libremente» o «a la letra» corre el riesgo de encontrarse fuera de los confines de las reglas democráticas impuestas por el poder burgués, y por ello en condiciones de ser perseguido, golpeado si la necesidad lo amerita, arrestado o abaleado por las fuerzas del orden - del orden burgués se entiende.

En quinto lugar, la protesta social contra las consecuencias más brutales del dominio capitalista sobre la sociedad demuestra una vez más que el capitalismo - como modo de producción, poder político y sociedad - no posee en su interior la posibilidad concreta de transformarse en otro modo de producción, en otro poder político, luego en otra sociedad. Tal imposibilidad no reside en la arrogancia de las multinacionales, en la incivildad de

ávidos y sedientos empresarios, o en la falta de conciencia de hombres de mala voluntad, en las ideas de superioridad racial o religiosa de los pueblos, sino que residen en las bases económicas del propio capitalismo. Capital y trabajo asalariado son las dos fuerzas basilares de la sociedad burguesa; el capital domina la sociedad, y por ende la clase burguesa, la que detenta la propiedad privada del capital, es la clase dominante; el trabajo asalariado es la fuente principal de la riqueza social, la que aporta a los capitalistas, dado su dominio sobre la sociedad, el manantial de sus beneficios expresados en plusvalor, del tiempo de trabajo no pagado a los trabajadores asalariados y que se transforma en plusvalor, extorsionado a los trabajadores asalariados directamente de su actividad productiva cotidiana, día tras día. El capital no puede sino reproducir las condiciones de su crecida, de su reproducción. Con el crecimiento de su desarrollo, en la misma proporción el capitalismo aumenta en proporción las consecuencias desastrosas por todos conocidas. Riqueza de un lado, pobreza, miseria y muerte del otro. Y no existe fuerza en el mundo, capaz de desviar su trágico curso. No lo ha logrado el liberalismo, ni siquiera el reformismo, mucho menos el falso comunismo soviético, ni menos aún el todavía más falso comunismo chino.

El capitalismo, aun con todas sus crisis cada vez más agudas que periódicamente se desatan a dimensión planetaria, y a pesar de sus enfrentamientos de guerra cada vez más extensos y destructivos, no se detendrá jamás por sí solo y no existe movimiento democrático alguno, legalitario, pacifista que tenga la posibilidad (admitiendo y no concediendo que lo desee) de interrumpir su desarrollo. De vez en cuando pueden ser encontrados paliativos o «soluciones» llamadas «intermedias», aquello de que «peor es nada», pero la verdadera realidad se lee más en el hecho que el desarrollo del capitalismo, mientras de un lado agiganta la acumulación de riquezas en pocas manos y en pocos países al otro lado expande enormemente sobre 3/4 de la población mundial la miseria, el hambre, la muerte. Las tenazas entre países capitalistas industrializados y avanzados y países capitalistas atrasados, con el pasar de las décadas, se amplía cada vez más, tendencia que se perfila en el horizonte. El capitalismo no es reformable, sino que, como sostenía Marx, es aba-

tido y sustituido por otro modo de producción y por otra sociedad; un modo de producción no ya de mercancías mas de bienes de uso, no una sociedad mercantil mas una sociedad de especie que tenga en su centro no el mercado sino los hombres y sus relaciones sociales.

En sexto lugar, los proletarios deben extraer una exquisita lección política de todo cuanto está aconteciendo bajo sus ojos.

Existe en la sociedad burguesa de hoy, como en la de ayer, una fuerza social capaz de oponerse con éxito a la dominación y ultrapotencia de la burguesía: esta fuerza reside en el proletariado, o sea en la única clase de esta sociedad que no tiene nada que ganar de la persistencia del modo de producción capitalista, de la propiedad privada sobre los medios de producción y de la apropiación privada de toda la producción social, o del desarrollo del capital financiero. Pero el proletariado, que históricamente es la clase contrapuesta a las clases burguesas y preburguesas, puede concretamente devenir clase que a partir del momento en que esta actúa en la sociedad a la sola condición de separar sus destinos, objetivos, reivindicaciones de todas las otras clases de la sociedad; en una palabra, de reconocerse como clase distinta y contrapuesta, organizándose de manera independiente de las demás clases u otro aparato o institución existentes, poniendo por encima de sus propios intereses inmediatos la defensa intransigente de los intereses exclusivamente proletarios.

La lucha que el proletariado debe necesariamente entablar para simplemente sobrevivir no puede jamás ser eficaz si la misma se limita a la esfera individual, siendo condicionadas por las exigencias económicas de la empresa en la cual son explotados o por las exigencias de paz social que la burguesía pone como condición para poder dedicarse mejor al incremento de sus beneficios. La lucha proletaria tiene la posibilidad de obtener resultados y de extenderse dentro de las filas proletarias a condición de unir concretamente a los proletarios en la defensa de sus intereses inmediatos comunes y desarrollándose con medios y métodos clasistas, esto es que no dependan de la defensa de los intereses patronales o de los intereses ... del país.

Y la solidaridad entre proletarios se vuelve un punto de fuerza que se agrega a la lucha anticapitalista en la medida en que la misma es una solida-

ridad de lucha, que contribuye con actos concretos a una mejor defensa de la lucha misma.

**¡LOS PROLETARIOS DEBEN
ALZAR LA CABEZA, OSAR,
LUCHAR AL MENOS POR LOS
INTERESES DE CLASE
QUE LO FRATERNIZAN
EN TODO EL MUNDO!**

Proletarios,

Plantearse los problemas del SIDA en África, del hambre en los países pobres, de la alta mortalidad en los niños de los países del Sur, de los millones de prófugos de las miles de guerras que apuntan en el mundo, de los desastres ambientales cada vez más numerosos provocados por los asaltos salvajes a los recursos del planeta y por la siempre más aguda competencia capitalista en la competitividad del mercado, tiempos en los cuales el desarrollo tecnológico da la posibilidad de información desde cada ángulo del globo, es un hecho lógico y sólo la misma insensibilidad por la suerte de los hombres en la tierra mantiene alejados de estos problemas a largos estratos de la población de los países opulentos. Pero incluso la información que se difunde a través de la tv, la radio, los cotidianos, y hoy a través de Internet, está en manos de la clase dominante que la dirige, la confecciona, la distribuye, la controla, la oculta, la elimina, según sus intereses de propaganda. Y, vista la sustancial ineficacia - desde el punto de vista de la solución de estos problemas - de los movimientos que se ocupan con más o menos devoción de los problemas arriba mencionados, no hay ninguna duda sobre el hecho que la clase burguesa dominante tiene todo interés en que uno se preocupe del hambre en el mundo en lugar de la concreta lucha obrera en defensa de las condiciones de vida y de trabajo en las galeras capitalistas. Es sólo esta concreta lucha obrera la que puede efectivamente ser portadora de un movimiento social concretamente anticapitalista y antiburgués.

Lo que interesa a la clase burguesa es mantener alejados a los proletarios del terreno de la efectiva y abierta lucha entre las clases, único terreno sobre el cual se puede desarrollar el movimiento social de la concreta y eficaz oposición a la presión y ultrapoder del capitalismo. Entonces, dado que las contradicciones del capitalismo desarrollan sin embargo movi-

mientos de protesta en cierta manera antagonistas al statu quo, las clases burguesas prefieren de lejos enfrentarse a movimientos como el de los «anti-globalización» que piden más democracia, más equidad social, más atención a los pobres y menos asalto salvaje de las multinacionales que en cada rincón de la tierra buscan extraer el máximo de beneficio posible en el menor tiempo posible, mucho mejor que el tener que hacer a otro tipo de protesta, a otro tipo de antagonismo, precisamente el proletariado clasista. ¿Por qué? Porque los movimientos de opinión, democráticos, aun realizando acciones violentas, son antes y después recuperables, tal como lo han demostrado ampliamente los movimientos de protesta del año 68, y los movimientos de la lucha armada de los años 70, en primer lugar las Brigadas Rojas. Mientras que el movimiento independiente de clase del proletariado, como lo han demostrado las luchas revolucionarias a partir de junio de 1848 en todas las principales capitales de Europa y de la Comuna de París para añadir a la revolución bolchevique de Octubre 1917, es imposible de recuperar; para vencerlo la burguesía democrática ha debido no sólo utilizar las armas de la propaganda, de la corrupción económica, la traición de los jefes del proletariado, sino que ha debido pasar por las armas a millones de proletarios, verdadera hecatombe olvidada siempre por medias y profesores. Se dirá: ¡pero esta ha sucedido hace tanto tiempo, hoy las cosas han cambiado, hay más democracia, más cultura, más medios a nuestra disposición, tenemos Internet!

¡Nada más ilusorio! ¡Las multinacionales, a la par de cada capitalista, extraen sus gigantescas ganancias siempre de la misma fuente: de la explotación del trabajo asalariado, o sea de la extorsión del plusvalor del tiempo de trabajo que no es pagado al trabajador asalariado! ¡Los beneficios capitalistas, la riqueza capitalista, provienen de esta verdadera mina! Y es hasta que las clases burguesas logren mantener el dominio no sólo económico, sino político, ideológico y militar sobre el proletariado del mundo entero, que esta mina aparecerá como «inagotable».

He aquí el punto. La riqueza acumulada por las clases dominantes burguesas en doscientos años de capitalismo es tan vasta que, en el estadio imperialista del desarrollo capitalista, la cifra de activos de uno solo de los grandes holdings financieros multi-

nacionales es superior al producto interno bruto de un gran número de países de la llamada periferia del capitalismo. Es gracias a la posesión de esta gigantesca riqueza que las clases burguesas tienen en su puño los Estados y el mundo. Pero si la riqueza capitalista depende tan fuertemente, entonces quiere decir que el proletariado que representa el trabajo asalariado en todo el mundo tiene objetivamente en mano la posibilidad de interrumpir el flujo de beneficios hacia los bolsillos de los capitalistas; de manera provisoria como por ejemplo con las huelgas, a través de las cuales se puedan obtener resultados parciales si se actúa en forma bastante dura - clasista, pues - pero que todavía no revierte la situación en favor de la clase asalariada; o en modo mucho más profundo y decisivo como en el caso de la lucha de clase llevada al nivel de la lucha revolucionaria por la conquista del poder político, derribando prácticamente el poder dictatorial de la burguesía e instaurando en su lugar el poder dictatorial del proletariado.

Es éste el espectro para toda la clase burguesa del mundo: encontrarse de frente, como en 1871 en París o en Moscú o en Petrogrado, el proletariado revolucionario que ha aceptado el encuentro, decidido a ir hasta el fondo, guiado por su partido de clase.

La burguesía dominante habituada desde hace doscientos años de dictadura capitalista sobre la sociedad, sabe que el método más eficaz para obtener el más amplio consenso en las masas populares es el democrático. Lo ha experimentado tantas veces, pero sabe también que las contradicciones que surgen constantemente de la misma sociedad ponen y pondrán en movimiento diferentes estratos sociales y no sólo la clase proletaria. El frenesí y la voracidad en que el capitalismo desarrollado pone a sus representantes es tal que, en determinadas situaciones, aún sin la presencia de un verdadero peligro revolucionario por parte del proletariado - como lo fue en los años de la primera postguerra en la cual se impone el fascismo para Italia y el nazismo para Alemania -, el control social con el método democrático no garantizaban tiempos y modos de enriquecimiento capitalista y por ello el método a utilizar debía ser el más directo de la dictadura abierta y militar - como en América Latina, en África, en el Cercano y Extremo Oriente, o como en el tiempo de los coroneles en Grecia, Franco en España, Salazar en Portugal.

En todos los casos, el objetivo social sigue siendo fundamentalmente el mismo: control social y sumisión del proletariado a todo beneficio de la gran fábrica de beneficios que representa el capitalismo.

Democracia, pues, a dosis masivas, y sobre todo en términos de ideología y propaganda; aunque no esté excluida la represión, la dictadura militar, el método fascista, según la situación que se cree en la correlación de fuerzas entre las clases principales de la sociedad, entre burguesía y proletariado. Por otra parte, que las democracias surgidas de la segunda post-guerra (llamada anti-fascista) se han progresivamente «fascistizadas» está demostrado por toda una serie de hechos: la concentración cada vez más marcada del capital, la cada vez más evidente impotencia de las instituciones democráticas frente a la potencia económica de los grandes grupos industriales y bancarios, y de las grandes multinacionales, la progresiva militarización del territorio, el proceso de integración de los grandes sindicatos dentro del Estado, el colaboracionismo interclasista a todos los niveles y en todos los terrenos. Y más se procede hacia tiempos de dura competencia en el mercado mundial, más los caracteres de la democracia blindada descubren la realidad de la dictadura de la clase burguesa dominante.

Por su condición de sin reserva y de productor de la riqueza social, por su condición de clase históricamente antagonista a la clase burguesa sobre el plano de intereses no sólo inmediatos sino también generales, por su presencia en todos los países del mundo, por su tradición clasista y revolucionaria, el proletariado es la única clase social que posee lo que ninguna otra clase posee: el programa revolucionario, los fines históricos que superan toda sociedad dividida en clases, y en particular la última de ellas, la sociedad burguesa, la doctrina marxista del socialismo científico que no se limita a «explicar» cómo funciona verdaderamente el capitalismo, sino sobre todo que explica hacia dónde conduce el desarrollo del capitalismo, y por qué. Este programa revolucionario, esta doctrina del socialismo científico, y la tradición clasista del movimiento comunista, sirven de base al partido de clase del proletariado, partido sin el cual el proletariado no tendrá ninguna posibilidad histórica de vencer en la guerra de clase contra la burguesía.

Pero el partido de clase no encon-

trará jamás al proletariado si este último no sale de su torpor pluridecenal que lo anquilosa, si no se desembara de las incrustaciones democráticas y colaboracionistas que lo mantienen secuestrado del poder burgués desde hace decenios, si no retorna a la acción de clase que toma su suerte en mano y se reorganiza sobre el terreno de la lucha de clase, sobre el terreno de antagonismos declarados de clase entre proletarios y burgueses, sobre el terreno de la independencia política y práctica fuera de los aparatos interclasistas empeñados exclusivamente en la defensa de la conservación social, y por ende de la burguesía dominante.

Proletarios,

Hay que encontrar el coraje de osar: decir no a las exigencias patronales, decir no a privilegiar las exigencias del mercado, decir no al chantaje sobre el puesto de trabajo y el salario, decir no a las tratativas que no pongan en primer lugar la defensa del salario y la reducción del tiempo de trabajo, decir no a la diferenciación entre trabajadores inmigrantes y trabajadores autóctonos, decir no a cada prepotencia de los jefes, jefecillos, patronos y patroncillos, decir no al colaboracionismo con el patrón y las instituciones burguesas.

Proletarios,

¡Vuestro porvenir se encuentra en vuestras manos. Hay que encontrar el valor de alzar la cabeza y de retomar la vía de la lucha clasista desembarazándose de las ilusiones reformistas, gradualistas, colaboracionistas, pacifistas que durante todos estos años les han impedido de mirar en cara la realidad: ningún poderoso, ningún industrial, ningún gobierno burgués, ningún parlamento democrático, ni institución burguesa nacional o supranacional han realizado algo de determinante en favor de las condiciones de vida en la cual viven!

Todo mejoramiento incluso mínimo, toda atenuación en el empeoramiento de las condiciones de vida y de trabajo, son el resultado de sus luchas.

Es la lucha de los proletarios en las décadas precedentes que ha obtenido toda la serie de mejoras a nivel salarial, normativo, providencial, sanitarios, pensionario que hoy la clase burguesa está empeñada en volver a englutir pedazo a pedazo. Y es a través de la asociación económica clasista, como la CGT en las dos primeras décadas del 1900, que los proletarios han desarrollado la propia defensa organizada y su solidaridad de clase, lo que en vez de la degeneración colaboracionista y reformista ha destruido entregando a la burguesía una clase proletaria completamente inerme y desmoralizada.

Antes incluso que el puesto de trabajo, el salario debe volver a convertirse en la primera reivindicación por la cual luchar. La reducción drástica de la jornada de trabajo y el consiguiente rechazo de las horas extras, deben convertirse en las otras reivindicaciones de base de la lucha inmediata de todos los proletarios. La lucha contra la discriminación salarial y normativa entre obreros autóctonos y obreros extracomunitarios, debe caracterizar la solidaridad proletaria. La lucha contra toda prepotencia, en la fábrica y en la vida cotidiana, debe volver a ser el eslabón político que conjugue la lucha inmediata con la lucha general del proletariado contra los capitalistas y sus aparatos de poder.

Si el proletariado no comienza a luchar nuevamente sobre este terreno, no habrá ninguna posibilidad de luchar seriamente por objetivos más importantes, de nivel menos inmediato y más político. Luchar por ejemplo, contra el desmesurado poder de las multinacionales, contra la explotación bestial a la cual se confrontan los proletarios de los países más atrasados, contra los desastres ambientales, contra la producción extremadamente nociva transferida invariablemente a los países más pobres, podrá convertirse en algo concreto y eficaz, incluso para los proletarios de estos países, bajo la sola condición que los proletarios de los países capitalistas avanzados hallan alcanzado el nivel de organización clasista y de tensión de lucha capaz de

obligar a los vértices de las multinacionales a conceder a los proletarios de los países de la periferia capitalista las mismas condiciones salariales y de trabajo concedidas a los proletarios de la «casa madre». Este es el contenido de la lucha de clase y de la solidaridad de clase entre proletarios de todos los países del mundo. Pero, para obtener tal resultado, es necesario que los proletarios de los países imperialistas, ricos, opulentos, derrochadores, no se dejen plegar a las exclusivas exigencias del «buen encaminamiento de la economía empresarial», de la «competitividad de nuestras mercancías», de la «defensa de los intereses nacionales en el mercado mundial», ya que estas exigencias son precisamente la vía a través la cual pasan los intereses del capital, los intereses de los grandes holdings financieros y de los grandes grupos multinacionales.

Estar concretamente y desde el punto de vista proletario contra la «globalización», entendida como agudización de la explotación capitalista en todos los países, mayor en los países capitalistas atrasados, significa estar por la reorganización clasista del proletariado sobre el terreno de la defensa de las condiciones de vida y de trabajo en «casa propia» antes que nada, luego actuar en el sentido de organizar la lucha proletaria primero contra la «propia» burguesía, contra sus «propios» patronos, contra sus «propios» gobernantes. Y ya este objetivo, dada la vorágine abierta por el colaboracionismo en la tradición de lucha del proletariado es a considerar como una grande y difícil meta. ¡Los comunistas revolucionarios, lejos de toda ilusión democrática y pequeñoburguesa, trabajan en esta dirección!

**Partido Comunista
Internacional**

Il Comunista N° 76 (Luglio 2001) /
Le Prolétaire N° 458 (Juil.-Août-Sept.
2001)

Chile, a treinta años de distancia

Hace treinta años, en septiembre de 1973, el sangriento golpe de Estado propinado por el general Pinochet derribaba al gobierno de la Unidad Popular de Allende y desencadenaba una feroz represión contra los proletarios y militantes obreros: la pretendida «*vía chilena al socialismo*», pontificada por los reformistas de todos los países, se revelaba ser, como lo escribíamos en aquel entonces, la vía única de la contra-revolución, la vía que lleva a la masacre de la clase obrera. Hoy, en que la persistente crisis económica en América Latina (la CEPAL, comisión económica de la ONU para América Latina, habla de «6 años perdidos» para el crecimiento económico en la región) preñada de dificultades políticas para la burguesía, vemos reaparecer en primer plano la zanahoria y el palo del orden burgués, es decir, dos métodos utilizados alternativamente por la burguesía contra los proletarios: las ilusiones reformistas y populistas y las amenazas golpistas. Tal como hace treinta años, la historia comienza a colocar de nuevo, concretamente, al proletariado frente a la alternativa o bien de ser un juguete del reformismo hasta que caiga el mandarriazo final o de colocarse en el terreno de la lucha de clase; es decir, romper con el interclasismo, con la unión popular o nacional con las clases burguesas y pequeño-burguesas, de constituir su partido revolucionario de clase, internacionalista e internacional, con el fin de comprometer la lucha abierta contra el orden burgués, no en la perspectiva de reformar, nacionalizar o democratizar al capitalismo, sino en la perspectiva de echarlo abajo luego de haber instaurado la dictadura del proletariado. Para que las víctimas de 1973 - víctimas no sólo de los golpistas chilenos y de sus padrinos imperialistas, sino también de los ilusionistas reformistas - no hallan caído en vano, para que la tragedia de ayer no se repita hoy, es indispensable recordar las enseñanzas cruciales de esa terrible experiencia.

El 5 de Septiembre de 1970, Allende conquistaba la presidencia con 36,3% de votos frente a 34,98% del candidato

de la derecha reaccionaria (Partido Nacional) y 27,84% del candidato del partido burgués tradicional, la Democracia Cristiana. En su discurso de la tarde del 5 de Septiembre, luego de la victoria electoral, Allende decía, en medio de frases líricas y demagógicas acerca del «*gobierno revolucionario*»: «*Hemos triunfado para derrotar definitivamente la explotación imperialista, para terminar con los monopolios, para hacer una seria y profunda reforma agraria, para controlar el comercio de importación y exportación, para nacionalizar, por fin, el crédito, pilares todos que harán factible el progreso de Chile, creando el capital social que impulsará nuestro desarrollo.*» Y, más abajo: «*Cuando un pueblo ha sido capaz de esto, será capaz también de comprender que sólo trabajando más y produciendo más podremos hacer que Chile progrese (...). Nunca, como ahora, sentí el calor humano; y nunca, como ahora, la canción nacional tuvo para ustedes y para mí tanto y tan profundo significado. En nuestro discurso lo dijimos: somos los herederos legítimos de los padres de la patria, y juntos haremos la segunda independencia: la independencia económica de Chile.*»

Tal discurso, donde no faltaban ni la puesta en guardia contra las «provocaciones», ni el llamado a evitar todo espíritu de «venganza» sólo buscaba tranquilizar a la burguesía, en caso de que esta lo exigiese, sobre las reales intenciones de la Unidad Popular. Como ningún candidato había obtenido la mayoría absoluta, le tocaba en efecto al parlamento, mayoritariamente conservador, de confirmar como era la costumbre, o de rechazar, la ascensión de Allende a la presidencia. Mientras que el Partido Nacional y la extrema derecha lanzaban una furiosa campaña contra la confirmación y por el establecimiento de nuevas elecciones (el general Schneider, jefe del estado mayor del ejército, que había declarado que un gobierno Allende era el único capaz de prevenir una insurrección popular, fue asesinado por un grupo de extrema derecha), la Democracia

Cristiana decidía votar por Allende, luego de la firma de un acuerdo donde los partidos de la U.P. se comprometían a respetar las instituciones del Estado, la policía y muy particularmente la autonomía de las Fuerzas Armadas (¿No es el ejército el máximo instrumento de la burguesía?). ¡El representante de la pretendida vía chilena al socialismo accedía a la presidencia gracias al principal partido burgués!

El programa de la U.P. - constituido por el Partido Socialista, el Partido Comunista y un pequeño partido del centro - no era en realidad otra cosa que una versión del antiguo programa demócrata-cristiano, condimentado con una gruesa capa de demagogia «socialista»; este correspondía a las necesidades de desarrollo del capitalismo autóctono: liquidación del sector latifundista retardatario que representaba una verdadera carga para la economía nacional (25% de la población activa se encontraba en la agricultura), retomando y profundizando la reforma agraria puesta en marcha bajo la presidencia demócrata cristiana; fin de la tutela del imperialismo, nacionalizando las industrias extractivas que se encontraban en manos de las grandes multinacionales, así como los «monopolios» extranjeros que estrangulaban a las empresas chilenas; acrecentamiento del rol del Estado en la economía, principalmente mediante el crédito, a fin de dirigir una parte más grande de los recursos hacia el desarrollo del capitalismo nacional. ¡Esto no tiene nada de «socialista» ni de «revolucionario»!

El carácter radical de las famosas nacionalizaciones realizadas por el gobierno de la U.P. debe ser particularmente relativizado, ya que no sólo nunca se trató de expropiar los intereses imperialistas, sino de volver a comprar sus empresas - y a precio gordo: la nacionalización de la industria del cobre, la más importante riqueza nacional, fue así un desastre para las finanzas del país. ¡Habiéndose desplomado los cursos mundiales del metal, en lugar de obtener recursos suplementarios de la nacionalización, el Estado tuvo que consagrar una parte impor-

tante de su presupuesto para pagarle a los antiguos propietarios imperialistas!

Además que ya en el período precedente, 40% de la industria chilena formaba parte del sector del Estado, la debilidad de la burguesía local imponía un rol prominente al Estado en la acumulación capitalista y para el desarrollo de la economía nacional.

Hacer pasar el desarrollo del capitalismo de Estado por socialismo ha sido siempre una de las mixtificaciones más peligrosas del reformismo, que desde un principio los marxistas han combatido: estos han afirmado que más el Estado hace pasar fuerzas productivas bajo su ala, más este explota a los proletarios y más este se transforma en capitalista colectivo (cf Engel, «El Anti-Dühring»). Es decir que la vía al socialismo no puede comenzar sino por la **destrucción del Estado burgués** y la instauración de la **dictadura del proletariado**. La vía reformista que defiende al Estado y a las instituciones burguesas y llama a los trabajadores a movilizarse en defensa de la economía nacional, es en consecuencia una vía **capitalista, anti-proletaria**.

La demagogia «socialista» de la U.P. era necesaria para los reformistas en una situación donde desde hacía algunos años se asistía a una agravación de la agitación social. El fin del mandato del presidente demócrata cristiano Frei había sido marcado por la crisis económica, las huelgas que pasarán de 1.939 en 1969 a 5.295 en 1970 junto a un movimiento de campesinos sin tierras que amenazaba a los grandes propietarios; durante la campaña electoral se desarrolló el primer movimiento nacional campesino de la historia del país, así como una huelga general. Esta demagogia sobre la vía al socialismo y al «poder popular» tenía por objetivo el de hacer adherir a los proletarios a esta vía integralmente capitalista, de hacerlos trabajar más, como lo había anunciado Allende claramente en su discurso. Los sectores dirigentes de la burguesía no se equivocaban: cuando Allende anunció la nacionalización de las minas de cobre, el gran cotidiano reaccionario «El Mercurio» sostuvo esta medida diciendo que era inevitable; luego, cuando un acuerdo fue establecido en Diciembre de 1970 entre el gobierno y la central sindical C.U.T. en el cual el sindicato se comprometía a hacer aumentar la producción como contrapartida a su participación en la elaboración de la política económica gubernamental

(medida llamada «socialista»), «El Mercurio» se felicitó de que esto era un método para hacer disminuir las huelgas. Y a propósito de la reforma agraria, el mismo órgano de los círculos burgueses más influyentes refería en Enero del 71 que había una reforma oficial correcta, y una otra, la del «hecho consumado» bajo la presión «de campesinos y comunistas». El gobierno comprendió esta protestación y reprimió las ocupaciones de tierras por los indios mapuches: «Ocupar la tierra es violar un derecho», afirmaba entonces Allende. Pareciera oírse al ministro de la reforma agraria (; trotskista!) del gobierno actual de Lula condenando las ocupaciones salvajes de tierra por los campesinos sin tierras...

El problema es que la dinámica de los enfrentamientos entre las clases no puede respetar los límites que los reformistas quisieran darle. El temor de los grandes propietarios delante de la generalización del movimiento espontáneo de ocupación de tierras por parte de los campesinos se traducía en el plan político con la agitación anti-gubernamental de la extrema derecha, mientras que el desarrollo de las huelgas luego de la disipación de la euforia inicial alimentaba la desconfianza de la burguesía hacia un gobierno que se mostraba cada vez más impotente para calmar las tensiones sociales. Las dificultades económicas (en parte debidas a esta desconfianza creciente de la burguesía) se manifestaban por un aumento de la inflación: 140% en 1972, más de 300%

en 1973 y la penuria de bienes de consumo, de la cual sufrían las masas proletarias principalmente. Las tentativas del gobierno de modernización capitalista del país le valieron además la hostilidad de cada vez más sectores de la pequeña burguesía, ya tradicionalmente reaccionarios; la perspectiva de crear una compañía nacional de transporte, que habría significado su sentencia de muerte, conllevó en Octubre de 1972 la revuelta de los artesanos camioneros (entre los cuales uno de sus portavoces era también dirigente del grupo de extrema derecha «Patria y Libertad»), al cual se incorporan una multitud de capas pequeño-burguesas (abogados, medicos, comerciantes, etc. se declararon también en huelga), poniendo al gobierno de rodillas. Un lock-out patronal se generalizó en muchos sectores. A este cuadro no hay que olvidar de agregar la acción del imperialismo estadounidense que veía con malos ojos las tentativas de independencia económica del gobierno chileno, así como sus propósitos anti-americanos o sus gestos en dirección a Cuba.

Delante del descontento de ciertos sectores burgueses, la U.P. había ya decretado la «pausa» de su programa social. Frente a la revuelta de la pequeña burguesía, a la agitación de la extrema derecha y mientras que los proletarios habían dado respuestas en numerosos lugares al lock-out patronal, mediante las ocupaciones de empresas y la constitución de diversas organizaciones y coordinaciones reagru-

Suplemento al n° 44 «el programa comunista» Agosto 2002

- ¡El golpe de Estado fallido en Venezuela es una advertencia al proletariado!

Suplemento al n° 44 «el programa comunista» Octubre de 2003

- Las lecciones del fracaso sangriento de la experiencia chilena - Chile, a treinta años de distancia - El carácter desastroso de la política de los frentes populares

Precio 0,5 Euro

el programa comunista

ORGANO DEL PARTIDO COMUNISTA INTERNACIONAL

Suplemento al n° 44 del programa comunista Octubre 2003 P. 0,50 € - A. L. 1.919.110

Las lecciones del fracaso sangriento de la experiencia chilena en 1973

Se dice que el hombre es el animal más inteligente de la creación, que puede aprender de sus errores. Pero en Chile, a treinta años de distancia, el fracaso sangriento de la experiencia chilena en 1973 sigue siendo una advertencia para el proletariado internacional. El fracaso de la experiencia chilena en 1973 fue el resultado de una política de frentes populares que no tomó en cuenta las lecciones de la experiencia soviética y china. El fracaso de la experiencia chilena en 1973 fue el resultado de una política de frentes populares que no tomó en cuenta las lecciones de la experiencia soviética y china. El fracaso de la experiencia chilena en 1973 fue el resultado de una política de frentes populares que no tomó en cuenta las lecciones de la experiencia soviética y china.

pando a los trabajadores y la población de un mismo sector - los «cordones» -, la U.P. invita, al lado de los bonzos sindicales de la C.U.T., a los militares a formar parte de su gobierno desde Noviembre de 1972. Se trataba de dar a los proletarios la impresión de estar representados en el gobierno (los obreros de las cementeras del Estado en huelga habían recientemente destrozado «su» ministerio) mostrando a la burguesía que la U.P. era cuidadosa del orden establecido y que no vacilaría en oponerse a los «extremistas». Es en esta época que fue aprobada la ley contra la posesión de armas de fuego, la cual no será utilizada sino contra la extrema izquierda en las semanas precedentes al golpe de Estado de Septiembre 73, como preparación a este.

En aquellos momentos escribíamos: «*En la medida que Allende, los 'socialistas' y el P.C. sean capaces de contener las reivindicaciones del proletariado y campesinado pobre, al mismo tiempo que se 'desarrolla la nación' sobre su lomo, la burguesía, que tiene fino instinto, las tolerará. Pero si la acción anti-capitalista del proletariado pasaba por encima de la fraseología de izquierda del gobierno, entonces la reacción entraría en acción, armada hasta los dientes*» (cf «Le Prolétaire» n° 138, 13-26/11/72).

Durante los primeros meses de 1973 la tensión social no cesó de aumentar; decenas de empresas permanecían ocupadas por los trabajadores, mientras que la U.P. estaba preocupada sobre todo por las elecciones municipales. El P.C. realizaba campaña sobre el tema: «*No a la guerra civil*». Este mensaje no se dirigía por supuesto a la burguesía quien no iba a pedirle consejos al P.C., sino al proletariado: para evitar provocar la guerra civil, los proletarios deberán moderar sus reivindicaciones («*había que frenar la ocupación de empresas, dar garantías al empresario privado y contener toda movilización popular estrictamente dentro del cuadro legal*» declaraba años más tarde un dirigente del PC (cf «El Chile de Luis Corvalán», Editorial Fontamara, p.215). ¡La gran huelga durante 2 meses de los 13.000 mineros del cobre de El Teniente fue condenada por los partidos de izquierda bajo el pretexto de que era irresponsable reivindicar aumentos de salarios cuando la inflación era ya tan elevada! Los mineros fueron acusados de corporatismo y de hacerle el juego a la oposición burguesa por el hecho de defender sus salarios roídos por la

inflación: según los partidos de la Unidad Popular, estos habrían debido aceptar sacrificarse para no obstaculizar la política económica de un gobierno que no deseaba bajo ningún pretexto atacar los mecanismos económicos del capitalismo ¡y que por consiguiente atacaba a los proletarios! El gobierno temía que una victoria de los mineros alentaría a otros obreros a entrar también en lucha. En el plano político, ello habría arruinado el difícil equilibrio de la Unidad Popular entre sus discursos «socialistas» y su sumisión en la práctica a los imperativos burgueses. El gobierno de la U.P. se había fijado como objetivo llegar a un compromiso en el parlamento con la Democracia Cristiana para nacionalizar unas cuarenta empresas ocupadas y entregar las otras a sus propietarios. Numerosas manifestaciones obreras se desarrollarán entonces contra la amenaza de retorno de los antiguos propietarios y harán abortar este compromiso.

Es en tal situación que en Junio de 1973 prorrumpió el «Tancazo»: una tentativa de putsch por parte de un regimiento de tanques de la capital. Esta acción prematura cuyo inspirador era «Patria y Libertad», no fue seguida por el resto del ejército y es abortada rápidamente. El secretario general del PS, Altamirano, afirmaba en un discurso destinado a los proletarios: «*Jamás la unidad de todas las fuerzas revolucionarias sin excepción ha sido más vigorosa y decisiva que en esta defensa de la patria amenazada. Jamás se ha producido como hoy una identidad tan grande entre el pueblo, las Fuerzas Armadas y los carabineros, identidad que se reforzará todavía más en el curso de cada combate de esta guerra histórica. El pueblo en civil y el pueblo en uniforme no son más que uno*».

En realidad el «tancazo» había servido de ensayo general. Mientras que la efervescencia se propalaba a gran escala entre las masas luego del fracaso del golpe de Estado, el gobierno de la U.P. no tomaba ninguna medida seria contra los verdaderos responsables del putsch y los altos responsables militares que expresaban simpatía por los putschistas. Lejos de buscar apoyarse en la movilización de las masas a las cuales se les temía más que a los golpistas, este se tornó hacia el ejército haciendo entrar a su jefe de estado mayor, el general Prats, en el gobierno; declarando el estado de urgencia, lo que significaba dejar al ejército las manos libres para dividir en

zonas a la capital. Este último multiplicaba rápidamente los allanamientos brutales y la búsqueda de armas ... en las fábricas, los barrios obreros y en los locales de los grupos de extrema izquierda cuyos militantes eran buscados por la policía militar. Esta se lanzó en una gran campaña de intimidación contra las zonas campesinas mapuches a partir del mes de Agosto. Los medios del Estado multiplicaban los ataques contra la «subversión» mientras que el gobierno se declaraba presto a adoptar una serie de medidas demandadas por la Democracia Cristiana para proteger los intereses de los grandes terratenientes o de los patronos. El gobierno había cedido en efecto a la presión de los sectores burgueses más duros a pesar que los golpistas habían sido vencidos...

Mas, en lugar de satisfacer a la clase dominante, estas retiradas no hacían más que reforzar a aquellos que estimaban que el tiempo del gobierno de Allende ya había terminado y que era hora de pasar a la represión abierta y brutal del proletariado, barriendo de paso a los reformistas: para la burguesía, el enemigo a cargarse no era Allende o su gobierno, sino el **proletariado**, a las masas explotadas y oprimidas, cuyo movimiento amenazaba los intereses capitalistas. Los putschistas de Septiembre 73 efecieron a Allende un salvo-conducto (que este rechazó), mientras que a los proletarios no sobrevendrán sino las balas, las salas de tortura y las prisiones. La metódica preparación del verdadero golpe de Estado (con la ayuda de los servicios norteamericanos) había comenzado prácticamente al día siguiente del tancazo.

Una semana antes del golpe, mientras que el impulso hacia la coordinación de sectores obreros más combativos tomaba cuerpo, cuando la tentativa de allanar la fábrica SUMAR había fracasado frente a, por primera vez, una resistencia armada de los obreros (y a la movilización de la población del cordón local), los cordones industriales y otras organizaciones proletarias de Santiago de Chile organizarán una manifestación para celebrar el tercer aniversario de la victoria de la U.P. En esta ocasión una «carta», redactada bajo la influencia de la extrema izquierda, fue enviada al «*camarada presidente Allende*»; en ella se decía: «*Ayer temíamos que la marcha hacia el socialismo se iba a transformar para desembocar en un gobierno de centro reformista, democrático*»

burgués que tenderá a desmovilizar a las masas o a conducir las a acciones insurreccionales de tipo anarquista por instinto de conservación. Pero hoy nuestro temor no es ese, tenemos ahora la certeza que no sólo nos arrastran por el camino que va hacia el fascismo sino que nos han quitado todos los medios para defendernos. (...) En este país no habrá una guerra civil, dado que la misma se encuentra en pleno desarrollo, sino una masacre fría, planificada». Para contrarrestar esta perspectiva, la carta exigía a Allende de colocarse a la cabeza del «ejército sin armas» que constituirían los cordones industriales.

No pudo haber ilusión más mortífera. Luego que un grupo de varias decenas de marineros denunciaba semanas antes el haber sido torturados por haberse opuesto al tancazo, Allende, para no chocar con los jefes de la marina, se había negado a apoyarlos declarando que se trataba de «elementos de extrema izquierda que actuaban conjuntamente con la extrema derecha». Por su parte, el jefe del Partido Comunista reafirmaba su apoyo al ejército: «Nosotros continuamos sosteniendo el carácter absolutamente profesional de las Fuerzas Armadas». En Agosto, el general Prats había demisionado de su puesto de ministro del Interior y de jefe del estado mayor (seguido por los otros militares en el gobierno) luego de la ruptura de las discusiones entre la U.P. y la Democracia Cristiana. Para remplazarlo, Allende nombra a otro militar, escogido por sus «convicciones democráticas», un cierto ... Pinochet. Comenzada con el acuerdo de la burguesía y afirmando solemnemente su respeto al ejército, la «vía chilena al socialismo» lograba así fatalmente poner la suerte del proletariado y las masas entre las manos de sus verdugos.

* * *

A la izquierda de la U.P. existían diversas organizaciones que se afirmaban revolucionarias. La más importante era el MIR (Movimiento de Izquierda Revolucionario). Grupo de orientación guerrillera, criticando al electoralismo y reformismo de la U.P., el MIR había llamado a la abstención luego de las elecciones presidenciales de 1970. Su apoyo a las reivindicacio-

nes y luchas le permitió ganar influencia entre las capas más radicales de la clase obrera y de los campesinos sin tierra. Pero desprovisto de todo programa marxista verdadero y pringado de prejuicios populistas, este se muestra incapaz de oponerse a la U.P. y defender una orientación de clase. Pese al odio que su apoyo a las luchas inspiraba los sectores más a la derecha de la U.P. como el Partido Comunista, este se le acerca (¡al punto de aportar guarda espaldas a Allende!). Ni la represión del movimiento Mapuche en el que se encontraba activo, ni el asesinato de uno de sus militantes por parte del PC lo decidirán a romper con el gobierno y la U.P. a la cual esperaba desde siempre y a pesar de todo empujar hacia la izquierda. Su «apoyo crítico» a la U.P. lo llevó inevitablemente a oponerse a las luchas obreras cuando estas entraban demasiado en oposición con la política de los reformistas; es así como el MIR condenó también a la gran huelga de mineros de El Teniente (acusados de hacer el juego a la oposición al gobierno); es así como, en las semanas precedentes al golpe, este condena la constitución de «coordinaciones de cordones» por las corrientes proletarias más radicales en nombre de la unidad con la C.U.T. y para preservar las posibilidades de unión con el PC. Cuando en los últimos tiempos, el gobierno dejaba que el ejército lo persiguiera, el MIR esperaba todavía convencer a la U.P. de desencadenar la lucha contra la reacción. El mismo día del golpe de Estado, el MIR participaba a una reunión con el PS y el PC para organizar la resistencia armada. El PC rechazó organizar cualquier iniciativa que se presentara pretextando que iba a esperar primero de saber si los golpistas iban a... cerrar el Parlamento. Le PS llegaba con 2 horas de retraso (¡era la hora del desayuno!) y las discusiones se eternizaban cuando el ejército rodeó el sitio de la reunión, obligando a los participantes a huir (cf MIR, «Courrier de la resistance» n° especial, Mayo 1975).

Congénitamente incapaz de romper con el reformismo, el revolucionarismo pequeño-burgués - el centrismo - tampoco pudo aprender nada de los acontecimientos. A pesar de la fatal experiencia de la política criminal del reformismo estigmatizado por él mismo, luego del golpe de Esta-

do el MIR adhería al frente popular del PC y PS y proponía extender esta alianza a los partidos burgueses democráticos. Concretamente esta decisión no tenía ninguna importancia, dado que la dictadura de Pinochet habría de aplastar por decenios a todo el movimiento proletario en Chile; pero políticamente la misma era el reconocimiento de que el MIR no fue jamás en los hechos sino una cobertura de izquierda del reformismo contra-revolucionario.

La lección de los trágicos acontecimientos de Chile no es original, aun cuando los marxistas deben recordarla en cada giro de la historia; para retomar la fórmula de Trotsky, en el enfrentamiento inevitable que tarde o temprano la opone a la clase dominante y su Estado, la clase obrera no puede esperar vencer sin partido o con un sucedáneo de partido. Si ella quiere evitar de ser conducida a la masacre, tiene que romper completamente con todas las fuerzas ligadas, de lejos o de cerca, a la burguesía y sus instituciones; le es preciso combatir a todos los falsos amigos llámense «obreros», «socialistas», «comunistas», «revolucionarios» u otros, que recomiendan la reforma o la democratización de las instituciones existentes, a todos aquellos que la llaman a la unidad interclasista «popular» «democrática» o «nacional»: todos estos son sus adversarios de clase o agentes de sus adversarios.

La sólo vía real al socialismo, el único camino para poner fin a su miseria, a la explotación y represión capitalistas, no es nacional, sino internacional: es la vía que comienza por la organización independiente de clase, por la constitución del partido de clase armado del programa comunista verdadero; es la vía de la lucha abierta y cotidiana contra los patronos y el Estado burgués, quien llegado el momento puede alzarse por la toma del poder y la instauración de la dictadura del proletariado; es la vía de la lucha política no ya popular sino proletaria, tampoco patriótica sino internacionalista, resuelta y abiertamente **anti-capitalista**, única capaz de arrastrar detrás de la clase obrera a todos los explotados y oprimidos al asalto del Estado burgués.

Todo el resto es pura propalación de engaños, concientes o no, para el sólo provecho de la burguesía y sus sicarios.

¡El golpe de Estado fallido en Venezuela es una advertencia al proletariado!

El viernes 12 de Abril pasado, luego de una candente y prolongada campaña de los medios contra el régimen, después de varias manifestaciones de burgueses y pequeños burgueses, luego de desencadenar huelgas en común con los patronos y el sindicato CTV (¡!) contra el gobierno, etc. los militares venezolanos derribaban al presidente Chávez, utilizando el pretexto de que una gran manifestación de oposición, que se dirigía hacia el palacio presidencial, venía de recibir disparos en la que resultaron 15 personas muertas y varias centenas heridas.

Mientras Chávez, que aparentemente demisionaba, había sido llevado en secreto hacia una base militar, un nuevo presidente fue inmediatamente juramentado bajo los auspicios de jefes militares, dignatarios de la Iglesia, jefes sindicales y otros notables: ¡Pedro Carmona, ni más ni menos que «el patron de los patronos», el presidente de Fedecámaras (la cámara que reúne a los principales burgueses venezolanos)!

A nivel internacional, el portavoz de la Casa Blanca estadounidense rechazaba llamar golpe de Estado a lo que venía de ocurrir, estimando que Chávez era el único responsable de lo que le pasaba, mientras que el embajador de España (España ocupaba la presidencia europea) saludaba a las nuevas autoridades. Los dirigentes de los países de América Latina, en reunión ese fin de semana, manifestaban más circunspección y prudencia, largando algunas declaraciones alambicadas sobre el respeto de la democracia y del orden constitucional: ninguno de ellos querría tomar partido por un perdedor que tanto ha irritado al poderoso padrino norteamericano; temiendo que a sus militares, un buen día, se les ocurra expulsarlos del poder... si la situación económica y social no se resolviera ...

Sin perder tiempo, el nuevo presidente decreta la abrogación de las medidas del gobierno precedente (principalmente todo lo que concierne a la

política petrolera y a la distribución de las tierras de los grandes propietarios latifundistas, la disolución del parlamento, de la Corte Suprema y de las diversas instituciones electivas, anunciando además que gobernará por decretos durante un año. Una primera ola de arrestos de una centena de partidarios del presidente destituido fue inmediatamente lanzada por la policía - quien, bajo el gobierno «popular» derribado minutos antes, no había cesado de poner al día sus archivos.

Sin embargo, las cosas se complican para los golpistas. Desde el sábado, las manifestaciones de proletarios y sin reservas se extienden por todo el país, acompañadas de saqueos de tiendas comerciales (la represión dará cuenta de 47 muertos).

Luego de discusiones a cabildo cerrado entre los jefes militares y Carmona, este demisiona finalmente al final de la tarde; el anterior vicepresidente Cabello que venía de prestar juramento como Presidente, anuncia entonces que el «orden constitucional se ha restablecido» y que él asume la presidencia hasta la «reaparición» de Chávez. Los mismos militares que lo habían destituido se declaran partidarios de su retorno.

Habrà que esperar todavía varias horas para que Chávez reaparezca en medio de la multitud que lo aclamaba, enarbolando un crucifijo y un ejemplar de la Constitución. En su discurso donde jura que él nunca renunció, afirma que no habrá caza de brujas (feliz coincidencia: los responsables norteamericanos acababan de poner en guardia contra toda persecución hacia los golpistas...) y llama a la unión de todos los venezolanos.

LAS RAZONES DEL GOLPE DE ESTADO

Chávez es un antiguo coronel (teniente) que devino ruidosamente célebre luego de su tentativa de golpe de Estado en 1992, transformándose en una suerte de héroe popular contra los

poderosos y los privilegiados. Fue elegido presidente en 1998 frente a los desacreditados partidos políticos tradicionales presentándose como el salvador de la Patria y el defensor de los pobres (en un país donde el 80% de la población se encuentra por debajo del suelo de la pobreza). A pesar de toda su demagogia sobre una confusa «revolución bolivariana» pacífica que este pretende realizar, la política de Chávez no ha sido para nada anti-capitalista; que más tiene de grandilocuencia (tal como su reforma constitucional inaugurando una supuesta V República) que de realidad (1). Es por esto que Chávez había sido sostenido en la sombra por los círculos capitalistas dirigentes del país (2).

Mas en el curso del último período, atenazado entre la necesidad de combatir su rápida pérdida de influencia entre las masas desheredadas que no ven aún nada en concreto, y las exigencias crecientes de una clase dominante reacia a la menor medida social significativa, llevan a Chávez a chocar con los intereses de ciertos sectores burgueses. Las incoherencias de su ya demasiado tímida política reformista y la fragilidad de su posición no son sino, en definitiva, las incoherencias y la fragilidad del reformismo en un país de la periferia capitalista que no dispone sino de muy pocas **migajas** que conceder a las masas proletarias; y más que en otras partes, las mejoras reales de las condiciones del proletariado y los sin reservas no pueden ser arrancadas sino por la **lucha proletaria**, la más resuelta, y no por la vía reformista.

Queriendo demostrar con fragor que él era un reformador enemigo de los privilegiados, Chávez trata en esta oportunidad de jugar la comedia de la reforma agraria, promulgando una ley que busca la compra y redistribución de los grandes latifundios, para que allí puedan instalarse los desheredados. En un país donde las nueve décimas de la población vive en las ciudades, el alcance de tales medidas no podía ser

más que limitado para las masas, pero la misma liberó la ira de los burgueses quienes la denunciarán como un atentado intolerable al principio de la propiedad privada.

Sin embargo, es otra la medida la que consumó finalmente su divorcio con los sectores burgueses dominantes: la tentativa de controlar la sociedad petrolera PDVSA afin de aumentar el presupuesto del Estado. Es preciso saber que el petróleo, producido esencialmente por PDVSA, representa 70% de las exportaciones venezolanas y 50% de las recetas estatales. Si bien ha sido nacionalizada desde hace años, PDVSA, que viene a ser la principal empresa del país, y formando parte de las grandes «multinacionales» del petróleo, es un verdadero Estado dentro del Estado; celosa de su independencia, esta representa la «gallina de los huevos de oro» para un número considerable de grupos burgueses, grandes o pequeños, mientras que no otorga sino un 30 % de sus beneficios al Estado contra 75% hace unos veinte años (3). La decisión del gobierno de nombrar nuevos directores para hacer la limpieza y obtener nuevas entradas financieras del cual tiene necesidad para avanzar su política, desencadenó una verdadera fronda contra el «estatismo» de Chávez.

Oponiéndose a la nominación de los nuevos dirigentes y al despido de los antiguos y con la intención declarada de derribar al gobierno, los cuadros superiores de PDVSA desencadenarán una «huelga» de la producción petrolera sostenida por el patronato y la confederación sindical CTV, con el apoyo de los medios de telecomunicaciones.

Tal decisión de mantener al paso la principal empresa productora de petróleo atrajo la furia de Estados Unidos también; no sólo en razón de las simpatías pro-cubanas de Chávez y de sus contactos desde 1999 con Irak, sino también - y esto es lo más importante - porque la práctica venezolana no respetaba hasta aquel entonces la disciplina de la OPEP en cuanto a precio y cantidad. Dicha actitud había jugado un rol importante en el debilitamiento de ese cartel de países petroleros para mayor ventaja de los grandes países capitalistas, siempre a la búsqueda de costos más baratos de las materias primas. Desde su llegada al poder, la Administración Chávez puso empeño en restaurar la disciplina de la OPEP con la finalidad de aumentar los precios - con moderado éxito, debido al rechazo de Rusia y de la baja demanda

consecutiva a la crisis económica mundial (4).

Pero, aun antes de ganarse la enemistad de la burguesía, el gobierno de Chávez ya había atacado a las masas sin reservas y a una importante fracción de la pequeña burguesía que lo apoyaba.

Bajo la presión, no del FMI o del Banco Mundial (estas instituciones que generalmente sirven de cómodo chivo expiatorio a la burguesía local, no son sino los fundamentos del capitalismo mundial) sino de la propia burguesía venezolana (importante fuga de divisas organizada por los grandes capitalistas) e internacional, Chávez, pese a sus fanfarronadas contra lo «ricos» imponía, a finales de 2001, medidas de austeridad dejando flotar el bolívar, la moneda nacional. Las consecuencias se expresaron en una fuerte alza de los precios, comprendidos en ellos a los bienes de primera necesidad (cabe decir que Venezuela importa copiosamente productos alimenticios) golpeando evidentemente y primero que nada a los más pobres.

El principal argumento de Chávez destinado a la burguesía ha sido que él es el único en poder evitar una explosión social, un nuevo «caracazo» (las revueltas y saqueos de Febrero 89) quizá más terrible que entonces. Su bajada de popularidad entre las masas convenció a los círculos dirigentes de la burguesía de que dicho argumento ya no se sostenía y que Chávez no representaba sino un estorbo. Podemos concluir que la burguesía no vacila jamás en arrojar al trasto, de un día para otro, al servidor gastado e inútil, sin embarazarse en cuidar su imagen de respeto a las reglas constitucionales o de libertades democráticas.

Los autores del golpe de Estado pensaban que el régimen de Chávez iba a caer como fruta madura, pero no fue así. Esto no significa sin embargo, sí lo vemos nosotros, que nada ha ocurrido y que todo va a continuar como antes. Preciosas enseñanzas deben ser recogidas de estos acontecimientos para los proletarios de Venezuela y de todo el planeta, más aún cuando todas las fuerzas burguesas y pequeño-burguesas hacen todo lo posible por esconder estas enseñanzas y presentar falsas lecciones.

LAS ENSEÑANZAS DEL GOLPE DE ESTADO

El golpe de Estado muestra primero claramente la gravedad de la situación

económica y política del país. Las contradicciones internas, ya sean sociales, económicas o políticas son tales que la ficción democrática ha volado en pedruzcos. Esto es una confirmación, si todavía se requiere alguna, del análisis marxista; la democracia no es más que una de las formas políticas de la dominación de clase de la burguesía que deja inevitablemente su puesto a la abierta dictadura, sin máscaras, cuando la primera no puede resistir las tensiones sociales engendradas por el mismo capitalismo. Vemos entonces como se transforman por encantamiento los demócratas en «fascistas», y todo el arco político burgués adscribirse a los métodos de fuerza y dictadura.

El presidente golpista, Pedro «El Breve», era hasta hace poco un «moderado» (al igual que el alcalde de Caracas, Peña, quien nunca ha vacilado en reprimir violentamente las manifestaciones en el casco central) a la cabeza de Fedecámaras para asegurar el «diálogo» con Chávez - que recuerda a un cierto Pinochet, militar «demócrata» encargado por Allende de mantener el contacto entre su gobierno y el ejército chileno. Pero mientras el «diálogo» no ha logrado convencer a Chávez de satisfacer las demandas del patronato, el «moderado» Carmona se vuelve extremista y lo expulsa con las armas en la mano - de la misma manera que el demócrata Pinochet se transformó en dictador después que Allende fue incapaz de satisfacer las exigencias de la burguesía.

De los representantes de lo que los medios llaman la «sociedad civil» - es decir, la burguesía, sus aliados y sus sirvientes - que participaron o apoyaron el golpe de Estado se encontraban: desde los jefes sindicales de la CTV, quienes jugaron un rol irremplazable en la movilización de ciertas capas de la aristocracia obrera en favor del patronato, pasando por los dignatarios de la Iglesia católica, de la cual no hay que olvidar su temible función de embrutecimiento de las masas oprimidas; desde las organizaciones patronales y jefes militares, unidos a todos los antiguos partidos políticos conservadores tradicionales, incluyendo a los antiguos guerrilleros maoístas de «Bandera Roja» quienes, según ciertas declaraciones, habrían jugado el rol de agentes provocadores lo cual desencadenó la andanada de disparos, luego de la manifestación del viernes 11 de Abril, sirviendo de pretexto para el golpe de Estado.

Todo este buen mundo burgués se había asegurado el apoyo de la poten-

cia tutelar estadounidense quien aportó los consejeros militares y dinero a los conspiradores - ¡utilizando incluso los canales de un organismo creado por el Congreso USA para «promover la democracia» en el extranjero (5)! ¿Escandaloso ? No, no más que una nueva demostración de que todas las bellas frases sobre la democracia y toda la desalentadora ideología democrática no sirven sino para disfrazar la realidad del predominio absoluto de los intereses burgueses. O, como lo declaró el portavoz de la Casa Blanca para justificar el apoyo tácito de los Estados Unidos a los putschistas: **«la legitimidad no se mide con el número de sufragios».**

Son palabras en oro las declaraciones del portavoz del Imperialismo más potente del planeta; para los burgueses, la legitimidad es la que sirve a sus intereses; todo lo demás (elecciones, Democracia, Derecho, etc.) no es más que viento; para muestra están los mismos falsos escrutinios en las recientes elecciones estadounidenses. ¡ Desgraciados sean los proletarios si no entienden estas declaraciones, si caen en la trampa del juego democrático, del circo electoral, del respeto por la legalidad y el Derecho! Pues, se condenan a la impotencia con respecto a sus enemigos de clase, a no poder defenderse ni contra la explotación y la represión cotidianas, ni contra los golpes de mandarina «sorpresivos» después que la clase dominante decida pasar a la abierta dictadura.

Por el contrario, preciso será **organizarse y luchar por sus exclusivos intereses de clase**, sin dejarse desviar o frenar un sólo momento por la falsa «legitimidad» de la Democracia, sabiendo que deberán combatir y derribar el Estado burgués e instaurar su propio poder para destruir el capitalismo y toda su sociedad basada en la miseria, la opresión y la explotación. ¡ **Dictadura de la burguesía o dictadura del proletariado!** Esta es la alternativa crucial fundamental y estas han sido las enseñanzas históricas de este corto fin de semana de Abril.

FRACASO DEL GOLPE DE ESTADO Y VICTORIA DE LOS PUTSCHISTAS

A pesar del amplio sostén del cual gozaba entre la burguesía y pequeña burguesía (sin olvidar el apoyo estadounidense), el golpe de Estado se disolvió en pocas horas con Chávez entrando triunfalmente al Palacio Presidencial. Para sus partidarios, tanto

en Venezuela como en el exterior, esto era la prueba que la democracia y la voluntad popular eran más fuertes que los tanques y las conspiraciones de la minoría privilegiada aliada al imperialismo yanqui.

Otros, más realistas, señalan las divisiones en el seno de los putschistas; algunos afirman incluso un «golpe dentro del golpe»: la línea dura de la cual Carmona se hizo eco, disolviendo el parlamento y revocando sus dirigentes a todos los niveles, habría provocado de esta forma el distanciamiento de aquellos que buscaban un «simple» retorno al estatus quo antes de Chávez, arrastrando la desintegración del amplio frente que sostenía el golpe de Estado. Ninguna duda cabe que, en este frente, todos no perseguían los mismos objetivos; como tampoco existen dudas que luego que se emprende un acto de tales dimensiones, son los sectores más decididos, los más «extremistas», aquellos quienes desde hacía meses planificaban y preparaban complots, aquellos que constituían la «vanguardia» de la reacción, son quienes suben a la palestra al momento de la acción. Y si se vuelven un estorbo para los medios dirigentes, estos de alguna manera, tarde o temprano, los echan a un lado.

Estas divisiones, que luego fueron puestas de manifiesto por todos aquellos que buscaban a toda carrera alejarse de los perdedores (como fue el caso de los dirigentes de la CTV), no explican nada en sí mismas.

En realidad el factor decisivo del fracaso del golpe fue la **reacción de la vasta masa** miserable de los cerros de Caracas y otras ciudades venezolanas. Es su masiva participación en las calles lo que derrotó al frente de los putschistas, lo que incitó a algunos militares a la desobediencia y lo que empujó a los políticos chavistas a la resistencia. Habiendo juzgado mal la situación, los círculos burgueses dirigentes se vieron confrontados de pronto a la amenaza de una explosión social inminente, a un **sacudón** extendido a todo el país mientras que el ejército incluso se encontraba inseguro. El poder de la burguesía no se encontraba amenazado, pero era todo el equilibrio social, político y económico venezolano (y más allá) que corría el riesgo de quebrantarse seriamente. El realismo por lo tanto recomendaba hacer marcha atrás y parar un golpe de Estado que comenzaba a poner todo bajo el fuego.

Para salir de esta delicada situación sin demasiados destrozos en la

cual ella misma se había entrampado, la burguesía encuentra un aliado en la persona de... ¡Chávez ! Sin ninguna duda, este fue debidamente sermoneado (él adora los sermones); se le explicó durante el cautiverio no sólo que había que restablecer la calma en las masas que habían «bajado de los cerros», sino que debía modificar también su política conforme a los intereses de la «oligarquía» burguesa. Aparentemente, estas «explicaciones» fueron más eficaces que el «diálogo» de Carmona o las presiones de la oposición antes del golpe de Estado; entonces, un terreno de entendimiento fue encontrado, y, en consecuencia, el aspirante-dictador demisiona al día siguiente de su ascensión al poder absoluto y los putschistas hicieron reaparecer a aquél que ellos venían de derrocar.

Para sorpresa de sus partidarios, que ignoraban todos estos conciliábulos, las primeras frases de Chávez quien regresaba triunfalmente, fueron para llamar a la reconciliación nacional y a la unión con aquellos que lo habían destituido, apresado y amenazado de asesinarlo, y para afirmar que ninguna persecución _penal se retendrá contra aquellos que, sin embargo, acababan de violar de la forma más brutal y descarada la Ley, la Constitución y la Democracia sacrosantas.

Ni hubieron despidos en el ejército ni ningún rico burgués fue molestado. Al contrario, una de las primeras medidas políticas de Chávez consistió en licenciar a los dirigentes de PDVSA que él mismo había nombrado y remplazarlos prácticamente por todo el antiguo equipo, consagrando la victoria total de estos Barones de la mafia petrolera. Y otra medida más importante aún fue la revisión en la composición ministerial destinada a «restaurar la confianza» - la confianza de los capitalistas - con un cambio de política económica tal como lo pedía la oposición. Remplazó a Cabello, su vice-presidente, culpable por haber llamado a los «círculos bolivarianos», organización de los partidarios de Chávez, a armarse, poniendo en tela de juicio, al menos en palabras, el privilegio exclusivo del armamento y utilización de la violencia que poseen los órganos oficiales del Estado, policía y ejército, cosa insostenible para los burgueses. El ministro del desarrollo y planificación quien fue el artífice de la política económica del gobierno, volviéndose una pesadilla para los círculos patronales quienes lo denunciaban como un odioso «ideólogo de izquierda», un «estatista»,

perdió su puesto; al igual que el ministro de finanzas, quien fue remplazado por un economista formado en la famosa escuela de Chicago, más el ministro del Interior. En cuanto al nuevo ministro de la Defensa, se trata ... del jefe supremo de las fuerzas armadas quien había afirmado falsamente que Chávez había renunciado - y que luego se echó a dormir (¡sic!)... Para justificar dicha nominación a sus partidarios, este último explicaba que el general Rincón había esa noche «mal interpretado sus palabras» debido a la fuerte intensidad emotiva del momento (¡!) y que este era «un hombre del pueblo y un soldado de la nación, leal a sus principios!» Cuando Allende cometió el «error» de llamar al «general demócrata» Pinochet, este al menos no estaba inmiscuido ni venía de organizar un golpe de Estado...

Como la función política fundamental del reformismo es la defensa indirecta del sistema capitalista, al cual se encuentra irremediablemente atado, pretendiendo que es posible mejorarlo y poder conciliar tanto los intereses del proletariado como los de la burguesía, mintiendo al proletariado y a sí mismo, este no puede sacar las lecciones de la historia y está condenado a repetir los mismos «errores» que luego recaen siempre sobre el proletariado.

En resumen, la presión de la calle dio al traste con el putsch y liberó a Chávez, pero este cedió todo o casi todo a los putschistas...

LAS EXPLOSIVAS CONTRADICCIONES SOCIALES ANUNCIAN NUEVOS ENFRENTAMIENTOS

Pero ello no bastará para calmar a la oposición; la situación económica es tal que, cuando el miedo a un nuevo 27-F o sacudón social se disipe, la burguesía no solo exigirá del reformista Chávez a que renuncie a sus promesas hacia los sin-reservas, sino a que los **ataque**. En Venezuela como en todas partes, el capital se nutre del sudor de aquellos que no tienen nada, los patronos viven de la explotación de los proletarios, los burgueses se enriquecen hambreado y empobreciendo a los desposeídos de todo. Desde el putsch la burguesía no ha esperado para lanzarse de nuevo al ataque, esta vez a través de una gigantesca fuga de capitales - causada por la «poca confianza» de los capitalistas en la «gestión económica» gubernamental, como lo escribe un órgano de la finanza internacional - deva-

luando aún más la moneda. En consecuencia, la inflación, evaluada en Abril en 30% corre el riesgo indudable de acrecentarse aun más, lo que será «*un impacto particularmente severo en la vida de los partidarios de Chávez, los venezolanos más pobres*» (6).

Se espera entonces una «austeridad» redoblada para las masas venezolanas que sufren ya de una pauperización generalizada. Pese al objetivo que el gobierno se ha fijado de luchar contra la pobreza, el número de pobres no ha cesado de aumentar desde la ascensión de Chávez a la presidencia, pasando de 12,2 millones en 1999 a 15,6 millones este año; sobre este número 7,3 millones se encuentran en estado de pobreza extrema (su presupuesto no cubre las necesidades alimenticias básicas), o sea casi un tercio de la población del país, contra 6,1 millones en 1999 («El Nacional», 13/5/2002). Los economistas prevén que la actual recesión económica (una baja de 4% para 2002) podría llevar a la ruina una cuarta parte de las pequeñas empresas, mientras que ya una parte importante de la fuerza de trabajo se encuentra cesante, según la mayoría de las estimaciones (en realidad es mucho más, si se toma en cuenta a aquellos que sobreviven de pequeños trabajos ultraprecarios o como «buhoneros» llamados así en Venezuela a los vendedores ambulantes, etc.), la tasa de desempleo podría llegar a 22% a finales de año. Hay que agregar que las indemnizaciones del desempleo tienen un nivel muy bajo...

El abismo social entre las clases se ahondará todavía más, tanto más que, bajo la presión de la burguesía, el gobierno ha renunciado a sus ya débiles pretensiones de imponer una carga impositiva a las ganancias petroleras y de disciplinar un poco el juego del mercado con el fin de poder redistribuir algunas migajas a las masas.

De las promesas reformistas de la pretendida «revolución bolivariana», no quedarán sino los discursos hipnóticos cuyo objetivo no es otro que el de hacer aceptar a los proletarios el **agravamiento** suplementario de sus bestiales condiciones actuales. El reformismo de Chávez ya no es capaz de obtener concesiones significativas de la burguesía, incluso tratando de meterles miedo con el espectro de nuevas revueltas; por el contrario, este hace y hará todo lo posible para mostrar a sus amos burgueses que él sigue siendo indispensable como **bombero social**, que él es su mejor escudo frente a cualquier descenso de las masas sin-

reservas a la calle, que él es el único capaz de desviar a las masas proletarias del enfrentamiento de clase orientándolas hacia objetivos y movilizaciones en favor de la democracia, de la nación o del ejército, es decir en favor de objetivos burgueses que las paralicen.

Pero el número de ilusionista no podrá durar indefinidamente. Tarde o temprano, las masas proletarias perderán toda confianza en Chávez y su gobierno; empujadas por el hambre y la miseria, volverán a mostrarse amenazantes para el orden burgués. Entonces la burguesía no vacilará ni un segundo para descartar sin ningún miramiento a los reformistas usados y a la ficción democrática. Sin esperar la caída de todas las ilusiones sobre la unidad popular, la democracia, el Estado y el ejército, aprovechando por el contrario del efecto paralizante de estas ilusiones propagadas por el reformismo (8) y de la represión que sin dudas esta deberá desarrollar contra los elementos de vanguardia, la burguesía volverá a preparar y desencadenar un nuevo golpe de Estado, que esta vez irá hasta el final, hasta el terror abierto, la violencia desatada contra los proletarios.

Fruto del alto grado de acuidad alcanzado por las contradicciones sociales, el golpe de Estado fallido del 12 de Abril no fue sino en definitiva un globo de ensayo; si fue prematuro con respecto a capacidad de movilización de las masas, el mismo ha permitido a la burguesía no sólo marcar puntos a nivel de política gubernamental, sino de verificar el terreno y de sacar preciosas conclusiones de los enfrentamientos que se anuncian irremediablemente.

Las retiradas políticas de Chávez (como las de su mentor Bolívar) han podido hacer bajar momentáneamente la tensión política haciendo menos urgente para los círculos burgueses dirigentes de echar mano a una solución por la fuerza para imponer sus intereses; pero las mismas no podrán impedir la acumulación acelerada de las tensiones sociales que terminarán estallando.

El golpe fallido de Abril es una siniestra **advertencia** a los proletarios de Venezuela - y de América Latina; este es la demostración de lo que es capaz, de lo que quiere y prepara la clase dominante no solamente venezolana, pese a decenios de «democratización» que han visto desaparecer dictaduras y hecho entrar el ejército a los cuarteles. No es ningún azar que el

embajador del Chile democrático se precipitó para felicitar a los putschistas. Si en las dos extremidades del subcontinente, Venezuela y Argentina se encuentran sumergidos en una grave crisis económica, social y política, en realidad son todos los países de la región quienes, en grado diverso, están amenazados de secundarlos, incluso ya algunos se encuentran en situación similar. Que esta amenaza se vuelva realidad, que los expedientes burgueses clásicos no logren paliar los efectos desestabilizadores de la crisis, y ya veremos a las clases dominantes, probable, pero no obligatoriamente, después del paso de los reformistas por el gobierno, reinstalar los regímenes «gorilas», esas dictaduras militares que se decían que pertenecían a un pasado definitivamente caduco.

No obstante, el golpe ha hecho ver otra cosa. Ha demostrado que para oponerse a un golpe militar, la sola vía es la lucha abierta, directa, masiva de los proletarios y sin-reservas; ha demostrado que los proletarios, solos, abandonados por sus «amigos» reformistas, pueden hacer fracasar los ataques militares de la burguesía, arrasando tras de sí a todos los oprimidos, a partir del momento en que no se dejen más frenar por consideraciones legalistas, pacifistas o constitucionales.

Las falsas apariencias de democracia y legalidad se volatilizaron en ese fin de semana de Abril, dejando lugar a la cruda realidad de la sociedad capitalista: no son sino la correlación de fuerzas y el enfrentamiento violento entre las clases quienes determinan el futuro. ¡Vital lección que no se debe olvidar jamás!

Los burgueses maniobran sus piones, fomentan sus operaciones, aportan armas, los proletarios deben de saberlo. Comprometidos en una guerra de clases despiadada, los proletarios deben igualmente **prepararse** para los inevitables pero necesarios enfrentamientos que los esperan, recuperando las armas de clase que les permitirán salir victoriosos: sus **organizaciones clasistas por la defensa cotidiana contra los burgueses y su Estado**, su **partido de clase, internacionalista e internacional**, para centralizar y dirigir esta lucha hacia el **derrocamiento del poder burgués y la instauración del poder proletario dictatorial** a escala internacional.

Es para esto que tienen que trabajar los proletarios y los militantes

de vanguardia de Venezuela - y de todas partes.

(Traducido de «le prolétaire», N. 462, Mayo-Junio-Julio de 2002)

(1) No somos nosotros quienes lo decimos, sino el Financial Times, órgano de los medios financieros de la City londinense, en un editorial del 28/2/02: «Durante sus tres años en la administración, el Presidente de Venezuela Hugo Chávez no ha sido el pirómano del que frecuentemente oímos hablar, combinando reformas políticas con una política económica relativamente pragmática y que está por cambiar».

(2) En general, se habla mucho de las supuestas contradicciones entre Fedecamaras y Chávez. Sin embargo, en 1998, cuando Chávez fue electo presidente, después que en 1992 había realizado una tentativa por tomar el poder por la fuerza, Gustavo Cisneros (propietario del grupo capitalista privado más grande de Venezuela, principalmente en los medios radioeléctricos, ndr.) y otros empresarios influyentes lo sostuvieron, buscando igualmente influenciarlo. Este apoyo fue alejándose en la medida en que Chávez ponía en claro que sus planes fundamentales de cambio eran de tratar de redistribuir el bienestar en Venezuela, donde el 80% de la población vive en la pobreza. Oscar García Mendoza, presidente del Banco Venezolano de Crédito dijo entonces que 'Cisneros, como empresario, le gustaría ver a Chávez partir' (Simon Romero/The New York Times), 29/4/2002. Los cambios previstos por el gobierno eran todo salvo «fundamentales», pero disgustaban fuertemente a estos grandes capitalistas motivados por la preocupación, no de redistribuir la más mínima fracción de su riqueza, sino de acrecentarla aún más. Cisneros constituyó entonces el centro de las discusiones y preparativos para desembarazarse de un presidente y un gobierno que «los influyentes hombres de negocios» no lograban ya influenciar: «La lujosa mansión de Cisneros en Caracas se convirtió en punto de encuentro para las gentes interesadas en discutir sobre alternativas políticas» (...) «Toda la contrarrevolución se concentró en su casa en ciertos momentos» (...) Pero los opositores políticos de Chávez no eran los únicos visitantes de Cisneros. Este organizó recepciones para el embajador estadounidense en Caracas,

junto con el antiguo embajador, actual embajador en Brasil. Cisneros es también amigo de Otto Reich, sub-secretario de Estado (vice-canciller norteamericano, ndr.) para América Latina y antiguo embajador en Venezuela. Las personas cercanas al grupo Cisneros dicen que Reich llamó por teléfono varias veces a Cisneros para discutir de la situación en curso durante las 48 horas durante las cuales Chávez había sido retirado del poder», ibidem.

(3) cf. Le Monde Diplomatique, mayo 2002.

(4) Chávez ha dado otra razón a la participación de Estados Unidos en el golpe de Estado contra él, razón que habla claramente sobre su pretendido «antimperialismo»: el mismo afirmó que el Secretario General de la OPEP (un venezolano que ha sido nombrado a la dirección de PDVSA) le había telefonado para advertirle que los Estados Unidos fomentaban un golpe para derrocarlo afín de impedir que Venezuela se asocie a un llamado de embargo petrolero contra ellos por parte de Libia e Irak en razón del apoyo americano a Sharon. Chávez rápidamente ordenó al ministro del petróleo de declarar oficialmente que su país no participaría a tal embargo. Sin embargo el golpe se había puesto ya en marcha...

(5) La «National Endowment for Democracy», una organización creada por el Congreso estadounidense aportó un millón de dólares a diferentes grupos de oposición contra Chávez. Más de 150 mil dólares sirvieron para financiar la elección de Carlos Ortega y su equipo a la cabeza del sindicato de trabajadores del petróleo - y, por ende, de la Confederación de Trabajadores de Venezuela donde ha desplegado todo su celo como agente estipendiado por la burguesía. (Cf The New York Times, 26/4/2002) Ciertamente es que no se trata aquí sino de una ínfima parte de intrusión o implicación de Estados Unidos dentro de la vida política venezolana y en la preparación del putsch de lo cual existen numerosos testimonios.

(6) Cf The Financial Times, 13/5/2002

(7) Cf El Nacional, 13/05/2002.

(8) Uno de los temas de propaganda de los chavistas ha sido el de la unión del «Pueblo con la Fuerzas Armadas». Esta propaganda es realmente criminal ya que la confianza en las Fuerzas Armadas burguesas y el interclasismo popular significan el aplastamiento asegurado a los proletarios.

Puntos de referencia marxistas acerca del imperialismo y el terrorismo

En momentos en que terminábamos de redactar esta revista, el imperialismo estadounidense se dirigía a toda mecha hacia la segunda guerra contra Irak, el imperialismo ruso prosigue sus estragos en Chechenia, el imperialismo francés acrecienta su intervención militar en su antigua colonia de Costa de Marfil, Israel continúa sus ataques en los territorios palestinos, mientras que los soldados de una retahíla de países se encuentran implicados en diversas operaciones de control militar llamadas de «apaciguamiento» en lo puntos álgidos del globo. Mientras que muestra con una clamorosa evidencia su carácter despiadadamente agresivo, el imperialismo no vacila en presentarse como el defensor de la paz, la civilización, el progreso humano frente a las terribles amenazas de un bárbaro enemigo, misterioso y multiforme: el terrorismo. Los puntos que siguen se proponen brevemente poner cada cosa en su lugar.

1° Por «imperialismo» los marxistas entienden la fase última del desarrollo del capitalismo, que no puede desembocar sino en la revolución proletaria o en el reforzamiento de la dictadura burguesa, reaccionaria en todos los planos. Su mejor explicación ha sido dada por el famoso libro de Lenin, al cual nos referiremos para este tema.

«El capitalismo se transforma en sistema mundial de opresión colonial y dominación financiera sobre la aplastante mayoría de la población del globo por parte de un puñado de países "avanzados". Y al reparto del botín concurren 2 o 3 bandidos (Inglaterra, USA, Japón) de potencia mundial, armados de pie a cabeza, que arrastran al mundo entero en su guerra por el reparto del botín» (1).

Llegado a su estadio imperialista, el capitalismo tiende a transformar la concurrencia en monopolio, determinando de esta manera una inmensa ampliación del proceso de socialización de la producción a escala mundial. *«La producción deviene social, pero la apropiación continúa siendo privada. Los medios de producción permanecen como propiedad privada de un pequeño número de individuos. El cuadro general de la libre concurrencia nominalmente reconocida subsiste, y el yugo ejercido por un puñado de monopolistas sobre el resto de la población se vuelve cien veces más pesado, más tangible, más intolérable».* Con el capital financiero, los bancos se transforman, en virtud del desarrollo capitalista, en los verdade-

ros actores de la centralización del capital, acrecentando la potencia de gigantescos monopolios. En el estadio imperialista del capitalismo, es el capital financiero quien domina los mercados, las empresas, toda la sociedad, y esta misma dominación conduce a la concentración financiera al punto en que *«el capital financiero, concentrado en pocas manos y ejerciendo un monopolio de hecho, saca enormes y crecientes beneficios de la constitución de firmas, emisiones de valores, préstamos estatales, etc., consolidando la dominación de las oligarquías financieras y golpeando a toda la sociedad con un tributo en provecho de los monopolistas».* El capitalismo que nació de un minúsculo capital usurario, termina su evolución bajo la forma de un gigantesco capital usurario.

2° *«Lo propio del capitalismo es, en regla general, separar a la propiedad del capital de su aplicación en la producción, separar al capital-dinero del capital industrial o productivo, separar al rentista, cuyos ingresos salen del capital-dinero, del industrial, así como de todos aquellos que participan directamente en la gestión de capitales. El imperialismo, o la dominación del capital financiero, es ese estadio supremo del capitalismo en que esta separación alcanza vastas proporciones. La supremacía del capital financiero sobre todas las otras formas del capital significa la hegemonía del rentista y de*

la oligarquía financiera; significa una situación privilegiada de unos pocos Estados financieramente « potentes » con respecto a todos los otros ».

El viejo capitalismo, en la época de libre competencia, estaba caracterizado por la **exportación de mercancías**; el capitalismo moderno, en la época de los monopolios, está caracterizado por la **exportación de capitales**. El capital financiero extiende sus tentáculos a todos los países del mundo. *«Los países exportadores de capitales se han, en sentido figurado, repartido el mundo. Pero el capital financiero ha conducido también al reparto directo del globo».*

La competencia se eleva entonces al nivel de una lucha entre gigantescos monopolios de enorme potencia financiera. El teatro de esta lucha ya no es el mercado nacional, sino que, desde finales del siglo XIX, se ha vuelto cada vez más el mundo entero.

«Los carteles internacionales muestran hasta que punto se han desarrollado hasta hoy los monopolios capitalistas, y cuál es el objeto de la lucha entre los agrupamientos capitalistas. Esto último es esencial; él sólo nos revela el sentido histórico y económico de los acontecimientos, ya que las formas de la lucha pueden cambiar y cambian constantemente por diversas razones, relativamente provisionarias y particulares, mientras que la esencia de la lucha, su contenido de clase, no podría cambiar mientras que las clases existan».

«La época del capitalismo moder-

no nos muestra que entre los agrupamientos capitalistas ciertas se establecen ciertas relaciones basadas en el reparto económico del mundo y que, paralela y consecuentemente, se establece entre los agrupamientos políticos, entre los Estados, relaciones basadas en el reparto territorial del mundo, de la lucha por las colonias, la «lucha por los territorios económicos».

3° El reparto económico y territorial del mundo es el motivo principal de la lucha entre los grupos capitalistas, sus carteles, sus Estados.

Que esta lucha sea llevada a cabo de manera pacífica o manu militari, esto depende de la correlación de fuerzas entre los que compiten, de situaciones económicas pero también políticas; mas es cierto que la paz capitalista prepara la guerra, y que la guerra se termina por un nuevo reparto económico y territorial del mundo, que será base a su vez para nuevos choques y nuevas guerras. La espiral capitalista en la época de libre competencia paz-guerra-paz se transforma en la época imperialista en guerra-paz-guerra. En realidad, bajo los cielos de la última etapa del desarrollo capitalista, jamás hay paz.

En la realidad las alianzas entre Estados imperialistas «no son inevitablemente, cualesquiera que sean las formas de estas alianzas, trátense de una coalición imperialista dirigida contra otro, o de una unión general que abraza todas las potencias imperialistas, sino 'treguas' entre guerras. La evolución de las relaciones entre los grupos capitalistas puede desembocar en una unión general entre todos los Estados, como es en particular el caso después de la caída de la alianza conformada alrededor de Moscú. Pero *«las alianzas pacíficas preparan las guerras y, a su vez, nacen de la guerra; estas se condicionan unas a otras, engendrando alternativas de lucha pacífica y no pacífica sobre una sola y misma base, la de los vínculos y relaciones imperialistas de la economía y política mundiales».*

4° *«El imperialismo es la época del capital financiero y los monopolios, que provocan en todas partes tendencias a la dominación y no a la libertad. Reacción por toda la línea, sea cual sea el régimen político, agravamiento extremo de los antagonismos en este dominio igualmente; tal es el resultado de estas ten-*

dencias. Igualmente se refuerzan particularmente la opresión nacional y la tendencia a las anexiones, es decir, a las violaciones de la independencia nacional (ya que la anexión no es sino una violación del derecho de la naciones a disponer de sí mismas)».

Mientras que la opresión salarial tiende a aumentar, en la medida en que el capitalismo no puede parar su frenética carrera hacia la acumulación de riquezas en manos de un puñado de capitalistas, aumenta también la opresión de las nacionalidades, cuyo fin no es otro que el de garantizar de poblaciones enteras su completa sumisión a las exigencias del capital financiero de las grandes potencias imperialistas, de obtener gigantescas sobre-ganancias mediante la explotación de una fuerza de trabajo a un costo irrisorio, y de mantener, también, a un bajo nivel el porcentaje general de los salarios de los obreros de la metrópolis. Este sistema es empleado por todas las burguesías; las burguesías más débiles, que sufren de la opresión nacional por parte de los países imperialistas hacen caer sobre las clases inferiores de su sociedad las consecuencias más terribles de esta opresión; en consecuencia los proletarios y las masas campesinas de estos países son particularmente explotadas y oprimidas: frecuentemente, ellos no tienen otro derecho que el de morir de hambre o de fatiga.

Desde el comienzo del siglo XX, el cuadro general de la situación de las antiguas posesiones coloniales ha cambiado totalmente. Los pueblos otrora sometidos al yugo colonial de las potencias europeas han aprendido del mismo capitalismo, de las naciones europeas, los métodos para su liberación. Muchos de estos pueblos han llegado a constituir Estados independientes. Pero esto no cambia el proceso de centralización y concentración financieras característico del capitalismo imperialista. Son siempre un pequeño número de grandes Estados imperialistas (hay que agregar a Inglaterra, Japón y los Estados Unidos, citados por Lenin más arriba, otras grandes potencias como Rusia, Alemania, Francia, Italia, etc.) quienes se disputan el mercado mundial, los «territorios económicos»; y es sobre la base de esta dominación sobre los otros países que la lucha entre los monopolios capitalistas agrava la competencia entre los grandes países imperialistas. Y esta concurrencia es la

base de las oposiciones entre Estados y de su transformación en guerra abierta.

5° La perspectiva política que ofrece el imperialismo no es la autodeterminación de los pueblos, ni la plenitud de las culturas de estos diversos pueblos, ni el libre progreso económico, ni el desarrollo pacífico de los diversos grupos humanos.

El futuro que el imperialismo reserva a las poblaciones del mundo - tanto de los países imperialistas como de los países dominados por estos - es un futuro de opresión cada vez más grande, de guerras, hambrunas, epidemias, destrucciones, miseria creciente, reacción política, y de represión policial y militar. El terror que inspiran las potencias imperialistas viene de esta terrible perspectiva; nace de la falta de medios de sobrevivencia y del miedo de ser aplastados por una opresión todavía más grande que aquella en la cual viven estas poblaciones o en la cual estas han vivido en el pasado.

La evolución histórica del capitalismo hace objetivamente irrealizable la aspiración de estas poblaciones sometidas hoy todavía al yugo de las potencias imperialistas a emanciparse por medio de la lucha de «liberación nacional». La posibilidad de emancipación no puede venir de las orientaciones políticas burguesas, sino únicamente de las orientaciones políticas de la sola clase social que desde un punto de vista histórico es el antagonista irreductible de la burguesía y de toda su organización social, la clase proletaria; la sola clase que tiene verdadero interés en terminar con todo tipo de opresión, sea nacional, racial, sexual, religiosa o salarial.

El ciclo de las grandes luchas nacionales, de guerras anti-coloniales, se ha terminado con la victoria de Vietnam sobre los Estados Unidos y de Angola y Mozambique sobre Portugal. Las naciones que no tuvieron la fuerza para «liberarse» del yugo político colonial en el momento en que existió la posibilidad de realizarlo, hoy en día no tienen ninguna posibilidad de conquistar su autodeterminación, en particular debido a que los antagonismos interimperialistas a nivel mundial y los rígidos alineamientos resultantes del reparto del mundo después de la II Guerra Mundial obstaculizaban las ambiciones colonizadoras. No es sino en la oportunidad de graves desequilibrios inter-imperialistas pro-

vocados por guerras o muy fuertes crisis económico-políticas que es posible que nuevas naciones logren una apariencia de independencia política. Pero en nuestra época de desarrollo imperialista extremo donde todas las naciones son sometidas a la colonización financiera y la dominación política por parte de los más grandes Estados capitalistas de los cuales dependen préstamos, subvenciones, comercio, restricciones, embargos, intervenciones de todo género, aún llevando a cabo una lucha armada de liberación con lo prolongada que esta sea, es prácticamente imposible que una nacionalidad oprimida pueda obtener efectivamente su independencia política. Frente a la liga general de potencias imperialistas esta «independencia» es o una quimera o una concesión arrancada a un precio extremadamente elevado en términos de muertos, destrucciones, miseria y explotación para las masas. Basta pensar en la situación de las masas palestinas o de poblaciones que se combaten sobre el gigantesco territorio congelado, para no hablar del Sud-este asiático, del archipiélago indonesio o del subcontinente indio, etc. Si es en Europa, podemos recordar la situación de Irlanda del Norte que la Gran Bretaña no resolverá nunca sino por medio de la represión y ocupación militar, o de los Balcanes con su maraña de nacionalidades que todos conocemos.

6° Entre los derechos burgueses que los proletarios, y con más fuerte razón los comunistas revolucionarios están obligados a respetar, se encuentra el famoso derecho a la autodeterminación de los pueblos oprimidos ayer por el colonialismo u hoy por el imperialismo. Es un problema que está planteado por Lenin exclusivamente desde el punto de vista proletario, es decir desde el punto de vista de los intereses generales de la revolución proletaria actual y futura.

Los proletarios de los países opresores deben demostrar en la práctica y no solamente sobre el plano de las declaraciones, que ellos no toman partido sino que combaten la opresión y la explotación inflingidas por su burguesía a las poblaciones dominadas. Esta actitud implica la ruptura de la colaboración interclasista, esto es, la ruptura de toda complicidad con los intereses y las exigencias burguesas. Esto es indispensable para hacer la demostración de la solidaridad de clase con los proletarios de los países

oprimidos quienes, sometidos a la opresión de los países más potentes, son propensos a confundir sus propias aspiraciones con las de su burguesía. Sostener el derecho a la autodeterminación no debe significar sostener la causa de la burguesía dominada, ni tener como objetivo que cada pueblo, etnia, grupo humano logre dotarse de su Estado nacional. La historia de la sociedad humana es una historia de guerras y revoluciones, una historia de fuerza, violencia y dictadura que las clases utilizan sobre otras para defender o imponer intereses bien precisos.

Pero la historia de la lucha de clases supera las aspiraciones de las poblaciones particulares y determina objetivamente épocas y lugares donde estas aspiraciones pueden o no realizarse. La historia de la lucha de clases ha traído al estrado de la escena un actor bien particular, el proletariado, que el desarrollo del capitalismo ha esparcido por el mundo entero. La característica del proletariado es que sus aspiraciones y tareas históricas no son compatibles con una sociedad dividida en clases, sino que implica al contrario la desaparición de la opresión y dominación de la mayoría de la población por una minoría privilegiada.

Única clase revolucionaria de la sociedad moderna, la clase de los sin-reservas, la clase de los proletarios, está constituida por la fuerza de trabajo que los capitalistas explotan para sacar provechos. Es la clase la cual la burguesía le usurpa la plusvalía, la riqueza social cuya apropiación privada representa la opresión inherente a su sociedad.

Porque es de su explotación que nace la riqueza social, la clase proletaria tiene la fuerza potencial de revolucionar la sociedad capitalista y de arrastrar tras de sí en su lucha revolucionaria todas las capas desheredadas y oprimidas abarcando las de los países capitalistas poco desarrollados. Pero es preciso que ella sea políticamente clarividente: en los países capitalistas industrializados el problema de la opresión nacional está a grosso modo superada (aún cuando subsiste el racismo contra miembros de las naciones más débiles), y la cuestión de la lucha por la toma del poder se plantea directamente; a la inversa, en los países débilmente desarrollados donde, aún si domina el modo de producción capitalista, subsisten todavía formas sociales y económicas precipita-

listas (por ejemplo en las relaciones entre familia y sociedad, en la existencia de castas, de formas religiosas, etc.), el atraso económico y social se acompaña de opresión nacional, incluso étnica, por parte de las clases dominantes locales e imperialistas.

La oposición de los proletarios de los países industrializados a todo tipo de opresión significa también oponerse a la opresión nacional que su burguesía ejerce contra estas poblaciones. Y oponerse a esta opresión, sostener el derecho de estas poblaciones a no ser más oprimidos por otros pueblos, sostener su derecho a la independencia, quiere decir aprovechar la fuerza de clase para obligar a la burguesía a cesar esta opresión; esto quiere decir luchar abiertamente contra su burguesía de manera que se haga más difícil sus operaciones de opresión y represión; pero esto quiere decir también lanzar al proletariado de estos países, aun siendo poco numeroso, la consigna de la solidaridad de clase entre proletarios más allá de las fronteras, la consigna de unidad de lucha contra todas las burguesías.

La actitud proletaria clasista es entonces dialécticamente unificante, y ello por que esta se sitúa en la perspectiva de la revolución comunista internacional. Tal era el mensaje de Lenin, y tal era la acción del partido bolchevique en los primerísimos años de la dictadura.

7° El derrotismo revolucionario que caracteriza la actividad práctica de los proletarios conscientes en la guerra imperialista encuentra su realización y preparación incluido en tiempos de paz. La clase dominante burguesa llama siempre al proletariado a la colaboración por el bien de la empresa, la economía nacional, la patria, los intereses nacionales que defender contra los diversos competidores. En el curso de su desarrollo, el capitalismo ha acumulado tal cantidad de beneficios que puede utilizar una mínima parte para atar a los proletarios a la defensa de las exigencias del capital y del Estado burgués. El imperialismo tiende a constituir entre los proletarios categorías privilegiadas y a separarlos de la gran masa; tiene la posibilidad económica de dividir al proletariado en capas inferiores y capas superiores que este corrompe. Es así como este ha creado y reforzado lo que se llamaba en el movimiento obrero el oportunismo y que preferimos llamar en lo sucesivo el colaboracionis-

mo. La aristocracia obrera esta constituida por estas capas privilegiadas que ligan su suerte a los intereses de los capitalistas; estos trabajadores son proletarios, pero con un rol colaboracionista, puesto que burgués, antiproletario, en el seno de las masas obreras. Estas capas de aristocracia obrera, asimilables por su rol social a la pequeña-burguesía, aportan el grueso del personal político y sindical del oportunismo, verdaderos lugartenientes de la burguesía en el seno del proletariado. ka

Característico de estas capas sociales es la de asumir el cargo de defender las formas de dominación burguesa que les permite actuar, de «*ejercer su función social de influencia y control de las masas proletarias*»: la democracia, el parlamentarismo, el circo electoral, el partenariado social, las negociaciones permanentes, todo ello dentro de un clima de paz social y de conflictividad reducida al máximo.

La democracia burguesa se modifica en la época imperialista. No es ya la democracia liberal donde pese a todo el proletariado ha podido conquistar espacios que han permitido la difusión de la propaganda socialista y la constitución de organizaciones clasistas algunas veces imponentes. La democracia es un velo que camufla la realidad del poder de la burguesía, la dictadura de esta clase que en época imperialista se ejerce con una fuerza implacable. En los países mas potentes los capitalistas tienen aún suficientemente reservas para mantener funcionando las costosas formas democráticas con su serie interminable de instituciones, partidos, sindicatos, de las asociaciones más diversas con el fin de aceitar las relaciones sociales y de prevenir la reconstitución de la fuerza de clase del proletariado. Pero, en la época imperialista la democracia es cada vez y siempre más blindada, de más en más «totalitaria», «dirigida» y en una sola dirección, cada vez más preparada para utilizar si es necesario los métodos represivos y los medios de fuerza; y el día en que la situación social y política los hagan necesarios para preservar al sistema capitalista, esta dejará la plaza en un guiño de ojo a la dictadura abierta, como ya sucedió en la época del fascismo.

¿De cuál democracia pueden entonces hacerse campeones los Estados imperialistas, cuando estos pretenden hacer adoptar en todos los países, incluso por medio de la fuerza ar-

mada, regímenes democráticos? Los proletarios de los países poco desarrollados no deben alimentar ninguna ilusión sobre las ventajas que pudiesen sacar de la administración - ¡incluso forzada! - de dosis de democracia imperialista. Mucho más favorable para ellos, al menos sobre el plano de la clarificación de las relaciones entre las clases, es la lucha abierta contra la opresión, la guerra de liberación nacional, que pudiese transformarse en guerra civil contra la burguesía a condición de que existan fuerzas organizadas y dirigidas por el partido de clase. Esto último jamás ha ocurrido y es muy poco probable que dicha eventualidad se verifique en el futuro.

SOBRE EL TERRORISMO

8º Los métodos de dominación burguesa, aun en pleno régimen democrático parlamentario, jamás han

excluido la utilización de medios violentos para reprimir, el terrorismo de Estado, el golpe de Estado o la dictadura militar. Son numerosos los ejemplos que datan del siglo XIX y XX. Esto demuestra que la dictadura del capital - del modo de producción capitalista, de sus leyes y de su proceso de apropiación privada de la riqueza producida - no tiene siempre la posibilidad o la necesidad de embellecerse con los logros de la democracia parlamentaria, muy al contrario. La guerra misma es la expresión suprema del terrorismo estatal. Y aquí no estamos hablando solamente de bombas atómicas o de campos de concentración; en las guerras imperialistas las clases dominantes utilizan cada vez más la masacre de poblaciones civiles como un elemento estratégico para debilitar y desmoralizar al enemigo y adelantar así la victoria.

Pero estos métodos no son más

**Una publicación del partido:
«The Proletarian»**

Suplemento en inglés de "Le Proletaire" - Febrero 2002

Sumario:

••• Attacks against the U.S.A. : Only the Revolutionary Class' Struggle against Capitalism will end the Bourgeois Terror and Massacres ••• To our Readers ••• Capitalism is international and global. The anti-capitalist struggle must be international and global ••• The Struggle of the International Proletariat Against the Imperialist Strongholds, the Only Means to Help the Palestinian Proletarians and Masses ••• Against the Imperialist War in Chechnya. The Russian Workers Must Break with Their Bourgeois Chechnyan War by reviving the Daily Struggle in the Factories, the Cities and the Country ••• No to the imperialist action in Yugoslavia! Down with all nationalisms and all bourgeois oppressions! Leaflet published on March 1999 ••• Rover: Need of the Class Struggle ••• At the Editions Programme ••• The International Communist Party's Programme
Precio del ejemplar: 1,5 € - £ 1 - 3 CHF

El objetivo de este boletín - episódico por ahora - es el de dar a conocer a los lectores de habla inglesa las posiciones teóricas y políticas de nuestro partido - el Partido Comunista Internacional/Le Proletaire/II Comunista - que se caracteriza por la defensa del programa comunista, es decir, del marxismo no falsificado, contra todo tipo de revisionismo.

the proletarian
Organ of the International Communist Party
Supplement to «Le Proletaire» Nr. 459

M2414 - 1 - €1 / US\$1.5 / £1.5

<p>• programme • cover • 12 pages • 120 pages • 120 pages</p>	<p>• 120 pages • 120 pages • 120 pages • 120 pages</p>	<p>the proletarian Nr 1 December 2001</p>
---	--	---

ATTACKS AGAINST THE U.S.A. : ONLY THE REVOLUTIONARY CLASS' STRUGGLE AGAINST CAPITALISM WILL PUT AN END TO THE BOURGEOIS TERROR AND MASSACRES

The attacks which targeted the... (text continues)

To our Readers

The aim of this bulletin is to... (text continues)

que la prolongación de las guerras coloniales que las potencias capitalistas emprenderán sobre los diversos continentes con el fin de apropiarse de las fuentes de materias primas, vías de comunicación, mercados, de «territorios económicos», en suma. En estas guerras los ejércitos coloniales combatían más a las poblaciones que a los ejércitos regulares; el método empleado para vencer la resistencia de estas poblaciones era la de destruir aldeas enteras junto con sus habitantes. Estos respondían a este terrorismo utilizando todos los medios y recursos que pudieran tener a la mano, preparando para el combate a mujeres y niños. Es así como nace la guerra partisana, la guerrilla, es decir, la guerra emprendida no por profesionales sino por civiles transformados provisoriamente en combatientes.

La técnica militar cambia con el progreso técnico y, paralelamente los instrumentos utilizados por los métodos terroristas; 2000 años han transcurrido para pasar del fuste y la crucifixión a la bomba atómica y a la guerra bacteriológica. Pero siempre nos encontramos en presencia del terrorismo de sociedades divididas en clases, sociedades fundadas en la opresión, esclavista o capitalista, poco importa.

9° La propaganda burguesa democrática difunde la creencia que el Estado central con sus diversas instituciones es un amparo de la civilización, la paz, cuyo objetivo fundamental es de asegurar el bienestar de todos los ciudadanos sin distinción de clases. Se le confía el monopolio del uso de la violencia, ejercida únicamente para combatir los crímenes y hacer respetar las leyes por el bien de todos. Es, pues, el Estado quien organiza dicha violencia legal en fuerzas policiales y militares encargadas de intervenir dentro y fuera de las fronteras en defensa de los intereses nacionales, considerados como bien común, y el orden constituido, que se supone que es el mejor posible. Y todo lo que se opone a este orden constituido se define como crimen; la burguesía utiliza así toda su potencia económica, política y militar para poner fuera de la ley a toda fuerza constituida, aun modestamente, para combatir este orden, particularmente a quien utiliza la violencia.

La democracia burguesa, verdadero fetiche moderno, disfraza hipócritamente bajo un velo de ilusiones la

realidad de la división de la sociedad en clases, y de los antagonismos entre las clases que ponen en movimiento las fuerzas sociales. La sociedad burguesa se encuentra atravesada permanentemente por una lucha incesante tanto en el plano de la competencia entre los mismos burgueses, entre sus empresas y Estados como el plano de la lucha entre las clases, entre burgueses y proletarios, o entre clases y semi-clases (burgueses y pequeño-burgueses, etc.). La violencia que se ejerce en esta lucha permanente no es todo el tiempo «cinética», esto es, abierta: en los países capitalistas desarrollados, la simple amenaza de utilizar la violencia basta, en períodos normales, para garantizar la paz social y la sumisión a las exigencias del capital. La eficacia de esta violencia «virtual» significa que todavía la dominación de la clase burguesa no es repudiada por las clases dominadas

La lucha abierta, declarada, efectiva, entre las clases que saben que su antagonismo es irreductible, no es un situación normal para los países imperialistas donde la burguesía utiliza las migajas de sus beneficios o sobreganancias con el fin de mantener el colaboracionismo comprando a ciertas capas sociales. No es sino en presencia de situaciones de graves dificultades económicas - donde las amplias masas sufren una degradación general de sus condiciones y conocen de nuevo la inseguridad y el miedo al mañana - que pueden reaparecer a gran escala marejadas de lucha abierta.

Con sus crisis periódicas, los ciclos económicos capitalistas arrastran al empobrecimiento a capas importantes de poblaciones no solamente obreras, empujan grupos sociales a rebelarse hasta suscitar movimientos de lucha de tipo guerrilleras o terroristas.

10° Si echamos a un lado las acciones del Estado o de algunos de sus servicios, el terreno político en que nace el terrorismo reaccionario, de derecha, sigue siendo el terreno de dominación de clase burguesa. Los intereses que defiende este terrorismo son intereses de fracciones burguesas bien localizadas que combaten a las que están a la cabeza del país. Y en la época de capitalismo ultra-desarrollado, estos intereses particulares no pueden dejar o buscar de tener lazos con otras fracciones burguesas fuera del país. La universalización del capi-

talismo es también la universalización de sus contradicciones y rivalidades. Esta universalización conduce a la cartelización de intereses de grupos capitalistas determinados y a la agravación de sus oposiciones. Desde este punto de vista no es falso hablar de terrorismo internacional puesto que este terrorismo está ligado a intereses económicos internacionales. Se trata de terrorismo burgués, aun si este utiliza como masa de maniobra - como siempre lo hace la burguesía - a elementos surgidos de las capas pobres de la sociedad e incluso del proletariado.

El terreno político de donde surge el terrorismo de izquierda es el del reformismo. Reformismo significa para los marxistas la política que pretende que, gracias a una mediación permanente, utilizando los instrumentos de la democracia aportados por la misma burguesía, es posible la conciliación entre intereses proletarios y burgueses. La historia ha demostrado de manera irrefutable que esta política no sirve en realidad sino a la burguesía. Las bases materiales del reformismo - que nace de la corrupción del movimiento obrero - se encuentran en la división que el capitalismo crea en las filas del proletariado; el capitalismo crea en ellas capas, bastante amplias en ciertos períodos, relativa o absolutamente «privilegiadas» con respecto a la masa no solamente a nivel de salarios sino sobre todo en el plano de «garantías» que en apariencia les hace escapar a la condición proletaria.

En períodos de crisis económicas estos privilegios merman y para numerosas capas proletarias tienden a desaparecer. Sostenidas por las fuerzas de los Estados las clases patronales tienden inexorablemente a cuestionar las prebendas concedidas anteriormente. La política del reformismo legalista clásico aporta cada vez menos frutos, y las manifestaciones y acciones, incluyendo la huelga, que este se ve obligado a organizar, resultan ineptas para frenar el deterioro de las condiciones proletarias. Es entonces cuando cierto grupo de intelectuales y proletarios pueden recurrir a formas de lucha armada con el fin de intimidar a los patronos y fuerzas del Estado o de empujar el reformismo a la lucha. Es inevitable que algunas capas del proletariado puedan ser arrasadas hacia este género de luchas por cuanto las mismas sienten en primera línea la necesidad de responder en el

terreno de la violencia a los ataques de la burguesía.

Pero es la orientación política del terrorismo de izquierda - tipo Brigadas Rojas para tomar el ejemplo italiano - lo que determina su impotencia. El brigadismo aun con todo el enfrentamiento militar frente al Estado y al imperialismo a través de las grandes multiconales, no se salía del cuadro político del reformismo tradicional; no pedía en el fondo sino «más democracia», más respeto de los «derechos adquiridos», trataba de impedir el desmantelamiento del sistema de amortiguadores sociales edificado durante el curso de expansión económica, queriendo que el reformismo regresara a una práctica más combativa » que era la suya para aquella época. Defendía estas reivindicaciones con las armas en la mano, y es por ello que le hemos llamado reformismo armado.

El reformismo armado ha demostrado su impotencia. Pero el mal que este ha causado en los repartos obreros consistió fundamentalmente en paralizar todas las tentativas de reorganización clasista que nacían por aquel entonces, tanto contra los patronos como contra el colaboracionismo tradicional de los sindicatos tricolor y los partidos nacional-comunistas (estalinistas, ndr). El reformismo clásico que no ha tenido ninguna responsabilidad en el nacimiento de las BR u otros grupos lucharmatistas pudo obtener sin embargo grandes beneficios de su participación en las luchas obreras durante un período particularmente crítico para el capitalismo como fue la crisis capitalista mundial de 1974-75, mientras que en realidad su influencia comenzaba a declinar luego de las luchas de aquellos años.

11° La lucha proletaria contra el imperialismo no puede ser conducida en el terreno y con los métodos de la democracia. Es la historia de todas las luchas de liberación nacional y de todas las luchas obreras que han marcado los decenios de post-guerra que lo demuestran. Ningún pueblo se ha autodeterminado jamás sino por la fuerza, la guerra nacional contra las potencias coloniales e imperialistas. Ningún movimiento obrero ha podido resistir a la presión y a la represión capitalistas sino mediante la fuerza en la calle. La violencia que transpira a través de todos los poros de esta sociedad no podrá ser jamás vencida y eliminada sino por una violencia supe-

rior. Mas entonces no se tratará de una violencia episódica, «ejemplarizante» o en represalia contra el enemigo de clase que, aun cuando serán inevitables, útiles también serán; no se tratará de grupos terroristas, ni de actos de «violencia ciega» dictados por la desesperación o, peor todavía, por el desprecio por la vida de los proletarios, aun cuando los revolucionarios no pueden prescindirse del terror que sus armas infligen a sus adversarios. Se tratará de violencia revolucionaria, se tratará de métodos de respuesta y de ataque que el proletariado reorganizado en organizaciones de clase y alrededor de su partido será capaz de poner en marcha de manera científica en la perspectiva del enfrentamiento último con la clase enemiga.

Si observamos al mundo contemporáneo, podemos constatar los innumerables casos de violencia estatal contra violencia de grupos armados. El imperialismo ha derramado su opresión a las cuatro esquinas del planeta; al mismo tiempo que ha enseñado a los burgueses de los países poco desarrollados la forma mejor para oprimir a sus habitantes. Ha creado, mantenido y sostenido todo tipo de organización terrorista incluyendo a las que se basan en el fundamentalismo religioso con tal de que estas puedan ser utilizadas en cualquier momento contra otros competidores. Ha pasado en todas partes, en Europa, África, América Latina, Asia, Medio Oriente, y continuará pasando, aun cuando mañana el imperialismo deberá hacer frente a la revolución proletaria internacional.

El imperialismo puede utilizar todo tipo de guerra, todo tipo de terrorismo, a excepción de la lucha independiente de clase de los proletarios. Pero esta lucha es la más difícil de iniciar y llevar hasta el final, hasta la lucha revolucionaria por el derrocamiento de la dictadura burguesa y la instauración de la dictadura proletaria ejercida por el partido único de clase. Se precisa de condiciones históricas determinadas para que esta lucha renazca y pueda extenderse internacionalmente. Esta perspectiva no es una utopía puesto que ya se realizó, luego de la gran ola revolucionaria surgida tras la primera guerra mundial y de la victoria de la Revolución bolchevique. Estas condiciones históricas reaparecerán de manera inevitable; las contradicciones del capitalismo no conducen solamente a una guerra imperialista general, sino también a la aper-

tura de un período revolucionario el cual no podrá concluirse positivamente que cuando el proletariado logre dotarse de su partido marxista compacto y potente.

12° La burguesía siempre ha justificado sus guerras en nombre de la defensa de la paz, la civilización y otros principios democráticos. En el curso de los últimos años las potencias imperialistas han llevado sus guerras de rapiña por motivos sedicentemente «humanitarios», para traer la paz en regiones desgraciadamente azotadas por guerras intestinas, etc. El colaboracionismo, aun cuando critica recurrir a la «solución militar», aporta indefectiblemente su apoyo al propio Estado en estas guerras. Es imposible esperar otra cosa de estas organizaciones colaboracionistas inextricablemente atadas a la burguesía; toda oposición a la guerra que quisiera apoyarse en ellas, tan siquiera en una mínima proporción, no sería sino una triste mascarada. La iglesia cristiana misma, más hipócrita que las iglesias musulmanas, no habla nunca de «guerra santa» pero en los hechos santifica la intervención militar imperialista como ayer en Yugoslavia y Afganistán.

El pacifismo característico de los movimientos religiosos y reformistas, a partir del momento en que encuentra la excusa perfecta, se manifiesta siempre listo para apoyar a las guerras de su propio imperialismo. Y el pretexto del terrorismo islamista es por supuesto uno de los más eficaces ya que el primero puede sostenerse sobre la base de la compasión hacia poblaciones sin defensa golpeadas por el segundo y sobre la creencia muy difundida de que el cristianismo es más civilizado que su competidor musulmán, sin olvidar la connotación racista reforzada por el hecho que el islamismo es la religión de las capas más explotadas del proletariado. El pretexto del terrorismo musulmán es utilizado también para silenciar la opresión brutal que ejercen las grandes potencias imperialistas, a las cuales el pacifismo ofrece su apoyo en los hechos; incluso dentro de las manifestaciones anti-guerra, puesto que este se limita a rogar piedad por los más débiles. El pacifismo es sin duda una de las manifestaciones más evidentes de la impotencia frente a la dominación capitalista; pero es también y sobre todo una traba para la reanudación de la lucha de clase en la medida en que este difunde entre los proletarios la

creencia de que es posible resolver las contradicciones sociales apelando a la buena voluntad, a la humanidad de los capitalistas.

No son los buenos o malos sentimientos de los capitalistas lo que se objeta; son las leyes del modo de producción capitalista que engendran necesariamente desigualdad, explotación, opresión, violencia; son estas leyes que imponen a los capitalistas mismos una conducta conforme a las necesidades de la conservación y defensa de su sistema. Es imposible oponerse verdaderamente a los efectos inevitables del sistema capitalista, si igualmente no se combate al capitalismo en sí; es precisamente esto lo que el pacifismo no quiere ni puede hacer.

13° La reanudación de la lucha de clase del proletariado no se produce de repente, no estalla como rayo en cielo sereno. No puede ser sino un proceso de maduración largo y contradictorio. Los fundamentos materiales de la lucha de clase residen en la relación misma que se encuentra en el corazón del capitalismo, la relación entre capital y fuerza asalariada; los fundamentos sociales residen en la correlación de fuerzas que se establece entre las clases; los fundamentos políticos residen en el programa del comunismo revolucionario el cual sintetiza toda la trayectoria histórica de la lucha entre las clases, desde su origen hasta el enfrentamiento final con la burguesía.

En la realidad cotidiana del capitalismo, la explotación y opresión principalmente nacional, provocan continuamente luchas de resistencia. En tanto que estas luchas, incluso utilizando métodos violentos, están condenadas a ser reabsorbidas y a recomenzarlas indefinidamente: las desgracias que sufren las masas oprimidas, proletarias o no, no cesan jamás ya que el capitalismo no puede cambiar de naturaleza y transformarse en modo de producción armonioso, no antagónico. La sola perspectiva con futuro de estas luchas de resistencia es que se alcen al nivel de la lucha clasista, que pasen por encima de los límites burgueses a los cuales las restrin-

gen todas las fuerzas de la colaboración entre las clases.

Los comunistas revolucionarios deben luchar contra todas las opresiones burguesas o pre-burguesas. No pueden en ningún caso apoyar a la clase dominante, incluso cuando esta es víctima de agresión o fracaso económico. Los golpes infligidos a la estabilidad del poder burgués pueden venir de diversas direcciones: de la intervención militar de potencias superiores, de los actos terrorista de diversos tipos, etc. Los comunistas están interesados en calibrar los daños causados al poder burgués, no para acudir en su ayuda sino para apreciar su más débil capacidad de resistencia a la lucha obrera, a la lucha por la defensa de los intereses inmediatos y largo plazo del proletariado. De su lado, la burguesía busca utilizar las amenazas que pesan sobre sí o los golpes que recibe para llamar a la clase obrera en su socorro, a sacrificar sus propios intereses en nombre de los intereses «superiores» del burgués en una unión sagrada - precisamente en el mismo momento en que esta burguesía necesita acrecentar la explotación, de arrebatar una parte suplementaria de plusvalía para contrarrestar las pérdidas sufridas.

Los proletarios conscientes no pueden regocijarse delante de las masacres cometidas por los bombardeos humanitarios del imperialismo, tampoco de aquellos actos terroristas cometidos por organizaciones burguesas. En estas masacres son sus hermanos de clase los que constituyen la mayoría de las víctimas. No se solazan de estas masacres, pero tampoco participan en la unión sagrada de todos los ciudadanos que promueven los burgueses para defender el orden establecido. Sí recuerdan que son ellos las víctimas cotidianas de este orden establecido, víctimas de la esclavitud asalariada y su diario cortejo de horrores, miserias y muertes, aun en los períodos idílicos de expansión económica.

Los comunistas revolucionarios y los proletarios conscientes saben que la burguesía no tiene ninguna piedad por sus víctimas, por aquellos que ella

explota y hambrea en el mundo entero con el fin de apropiarse de riquezas cada vez más gigantescas. ¿Cuál piedad podrán tener por los burgueses? Que cada quien lllore por sus muertos.

Los proletarios tienen un futuro, los burgueses y su sistema no tienen ningún futuro que ofrecer a la humanidad, de ellos no queda sino un pasado de miseria, desgracias y males de todo género en el cual quieren mantenerla eternamente. Indisolublemente atados a la propiedad privada, al dinero, dependientes del mercado que les permite respirar o llevarlos a la ruina, son desde hace mucho tiempo una verdadera clase superflua para la humanidad; peor, una clase peligrosa ya que su necesidad de ganancia los empuja cada vez más no sólo a masacrar a seres humanos sino también a devastar el planeta mismo. Su fuerza es directamente proporcional a la debilidad del proletariado el cual está llamado a ser su enterrador y sepultureiro de su sistema.

Si desde el punto de vista objetivo, la maduración de las condiciones generales de la reanudación de la lucha de clase no puede ser acelerada mediante algún cuento; desde el punto de vista subjetivo: es posible y necesario que actúen la voluntad y la consciencia militantes teniendo como finalidad principal la constitución de un verdadero partido comunista internacional, capaz de armar a los proletarios de vanguardia del patrimonio legado de las generaciones precedentes, capaz mañana de ser el órgano dirigente de la lucha revolucionaria y luego del ejercicio de la dictadura proletaria mundial. La historia de las revoluciones y contrarrevoluciones ha indicado ya la ruta a seguir, la vía esclarecida por el marxismo fuera de todo revisionismo, de todo expeditismo, de todo personalismo.

(1) Esta citación, y las que siguen, son sacadas de la obra clásica escrita por Lenin en 1916 «El imperialismo, fase superior del capitalismo», O.C. Tomo 22.

En defensa de la continuidad del programa comunista (7)

Consideraciones sobre la actividad orgánica del partido cuando la situación general es históricamente desfavorable (1965)

INTRODUCCIÓN

Las *Consideraciones* fueron redactadas a comienzos del año 1965, bajo una forma lapidaria, con la precisa intención de esclarecer y reafirmar las tareas del Partido en una fase, no de grandes enfrentamientos de clase, sino de profunda estagnación del movimiento real del proletariado y del oscurecimiento de su conciencia política (el partido). Ellas representan lo que a justo título podemos llamar nuestro «¿Qué hacer?». No decimos esto para hacer retórica, o en razón de analogías exteriores, sino en un sentido más profundo y dialéctico, ya que las mismas se sitúan exactamente sobre la misma línea y responden, con palabras diferentes, al mismo objetivo inscrito en la visión general del marxismo.

Tal como «¿Qué hacer?», estas consideraciones buscan dar una justa orientación al órgano-partido que, dentro de una «situación históricamente desfavorable», no puede sino ser ese «pequeño grupo compacto, que sigue una ruta escarpada y difícil tenidos fuertemente de la mano», del cual habla Lenin. En tal situación *no se trata, no puede tratarse* de ataque, sino que se trata y debe tratarse de preparación revolucionaria, lo que exige que veamos frente a nosotros la realidad objetiva, no para adaptarse, sino para no dejarse arrastrar por élla.

Así como el marxismo no contiene una pizca de utopismo, nuestro texto - al opuesto, incluso sobre el plan formal, de las innumerables plataformas de variantes sin nombres del trotskismo - no hace concesiones ni a la edulcorada retórica de aquellos que buscan una vía rápida, corta y fácil para salir de la más terrible contrarrevolución de la historia, ni a la resignación pasiva de aquellos que, por no haberla encontrado (o porque han juzgado la vía demasiado larga y difícil), deponen las armas. El partido del cual emana este texto no esconde, sino al contrario *declara* abiertamente que la situación objetiva actual de la sociedad, y por lo tanto de la clase, «no podría ser peor». No rechaza solamente sino

que *acepta* ser - en virtud de las determinaciones materiales, y no porque lo halla deseado o escogido - un pequeño núcleo, e incluso muy pequeño, de militantes; si se quiere, el embrión del partido de *mañana*, aquel que en fin merecerá «a la vez el nombre de partido histórico y partido formal», cuando «la acción y la historia reales (hallan) resuelto la contradicción aparente (...) entre partido histórico, es decir *contenido* (programa histórico invariante) y partido contingente, es decir *forma*, actuando como fuerza y práctica física de una partida decisiva del proletariado en lucha». Como Lenin en el primer capítulo de «¿Qué hacer?», pero con tanta más severidad en cuanto al retardo de la fase actual con respecto a la de 1902, y que importa que todos los militantes tengan claramente consciencia, lo sabe y no teme decir que la historia le ha confiado la tarea de «sobrevivir y transmitir la flama a lo largo del hilo del tiempo histórico», lo que es mil veces más difícil que atacar, y al menos tan difícil como vencer luego de haber podido y sabido atacar. Como el texto clásico de Lenin, no teme decir, a las barbas de todos los concretistas, que la «restauración de los principios doctrinales» del movimiento comunista, es decir de la teoría, es la *condición primera, esencial*, de esta transmisión, de la cual depende, no el retorno de situaciones revolucionarias - que son el producto de un concurso de circunstancias materiales exteriores en un 95% al partido de clase (y a todo partido, incluso el mejor armado) - sino de su resultado en la conquista y ejercicio del poder.

Como «¿Qué hacer?», *rechaza*, además, la idea de que la restauración y la defensa integrales de la doctrina marxista invariante pueda realizarse de otro modo sino mediante un órgano, una organización militante, de un núcleo compacto que ejerza en forma unitaria la *totalidad* de las funciones que caracterizarán al partido histórico y formal a la vez - aun cuando las condiciones objetivas restrinjan su campo global de acción (1), y más aún su intervención

sector por sector; si no *ejercieran estas funciones*, y si no *se preparara* para su entrenamiento difícil, fastidioso y sin gloria, incluso esta lejana confluencia no será *posible*.

No seríamos marxistas si erigiéramos «una barrera entre teoría y acción práctica», ya que el materialismo nos enseña que, «más allá de cierto límite, eso sería destruirnos nosotros mismos así como nuestras bases de principio». Sin embargo, esta afirmación no basta: nuestro texto la completa afirmando que el partido, quien por principio y como ha declarado siempre abiertamente, se opone a toda concepción que querrá reducirla a una secta secreta o a una élite, una asociación «obrerista» compuesta únicamente de proletarios, o, en fin, un cenáculo cultural, intelectual y escolástico, «desarrolla en su propio seno (no desde mañana sino, de forma embrionaria, desde hoy) los órganos aptos a diferentes funciones que nosotros llamamos propaganda, proselitismo, trabajo sindical, etc., y, mañana, organización armada (un mañana que no vendrá jamás si no preparamos mucho tiempo antes las condiciones *mínimas*)»; es por eso que, en la medida en que las condiciones reales ofrezcan la posibilidad objetiva, consagramos a *cada* una de estas funciones el mismo cuidado atento, sin jamás considerarlo como sectores separados (ya que «tal distinción es mortal no sólo para el conjunto del partido sino también para cada militante»), proclamando al contrario «que, en principio, ningún camarada debe ser extraño a ninguna de ellas» (2) ya que todas son cualitativamente igual de vitales para el partido, y ninguna, por modesta que ella sea, debe ser abandonada bajo el pretexto que la misma no aporta en lo inmediato - esto no es una sorpresa para nosotros - sino resultados irrisorios.

Como «¿Qué hacer?», nuestro texto tiene como punto de partida la defensa vigorosa y apasionada del *dogmatismo*, es decir de la invariancia de la doctrina, y de la afirmación de que esta debe prevalecer para que la acción, cualquiera sea su importancia cuantitativa, sea conforme a los principios; prosigue reivindicando el carácter *indisociable* de estas tareas más modestas y menos exaltantes, pero necesarias también como oxígeno de la teoría, como son el proselitismo, la propaganda, el trabajo sindical, la agitación (3), etc., en suma la importación de la teoría a una capa aun mínima de la clase. Así las *Consideraciones* combaten para defender de manera inseparable y la pesada tarea - hoy casi sobrehumana - de reafirmación de los «principios doctrinales» precisándolos siempre más, y las tareas más humildes, pero igual de difíciles, de preparación del pequeño núcleo comunista superviviente - y bien decidido a sobrevivir - al conjunto de misiones que este no podrá desdeñar sin condenarse a muerte a sí mismo.

Estas lo hacen buscando *menos* la suerte - evidente-

mente infinitesimales - de influenciar a la clase o inclusive una minoría restringida de la misma, que la posibilidad de preparar y luego de formar el núcleo que será llamado a transformarse en el estado - mayor de la revolución - en situaciones que, sin duda, serán radicalmente diferentes a las de hoy, pero que estarán dialéctica e indisolublemente ligadas.

O bien admitimos, con humildad pero con firmeza, que dichas tareas, todas sin excepción - bien que a grados diferentes por razones *de hecho* - , *se condicionan mutuamente*, de tal manera que si una perece, si la misma es separada de la otra, *o bien* destruimos, al mismo tiempo que al partido, la teoría misma, es decir que destruimos *el futuro de la clase, o bien* reconocemos que el órgano-partido se forma precisamente dentro de situaciones contrarrevolucionarias desarrollando (bien que a grados diversos, como es el caso de todo organismo durante ciertas fases de su ciclo de vida) todas sus funciones *específicas*, preparando así a militantes que sean lo más completo posible (lo que no significa que estén ya aptos a ejercer tal función en lugar de tal otra integrándose a la vida colectiva del partido revolucionario - es este el sentido del unitarismo y del centralismo orgánico), *o bien* caemos en la metafísica de las sectas, élites y círculos intelectuales, culturales y escolásticos, es decir, nos suicidamos como partido.

Contra esta debacle final nacida de la impotencia en sacar las «lecciones de la contrarrevolución», nuestro texto es una severa y vigorosa *advertencia*. Tal es nuestra consigna, no de 1965, sino desde siempre.

(1) Para una interpretación correcta y más completa del punto 8 de *Consideraciones*, ver los § 4, 8, 9, de la parte IV° de las *Tesis Características*.

(2) Tal es igualmente el sentido - el único posible para los marxistas - de la superación tendencial en el seno del partido, no de la división social del trabajo, sino de sus innobles barreras: ni reducción de todas las funciones a una sola, sea simple o compleja, ni igualación de todos los dones personales e incluso de todas las «competencias y especializaciones» de los individuos, sino su **integración** en la colectividad-partido y en la actividad militante de cada uno de sus miembros.

(3) Hay que señalar que incluso hoy la agitación no puede ser excluida, en los momentos episódicos y fugitivos sin duda, pero fecundos para la preparación de los militantes.

Consideraciones sobre la actividad orgánica del partido cuando la situación general es históricamente desfavorable (1965)

1. - La llamada cuestión de la organización interna del partido ha sido siempre objeto de las posiciones de los marxistas tradicionales y de la izquierda comunista actual, nacida como oposición a los errores de la Internacional de Moscú. Naturalmente esta cuestión no es un sector aislado en un compartimento cerrado, sino que es algo inseparable del cuadro general de nuestras posiciones.

2. - Todo cuanto forma parte de la doctrina, de la teoría general del partido, se encuentra en los textos clásicos y está profundamente resumido en manifiestos más recientes, en textos italianos como las Tesis de Roma y de Lyon y en otras muchas con las cuales la izquierda presagió la ruina de la III. Internacional por fenómenos no menos graves que los ofrecidos por la II. Todo este material en parte es utilizado ahora para el estudio sobre la organización (entendida en un sentido restringido como organización del Partido y no en el sentido amplio de organización del proletariado en sus diversas formas históricas y sociales) y no se pretende aquí resumirlo, remitiendo a dichos textos y al amplio trabajo en curso de la Historia de la Izquierda, cuyo segundo volumen se está preparando.

3. - Se deja a la teoría pura, común a todos nosotros y fuera de discusión, todo lo que respecta a la ideología del partido y a la naturaleza del mismo, y a las relaciones entre el partido y su propia clase proletaria, que se resumen en la conclusión obvia de que sólo con el partido y su acción, el proletariado se convierte en clase para sí y para la revolución.

4. - Indicamos normalmente como cuestiones de táctica (repetida la re-

serva de que no existen capítulos y secciones autónomas) las que surgen y se desarrollan históricamente en las relaciones entre el proletariado y las otras clases, el partido proletario y las otras organizaciones proletarias, y entre él y los partidos burgueses y no proletarios.

5. - La relación que fluye entre las soluciones tácticas, para no ser condenadas por los principios doctrinales y teóricos, y el desarrollo multiforme de las situaciones objetivas y, en cierto sentido, externas al partido, es en verdad bastante mutable; pero la Izquierda ha mantenido que el partido debe dominarla y preverla con antelación, como está escrito en las Tesis de Roma sobre la táctica, entendidas como proyecto de Tesis para la táctica internacional. Existen, para ser sintéticos hasta el extremo, períodos de situaciones objetivas favorables junto a condiciones desfavorables del partido como sujeto; puede darse también el caso opuesto, hay estados raros que son sugestivos ejemplos de un partido bien preparado y de una situación social que encuentra a las masas lanzadas hacia la revolución y hacia el partido que la ha previsto y descrito con antelación, como Lenin reivindicó para los bolcheviques en Rusia.

6. - Dejando a un lado «distinciones» pedantes, podemos preguntarnos en qué situación objetiva se encuentra la sociedad de hoy. Ciertamente la respuesta es que estamos en la peor situación posible y que gran parte del proletariado, más que ser golpeado por la burguesía, está controlado por los partidos que trabajan al servicio de ésta e impiden al proletariado todo movimiento clasista revolucionario, de

modo que no se puede prever cuánto tiempo transcurrirá hasta que, en esta situación muerta y amorfa, llegue lo que otras veces definimos como «polarización» o «ionización» de las moléculas sociales que precederá a la explosión del gran antagonismo de clase.

7. - ¿Cuáles son, en este periodo desfavorable, las consecuencias sobre la dinámica orgánica interna del partido? Hemos dicho siempre, en todos los textos más arriba citados, que el partido se ve inexorablemente afectado por el carácter de la situación real que lo rodea. Por tanto, los grandes partidos proletarios que existen son necesaria y declaradamente oportunistas.

Es una tesis fundamental de la Izquierda que nuestro partido no debe por este motivo renunciar a resistir, sino que debe sobrevivir y transmitir la llama a lo largo del histórico «hilo del tiempo». Está claro que será un partido pequeño, no por nuestro deseo o elección, sino por ineluctable necesidad. Pensando en la estructura de este partido, incluso en la época de decadencia de la III. Internacional, y en innumerables polémicas, hemos rechazado varias acusaciones con argumentos que no es necesario repetir. No queremos un partido de secta secreta o de élite, que rechace todo contacto con el exterior por manías de pureza. Rechazamos toda fórmula de partido obrero o laborista que quiera excluir a todos los no proletarios, fórmula que pertenece a todos los partidos oportunistas históricos. No queremos reducir el partido a una organización de tipo cultural, intelectual y académica como la que dio lugar a las polémicas que se remontan a hace más de medio siglo; tampoco

creemos, como ciertos anarquistas o blanquistas, que se pueda pensar en un partido de acción armada conspirativa y que se dedique a conjurar.

8. - Dado que el carácter de degeneración del complejo social se concentra en la falsificación y en la destrucción de la teoría y de la sana doctrina, está claro que el pequeño partido de hoy tiene un carácter preeminente de restaurador de los principios de valor doctrinal, estando privado desgraciadamente del ambiente favorable en el que Lenin realizó esta tarea tras el desastre de la primera guerra. Sin embargo, no por esto podemos trazar una barrera entre teoría y acción práctica; porque más allá de cierto límite nos destruiríamos a nosotros mismos y a todas nuestras bases de principio. Reivindicamos, por lo tanto, todas las formas de actividad propias de los momentos favorables en la medida en que las relaciones de fuerza reales lo permitan.

9. - Todo esto podría desarrollarse mucho más ampliamente, pero se puede llegar a una conclusión sobre la estructura organizativa del partido en un periodo tan difícil. Sería un error fatal verlo como divisible en dos grupos: uno dedicado al estudio y otro a la acción, porque esta distinción es mortal no sólo para el cuerpo del partido, sino también en relación a cada militante individual. El sentido del unitarismo y del centralismo orgánico es que el partido desarrolla en sí los órganos aptos para sus distintas funciones, que nosotros llamamos propaganda, proselitismo, organización proletaria, trabajo sindical, etc.; hasta llegar mañana, a la organización armada, pero nada se debe deducir del número de compañeros que se considera dedicado a tales funciones, porque en principio ningún compañero debe ser ajeno a ninguna de ellas.

Es un percance histórico que en esta fase puedan parecer demasiados los compañeros dedicados a la teoría y a la historia del movimiento y pocos los preparados para la acción. Sería sobre todo insensata la búsqueda del número de los dedicados a una y otra manifestación de energía. Todos sabemos que, cuando la situación se radicalice, innumerables elementos se alinearán con nosotros, en una vía inmediata, instintiva y sin el mínimo curso de estudios que pueda imitar a las cualificaciones académicas.

10. - Sabemos muy bien que el peligro oportunista, desde que Marx

luchó contra Bakunin, Proudhon, Lasalle y en todas las fases ulteriores del morbo oportunista, ha estado ligado enteramente a la influencia de falsos aliados pequeño burgueses sobre el proletariado.

Toda nuestra desconfianza infinita hacia la aportación de estos estratos sociales no debe ni puede impedirnos utilizarlos sobre la base de las potentes enseñanzas de la historia de los elementos de excepción, que el partido destinará al trabajo de reordenación de la teoría, fuera del cual no existe más que la muerte y que en el futuro, con su plan de difusión deberá identificarse con la inmensa extensión de las masas revolucionarias.

11. - Las violentas chispas que saltaron de entre los conductores de nuestra dialéctica nos han enseñado que es compañero militante comunista y revolucionario quien ha sabido olvidar, renegar, quitarse de la mente y del corazón la clasificación en que lo inscribe el padrón de esta sociedad en putrefacción, y se ve y confunde a sí mismo en todo el arco milenar que liga al ancestral hombre de la tribu que luchaba contra las bestias, con el miembro de la comunidad futura, fraterna en la alegre armonía del hombre social.

12. - *Partido histórico y partido formal*. Esta distinción está en Marx y Engels, y ellos tuvieron el derecho de deducir que, estando con su obra en línea con el partido histórico, despreciaban pertenecer a todo partido formal. De esto ningún militante actual puede inferir el derecho a una elección: tener las cartas en regla con el «partido histórico», y burlarse del partido formal. Esto no porque Marx y Engels fuesen superhombres de un tipo o raza distinta a los demás, sino precisamente por la sana inteligencia de su proposición que tiene sentido dialéctico e histórico.

Marx dice: partido *en su acepción histórica*, en el sentido *histórico*, y *partido formal o efímero*. En el primer concepto está la continuidad, y de él hemos derivado nuestra tesis característica de la invariabilidad de la doctrina desde que Marx la formuló, no como una invención de genio, sino como hallazgo de un resultado de la evolución humana. Pero los dos conceptos no están en oposición metafísica, y sería necio expresarlos con la doctrinilla: vuelvo la espalda al partido formal y voy hacia el histórico.

Cuando hacemos surgir de la doctrina invariante la conclusión de que la victoria revolucionaria de la clase tra-

bajadora no puede obtenerse mas que con el partido de clase y la dictadura *de éste*, y con la guía de las palabras de Marx afirmamos que antes del partido revolucionario y comunista el proletariado es una clase, quizás para la ciencia burguesa, pero no para Marx y para nosotros; la conclusión a deducir es que para la victoria será necesario tener un partido que merezca al mismo tiempo la calificación de partido histórico y de partido formal, o sea, que se haya resuelto en la realidad de la acción y de la historia la contradicción aparente - que ha dominado un largo y difícil pasado - entre partido histórico, por tanto, en cuanto al *contenido* (programa histórico, invariable), y partido contingente, es decir, en cuanto a la forma, que actúa como fuerza y praxis física de una parte decisiva del proletariado en lucha.

Esta sintética puesta a punto de la cuestión doctrinal hace referencia también rápidamente a los procesos históricos que nos preceden.

13. - El primer paso, desde un conjunto de pequeños grupos y ligas, en los que se manifiesta la lucha obrera, hasta el partido Internacional previsto por la doctrina, se da con la fundación de la I. Internacional en 1864. No es este el momento de reconstruir el proceso de su crisis; Internacional que, bajo la dirección de Marx, fue defendida a ultranza de las infiltraciones de programas pequeño-burgueses como los de los libertarios.

En 1889, se reconstituye la II. Internacional tras la muerte de Marx, pero bajo el control de Engels, cuyas indicaciones no fueron aplicadas. Por algún tiempo se tendió a tener de nuevo en el partido formal la continuación del partido histórico, pero fue despedazado en los años siguientes por el tipo federalista y no centralista, por las influencias de la praxis parlamentaria y del culto a la democracia y por la visión nacionalista de las distintas secciones, no concebidas como ejércitos de guerra contra el propio estado, como habría querido el Manifiesto de 1848; surge el revisionismo abierto que desvaloriza el *fin* histórico y exalta el *movimiento* contingente y formal.

El surgimiento de la III. Internacional, tras la caída desastrosa en 1914 en el puro democratismo y nacionalismo de casi todas las secciones, fue para nosotros en los años que siguieron a 1919 la plena conjunción del partido histórico en el partido formal. La nueva Internacional surgió declaradamente centralista y antidemocrática, pero la

praxis histórica de la incorporación de las secciones federadas en la Internacional fracasada fue particularmente difícil y apresurada ante la preocupación de que fuese inmediato el paso entre la conquista del poder en Rusia y la conquista en los países europeos.

Si la sección surgida en Italia de las ruinas del viejo partido de la II. Internacional fue particularmente conducida, no por virtud de las personas, sino por derivaciones históricas, a advertir de la exigencia de soldar el movimiento histórico y su forma actual, fue por haber librado luchas particulares contra las formas degeneradas y, por tanto, por haber rechazado las infiltraciones no sólo de las fuerzas dominadas por posiciones de tipo nacional, parlamentario y democrático, sino también de aquellas (italicas, maximalismo) que se dejaron influenciar por el revolucionarismo pequeño-burgués, anarco-sindicalista. Esta corriente de izquierda luchó particularmente para que las condiciones de admisión fuesen rígidas (construcción de la nueva estructura formal), las apliques de lleno en Italia, y cuanto éstas dieron resultados no perfectos en Francia, Alemania, etc., fue la primera en advertir de la existencia del peligro para toda la Internacional.

La situación histórica, por la cual el Estado proletario sólo se había constituido en un país, mientras que en los otros no se había conseguido conquistar el poder, hacía difícil a la sección rusa la clara solución *orgánica* de mantener el timón de la organización mundial.

La Izquierda fue la primera en advertir que el comportamiento del Estado ruso, tanto en su economía interna como en las relaciones internacionales, comenzaba a acusar desviaciones, y advirtió también de que se establecería una diferencia entre la política del partido histórico, es decir, de todos los comunistas revolucionarios del mundo, y la política de un partido formal que defendiese los intereses del Estado ruso contingente.

14. - Este abismo se excavó tan profundamente desde entonces que las «aparentes» secciones que dependían del partido-guía ruso, hicieron en un sentido efímero una política vulgar de colaboración con la burguesía, no mejor que la tradicional de los partidos corruptos de la II. Internacional.

Esto da la posibilidad, no diremos el derecho, a los grupos que surgieron de la lucha de la Izquierda italiana contra la degeneración de Moscú, de entender mejor que cualquier otro el camino que el partido verdadero, activo y formal, debe mantener para ser consecuente con las características del partido histórico revolucionario que en línea de praxis se ha afirmado en grandes fragmentos históricos a través de la serie trágica de las derrotas de la revolución.

La transmisión de esta tradición no deformada por los esfuerzos para hacer real una nueva organización del partido internacional sin pausas históricas, organizativamente no se puede basar en la elección de hombres muy cualificados o muy informados de la doctrina histórica, sino que orgánicamente tiene que utilizar del modo más fiel la línea entre la acción del grupo con el que ella se manifestaba hace 40 años y la línea actual. El nuevo movimiento no puede esperar superhombres ni Mesías, sino que se debe basar en un nuevo despertar de cuanto ha podido conservar a través de mucho tiempo, y la conservación no puede limitarse a la enseñanza de tesis y a la búsqueda de documentos, sino que se sirve también de utensilios vivos que forman una vieja guardia y que confían en dar una consigna incorrupta y potente a una joven guardia. Esta se lanza hacia nuevas revoluciones que tal vez no deban esperar más de un decenio desde ahora para la acción en un primer plano en la escena histórica; no interesan al partido y a la revolución el nombre de unos u otros hombres.

La correcta transmisión de la tradición por encima de las generaciones,

y por esto por encima de nombres de hombres vivos o muertos, no puede reducirse a la de los textos críticos, y al método único de empleo de la doctrina del partido comunista de manera adherente y fiel a los clásicos, sino que debe referirse a la batalla de clase que la Izquierda marxista (no queremos limitar el reclamo a la región italiana) implantó y condujo en la lucha real más encendida en los años posteriores a 1919, y que fue despedazada más que por la relación de fuerzas con la clase enemiga, por el vínculo de dependencia de un centro que degeneraba de lo que había sido el partido Mundial histórico, para convertirse en un partido efímero destruido por la patología oportunista, hasta que históricamente se rompió de hecho.

La Izquierda intentó históricamente, sin romper con el principio de la disciplina mundial centralizada, dar la batalla revolucionaria y defensiva manteniendo al proletariado de vanguardia indemne para la colusión con los estratos intermedios, sus partidos y sus ideologías dirigidas para la derrota. Frustrada también esta contingencia histórica de salvar si no la revolución al menos el nervio de su partido histórico, hoy se ha reiniciado en una situación objetiva apática y hostil, en medio de un proletariado infectado de democratismo pequeño burgués hasta la médula; pero el organismo naciente, utilizando toda la tradición doctrinal y táctica reafirmada por la verificación histórica de previsiones tempestivas, la aplica también a su acción cotidiana persiguiendo la reanudación de un contacto cada vez más amplio con las masas explotadas, y elimina de su propia estructura uno de los errores de partida de la Internacional de Moscú, liquidando la tesis del centralismo democrático y la aplicación de toda máquina de voto, como ha eliminado de la ideología incluso del último miembro, toda concesión a las directrices democratoides, pacifistas, autonomistas y libertarias.

Auschwitz o la Gran Coartada

En Francia, en diversas ocasiones, el artículo que a continuación publicamos ha resultado ser el centro de violentas polémicas, describiéndosele como el «texto fundador del negacionismo» y el ejemplo manifiesto de la colusión inevitable entre fascistas y «ultra-izquierda»!

En el último número de nuestra revista hemos publicado un volante difundido para responder a esta campaña calumniosa lanzada por los grandes cotidianos burgueses franceses. En este número hemos vuelto a publicar

dicho artículo, con una introducción bastante eficaz, aun cuando data de 1979, la cual también ha sido atacada ya que recuerda que los crímenes de los imperialismos «democráticos» son tan horribles como aquellos cometidos por los imperialismos fascistas y que, por consiguiente, confirman que no hay diferencia de naturaleza entre «democracia» y «fascismo»; tratándose de dos formas de dominación de la burguesía que la clase dominante utiliza alternativamente, razón por la cual ambas deben ser combatidas por los proletarios.

INTRODUCCIÓN

Este artículo fue publicado en 1960 en el n° 11 de nuestra revista «Programme Communiste». Igualmente en esa época, hemos tenido que hacer frente a una vasta campaña «anti-antisionista» que había que denunciar por su hipocrecía y cinismo. El objeto real de estas campañas lanzadas periódicamente por Estados y partidos «democráticos» no tiene nada que ver con lo que pareciera ser su causa inmediata, cuando no es más que su pretexto.

Así, en Noviembre de 1978, la entrevista con el ex-comisario de las cuestiones judías Darquier de Pellepoix dió lugar a una enorme campaña de movilización de la cacareada opinión pública. Todos los partidos se lanzaron a pie juntillas en una campaña de crítica al racismo y de elogios a la democracia; campaña que busca evidentemente la autojustificación y autoglorificación de la democracia burguesa, pero teniendo objetivos mucho más precisos y específicos, los cuales trataremos de despejar aquí, dejando atrás la simple rabia delante del cinismo de esta campaña.

Lo que golpea ante todo, es en efecto la innoble hipocrecía de la burguesía y sus lacayos, que quisieran hacer creer que son el racismo y el antisemitismo mismos los responsables de sufrimientos y masacres, provocando en particular la muerte de seis millones de judíos durante la última guerra. El artículo que reproducimos desmonta la mixtificación de esta afirmación, poniendo al desnudo las reales raíces de la exterminación de los judíos, raíces que no se pueden encontrar en el dominio de las «ideas», sino en el funcionamiento de la economía capitalista y los antagonismos sociales que él engendra. Demostrando también que, si bien el Estado alemán fue el verdugo de los judíos, todos los Estados burgueses fueron corresponsables de su aniquilación, sobre la cual estos ahora derraman lágrimas de cocodrilo.

LAS MASACRES DE LA DEMOCRACIA BURGUESA

La hipocresía democrática posee además otra cara, aún más repugnante de lo que le es posible: ella no se indigna sino de las masacres y «crímenes de guerra» perpetrados por otros. Los aliados cubren bajo la indignación delante de las cámaras de gaz las masacres de Dresde-Hamburgo que ocasionaron cientos de miles de muertes en una sola noche de bombardeo «clásico», y las deflagraciones atómicas de

Hiroshima y Nagasaki las cuales exterminaron centenas de miles de «inocentes» en pocos segundos. Resulta imposible erigir aquí el balance terrorífico de las masacres cometidas por la democracia burguesa entre las masas explotadas y oprimidas del mundo entero. Pero, frente al desencadenamiento de la autosatisfacción francesa, desde los representantes del estado capitalista hasta los representantes del social-chauvinismo pseudo-obrero, hay que sin embargo recordar algunos altos hechos de la hija mayor de la democracia.

Sin siquiera remontar hasta la trata de negros que fue durante el siglo XVIII una de las mayores fuentes del auge de la burguesía francesa, hay que decir que desde hace un siglo y medio la democracia francesa reposa sobre su imperio colonial. Y quien dice imperio colonial, dice guerras de conquista, pillajes y masacres, guerra permanente para mantener su dominación. La simple construcción del puerto de Dakar de entreguerra habría costado unas 150.000 mil vidas humanas. En 1945, en plena euforia de la «democracia reconquistada», la represión de una revuelta en la región de Setif provocó 45.000 muertos. En 1946, 80.000 malgaches pagaban con sus vidas el poco entusiasmo que les inspiraba la Unión Francesa. ¿La guerra de Indochina, la «nuestra» (francesa) comienza en 1946 también; cuántos muertos causará? Estas represiones son particularmente instructivas: no solamente los «camaradas ministros» del P.C.F. ocupando escaños en el gobierno no renunciaron por tan poca cosa (¡Tillon era incluso ministro de las fuerzas aéreas cuando los aviones franceses ametrallaban las puertas de Setif!), sino que el P.C.F. denunciaba también a aquellos que se alzaban contra la dominación francesa como «provocadores fascistas»... ¿Es preciso continuar? Evidentemente, la guerra de Argelia no produjo sino un millón de muertos... ¿Es por ello que sus crímenes son cubiertos bajo la prescripción? ¿Los «campos de reagrupamiento», el pase de mechtas al napalm, las «corvées de bois», la *gegène*, las ciudades argelinas transformadas en centros de torturas especializadas, no son altos hechos de nuestra «armada democrática»? Si los capitanellos de la tortura de la época fueron promovidos desde entonces al rango de coroneles encargados de meter en cintura, so pretexto humanitario, las revueltas que pongan en peligro los intereses franceses ¿es o no es la democracia inseparable de la represión colonial? ¿Todavía hoy ¿la gran democracia fran-

cesa no interviene cotidianamente en África, directa o indirectamente, para ahogar en sangre toda revuelta contra el orden imperialista? Después de Estados Unidos y la URSS ¿no es la Francia el más grande negociante de armas y uno de los pilares de todos los regímenes racistas y reaccionarios que hay en el mundo?

No cabe duda que la democracia francesa le debe un ojo de la cara a Darquier, lo cual le permite refabricarse una virginidad, de esconder la realidad del imperialismo bajo una marea de verborrea antirracista, humanista y democrática, y de desviación de la cólera del proletariado y de las masas oprimidas de la causa real de las masacres: las relaciones de producción capitalistas y el Estado que las defiende. ¡Gracias, chivo expiatorio! ¡Si este no se presentara por cuenta propia, habría que haberlo inventado!

En realidad, chivos de este género se encuentran presentes todos los días, y si hoy se crea un tal drama, no es solamente por las razones generales de la glorificación del racionalismo burgués, de la sociedad burguesa, de su democracia y de su Estado. Hoy, la campaña anti-antisemita posee objetivos más delicados: el de un orden internacional bajo el control directo de los franceses.

LA DEFENSA DE LOS «DERECHOS DEL HOMBRE»

Esta campaña, en efecto, se inserta dentro de la gran campaña internacional lanzada por los Estados Unidos en la «Defensa de los Derechos del Hombre», bandera tradicional de la agresividad del imperialismo estadounidense. Está claro que la propaganda contra el antisemitismo se dirige en parte contra la URSS. Tal vez no sea inútil decir algunas palabras sobre el antisemitismo en URSS.

Para los ideólogos burgueses, la existencia de antisemitismo en URSS da profunda satisfacción, y su indignación es hipócrita. Admitiendo que es el socialismo lo que reina en Rusia, sacan en conclusión que el odio a los judíos es una característica **universal** de la «naturaleza humana», independiente de las condiciones económicas, sociales e históricas. Luego, estos declaran que el socialismo no es capaz de resolver la «cuestión judía» y que este último ha fracasado. El mismo punto de vista lo encontramos con respecto a la opresión de la mujer, de las minorías nacionales, etc. La versión «izquierdista» de esta posición busca decir que «el socialismo no es suficiente» para resolver estos problemas, y que además hace falta la democracia, la libertad, etc.

Todas estas elucubraciones evidentemente han sido aniquiladas por el hecho de que no hay socialismo en URSS, como hemos hecho ver en numerosas ocasiones. Luego de la revolución de Octubre, la dictadura del proletariado condujo en verdad una ofensiva vigorosa contra el antisemitismo, pero la misma no pudo modificar en pocos años ancianas costumbres sociales que el estado de las fuerzas productivas en Rusia no le permitía «pasar al socialismo». La contrarrevolución staliniana no destruyó solamente la dictadura del proletariado sino que, promoviendo un desarrollo acelerado del capitalismo, la misma agudizó los antagonismos sociales que, en la ausencia de una fuerza de clase, se tradujeron en antisemitismo entre otras cosas.

Paulatinamente, el Estado ruso se lanzó en el antisemitismo, a la vez como **derivativo** clásico al descontento popular y por razones de estrategia internacional. Pero si este antisemitismo pudo cuajar, no fue sólo porque este se apoyaba en el viejo antisemitismo campesino. El mismo

expresaba, sobre todo, el perfecto arrivismo y carrerismo, el apuro por lo buenos puestos y privilegios del aparato político y económico del Estado, dentro de la superestructura científica, artística y literaria; porque era un arma tradicional y cómoda a la vez dentro de la competencia encarnizada que reinaba en estos medios. En la ausencia de tal competencia, ningún maquiavelismo podría fabricar racismo alguno.

Es evidente que la indignación estadounidense delante del antisemitismo ruso es pura hipocresía. Los rusos no tenían sino que responder cómodamente evocando la cuestión de los negros norteamericanos. Sin embargo, la defensa de los judíos, la defensa de la Libertad y la Igualdad (la del vecino...) es un instrumento de la propaganda norteamericana, un slogan alrededor del cual U.S.A. busca reunir y movilizar las fuerzas de su campo en la perspectiva de un nuevo conflicto imperialista. ¿Hay que sorprenderse si incluso la extrema derecha se despierta con un horror por el racismo y un amor por la libertad?

CORTINA DE HUMO DE LA CAMPAÑA ACTUAL

En fin, es preciso analizar las causas inmediatas en Francia de los clamores contra el antisemitismo. En estos momentos en este país donde varios millones de inmigrados, privados de derechos, sometidos a una represión policial continua, son tratados como bestias de producción en los grandes presidios industriales «nacionales», encerrados bajo vigilancia dentro de dormitorios o residencias-cuarteles y tratados salvajemente al mínimo amotinamiento; no es para nada un azar que dicha campaña tome un tal auge. La burguesía puede fingir que reprueba oficialmente el racismo y las exacciones «privadas» de lo cual estos son víctimas; la misma en los hechos lo mantiene escrupulosamente, colocando deliberadamente a los trabajadores inmigrados en condición de categoría inferior, ya que tiene necesidad de aterrorizar y dividir a la clase obrera. En cuanto a las direcciones sindicales y partidos de «izquierda» quienes se proclaman todo lo antirracista que uno quiera, estos son todavía más hipócritas, puesto que **admiten y defienden** en la realidad las medidas que el Estado toma para situar a los inmigrados en situación de inferioridad, constituyendo la **base objetiva** de las manifestaciones racistas tales como el control de la inmigración, la carta de trabajo, ausencia de derechos, etc.; peor, estos se afanan en sabotear toda lucha resuelta llevada a cabo por los trabajadores inmigrados, etc., izquierdas y sindicatos superan a las campañas burguesas defendiendo - obra maestra de la hipocresía - el «derecho al retorno» ¡cuando el Estado cierra las fronteras y se dispone a expulsar a los inmigrados por centenas de miles!

¿Qué mejor cortina de humo cuando se super-explotan, encierran y aterrorizan varios millones de inmigrados, que una campaña contra el racismo y antisemitismo? En particular ¿qué mejor cortina de humo que, después de haberlos aspirado en períodos fastos, haciéndoles sudar beneficios suplementarios, hoy se busca expulsar a una buena parte? La «Lettre de l'Expansion» del 23/10/78 señala abiertamente que el gobierno se interroga por las cientos de miles de cartas de trabajo que no se podrán renovar; tanto así que según un ministro «una parte importante de la opinión pública no sería hostil». La actual campaña ideológica sirve también de preparación y cobertura a esta operación. ¿Racista, nosotros? ¡No juegue, miren como condenamos

a los antisemitas, cómo somos de democráticos, de respetuosos de los derechos del Hombre y el Ciudadano, nosotros emprendemos una lucha feroz contra el racismo, reúnanse todos a nuestros principios de Igualdad, y todos juntos podremos «democráticamente» expulsar una parte de los extranjeros, gentes a quienes reconocemos el derecho de ser nuestros iguales... casa de ellos!

Esta tentativa preliminar de volver solidario al obrero «nacional» con el Estado burgués frente a sus

hermanos de clase venidos de otras partes, con una piel de color diferente y que hablan otro idioma, con la complicidad de todas las fuerzas colocadas en el terreno de la burguesía, del interés nacional, tal tentativa debe ser combatida bajo todos sus ángulos y por todos los medios. Combatiendo el anti-antisemitismo burgués; denunciando y demoliendo su infame hipocresía. Es esta razón la que nos empuja a volver a publicar dicho artículo.

(Enero de 1979)

Auschwitz o la Gran Coartada

La prensa de izquierda acaba de demostrar nuevamente que, de hecho, el racismo, esencialmente el antisemitismo, constituye hasta cierto punto la gran coartada del antifascista, su bandera favorita y su último refugio en la discusión. ¿Quién resiste a la evocación de los campos de exterminación y los hornos crematorios? ¿Quién no se inclina delante de los 6 millones de judíos asesinados? ¿Quién no se estremece delante del sadismo nazi? Sin embargo, esta es una de las más escandalosas mixtificaciones del antifascismo, y vamos a desmontarlo.

Un reciente afiche del MRAP(1) atribuye al nazismo la responsabilidad en la muerte de 50 millones de seres humanos entre los cuales 6 millones de judíos. Esta posición, idéntica al «fascismo-promotor-de-guerra» de los supuestos comunistas, es una posición típicamente burguesa. Rechazando ver en el **capitalismo en sí** la causa de las crisis y cataclismos que asolan periódicamente al mundo, los ideólogos burgueses y reformistas han pretendido siempre explicarlos por la maldad de unos u otros. Vemos aquí la identidad fundamental de las ideologías (si osamos a decir) fascistas y antifascistas: ambas proclaman que son el pensamiento, las ideas, la voluntad de grupos humanos quienes determinan los fenómenos sociales. Contra estas ideologías, que llamamos burguesas ya que defienden al capitalismo, contra estos «idealistas» pasados, presentes y futuros, el marxismo ha demostrado que son, al contrario, las relaciones sociales quienes determinan el movimiento de las ideologías. Esta es la base misma del marxismo, y para darse cuenta hasta qué punto nuestros pretendidos marxistas la han renegado basta ver que en ellos todo pasa en la

idea: el colonialismo, el imperialismo, el capitalismo mismo no son más que estados mentales. Y a causa de esto todos los males que sufre la humanidad se deben a malvados promotores: promotores de miseria, promotores de opresión, fomentadores de guerra, etc.

El marxismo ha demostrado que al contrario, la miseria, la opresión, las guerras y destrucciones, lejos de ser anomalías debidas a voluntades deliberadas y maléficas, las mismas forman parte del funcionamiento «normal» del capitalismo. Esto se aplica en particular a las guerras de la época imperialista. Y aquí hay un punto que vamos a desarrollar un poco más, a causa de la importancia que este representa para nuestro sujeto: el de la destrucción.

Admitiendo que nuestros burgueses o reformistas sostengan que las guerras imperialistas son debidas a conflictos de intereses, ellos mismos se ubican muy por debajo de lo que significa el capitalismo. Lo vemos en su incomprensión del sentido de la destrucción. Para ellos la finalidad de la guerra es la Victoria y la destrucción de hombres e instalaciones ocasionadas al adversario no son más que **medios** para lograr aquel fin. ¡A tal punto que algunos inocentes preven guerras mediante somníferos! Hemos demostrado por el contrario que la destrucción era el fin principal de la guerra. Las rivalidades imperialistas que constituyen la causa inmediata de las guerras, no son sino la consecuencia de la sobreproducción cada vez más creciente. La producción capitalista está obligada efectivamente a precipitarse y tratar de frenar la caída de la taza de beneficios junto a la crisis que nace de la necesidad de acrecentar sin cesar la producción y la imposibilidad de dar

salida a sus productos. La guerra es la solución capitalista a la crisis: la destrucción masiva de instalaciones, medios de producción y productos permite a la producción arrancar de nuevo, y a la destrucción de hombres de remediar la crisis de «superpoblación» periódica que va paralela a la sobreproducción. Hay que ser un iluminado pequeño burgués para creer que los conflictos imperialistas pudieran arreglarse tanto al poker como en mesa redonda, y que estas enormes destrucciones y la muerte de decenas de millones de hombres no se deba sino a la obstinación de unos, la maldad de otros y la codicia de terceros.

Ya en 1844, Marx reprochaba a los economistas burgueses de considerar la codicia como innata en lugar de explicarla. Es también desde 1844 que el marxismo ha mostrado cuáles eran las causas de la «superpoblación». «La demanda de hombres rige necesariamente la producción de hombres como una mercancía cualquiera. Si la oferta supera ampliamente la demanda, una parte de los trabajadores cae en la mendicidad o muere de hambre» escribe Marx. Y Engels: «Sólo hay superpoblación allí donde hay demasiadas fuerzas productivas en general» y «... (lo hemos visto) que la propiedad privada ha hecho del hombre una mercancía, cuya producción y destrucción no dependen sino de la demanda, y que la competencia ha estrangulado y continúa estrangulando a millones de hombres...»(2). La última guerra imperialista, lejos de infirmar al marxismo y de justificar su «actualización» ha confirmado la exactitud de nuestras explicaciones.

Era, pues, necesario recordar estos puntos antes de ocuparnos de la exterminación de los judíos. Esta ocurre en

efecto, no en un momento cualquiera, mas en plena crisis y guerra imperialistas. Es, pues, en el interior de esta gigantesca empresa de destrucción que es preciso explicarla. El problema está claro, ya no hay que explicar el «nihilismo destructor» de los nazis, sino por qué la destrucción se concentró en parte sobre los judíos. Sobre este punto nazis y antifascistas están de acuerdo: es el racismo, el odio a los judíos, es una «pasión», libre y feroz lo que causó la muerte a los judíos. Pero nosotros marxistas, sabemos que no hay pasión social libre, nada es más *determinado* que estos grandes movimientos de odio colectivo. Vamos a ver que el estudio del antisemitismo de la época imperialista no hace más que ilustrar esta verdad.

Lo hacemos a propósito cuando decimos: el antisemitismo de la época imperialista, ya que si idealistas de todo pelo, de nazis a teóricos «judíos», consideran que el odio a los judíos ha sido el **mismo** en todas las épocas y lugares, nosotros sabemos que no es así. El antisemitismo de la época actual es totalmente diferente al de la época feudal (3). No podemos desarrollar aquí la historia de los judíos que los marxistas ya han explicado cabalmente. Sabemos por qué la sociedad feudal mantuvo los judíos como tales: sabemos que si las burguesías fuertes, aquellas que pudieron tempranamente hacer su revolución política (Inglaterra, Estados Unidos, Francia) han asimilado a sus judíos casi totalmente, no obstante las burguesías débiles no lo han logrado. No tenemos por qué explicar aquí la sobrevivencia de los «judíos», sino el antisemitismo de la época imperialista. No será difícil de explicarlo si en lugar de ocuparnos de la naturaleza de los judíos y de los antisemitas consideramos su lugar en la sociedad.

Como consecuencia de su historia pasada, los judíos se encuentran hoy en día esencialmente en la mediana y pequeña burguesía. **Ahora bien, esta clase está condenada por el avance irresistible de la concentración del capital.** Es eso lo que nos explica que esta sea la fuente del antisemitismo, que, como dice Engels, no es «otra cosa que una reacción de capas sociales feudales, destinadas a desaparecer, contra la sociedad moderna compuesta esencialmente por capitalistas y asalariados. Este no está más que al servicio de objetivos reaccionarios bajo un velo pretendidamente **socialista**».

La Alemania de entre-dos-guerras

nos muestra esta situación a un grado particularmente agudo. Sacudido por la guerra, el empuje revolucionario de 1918-28, amenazado todavía por el proletariado, el capitalismo alemán sufre profundamente la crisis mundial de la post-guerra. Mientras que las burguesías victoriosas más fuertes (Estados Unidos, Gran Bretaña, Francia), fueron relativamente poco tocadas, superando fácilmente la crisis de «readaptación de la economía a la paz», el capitalismo alemán cayó en un marasmo completo. Y son tal vez las pequeñas y medias burguesías que más padecerá, como en todas las crisis que conducen a la proletarianización de las clases medias y a una concentración creciente del capital mediante la eliminación de una parte de las pequeñas y medianas empresas. La situación era tal que los pequeños burgueses arruinados, quebrados, embargados, liquidados no podían ni siquiera caer en el proletariado, golpeado él mismo por el desempleo (7 millones de cesantes en el paroxismo de la crisis): estos caían pues directamente al estado de mendigos, condenados a morir de hambre en lo que agotaran sus reservas. Es en reacción a esta terrible amenaza que la pequeña burguesía ha «inventado» el antisemitismo. No tanto, como dicen los metafísicos, para **explicar** las desgracias que la golpeaban, sino para tratar de preservarse de esta, concentrandolo en una de sus grupos. A la horrible presión económica, a la amenaza difusa de destrucción que volvía incierta la existencia de todos sus miembros, la pequeña burguesía reaccionó sacrificando una de sus partes, esperando así salvar y asegurar la existencia de las otras. El antisemitismo no proviene tampoco de un «plan maquiavélico», mucho menos de «ideas perversas»; este resulta de la coacción económica. El odio a los judíos, lejos de ser una **razón a priori** de su destrucción, no es sino la expresión del deseo de delimitar sobre ellos la destrucción.

Ocurre a veces que los obreros caigan en el racismo. Mientras son amenazados de desempleo estos tratan de concentrarlo sobre ciertos grupos: italianos, polacos u otros «mètèques», «bicots», «negres», etc. Pero dentro del proletariado estos accesos no tienen lugar sino en los peores momentos de desmoralización y no duran. A partir de que el proletariado entra en lucha, logra ver clara y concretamente dónde está su enemigo: él es una clase homogénea que tiene una

perspectiva y una misión históricas.

La pequeña burguesía, al contrario, es una clase condenada. Condenada además a no comprender nada, a ser incapaz de luchar: ella no puede sino debatirse ciegamente en la prensa que la tritura. El racismo no es una aberración del espíritu; este es y será la reacción pequeño-burguesa. La opción de la «raza», es decir escoger el grupo sobre el cual se trata de concentrar la destrucción, depende evidentemente de las circunstancias. En Alemania, los judíos reunían las «condiciones requeridas» y eran los únicos que las reunían: todos eran casi exclusivamente pequeños-burgueses y, dentro de esta pequeña burguesía, el único grupo suficientemente identificable. No era sino sobre ellos que la pequeña burguesía contaba canalizar la catástrofe.

En efecto, era necesario que la identificación no presentara alguna dificultad: había que **definir** exactamente quién sería dispensado. De allí el recuento de abuelos bautizados que, en contradicción flagrante con las teorías de la raza y la sangre, bastaba para demostrar su incoherencia. ¡Se trataba, pues, de lógica! El demócrata que se contenta de demostrar lo absurdo y la ignominia del racismo pasa como de costumbre al lado de la cuestión.

Acosada por el capital, la pequeña burguesía alemana ha arrojado a los judíos a los lobos para aligerar el trineo y salvarse. No de forma **consciente**, por supuesto, pero este era el sentido de su odio por los judíos y la satisfacción que le producía la clausura y el saqueo de los almacenes judíos. Podríamos decir que por su lado el gran capital se encuentra encantado por la noticia: este podía liquidar una parte de la pequeña burguesía; mejor todavía, es la pequeña burguesía misma quien se encargaría de esta liquidación. Sin embargo, esta forma «personalizada» de presentar al capital no es más que una mala imagen: la pequeña burguesía no sabe lo que hace, el capitalismo menos aún. Este sufre la coacción económica inmediata y sigue pasivamente las líneas de menor resistencia.

No hemos hablado del proletariado alemán. Y es porque el mismo no intervino directamente en este asunto. Este había sido vencido y, por supuesto, la liquidación de los judíos no pudo realizarse sino después de su derrota. Las fuerzas sociales que condujeron a dicha liquidación existían antes de la derrota del proletariado. Esta les hubo

de permitir su «realización», dejando las manos libres al capitalismo.

Es entonces cuando comienza la liquidación económica de los judíos: expropiación en todas sus formas, despojo de funciones en las profesiones liberales, la administración, etc. Poco a poco los judíos fueron privados de todo medio de existencia, viviendo de las reservas que habían podido salvar. Durante todo este período que va hasta vísperas de la guerra, la política de los nazis hacia los judíos se resume en dos palabras: ¡Juden Raus! ¡Judíos fuera! Se buscó por todos los medios de favorecer la emigración de los judíos. Los nazis no buscaban sino desembarazarse de los judíos, de los cuales no sabían qué hacer; si, de un lado, los judíos no pedían otra cosa que irse de Alemania, **nadie en ninguna parte quería dejarlos entrar**. Y esto no debe sorprendernos, ya que nadie podía dejarlos entrar: no había un solo país capaz de absorber y hacer vivir varios millones de pequeños burgueses arruinados. Sólo una pequeña parte de los judíos pudo partir. La mayoría se quedó, **pese a ellos y pese a los nazis**. Suspendidos en el aire, si osamos decir.

La guerra imperialista agravó la situación cuantitativa y cualitativamente. Cuantitativamente, puesto que el capitalismo alemán, obligado a reducir a la pequeña burguesía para concentrar entre sus manos el capital europeo, había extendido la liquidación de los judíos a toda Europa Central. El antisemitismo había demostrado su eficacia; no había sino que continuar. Esto correspondía con el antisemitismo indígena de Europa Central aun cuando este era más complejo (una horrible mezcla de antisemitismo feudal y pequeño-burgués, dentro de cuyo análisis no podemos entrar aquí).

La situación se agravó cualitativamente también. Debido a la guerra, las condiciones de vida se habían vuelto cada vez más duras: las reservas de los judíos fundían, encontrándose condenados a morir de hambre en poco tiempo.

En tiempo «normal», tratándose de un pequeño número, el capitalismo puede dejar morir perfectamente a los hombres que este expulsa del proceso productivo. Pero esto era imposible de hacerlo en plena guerra y contra millones de hombres: tal «desorden» hubiese paralizado todo. Al capitalismo le era preciso **organizar** su muerte.

Y esto no los hubiese matado ense-

guida. Para comenzar, se les retiró de la circulación, se les reagrupó, se les concentró. Se les hizo trabajar subalimentándolos, es decir sobreexplotándolos hasta la muerte. Matar a un hombre mediante el trabajo es un viejo método del capital. Marx escribía en 1844: «Para ser llevada con éxito, la batalla industrial precisa de numerosos ejércitos, que puedan ser concentrados en un punto y diezmos copiosamente» Era necesario que la gente pudiese sufragar sus gastos mientras vivieran y luego cuando murieran. Que estos produjeran plusvalía el tiempo más largo posible, ya que el capital, si no puede extraer beneficios de este envió al patíbulo, tampoco puede ejecutar los hombres que él mismo condenó.

Pero el hombre es coriáceo. Reducidos, incluso, al estado esquelético, estos no morían tan rápidamente. Había que masacrar a aquellos que no podían ya trabajar, luego a aquellos de los cuales no se tenía más necesidad, ya que los avatares de la guerra hacen inutilizable esta fuerza de trabajo.

El capitalismo alemán no se resignaba al asinato puro y simple. No por humanitarismo sino porque con esto no se ganaba nada. Es así como nació la misión de Joel Brand del cual hablaremos, ya que su historia coloca bien a la luz la responsabilidad del capitalismo mundial⁽⁴⁾. Joel Brand era dirigente en una organización semiclandestina de judíos húngaros. Esta organización buscaba salvar judíos por todos los medios: escondites, emigración clandestina, y también corrupción de los S.S. Los S.S. del Juden Kommando toleraban estas organizaciones, tratando más o menos de utilizarlas como «auxiliares» en las operaciones de redadas y triaje.

En Abril de 1944, Joël Brand fue convocado al Judenkommando de Budapest para encontrar a Eichmann, quien era el jefe de la sección judía de Himmler, le encargó la siguiente misión: ir a casa de los anglo-americanos para la venta de un millón de judíos.

Los S.S. pedían a cambio 10.000 camiones, sin negarse a cualquier otro tipo de negocio, tanto por su naturaleza como por la cantidad de mercancías, proponiendo además la entrega de 100.000 judíos a la recepción del acuerdo para mostrar su buena fé. Era un asunto serio.

¡Desgraciadamente si la oferta existía, la demanda no! No sólo los judíos sino también los S.S. se habían dejado engañar por la propaganda humanita-

ria de los aliados. Los aliados no querían nada de este millón; ni por 10.000 camiones, ni por 5.000, ni siquiera por nada.

No podemos entrar en detalles sobre las vicisitudes de Joël Brand. Joël Brand partió hacia Turquía y se debatió en las prisiones inglesas del Cercano Oriente. Los aliados negándose a «tomar este asunto en serio», hacen todo por enterrarlo y desacreditarlo. Finalmente Joel Brand encontró a Lord Moyne en El Cairo, ministro del Estado Británico para el cercano Oriete. Este le suplica para obtener al menos un acuerdo escrito, aunque después no se honorara: ya serían al menos 100.000 vidas salvadas;

«- ¿Y cual sería el número total?

- Eichmann habló de un millón.

- ¿Cómo se imagina Ud. una cosa semejante, mister Brand?

- ¿Qué hago yo con un millón de judíos?

- ¿Dónde los meto?

- ¿Quién los acogerá?

- Si la tierra no tiene sitio para nosotros, no nos queda otro remedio que dejarnos exterminar»(5) dijo Brand, desesperado.

Los S.S. fueron más lentos en comprender, ¡ellos creían en los ideales de Occidente! Después del fracaso de la misión de Joël Brand y en medio de exterminaciones, estos tratarán todavía de vender judíos al Joint (6) entregando un «anticipo» de 1700 judíos en Suiza. Aparte de los nazis nadie estaba dispuesto a concluir esta negociación.

Joël Brand lo había comprendido, o casi. Él había comprendido cuál era la situación, pero no por qué. No era en la tierra donde no había más plaza sino en la **sociedad capitalista**. Y no había lugar para ellos, no porque eran judíos sino porque fueron rechazados del **proceso de producción**, inútiles a la producción.

Lord Moyne fue asesinado por dos terroristas judíos, y Joël Brand supo más tarde que él se compadeció muchas veces del trágico destino de los judíos. «Su política le fue dictada por la administración inhumana de Londres». Pero Brand no comprendió que es esta administración del capital y el capital mismo los que son inhumanos. Este no sabía ni siquiera qué hacer de los raros sobrevivientes, esas «personas desplazadas» que no se sabía donde ubicar.

Los judíos sobrevivientes finalmente lograron hacerse una plaza. Por la fuerza y aprovechando la coyuntura internacional se formó el Estado de Israel. Pero ello incluso no pudo ser posible que «desplazando» otras poblaciones: centenas de miles de refugiados árabes que arrastran, desde entonces, su existencia inútil (¡al capital!) en los campos de alojamiento (7) .

Hemos visto cómo el capitalismo condenó a muerte a millones de hombres expulsándolos de la producción. Hemos visto cómo los masacró sin dejar de extraerles toda la plusvalía que les fue posible. Queda ver cómo el capitalismo los explota todavía después de su muerte.

Son ante todo los imperialistas del campo aliado quienes se sirvieron de esta masacre para justificar su guerra y justificar, después de la guerra, el tratamiento infame infligido al pueblo alemán. Cómo nos precipitamos sobre campos y cadáveres, paseando por todas partes fotos horribles y clamando: ¡Vean lo hijo de puta que eran esos boches! ¡Cuánta razón tuvimos de haberlos combatido! ¡Y cómo ahora tenemos razón de hacerles pasar el trago amargo! Cuando se piensa en los innumerables crímenes cometidos por el imperialismo; cuando se piensa, por ejemplo, que en ese mismo momento (1945) en que nuestros Thoraz cantaban su victoria sobre el fascismo, 45.000 argelinos (¡provocadores fascistas!) caían bajo los golpes de la represión; cuando se piensa que es el capitalismo mundial el responsable de estas masacres da realmente náuseas el innoble cinismo de esta satisfacción hipócrita.

Al mismo tiempo todos nuestros buenos demócratas se arrojaron sobre los cadáveres de los judíos. Que desde entonces no han cesado de agitar a las narices del proletariado. ¿Para hacerles sentir la infamia del capitalismo? Al contrario, para hacerles apreciar por contraste la verdadera democracia, el verdadero progreso, ¡el bienestar del cual goza en la sociedad capitalista! Los horrores de la muerte capitalista deben hacer olvidar al proletariado los horrores de la vida capitalista y del hecho que ¡ambos están indisolublemente ligados! Las experiencias de los médicos S.S. deben hacer olvidar que el capitalismo experimenta a gran escala productos cancerígenos, los efectos del alcoholismo sobre la herencia, la radioactividad de las bombas «democráticas». Si se muestran las lámparas forradas en piel

de hombre, es para hacer olvidar que el capitalismo ha transformado al hombre viviente en lámpara. Las montañas de cabellos, los dientes en oro, el cuerpo del hombre muerto han convertido al hombre viviente en mercancía. Es el trabajo, la vida misma del hombre que el capitalismo ha transformado en mercancía. Es esta la fuente de todos los males. Utilizar los cadáveres de las víctimas del capital para tratar de esconder la verdad, hacer que estos cadáveres sirvan a la protección del capital es bien la más infame forma de explotarlos hasta la médula.

(1) Movimiento contra el Racismo, el Antisemitismo y por la Paz

(2) Citado de los Manuscritos de 1844.

(3) El comercio, sobre todo el comercio de dinero, era extraño al esquema de la sociedad feudal, arrojada a gentes **fuera** de esta sociedad, generalmete los judíos. El ostracismo que los aturdiía traducía la tentativa del feudalismo de mantener estas actividades que no podían seguir realizándose **al margen** de la sociedad. Sin embargo, el comercio y la usura venían a ser las formas primarias del capital: el odio a los judíos expresaba de manera mixtificada e inadecuada la resistencia que las clase de la sociedad feudal, del paisano al hidalgo, pasando por el artesano de la guilda y el clero oponían al irresistible desarrollo del mercantilismo que disolvía su orden social. Así como después del auge del capitalismo productivo y la gran industria, la tradición «popular» pequeño-burguesa continúa a identificar judío y Capital.

(4) Ver: «L'Histoire de Joël Brand» por Alex Weissberg; Ediciones del Seuil.

(5) En «L'Histoire de Joël Brand», op. cit.

(6) Joint : Jewish Comitée, Organización de judíos estadounidenses.

(7) El objeto del artículo no era evidentemente la cuestión del Estado de Israel y el problema palestino en general. No es aquí tampoco la cuestión a tratar, pero podemos añadir algunas observaciones:

El movimiento comunista ha condenado siempre al sionismo como una falsa solución burguesa al «problema judío», un problema que en realidad no es un problema nacional sino un problema social; el sionismo ha demostrado que un Estado hebreo en Palestina

no podía ser sino un instrumento de la dominación imperialista en Medio Oriente. Es lo que afirma en particular la Internacional Comunista en los años 20, la evolución ulterior no ha hecho más que confirmar nuestra posición. El triunfo de la contrarrevolución estaliniana, el aplastamiento internacional del proletariado y su ausencia de la escena histórica en tanto que fuerza independiente durante decenios, han permitido al imperialismo de hacer trabajar para sus propios fines hasta sus propias víctimas, los sobrevivientes de la exterminación.

El Estado que debía supuestamente eliminar el antisemitismo, la discriminación racial, no sólo no arregló la «cuestión hebrea» a escala mundial, sino que el mismo ha sido fundado sobre la discriminación y la opresión racial y religiosa. Este no es un Estado nacional en el sentido moderno, burgués, es decir fundado sobre la igualdad jurídica de todos los ciudadanos sino un Estado colonial. A tal punto que ha podido retomar contra los árabes las leyes discriminatorias tal cual el colonialismo inglés había promulgado contra los judíos, entre otros. Lo que que ha logrado obtener el imperialismo es que varios millones de sus víctimas identifiquen la defensa de su sobrevivencia con la defensa de su Estado colonial y racial, cabeza de playa del imperialismo U.S. y genderme regional por cuenta de la santa alianza imperialista.

Es verdad que la constitución del Estado de Israel ha contribuido también a revolucionar el área árabe; pero a contrario, como lo hace siempre la penetración y opresión capitalistas. Las masas palestinas, la mayor parte expropiadas y dispersas por toda la región, juegan en esta situación un rol de fermento revolucionario. La coalición contrarrevolucionaria que va de los Estados árabes más reaccionarios al Estado hebreo, capitalista e imperialista, englobando poco a poco a los Estados más «progresistas», más el peso enorme del imperialismo mundial, someten a estas masas a una opresión y represión feroces. A través de un largo y doloroso camino, estas masas ven cerrarse todas las soluciones nacionales y burguesas, empujadas a erigirse contra todo el sistema de Estados en plaza y todo el equilibrio mantenido por el imperialismo. Estas constituyen el elemento motor de la lucha de clase en Medio Oriente el cual deberá integrarse a la lucha del proletariado mundial.

La guerra imperialista en el ciclo burgués y en el análisis marxista (2)

10. CAPITALISMO Y MILITARISMO

Antes de tratar los problemas de la lucha proletaria contra el militarismo burgués y contra la guerra imperialista, tendremos que volver a la argumentación desarrollada hasta aquí.

Un gran espacio hemos acordado al rol del militarismo y la guerra en la génesis misma del modo de producción capitalista. Esta noción, que ya Marx presenta como uno de los pilares de la doctrina comunista, ha sido tomada luego vigorosamente por Rosa Luxemburgo en su espléndida batalla contra el revisionismo.

Destruyendo despiadadamente el idílico velo sobre el cual la ideología dominante se esfuerza en colocar el nacimiento del modo de producción burgués, Luxemburgo ha restablecido desde el punto de vista histórico el verdadero sentido del militarismo moderno; y, al mismo tiempo, ha puesto al desnudo el carácter intrínseca, **congenitalmente** militarista del régimen burgués:

«En lo que llamamos el período de 'acumulación primitiva', es decir, al comienzo del capitalismo europeo, el militarismo juega un rol determinante en la conquista del Nuevo Mundo y de los países productores de especias, las Indias; más tarde, este sirve para conquistar a las colonias modernas, destruir las organizaciones sociales primitivas y apoderarse de sus medios de producción, introduciendo por el contrario intercambios comerciales obligatorios en países cuya estructura social se oponía a la economía mercantil, transformando por la fuerza a los indígenas en proletarios e instaurando el trabajo for-

zado en las colonias. Ayuda a crear y ampliar las esferas de interés del capital europeo, arrancando concesiones ferrocarrileras a los países atrasados y haciendo respetar los derechos del capital europeo en los empréstitos comerciales. En fin, el militarismo es un arma en la competencia de los países capitalistas, en lucha por el reparto de territorios de civilización no capitalista» (30).

Desde sus primeros chillidos, pues, el capital exuda militarismo por todos sus poros. Y aquellos que, delante de sus manifestaciones más violentas y virulentas hablan de retorno a formas bárbaras, retrógradas, pre-burguesas en substancia, no están sólo fuera del marxismo, sino que repiten la apología vulgar de las clases dominantes, posición típica de cualquier época y lugar del revisionismo y del oportunismo y en el que también se encuentran las tesis que buscan en el fascismo una reacción agraria y pre-capitalista. «Se equivoca Bernstein cuando en 'La Vida Socialista' del 5 de Junio de 1905, dice que las instituciones militaristas actuales no serían sino la herencia de la monarquía más o menos feudal» escribe Karl Liebknecht en 1907 (31). Nada nuevo, pues, bajo el sol; nada que debieramos rectificar, ni innovar.

En efecto militarismo y guerra son fenómenos a tal punto ligados a las brumas oscuras del mundo feudal, a tal punto incompatibles con la racionalidad luminosa de la era burguesa que, después de haber asistido al modo de producción capitalista en los dolores de su parto, luego acompañan «el proceso de acumulación en todas sus fases históricas» (32).

Estos fenómenos acompañan al capitalismo en el sentido que velan por

su desarrollo, lo ayudan en su marcha, lo sostienen en su esfuerzo por superar dificultades, contradicciones y crisis en las cuales este se hunde periódicamente.

Nos hemos detenido en la relación que liga acumulación y guerra, remarcando el hecho que la acumulación capitalista encuentra la energía y el impulso, necesarios para la activación de un nuevo ciclo de expansión y explotación, en las destrucciones a gran escala de las guerras; o sea, el hecho que, para retomar las palabras de Marx, la economía burguesa es forzada periódicamente a reconstituir mediante «una violenta aniquilación de capital» (33) las condiciones necesarias para su propia auto-conservación. No está demás señalar que el resultado de nuestro trabajo es la estricta repetición de posiciones clásicas.

Luego de haber puesto en evidencia que «el desarrollo de las fuerzas productivas del capital (...) llegado a un cierto punto impide la autovalorización en lugar de provocarla», en la medida en que el crecimiento de la población, los descubrimientos científicos y su aplicación a la totalidad de la producción, conducen inevitablemente a un declive de la tasa media de ganancias, Marx afirma en efecto que estas contradicciones provocan crisis y explosiones en el curso de las cuales «a través de la suspensión momentánea del trabajo y la liquidación de una gran porción del capital, este último es violentamente llevado al punto en que puede continuar», al punto en que «está en la capacidad de emplear completamente sus fuerzas productivas sin suicidarse» (34).

Es evidente que la destrucción periódica de capital constante y fuerza de trabajo en las sacudidas guerreras,

presupone la acumulación de un potencial apreciable de medios de destrucción y una preparación particular no solamente de material humano a arrojar sobre los campos de batalla, sino también de toda la sociedad. Para cumplir eficazmente con sus tareas, la guerra debe apoyarse sobre un militarismo que halla alcanzado **antes** un nivel suficiente de desarrollo e integración en el seno de la sociedad.

Sin embargo sería ingenuo atribuir al capitalismo la capacidad de programar conscientemente la «fabricación» de guerras cada vez más devastadoras, menos aún de planificar con esta finalidad el desarrollo exponencial del militarismo y la producción de armamentos cada vez más potentes y mortíferos. El capital no se siente atraído por el largo plazo, este no se interesa más que a los negocios que se perfilan en su horizonte inmediato.

El desarrollo del militarismo y de la producción de armas en los períodos de entre-guerras deben pues ser considerados como fenómenos que se desprenden de la dinámica **natural, espontánea**, de la economía burguesa y que en un momento dado se conjugan con la necesidad de una «*violenta aniquilación de capital*», desemboque necesario de su curso catastrófico.

Dentro de la cuestión general de la relación entre acumulación y guerra, hay una cuestión más específica, la de la relación entre acumulación y desarrollo del militarismo; es decir, la cuestión de la **función económica del militarismo** para retomar la expresión de Rosa Luxemburgo, del militarismo como «*campo de acumulación del capital*» (35).

Mediante impuestos indirectos el Estado se da la posibilidad de equipar militarmente a sus fuerzas armadas. Está claro que si la carga impositiva para financiar las necesidades del aparato militar no recayera sobre los hombros de la clase obrera (sabemos que los impuestos indirectos penalizan sobre todo a los trabajadores asalariados), «los mismos capitalistas soportarían esta carga. Una parte de la plusvalía debería ir directamente al mantenimiento de los órganos de su dominación de clase, la cual sería descontada sobre su propia consumición que estos restringirían tanto o más, lo que parece más aceptable, por sobre la porción de la plusvalía destinada a la capitalización.» (36); gracias a la extorsión que realiza el Estado mediante la fiscalidad, una cantidad enorme de

plusvalía es «liberada» y se vuelve disponible para la acumulación.

Lo que resalta a primera vista es que el militarismo no es un pasivo para el capitalismo. Pero las cosas aparecen más claramente si hacemos un análisis más detallado.

Constatamos, en efecto, un cambio en la relación entre capital variable «salario obrero» y productos de la Sección II: «*la expresión monetaria de la fuerza de trabajo es entonces intercambiada contra una cantidad menos grande de medios de consumo*» (37). «(...) *Ha habido pues transformación en la repartición del producto total: una porción de productos que otrora estaban destinados al consumo de la clase obrera, como equivalente de v (capital variable), es entonces asignada a la categoría anexa de la clase capitalista para su consumo*» (38).

¿Cuál es el nudo de la cuestión? El punto nodal es que, por un lado, el militarismo impone una disminución del valor del salario del obrero mediante los impuestos indirectos - así como una disminución del capital constante y variable empleados en la producción de medios de consumo de la clase obrera - , por otro, abre un nuevo mercado a la acumulación mediante la demanda de medios militares, ofreciendo de esta manera una posibilidad de capitalización tanto a la parte del capital variable, sustraído a los trabajadores por medio del descuento fiscal, como a las fracciones del capital constante y variable que se encontraban incorporadas a la sección II para producir bienes de consumo destinados a los trabajadores, y que han sido liberados en razón de la reducción del consumo de estos, cuyos límites están definidos por la posibilidad de poder ser pagados por el obrero.

No es, pues, solamente el capital obtenido mediante el descuento fiscal, el cual se invierte en la producción militar, sino también aquel que viene del «desgravamiento» del sector que produce medios de subsistencia. Diciendo que una «porción de los productos destinados en otra época al consumo de la clase obrera ... está ahora destinada a la categoría anexa de la clase capitalista para su consumo», no se trata en efecto de denunciar que una parte de los productos que se encontraban antes sobre la mesa o dentro del hogar de los trabajadores se encuentra ahora sobre la mesa o en el hogar de los militares. Si fuese así, el volumen de producción de las indus-

trias que producen bienes de subsistencia permanecería igual. En realidad, sólo una pequeña parte del valor destinado al consumo del aparato militar de la clase burguesa debe sufrir una metamorfosis que implica precisamente un «desgravamiento» de las ramas industriales que producen bienes de subsistencia. Para ser consumidos por el apéndice militar del capitalismo, los productos deben presentarse bajo la forma de metralletas, obuses o blindados y sólo una pequeña parte en forma de productos alimenticios o vestimentarios, tal como lo fue antes.

Si bien es cierto que las fracciones de salarios absorbidas por el Estado con los impuestos son destinadas a cubrir **todos** los gastos de mantenimiento del militarismo, esto trae en consecuencia que la reducción del volumen de los medios de subsistencia producidos por la Sección II en equivalencia de salarios, debe ser superior al aumento de la producción de la misma Sección provocada por la demanda de medios de subsistencia por parte del aparato militar. Lo esencial del presupuesto de las fuerzas armadas no se consagra a los gastos cotidianos de las tropas, o a su uniforme, sino a acumular chatarra homicida para la defensa de la dictadura burguesa. La conclusión es que el volumen de producción del sector de los medios de subsistencia no puede sino reducirse para liberar cantidades correspondientes de capital constante y variable. Una masa creciente de capital se proyecta hacia inversiones más lucrativas y se concentra en un mecanismo productivo único: valor creciente de la industria militar como campo de acumulación del capital.

Recapitemos entonces los términos de esta colosal empresa:

Primero: provocando una disminución neta del valor de v (y también, como hemos mostrado, de c), el militarismo tiende a contrarrestar el descenso de la tasa media de ganancias, aportando entonces oxígeno al capital exanguie.

Segundo: si esta magnífica «economía de costos generales en la producción de plusvalía» (39) conlleva una limitación de la producción de medios de subsistencia en general, desde el punto de vista del capital, la misma no aparece como la pérdida de un mercado, sino como el preludio a la conquista de mercados mucho más rentables.

Como hemos visto, una vez concentrada en sus manos, la masa mone-

taria transfundida de las venas del proletariado al Estado, «comienza una carrera completamente nueva» (40). Se funde primero con la parte de la renta sustraída mediante idéntico mecanismo a las capas medias como el campesinado, artesano, etc... (41). Y se funde después con las fracciones del capital constante y variable liberadas de la sección II de la forma que ya hemos descrito.

Al final de esta serie de concentraciones, un poder de compra colosal se ha materializado en las manos del Estado. Una parte considerable e históricamente creciente de este poder de compra se invierte en la producción de artefactos bélicos, abriendo así un vasto y creciente campo de acumulación para el capital.

«Las sumas que los campesinos o las clases medias hubieran economizado (...) se encuentran ahora disponibles en las arcas del Estado, volviéndose objeto de solicitudes y ofreciendo posibilidades de inversión para el capital»; lo que, si se hubiese quedado en los bolsillos de los proletarios o de los pequeños burgueses, necesariamente se hubiera transformado en una «multiplicidad y en un desparramamiento de pedidos mínimos de diversas categorías de mercancías que no coinciden en el tiempo», ahora cambia completamente de aspecto dando «lugar a un pedido **concentrado y homogéneo** del Estado» (42).

A una exigencia (y a una producción) de bienes diferenciada y dispersa, se sucede, pues, un pedido unificado y constituido por grandes masas de productos, dado que el «consumo popular» pide al aparato productivo pequeñas cantidades de pan, azúcar, mantequilla, aceite, vestimenta, etc., etc., cuyo efecto sobre el «hambre ardiente de plustrabajo» del capital es puramente afrodisíaco, mientras que la máquina militar enguye en sí, mercancías de un sólo tipo (armas) y a dosis masiva. El capitalismo, que es por definición producción masiva, se entrega de lleno a esta tarea. Por otra parte, ¿no reacciona este a la caída de la tasa media de ganancias mediante el acrecentamiento de la masa de producción? Para este dilema no puede ser más obvio: o el feliz jolgorio del rearmamento, o la lúgubre cuaresma de la crisis. Aún si el capitalista individual, o todos los capitalistas en su conjunto aspiran sinceramente a la paz, **nada** fuera de la revolución proletaria podrá detenerlos en su loca carrera hacia la guerra.

Volvamos a lo que representan los **atractivos** del sector militar a los ojos del capital. En la citación que hemos hecho más arriba, Luxemburgo habla de la **potencia** de la demanda de medios de subsistencia fragmentada en millares de partes que **no coinciden en el tiempo**. Además de los precedentes (producción en gran cantidad, y mercancías de un mismo tipo), este aspecto de la producción militar tiene un peso determinante. La continuidad de la demanda es, en efecto, sinónimo de continuidad en la extensión del proceso productivo y por tanto de la continuidad de la afluencia de ganancias. Cambiando el tipo de demandas, desarrrollando la demanda militar, el Estado sustrae la ganancia a la tiranía del «consumo popular», la protege de rupturas en su continuidad que le serían fatales. Gracias al militarismo esta sería sustraída a lo arbitrario, a las oscilaciones subjetivas del consumo individual» y «*asume una regularidad casi automática, un ritmo de desarrollo constante*» (43). Todo el mecanismo de la democracia parlamentaria facilita este *processus*: «*Gracias al aparato de legislación parlamentaria y a la prensa, quienes tienen como tarea formar a la opinión pública, es el capital mismo quien controla este movimiento automático y rítmico de la producción para el militarismo*» (44).

Todo lo que venimos de decir permite comprender que la producción militar es un sector que garantiza al capital un **alto rendimiento**. Fracciones cada vez más consistentes del capital social se separan de los sectores menos rentables y van a parar a la industria militar; la masa de ganancias que el conjunto de los capitalistas arrancan, aumenta; al mismo tiempo la tasa media de ganancia aumenta, consecuencia directa y altamente benéfica para el curso económico capitalista del contragolpe militarista sobre los salarios. Mientras que el desangramiento de la clase obrera y la pequeña burguesía ejerce un efecto **tonificante** sobre todas las ramas del industrialismo burgués, la expansión de la producción militar arrastra en su vertiginoso movimiento a todos los sectores-claves de la economía nacional: para producir armas se precisa de torres, máquinas-herramientas, acero y otras materias primas, etc. Toda la metalurgia y la mecánica, y más generalmente todo el sector que produce medios de producción encuentran una nueva vida.

He aquí develado todo el misterio de la «vigorosa» recuperación que

caracteriza los períodos de pre-guerra, los arcanos de la transformación del ciclo económico en ciclo de guerra. Pero si este punto fundamental es correctamente comprendido, si el rol económico del militarismo es restablecido en sus verdaderos términos de potente palanca de la acumulación capitalista, entonces se demixtifica también una de las mas innobles e insidiosas leyendas de guerra. Así como la guerra, el militarismo es también un negocio para todos los capitalistas y no, como lo dice la leyenda, útil sólo para unos cuantos (los traficantes de armas) y nocivo para todos los demás, los capitalistas sedicentemente «pacifistas».

Luxemburgo observa que «los adversarios del militarismo casi siempre se encuentran de acuerdo con este punto de vista, mostrando *que el armamento de guerra, como inversión económica para el capital, no hace sino hacer pasar las ganancias de algunos capitalistas en el bolsillo de otros.*» (45).

Este análisis, completamente falso desde el punto de vista económico, caracteriza a los adversarios **pequeño-burgueses** del militarismo. Su función política consiste únicamente en desviar la reacción de la clase obrera dirigiéndola sobre el terreno podrido del pacifismo, sobre el terreno de la endeble oposición entre capitalistas humanistas, el terreno sobre el cual los representantes de la burguesía dominante esperan atraer al proletariado engañado e inconsciente para finalmente arrojarse una vez más en el horror fratricida de la guerra entre Estados.

11. ECONOMÍA DE GUERRA CONTRARREVOLUCIONARIA Y ECONOMÍA DE GUERRA REVOLUCIONARIA

La preparación a la guerra se apoya sobre el desarrollo de una economía de guerra; esta se funda en la sobre-explotación de los obreros, en la desvalorización de la fuerza de trabajo, en la pauperización no sólo relativa sino **absoluta** del proletariado y, como ya hemos visto, de las capas inferiores de las clases medias.

Burgueses y social-imperialistas (antes del desmoronamiento de la URSS, NdR) se desgañitan tratando de promover las delicias reservadas a los trabajadores; pudiendo realizar un gran esfuerzo tratando de explicar que una parte del ejército industrial de reserva

puede ser absorbido por la expansión de las industrias armamentísticas. Queda el hecho que el desarrollo de una industria de guerra es simplemente **imposible** si no se toca la consumición, esto es, si no se reduce en forma drástica el nivel de vida de las masas populares en general, y de la clase obrera en particular. Queda el hecho, mucho más potente que todos los discursos que llueven sobre los proletarios desde lo alto del parlamento, las asociaciones patronales, las oficinas políticas de los partidos democráticos o de las organizaciones sindicales, que la economía de guerra tiene por consigna: **¡ Comer menos ! ; Vestirse mal ! ; Producir más, en nombre de los intereses superiores de la Nación y sus ejércitos ! ; Obedecer sin discutir !**

Es innegable que ciertas empresas que quiebran pueden ser «salvadas» mediante su reconversión en la producción militar y que, en razón del desarrollo impetuoso de esta rama de la industria, ciertos desocupados podrían conseguir trabajo. Pero todo esto no es posible si no se logra el deterioro draconiano del nivel de vida de la masa del proletariado, del **conjunto** de los trabajadores.

Con bastante frecuencia, los trabajadores conscientes y resueltos a defender los intereses materiales de su propia clase deben oír en los megáfonos la voz del bonzo sindical acusarlos de ser «corporatistas». No sin razón, estos retornan dichas acusaciones contra quienes las lanzan, ya que son los responsables de los sindicatos tricolores quienes se corporatizan, poniendo por delante la defensa de limitados intereses obreros, circunscritos a grupos privilegiados de trabajadores, ligados a la buena marcha de la empresa y a las vicisitudes de las ganancias patronales. Pero la acusación lanzada contra los «extremistas» contiene otro veneno, en la medida en que la misma es testigo de una relación parental con los métodos y los postulados de la extrema derecha fascista. Es por ello que es interesante señalar que el reformismo político y sindical avanza, paralelamente a la evolución militarista y belicista de la economía burguesa, hacia posiciones abiertamente social-imperialistas, adoptando completamente la retórica fascista en favor de la industria militar como fuente de trabajo y de bienestar para los proletarios. Fascistas y social-imperialistas actúan ambos para defender los intereses inmediatos de grupos limitados de

trabajadores en detrimento de los intereses inmediatos e históricos de la clase obrera. Iluminados por el resplandor de la economía de guerra, los dos corporatismos, reformista y fascista respectivamente, avanzan **agarrados de la mano**.

Para los campeones de derecha e izquierda de la economía de guerra, el leit-motif es: Austeridad y Disciplina ante todo! La disciplina, a partir de las fábricas militarizadas, debe irradiar hacia todas las empresas y lugares de trabajo hasta llegar a una militarización general de la vida social. La austeridad debe ser tanto más estricta y rígida cuanto el almacenamiento de materias primas y bienes de consumo para las fuerzas armadas es sinónimo de alza general de los precios (46).

Sin embargo, la significación contra-revolucionaria de la economía de guerra **burguesa** no reside tanto en sus repercusiones inmediatas sobre la clase obrera, sino en el hecho que su punto de llegada es el maldito «baño de juventud» del capital en la guerra imperialista que le abre la posibilidad de una nueva expansión, de un nuevo ciclo de explotación a escala ampliada, de un período suplementario de esclavitud, aun más odioso que el precedente.

Tanto más cuanto, desde el punto de vista de su contenido **inmediato**, la economía de guerra burguesa no es muy diferente de la economía de guerra revolucionaria. Nuestra economía de guerra implica también la contingentación y la disminución del consumo obrero, en nombre de la prioridad de la lucha contra los ejércitos blancos erigidos por la reacción burguesa interna e internacional. Desde el punto de vista económico, estas medidas no tienen absolutamente nada de comunistas, algo que la Izquierda ha repetido innumerables veces.

«(...) El comunismo de guerra no es un rasgo particular de Rusia o de 1917, es universal y antiguo; existía en toda ciudad sitiada; así como el mantenimiento de un ejército moderno se hace según una fórmula de economía colectiva y no individual (...) de la misma manera, en una ciudad asediada el mercado es remplazado por el racionamiento: las ratas capturadas en las cloacas de París en 1870-71 no estaban cotizadas en bolsa, pero se distribuían en especie. Comunismo de guerra: no porque había comunistas en el poder que soñaban poner en práctica a Marx o a Moro, sino porque Rusia, reducida

en algunos momentos a un círculo de 200 km de diámetro alrededor de Moscú, era como una ciudad asediada. Soldados y ciudadanos tenían que comer: grupos de obreros y soldados rojos iban a los campos y tomaban el grano allí donde se encontrara; o, en el mejor de los casos, lo intercambiaban por bonos. Durante la última guerra, Hitler hizo cosas por el estilo, y en forma más hipócrita aún lo han hecho los americanos, imprimiendo papel moneda» (47).

Tal disminución del consumo popular, que se hace bajo apariencia de distribución comunista, responde a la exigencia de asegurar al ejército rojo el suministro en armas y medios de subsistencia.

Así, podemos observar que el mecanismo que usa la dictadura obrera es muy similar al que caracteriza la economía de guerra burguesa. Sin embargo **no es idéntico**. Y la diferencia reside en el hecho que la economía burguesa se ensaña con el consumo obrero, exigiendo a este la parte más grande de los sacrificios; en efecto, las condiciones mismas en las cuales se desarrolla la lucha armada entre el proletariado victorioso y la fuerzas **confederadas** de la reacción burguesa interior e internacional, son tales que constriñen al Estado obrero a exigir sacrificios y sufrimientos más grandes que los infligidos por la economía burguesa. La diferencia reside más bien en el hecho que nuestra economía de guerra se torna hacia las otras clases con una inflexibilidad incomparable con respecto a la de los Estados burgueses. Lenin decía: *«se requisa lo que queda después que el campesino y su familia se hallan saciado e incluso antes de que estos hallan comido lo suficiente»* (48) no por razones económicas, sino por razones de urgencia social.

Sin embargo, la economía de guerra revolucionaria no consiste únicamente en la expoliación de categorías burguesas urbanas y rurales para alimentar a las ciudades y al Frente; significa también sacrificios para el proletariado, **más importantes** todavía que aquellos que impone una guerra imperialista.

¿Donde encuentran los obreros la energía necesaria para realizar esfuerzo titánico? He aquí una cuestión insoluble e incomprensible para la mentalidad burguesa y el cálculo mezquino de la búsqueda del beneficio individual e inmediato.

Durante la guerra imperialista, los obreros son obligados a sufrir por una

causa que no es la suya sino la de una burguesía nacional en lucha contra una burguesía extranjera. En el caso de la guerra y de la economía de guerra revolucionaria, sufren tal vez más, pero lo hacen **para sí mismos**; para sí mismos, no como individuos, sino como **clase**. Defienden un poder que es el suyo, no porque sacan ventajas concretas inmediatas como individuos, sino porque pertenecen a su clase, porque son el puesto avanzado de una fuerza que tiende a subvertir a todo el planeta.

Defender el poder rojo contra el ataque concéntrico, simultáneo de **todas** las burguesías extranjeras unidas a la burguesía interna, significa en efecto defender la posibilidad de extender la revolución al mundo entero. Lo que está en juego no es el interés inmediato, sino el interés **histórico** de la clase obrera. Los obreros defienden en el presente su porvenir. No combaten para arrancar algunas concesiones que se pudieran aprovechar aquí y ahora, sino que luchan para cercenarle lo más rápido posible la garganta al capitalismo, abriendo así el camino a un mundo sin mercancías, sin dinero, sin trabajo asalariado ni cuentas a partida doble, un mundo donde la Especie humana podrá finalmente comenzar a existir.

Es de la grandeza de sus objetivos que el proletariado saca la energía necesaria para soportar las privaciones y los sacrificios que de otra forma lo aplastarían.

Para el marxismo, el Estado ha sido siempre una cuestión central. Su rol en las crisis burguesas y, por supuesto, en las guerras, y su rol en las crisis revolucionarias y la guerra revolucionaria debe, por esta razón, ser examinado con la más grande atención.

Para hacer frente a las exigencias de la guerra contra los blancos, los bolcheviques debieron *«poner en pie y rápidamente un organismo de Estado para confiscar los cereales a los campesinos y concentrarlos en sus manos»* (49), lo que Trotsky llama *«un aparato aproximativo y provisorio»*, *«extremadamente desequilibrado y abarrotado»*, pero **centralizado**, con lo cual *«pudo aprovisionar al ejército activo en equipos y material de guerra - de manera insuficiente, tal vez, pero que nos permitió salir de la guerra no vencido sino vencedores»* (50).

Al primitivismo, a la improvisación de este aparato estatal correspondía entonces su incapacidad relativa a hacer frente a las necesidades de la economía de guerra.

Al contrario, allí donde la economía capitalista está más ampliamente desarrollada, allí donde el Estado tiene los caracteres de un aparato moderno y eficaz, se encuentran las mejores condiciones para sostener una economía de guerra.

«El desarrollo de la economía burguesa y la importancia enorme tomada por los organismos de Estado que concentran tanto funciones que permiten a aquellos de invertir en la preparación militar de recursos financieros que no podían soñar las viejas monarquías y condottieres del pasado.»

Gracias a la generalización del salariado y de la producción de mercancías los recursos generados por el sistema fiscal moderno no se comparan en nada con los extraídos mediante el diezmo o la faena.;

«Por otra parte, bajo el barniz de la civilización democrática los lazos con los cuales el Estado ciñe a los individuos se han vuelto tan estrechos que el Estado puede disponer de masas enormes de soldados, capaz de extraer hasta el último gallardo existente en la población» (51).

Hemos mostrado que uno de los caracteres que hacen de la economía de guerra un verdadero elixir para el capitalismo es el consumo en masa y a un ritmo constante de mercancías por el aparato militar.

Para poder representar una salida real, para ser verdaderamente, incluso temporalmente, una alternativa a la crisis, la economía de guerra debe apoyarse sobre un aparato militar **de masa** reclutado por la circunscripción obligatoria y sobre un poder de Estado fuerte y centralizado capaz de realizar el tipo de movilización que satisfaga las exigencias del régimen burgués.

La economía de guerra implica además una reorganización de todo el aparato industrial y de toda la vida económica de la nación en función de la producción militar y de las necesidades de avituallamiento de los ejércitos.

Se trata de controlar y de dirigir la totalidad de la producción, de colocar y distribuir las materias primas sobre todo, de manera que limite la producción «de paz», y promueva al contrario la producción de interés militar. Y la organización de **un sistema de controles múltiples** sobre las materias primas de interés inmediatamente estratégico primero, y luego aquellas incluso de utilidad indirecta, todo al servicio del funcionamiento de la máquina militar (52), no hacen sino reafirmar el rol

central que juegan las estructuras del Estado moderno en la instalación y el desarrollo de la economía de guerra.

En conclusión: más grande es el desarrollo del capitalismo, inmensa es la centralización económica y política, más grande es la fuerza de la cual disponen las estructuras del Estado para organizar y controlar totalitariamente a la sociedad, y más profunda y sólida es la base sobre la cual se apoya la economía de guerra.

Más el mundo rebosa de civilización, mejor está organizada la sociedad, más social es el Estado y más aplastante es el dominio del militarismo sobre la sociedad.

12. DESARROLLO DE LOS ARSENALES Y DESEN CADENAMIENTO DE LA TERCERA GUERRA MUNDIAL

Después de haber definido las grandes líneas de la economía de guerra, es preciso observar que los plazos y ritmos de acumulación de armamentos no coinciden necesariamente con los plazos de maduración de la guerra mundial. Las premisas económicas del conflicto pueden estar ya maduras mientras que el aparato militar no se encuentra todavía en capacidad de estar sobre el terreno. En oposición, encontramos que los arsenales pueden estar llenos hasta el tope mientras que las condiciones económicas, políticas y diplomáticas del conflicto no se han desarrollado todavía.

Los arsenales no constituyen en sí el coeficiente decisivo en el ritmo de gestión de la guerra. Con todo lo terribles que puedan aparecer, no son los potenciales militares quienes «hacen la guerra».

Es el curso de la economía imperialista quien, llegado a un cierto nivel, «hace» la guerra. Y, si bien es cierto que el enfrentamiento militar resuelve provisionalmente los problemas planteados por la crisis, es preciso sin embargo señalar que el enfrentamiento militar no lo origina la recesión, sino la reanudación artificial que esta crea. Drogada por la intervención del Estado, financiada por la deuda pública (de la industria militar en buena parte), la producción recupera su altura; pero la consecuencia inmediata es el atascamiento de un mercado mundial ya saturado, la reproducción bajo una forma aguda del enfrentamiento inter-imperialista, y por tanto la guerra.

En ese momento los Estados se arrojan unos contra otros, **estos deben**

hacerse la guerra, y la harán si es preciso a golpe de bulldozers, de segadoras-trilladoras o de cualquier otra máquina pacífica que podamos imaginar.

La fase de la precipitación final del conflicto comenzará cuando en todas las capitales resuenen gritos de alegría y cantos de júbilo en honor de la «salida del túnel» de la crisis, y no cuando se perfilen las bombas detrás de las siluetas de los generales.

Cuando en nuestro «Manifiesto» de 1981 habíamos señalado que la aceleración cuantitativa de la carrera armamentista mostraba que la pre-guerra había comenzado no habíamos hecho ningún pronóstico en cuanto a su duración ni tampoco habíamos ligado el veredicto al ritmo de crecimiento de los stocks termonucleares o convencionales. El poder de desencadenar la guerra no pertenece a los fusiles sino a las masas de mercancías no vendidas.

Con la manifestación de una primera ola de recesión mundial en 1974 comienza la preparación del conflicto y la carrera armamentista se acelera en virtud. Pero será la aparición de una «vigorosa recuperación» económica y una expansión patológica del volumen de la producción que dictará las condiciones de consumición del armamento acumulado, es decir la transición de la pre-guerra a la guerra.

Los imperialistas vencedores del 2º conflicto son los ejecutores testamentarios del fascismo cuya substancia totalitaria y centralizadora, desembarazada de sus formas contingentes, estos han heredado.

No solamente la han heredado sino que la han desarrollado y llevado a un nivel superior dentro de la forma democrática.

Con respecto a los años 30 los coeficientes de la economía de guerra están hoy mucho más desarrollados: la intervención del Estado en la economía se ha acrecentado al igual que la importancia de su rol de organizador de la interpenetración entre ejército, gobierno e industria. La transformación de la economía burguesa en economía de guerra ha podido conocer después de la crisis del 74 un desarrollo impetuoso, más rápido e irresistible que en los años 30.

Los mismos factores que frenan la evolución de la crisis económica y su desembolso en la guerra, actúan para acelerar frenéticamente los ritmos de acumulación del armamento.

La conclusión no es que la guerra estallará primero, sino que cuando

estalle su potencia destructiva será acrecentada por la combinación de estos dos fenómenos.

Con la victoria de la democracia y a la salida de la segunda guerra mundial, la militarización ha podido alcanzar niveles mucho más elevados y con una velocidad mucho más alta, máxima en los Estados Unidos, la capital del mundo libre. El fascismo bajo su forma democrática reina sin adversarios con lo que se verifica nuestra fórmula: **más democracia = más militarismo.**

13. « MAS DEMOCRACIA, MAS MILITARISMO »

Esta breve fórmula resume una de las tesis fundamentales de la Izquierda comunista, que no son fruto de impresiones contingentes sino de más de medio siglo de batallas teóricas y de enfrentamientos físicos:

1915: «*se describía entonces (es decir en el momento en que la amenaza alemana sobre París se precisaba, ndr) a las naciones más democráticas y las más pacíficas asaltadas de improviso por una Alemania autocrática y militarista, preparada desde hacia tiempo para la guerra, reduciendo así el escenario de esta horrible tragedia al cuadro restringido de una banal antítesis entre **democracia y militarismo.***»

Se decía superada la tesis clásica del socialismo internacional según la cual el militarismo es un mal común a todos los Estados burgueses como consecuencia del régimen capitalista y de la desenfrenada concurrencia industrial y comercial.

Es entonces que los revisionistas nacionales (trátase aquí de Italia, NdR) del socialismo (basta recordar a los Labriola y Barboni) se empeñaron en sostener que las causas del militarismo no son económicas, y comunes a todas las burguesías en general, sino políticas, y en este sentido limitadas a ciertos Estados donde sobreviven formas sociales pre-burguesas, tales como la influencia de las dinastías, castas feudales y militares, etc» (53).

El punto de partida esta constituido, como siempre, por contra-verdades que el enemigo de clase nos lanza bajo la forma **invariante** de la revisión de posiciones que se pretenden haber sido «superadas». Y es en la lucha contra estas deformaciones que se encuentra la posibilidad de **restaurar** las tesis centrales de nuestra doctrina, lo que significa reafirmarlas, troquelarlas (según la expresión de la Izquierda,)

en forma más neta y tajante.

¿Qué afirmaban entonces las «tesis clásicas del socialismo internacional»?

Las mismas afirmaban que el militarismo, fruto del capitalismo, es «común a todos los Estados burgueses donde sobrevivan restos pre-burgueses, pero igualmente a los Estados más avanzados y más democráticos».

La restauración más neta y tajante de la doctrina en la lucha contra el revisionismo va a traducirse en la transformación de este «igualmente» en un «sobre todo»: el militarismo se desarrolla en forma más virulenta precisamente en los Estados más democráticos y civilizados.

«*Las condiciones del militarismo bajo todos sus aspectos, técnicos, económicos, políticos y morales, para decirlo en forma rápida y sintética, son las siguientes: desarrollo intenso y racional de la gran industria moderna; grandes recursos financieros de la máquina de Estado; organización administrativa que permite explotar todos los recursos de la nación (conscripción obligatoria, sistema fiscal moderno); posibilidad de obtener el acuerdo y consensus de la casi totalidad de los ciudadanos, lo que presupone un régimen político liberal y la realización de reformas sociales» (54).*

La conclusión es clara y neta:

«*No es conveniente decir: la democracia no es militarista, sino que, a la inversa, más democracia igual más democracia, más militarismo, más potencial belicoso» (55).*

La importancia política de esta tesis no debe ser subestimada: anteriormente el filisteo, el eterno pequeño-burgués disfrazado de rojo, podía interpretar así nuestras posiciones: hay militarismo incluso en los Estados democráticos porque, **a pesar** de la democracia, el capitalismo dicta sus leyes, los magnates de la Finanza e Industria sostienen a los señores de la guerra **burlándose** de la soberanía popular, **pisoteando** la democracia, la cual sería intrínsecamente pacífica y pacifista.

Reafirmar más nítidamente nuestra doctrina no significa sino una cosa: impedir al «innovador» de servicio de tocarla sin quemarse los dedos, hacerle tragar las dulces frases que hacen revivir las viejas mentiras, denunciarlo a la menor línea equívoca que camuflara el hecho que en «nuestros» Estados civilizados el capitalismo reina gracias a la democracia y al hecho que cuando el capitalismo envía a la palestra caño-

nes y generales, lo hace apoyándose en la democracia, sus mecanismos y sus ritos hipnóticos.

Lejos de ser la simple constatación que el militarismo moderno es acompañado por formas políticas democráticas, nuestra tesis establece una relación de causa a efecto: la democracia es una condición y un factor de crecimiento del militarismo burgués.

Desarrollo del militarismo y desarrollo de la democracia no son 2 procesos **paralelos**, sostenidos de forma **independiente** por el crecimiento del industrialismo burgués. La expansión de la gran industria es la premisa de la floración de estos dos fenómenos: pero estos 2 fenómenos no son independientes; no son «paralelos» sino en «serie», en el sentido que a igualdad de desarrollo industrial, potencia financiera de Estado, eficacia administrativa, «un régimen democrático favorece la preparación y el éxito de la guerra» (56).

Dos guerras mundiales e innumerables conflictos que han cadenciado los 40 años de «paz» imperialista se encuentran aquí para demostrar la justicia de nuestra argumentación y para demoler «el binomio caro a la retórica burguesa banal que asocia despotismo a potencia guerrera, autocracia e invencibilidad y describe a los Estados liberales modernos como pacíficos y desarmados, inadaptados a la guerra a ultranzas» (57).

Primer conflicto mundial: democracia y eficacia militar **van a la par**.

«Francia, Inglaterra, Italia misma, luego Estados Unidos, países que se jactan de libertad y gobierno parlamentario, atraviesan la guerra prácticamente intactos y con ventajas y conquistas» mientras que los Estados despóticos se desintegran bajo los golpes de las derrotas militares y la efervescencia interna; «la primera en ceder será Rusia y siguiéndola después las 'feudales' Alemania, Austria, Turquía» (58).

En los frentes de 1914-18, una primera sentencia es entonces emitida: son los corderos democráticos con garras de acero quienes ganan la apuesta a los Estados despóticos.

Segundo conflicto mundial: la historia repite la misma sentencia. Las potencias fascistas de Alemania e Italia son aplastadas al mismo tiempo que el Japón imperial debido a la superioridad de los ejércitos que izan el emblema de la Libertad. Comparemos el Japón atomizado a Estados Unidos intacto, los limitados daños sufridos por

Francia e Inglaterra cuyos territorios no conocieron la eficacia aniquiladora que borró a Dresde del mapa y desmembró al territorio alemán. Y del lado de los vencedores, la única potencia que salió afectada y afligida de la guerra fue Rusia, la única potencia con régimen político interno no democrático. Las faldas de Marianna (efigie y forma familiar para representar a la República y Revolución francesas, n.d.r.) le ganan a los mostachos de Stalin...

La existencia de un régimen democrático permite al Estado la más grande eficacia militar ya que le permite potenciar al máximo tanto la **preparación** de la guerra como la **capacidad de resistencia** de los países en guerra.

En efecto, la victoria no depende solamente del potencial económico puesto en juego. La victoria de las democracias en 1945 no se le puede atribuir exclusivamente a su superioridad industrial y financiera.

«Contrariamente a Alemania, en 1939 Inglaterra y Estados Unidos tenían ya una economía de guerra planificada» (59). Ya hemos evocado el efecto tonificante que tiene sobre la economía estadounidense los gastos militares en 1938 (60). «Estudios recientes (61) han demostrado que Alemania en aquella época no estaba preparada militarmente para una guerra general, como el lugar común podía hacerlo creer, pero que la misma sacaba la doctrina del **Blitzkrieg** (guerra relámpago sin gran utilización de medios) del hecho material de tener un ejército que, más allá de las apariencias de un número enorme de tropas, estaba basado en producciones normales de tiempos de paz»; no será sino a partir de 1942 que este podrá ser alimentado por una verdadera economía de guerra (62).

El segundo factor de éxito para los Estados democráticos en la segunda guerra mundial, la capacidad de resistir sobre un largo período, puede ser ilustrado por el hecho que Churchill pudo permitirse de prometer a los ingleses «sangre, sudor y lágrimas», mientras que Hitler y Mussolini debieron recurrir a la demagogia de victorias fáciles y paseos militares sin dolor. Pero también se puede constatar en el hecho histórico irrefutable de la aparición de la guerra de guerrillas en los territorios controlados por los nazis, pero **jamás** en los territorios controlados por el ocupante democrático; hubo resistencia en Francia, en Italia del Norte, etc., pero no en Alemania invadida o en

Italia del Sur ocupada por los anglo-americanos. Aún cuando su valor militar era poco, las fuerzas de guerrillas actuarán como medio de presión auxiliar capaz de favorecer la disgregación de los ejércitos de ocupación y de oponerse a la tendencia de las poblaciones civiles a colaborar con estos; estas fueron, pues, un elemento de fuerza en el cuadro de un enfrentamiento militar a **ultranza**.

Las guerras locales que se desarrollaron desde 1945 no han infirmado la eficacia militar de los regímenes democráticos: Israel, con sus fulminantes victorias sobre las diversas coaliciones árabes es la demostración viviente de la indisolubilidad del lazo entre democracia y militarismo; mientras que derrota de la dictadura argentina delante de la bien democrática Inglaterra luego de la guerra de las Malvinas, ilustra de forma elocuente la eficacia de los regímenes parlamentarios. Es cierto que la Gran Bretaña posee un aparato industrial netamente superior al de Argentina: pero el éxito de una operación militar conducida en condiciones logísticas bastante desfavorables, a miles de millas de distancia de sus bases pone en relieve la perfecta eficiencia militar de la «cuna de la democracia moderna». Y las manifestaciones de derrotismo en Argentina han resaltado a contragolpe la unanimidad guerrera en Inglaterra, en una situación en que la ola chovina pudo encontrar menos justificación en Londres que en Buenos Aires.

14. CARACTERES DEL MILITARISMO BURGUES

Las razones de la eficacia militar superior de los regímenes democráticos están ligadas al mecanismo de funcionamiento del militarismo moderno, es decir del militarismo **burgués**.

«El militarismo - dice con razón Liebknecht (63) - no es un fenómeno específico del capitalismo. Es más bien un aspecto propio y esencial de todas las formaciones sociales de clase, de las cuales el capitalismo no es más que la última» (64) Dado que en el militarismo «se expresa de la forma más vigorosa, concentrada y exclusiva el instinto de conservación nacional, cultural y de clase, es decir, el más elemental de los instintos» (65), y dado que este instinto se manifiesta en forma diferente dependiendo del tipo de dominación de clase con el cual se busca asegurar su conservación, de ello se desprende que «el capitalismo,

así como cualquier otra formación fundada sobre la división de la sociedad en clases, desarrolla su propio tipo de militarismo» (66).

En la sociedad antigua «los ejércitos eran mucho menos numerosos, formados en gran parte por necesidad técnica de tener veteranos, todos voluntarios o mercenarios; la recluta forzada era limitada, episódica y mucho más difícil que hoy. La mayor parte de los trabajadores era dejada en los campos y en sus oficios, hacer de soldado era una profesión o una libre decisión; no se conocían enormes masas como hoy, como tampoco las carnicerías provocadas en las batallas libradas con armas modernas. Las invasiones bárbaras eran en sí migraciones de pueblos que se desplazaban con familia, armas e instrumentos de trabajo para apoderarse de tierras fértiles en el interés de todos, aún cuando este interés era garantizado por la fuerza bruta. El soldado moderno, cuando sobrevive a una guerra victoriosa, retorna después de la victoria a su vida habitual

de explotación y miseria, probablemente agravada, y a su familia que había abandonado al flaco apoyo del Estado. (...) Las guerras de la época feudal eran también diferentes. Los señores llevaban personalmente las armas y arriesgaban sus vidas, seguidos por varios miles de hombres en armas para quien la guerra era un oficio, con los riesgos inherentes a todo oficio» (67).

Tal como hemos visto más arriba, es la **masa** de la producción la que, en la dinámica del régimen burgués, impone hasta un cierto punto la destrucción **en masa** de instalaciones, medios de producción, productos y hombres «excedentarios»; y, por tanto, la guerra como fenómeno **de masa** o, como se dice, la guerra **del pueblo**.

A diferencia del militarismo de épocas pre-capitalistas donde la regla era el ejército profesional y la recluta voluntaria, el militarismo burgués, por razones que se indentifican con el mecanismo íntimo de la economía capitalista, se caracteriza por la **conscripción obligatoria** que permite a la guerra

moderna absorber «hasta el último gallardo de la población». Esta conscripción obligatoria es sinónimo de reclutamiento y de armamento **generalizado** de todo el pueblo que, luego de haber sido introducido por la Convención en Francia inmediatamente después de 1793, ha sido sistemáticamente adoptada por todos los Estados modernos.

«Es a la fase de desarrollo capitalista que mejor corresponde al ejército fundado sobre la circunscripción general, un ejército salido tal vez del pueblo, no un ejército del pueblo, sino un ejército contra el pueblo o un ejército cada vez más manipulado en esta dirección» (68).

Es un error, inducido por las sugerencias de la ideología burguesa, ver en los recientes desarrollos del militarismo imperialista una tendencia a reemplazar la conscripción general por ejércitos profesionales. Las clases dominantes actuales pueden bien soñar en una tal solución todo lo que ellas quieran; estas no pueden ni podrán jamás adoptarla. Estas están obligadas a re-

Sumarios de «Il Comunista»

N° 89 - Febbraio 2004

-Parmalat, Cirio... La crisi del capitale finanziario, che domina sulla società in epoca imperialista, è crisi del capitalismo. La soluzione non sta in controlli di borsa più stretti, ma nel farla finita col capitalismo in tutti i suoi campi di sviluppo! - Autoferrotranvieri. Emblematico esempio di rottura della disciplina collaborazionista e della pace sociale - I metalmeccanici, nella trappola degli accordi voluti dal collaborazionismo sindacale. che l'esempio degli autoferrotranvieri contagi anche i metalmeccanici. - Sull'attacco del 12 novembre 2003 alla postazione dei carabinieri italiani a Nassiriya in Iraq. Strane coincidenze - Solidarietà alla lotta degli autoferrotranvieri significa incamminarsi verso la riorganizzazione proletaria classista sul terreno immediato - Autoferrotranvieri in sciopero: Incondizionata solidarietà! Lo sciopero improvviso e ad oltranza. Si dimostra il mezzo più efficace. Per imporre il rispetto dei propri diritti. E degli accordi già presi! - La nostra posizione sulla lotta degli autoferrotranvieri e sull'intervento di partito - Vita di partito. Imperialismo e comunismo - Le battaglie di classe della Sinistra comuni-

sta 1923. Il processo ai comunisti in Italia. Il governo fascista prende di mira militanti ed esponenti del Partito comunista d'Italia, allora guidato dalla sinistra - Il pericolo giallo torna a soffiare sull'Occidente... Un tempo era il Giappone. Ora è la volta della Cina - Canicola: è il capitalismo che uccide - A proposito dei morti per il caldo dell'estate scorsa. - Sinistra.net - Dalla Bolivia un appello al proletariato latinoamericano e mondiale - «Il comunista: indice degli articoli pubblicati nel 2003

N° 90-91 Giugno 2004

-Patriottismo e comunismo - **L'Italia in Iraq e il suo avventurismo militare** - **Ennesimo attacco alle pensioni operaie** - Madrid, 11 marzo 2004. Ancora proletari massacrati dalla reazione terroristica (Volantino di partito) - Primo maggio operaio. Per la ripresa generale della lotta di classe! (Volantino di partito) - Non siamo elezionisti, non siamo parlamentaristi. Siamo astensionisti rivoluzionari - Il parlamentarismo è un cadavere, sostenuto a forza dai poteri borghesi al solo scopo di corrompere il proletariato e il suo partito di classe - Sulla «questione palestinese», sull'autodeterminazione

nazionale e sulle posizioni proletarie e comuniste - Imperialismi francese e americano fuori da Haiti! - Le battaglie di classe della Sinistra comunista. 1923. Il processo ai comunisti in Italia. Il governo fascista prende di mira militanti ed esponenti del Partito comunista d'Italia, allora guidato dalla sinistra. (2) - Ustica: tutti assolti i militari accusati di depistaggio - Alla Zanussi si produce e si muore



currir en caso de guerra, y tanto más en guerras generalizadas, al armamento general del pueblo, sola forma de reclutamiento que responde eficazmente a la necesidad de destrucción a gran escala de las guerras modernas.

Sería pueril creer que un número reducido de soldados profesionales podrían decidir la suerte de un conflicto mundial apretando botones y destruyendo a golpe de bombas atómicas los territorios enemigos, lo que haría inútil tanto las armas convencionales como las masas humanas de la infantería.

¿Quién controlará los territorios y las poblaciones vencidas, luego de una primera ola de proyectiles nucleares lanzados de cada lado del Frente? Serán todavía las tropas de infantería quienes deberán disputarse a tiro de fusil y en el cuerpo a cuerpo zonas de territorios calcinados y quienes deberán podrirse una vez más en las trincheras.

La próxima guerra sera lo contrario de una guerra librada en pocos días por un puñado de superhombres encerrados en bunkers atiborrados de electrónica que la ideología vulgar de la clase dominante se place de imaginar y a hacer imaginar. Las cabezas nucleares no servirán sino para abrir la vía a una guerra de posición y a una infantería sumergida hasta el cuello en el barro radioactivo.

La dinámica del desarrollo de la tecnología de los armamentos desde siempre ha mostrado que el descubrimiento de armas ofensivas nuevas conduce a la proliferación de dispositivos para neutralizar los primeros... Lo que conduce inevitablemente a la **multiplicación** del material humano necesario a la utilización de los armamentos. En fin que hay razones políticas que imponen de cualquier manera enregimentar y controlar militarmente a las masas humanas destinadas a la masacre.

En conclusión, los famosos «profesionales» de la guerra no deben ser considerados como una alternativa a los ejércitos de conscripción, sino sólo como un elemento que los complementa y les permita cumplir con sus funciones de ejército del capital.

Desde el comienzo, el militarismo burgués se presenta como un militarismo **democrático**, popular. El ejército burgués es el triunfo del principio de la igualdad democrática: todos los ciudadanos son **iguales** delante de la ley que les impone defender armas en la mano a la patria. No existen privilegios

de casta o de sangre que puedan contrariar este principio. Combatir no es ya una decisión o un privilegio, es un derecho-deber al cual todos los ciudadanos sin ninguna distinción son sometidos (como el voto). El ejército moderno no es ya un producto artesanal; es una máquina compuesta por engranajes al cual esta prohibido pedir privilegios, que deben someterse a la ley común y al cual se puede remplazar por otros elementos idénticos. Es solamente así que el ejército puede funcionar de manera **unitaria** como una verdadera máquina de guerra y no como un revoltijo de hombres en armas. No es por azar que a los ridículos atavíos coloridos individuales de los guerreros de la edad media ha sucedido la obligación del **uniforme**.

«Napoleón no fue invencible porque era un déspota, sino porque avanzaba sobre el impulso de la revolución democrática que antes había creado al ciudadano-soldado» (69).

He aquí la explicación de las excepciones **aparentes** a la regla que ata democracia y eficacia militar (por ejemplo la victoria de Viet-Nam sobre los U.S.A.): Hanoi obligó a los marines a huir, luego de haber derrotado a los franceses, porque sus ejércitos se encontraban «sobre el impulso de la revolución democrática» igual que los otros ejércitos quienes, en nombre de las revoluciones anti-coloniales han podido mantener a raya a los ejércitos imperialistas.

Hemos visto que la superioridad militar de los regímenes burgueses está íntimamente ligada a las características del militarismo democrático, formidable aparato capaz, por primera vez en la historia, de arrojar a millones de hombres en el campo de batalla. *«La inmensa red de ferrocarriles que se encuentra al alcance de los Estados modernos, permite desplazar y movilizar en pocas horas a masas enormes de hombres que son reclutados, armados y enviados por millones a velocidad impresionante a las fronteras. ¡Deténganse un momento a pensar en este espectáculo de movilizaciones modernas!» (70).*

Para que tales masas humanas puedan ser **eficazmente** enviadas a la masacre es preciso que la población esté **preparada** a tiempo para la guerra; y para que estas puedan resistir al curso de una guerra a ultranza este trabajo de preparación debe ser seguido de un trabajo de movilización constante de energías y consciencias de la nación, de toda la nación, en favor de

la guerra.

Las guerras de mercenarios y voluntarios del pasado, que no implicaban directamente a la masa de la población, podían ser combatidas y ganadas sin el apoyo de estas últimas. Las guerras modernas, las guerras de movilizaciones generales **exigen** al contrario «el acuerdo y el consenso de la casi totalidad de sus ciudadanos», sin lo cual el Estado conducirá la guerra en las peores condiciones. La misma preparación material de la guerra será tanto más eficaz y acertada cuanto sólido y profundo será el consenso de todas las clases sobre las razones del conflicto y los valores que con ella se «defienden». Por otro lado la capacidad de resistencia de los diversos Estados no es solamente una cuestión de cantidad de acero, municiones y armamento, sino también una cuestión de «moral» que debe estar permanentemente sostenida, reforzada y desarrollada al máximo. Sin la cohesión de todo el cuerpo social, sin la solidaridad de todas las clases hacia una guerra por la cual se sacrifican las propias exigencias y las propias espectativas, incluso las tropas mejor armadas están condenadas a desintegrarse a golpe de privaciones y horrores cotidianos en el conflicto.

Es este el secreto de la eficacia militar superior de las democracias con respecto a los regímenes burgueses abiertamente totalitarios.

Cierto es que el fascismo también busca reunir todas las energías de la nación en el bloque unitario del interclasismo belicista. Pero el fascismo no ha podido suscitar una ola de apoyo a la guerra tan fuerte como el creado por la democracia del otro lado del Frente. La razón de ello es que el fascismo no puede en los hechos sino hacer uso del sentimiento nacional, empujado hasta la histeria racista, para cimentar la «Unión Nacional»; mientras que la democracia posee un recurso más potente todavía para soldar la totalidad de la población a la guerra imperialista: el hecho que la guerra emana directamente de la voluntad popular libremente expresada en las elecciones y que esta aparece así, gracias a la mixtificación de las consultaciones electorales como una guerra de defensa de los intereses y esperanzas de las masas populares y las clases trabajadoras en particular.

Frente a la potencia de este moderno encantamiento, los mitos de la sangre y el suelo pierden su poder.

«Los italianos que vieron pasar la

guerra a pocos metros en las cavernas trogloditas, italianos sin armas y partidarios de nadie y sobre todo no de cualquier régimen italiano, pasado o presente, pudieron discutir tranquilamente con soldados y oficiales alemanes pero también americanos. Los primeros conducían con fría técnica sus acciones de guerra, sin impulso ni gusto por el riesgo, pero sin omisiones ni errores tampoco. (...) Casi nadie se planteaba el problema de por qué se ejecutaban las órdenes, estando sólo convencidos de una respuesta: yo hago la guerra, no tengo ningún interés personal en ello, tampoco ganaré algo haciéndola. Les parecía indigno, no de hacer la guerra, sino de hacer negocio con ella. (...) Vinieron los americanos, seguros de ellos, convencidos de portar la esperanza del mundo. ¿Por qué hacían la guerra? Pues, porque ellos mismos habían ordenado a su gobierno de hacerla, convencidos de que este era el interés de todos los ciudadanos. «The president is my servan», u otra frase del mismo estilo, eran dichas frecuentemente. El presidente, los Ministros, los funcionarios, los generales son mis servidores, ellos cumplen las órdenes del pueblo y más, yo, ciudadano que vote y que «les paga». Con los impuestos yo les doy lo que corresponde a su «job». (...) Entonces estaban interesados en la guerra, o soñaban con estarlo, en un país donde todo es comercio y publicidad comercial, donde todo se compra, a crédito si es preciso, la guerra misma se hace 'a contra-reembolso' - a crédito cuando los gastos son demasiado grandes» (71).

Bajo el régimen democrático moderno «el reclutamiento de los hombres (...) se ha hecho más fácil (...) gracias a un aparato administrativo complejo que se desarrolla paralelamente a la introducción de formas más democráticas de gobierno (recensamiento, estado civil, igualdad de los ciudadanos delante de la ley) (72); pero este aparato, fruto del desarrollo histórico del sistema burgués puede ser separado de las formas políticas democráticas y parlamentarias». Esta citación de un «Hilo del tiempo» señala sin embargo que las instituciones democrático-parlamentarias aportan oxígeno al militarismo por su capacidad de dar a las masas desgarradas por la guerra la ilusión de combatir por sus propios intereses, y de darles el impulso necesario para vencer.

Hemos dicho que «bajo el barniz de

la civilización democrática» los vínculos con los cuales los Estados modernos atan a los individuos se vuelven cada vez más estrechos y sofocantes verdaderos **cables de acero** que impiden toda veleidad de independencia individual. (73)

Es precisamente gracias a este barniz de civilización que las ataduras destructoras de la persona humana individual se han desarrollado hasta su monstruoso estado actual, el totalitarismo del capital, triunfal en la paz como en la guerra, en el desprecio más completo de la tan cacareada «libertad individual».

15. CONFLICTOS INTER-IMPERIALISTAS, ALIANZAS MILITARES Y TENDENCIA A LA GUERRA

Los Estados burgueses se encuentran todos (en Europa desde por lo menos 1871) aliados contra el proletariado revolucionario. Dispuestos a pasar por encima de particularismos nacionales con tal de salvaguardar la dictadura de las clases dominantes en cualquier parte del planeta. Desde la época de la Comuna de París este «internacionalismo» del capital y de la contrarrevolución no cesó de extenderse y reforzarse. En el siglo XIX, prusianos y versalleses no actuarán en común sino **después** del estallido de la insurrección de los obreros parisinos, mientras que durante la última guerra los estados-mayores alemanes no se atreverán, después de Dunkerque, a golpear en el corazón a la Gran Bretaña por miedo a desencadenar, en plena guerra imperialista, una guerra de clases y de razas que hubiese podido llevar a la catástrofe a las 2 alianzas imperialistas y al mundo del capital. Y el primer acto de paz imperialista, el desmembramiento del proletariado alemán a través de la formación de dos Alemanias, demuestra que al final de la guerra la Internacional de la contrarrevolución guardaba toda su eficacia para **prevenir** el desarrollo de las tensiones sociales en los países vencidos, antes de tener que reprimirlas.

No obstante, unidos por una solidaridad recíproca contra el espectro de la revolución proletaria, los Estados imperialistas no cesan de ubicarse en una relación entre bandidos, en conflicto permanente por la repartición de mercados, materias primas y ganancias mundiales, como lo explicaba Lenin.

Las contradicciones inter-imperia-

listas son un elemento permanente e inevitable del sistema capitalista mundial, la enfermedad, o mejor una de las enfermedades crónicas e incurables de la cual es afligido; pero periódicamente estas contradicciones explotan bajo una forma aguda. Lo que era una contradicción latente toma entonces el aspecto de un enfrentamiento violento, abierto, donde todos los golpes son permitidos.

Esta agravación de los conflictos económicos, financieros, políticos y diplomáticos entre Estados, no es otra cosa que la manifestación concreta, visible de la exuberancia periódica de mercancía y capital que cada capitalismo nacional está condenado a acumular y a arrojar al mercado mundial. Y este mercado se vuelve cada vez más exiguo con respecto a la necesidad de valorización de capitales obligados a personificarse en cantidades cada vez más crecientes de mercancías. Síntoma de las crecientes dificultades paralelas en que encuentra el capitalismo para realizar una masa de ganancia adecuada en presencia de la lenta pero inexorable baja de la tasa de ganancias, la agravación de los conflictos inter-imperialistas es al mismo tiempo la fuente **inmediata** de la guerra; es el elemento que precipita el desenlace feliz del drama para el capitalismo mundial: la reconstitución de las condiciones indispensables para una sana y fructuosa valorización, con la liquidación de masas de mercancías, instalaciones y fuerzas de trabajo excedentarias.

Pero, si el verdadero objetivo de la guerra es la destrucción y por tanto si su resultado real es el regreso floreciente de las ganancias sobre un suelo fertilizado con cadáveres, esta misma destrucción logra establecer un nuevo equilibrio entre los Estados, según las relaciones de fuerza sancionados sobre el campo de batalla.

La segunda guerra mundial ha dado nacimiento a un equilibrio correctamente descrito con la fórmula de «**condominio ruso-americano**», teniendo sin embargo como primera potencia y verdadero dominador a los Estados Unidos mientras que la URSS permanecía en sordina en tanto que potencia financiera, económica y política, jugando más un rol de gran potencia militar continental que de verdadero pilar del orden imperialista mundial.

Contrariamente a lo que sostiene la imbecilidad pequeño-burguesa, siempre lista a ver en las 2 superpotencias y en su predominancia incontestable una espada de Damócles que amenaza

la paz mundial, nosotros decimos que si la paz ha reinado hasta ahora en las metrópolis imperialistas, es precisamente en razón de esta dominación de los USA y la URSS; y si la guerra es inevitable - a menos que la revolución no destruya antes el orden burgués - es por la simple razón que cuarenta años de «paz» han permitido la maduración de fuerzas que tienden a cuestionar de nuevo este equilibrio surgido del último conflicto mundial. En otros términos, la guerra es inevitable porque las relaciones de fuerza entre los diversos capitalismos, en el curso de esta post-guerra, se han modificado lenta pero inexorablemente, produciendo una irritación creciente de los capitalismos europeos y japonés frente a los USA, más los empujes centrífugos análogos en la zona de influencia soviética.

El proceso de integración de los países del «bloque del Este» al mercado mundial hace además sospechar que las tensiones que este atraviesa van a jugar un rol **nada secundario** en el futuro estallido de las contradicciones inter-imperialistas. Tanto más que la historia de esta post-guerra ha demostrado la virulencia de las tensiones que estallan regularmente en el bloque soviético, desde el «cisma» yugoeslavo, las revueltas húngaras y checoslovacas, hasta la reciente crisis polonesa (la relación que se encuentra en la base de este artículo es bastante anterior a los acontecimientos que sacudieron a finales del siglo pasado dicho «bloque»). Y la debilidad relativa de Moscú no ha hecho más que acentuar sus devastadoras consecuencias, en un período no obstante en que las perspectivas de guerra mundial se encontraban lejanas.

Si examinamos la historia económica de estos cuarenta últimos años de «paz», podemos no sólo apercibirnos del encadenamiento que va del desarrollo de la post-guerra a la crisis mundial simultánea del 74-75 (y al período de pre-guerra en el cual vivimos), pero también a encontrar de nuevo el hilo conductor que permite evidenciar las modificaciones de la correlación de fuerzas entre los Estados, y por ello de prever, sobre la base de la dinámica económica pasada, las condiciones que harán la guerra inevitable así como los frentes sobre los cuales se chocarán las diversas coaliciones imperialistas.

En 1945, los Estados Unidos y la URSS aparecieron como **los únicos** verdaderos vencedores de la guerra; sus aliados europeos (Francia y Gran Bretaña) se vieron económicamente

de rodillas y su suerte no fue diferente a la de los países vencidos: regresar a la categoría de potencias imperialistas de segundo orden.

En el curso de los 3 años 45 a 48, una grave crisis económica golpea a todos los países europeos involucrados en la guerra. Los más duramente alcanzados son los imperialismos que han sido los más directamente afectados por la guerra: bastante poco a la Gran Bretaña (quien en el 46 mantiene todavía el nivel de producción del año de pre-guerra 1938); para nada los países neutros como Suecia (en el 46 su PNB equivale al 136% del de 1938); Francia un poco menos (su PNB del 46 es casi igual a 50% del de 1938) así como Italia (en el 46 la producción equivale a 61% del nivel de pre-guerra).

Vemos entonces que el marasmo de post-guerra no hace diferencia entre vencidos y vencedores (74). Pero, fortalecida por la experiencia de la primera post-guerra, la burguesía mundial ha aprendido que ese marasmo podía dar nacimiento a llamaradas clasicistas y revolucionarias. Esta es la razón por la cual el período de depresión económica de post-guerra será también el período de ocupación militar masiva de Europa. Esta ocupación no comenzará a atenuarse, en el sector occidental, sino a partir de 1949, cuando el espectro del «desorden social» se había alejado.

El régimen de ocupación militar va a mantenerse sin embargo mucho más largo tiempo en Alemania y subsiste («subsistió» hasta hace poco, NdR) todavía hoy en Berlín, a ambos lados del «muro», bajo el comando de los vencedores aliados en la guerra.

En Europa del este, la presencia militar soviética, abierta y directa, se ha mantenido en razón de la potencia económica y financiera más débil del centro moscovita.

Pero hay que recordar que la ocupación militar no ha sido sino el aspecto más aparente de un gran esfuerzo de **contra-revolución preventiva** conducido por la burguesía **mundial**. El yunque que ha «normalizado» y «estabilizado» al proletariado europeo en este atormentado y peligroso período poseía dos mandíbulas bien temibles: la **policía militar** U.S. y la **policía política** de los partidos del «comunismo» nacional.

Señalemos de paso que los U.S.A. en ese momento ya han digerido la fase recesiva inducida por el esfuerzo de guerra y que se había manifestado del 44 al 46. Lo que significa que durante

el primer año de paz mientras que los capitalismos europeos están por el suelo, la economía americana se encuentra ya en plena recuperación.

El fin de la depresión de la inmediateza post-guerra se sitúa en Europa en 1948. En marzo de ese año, el Congreso americano aprueba el plan Marshall». Al final del 48, los primeros signos de reanudación económica se manifiestan en los principales países europeos.

Si examinamos la serie de recesiones de la post-guerra (48-49, 53-54, 57-58 y 67-68), todas de débil intensidad y no simultáneas en el mundo capitalista, podemos subdividir en diferentes fases los 30 años de desarrollo capitalista hasta la crisis del 74-75.

Mientras que la economía U.S. conocía 2 años de recesión en 1948-49 (recesión modesta superada por el «boom coreano» del 50-52), 1948 marca para las economías europeas la apertura de la fase de reanudación económica de 1948-52.

Luego de la pausa recesiva de 53-54 los índices volvían a escalar y entonces se debe hablar, no de «recuperación», sino de «expansión» del capitalismo mundial. Es posible dividir este ciclo unitario 54-74 en 3 segmentos, separados por las recesiones que hemos indicado y los cuales se distinguen por las diferencias de velocidad del desarrollo económico: 54-57; 59-68; 69-74. Tres períodos en el curso de los cuales los ritmos de crecimiento de la economía mundial disminuyen progresivamente.

(Continuará)

(30) Rosa Luxemburgo, «L'Accumulation du Capital», Ed. Maspero, tomo II, p. 123.

(31) K. Liebknecht, «Militarisme et Antimilitarisme», 1907. Largos extractos de este folleto son traducidos en «K. Liebknecht, militarisme, guerre, revolution», Ed. Maspero.

(32) R. Luxemburgo, op. cit. p. 123.

(33) K. Marx, «Fundamentos de la crítica a la economía política».

(34) Ibid.

(35) R. Luxemburgo, op. cit. p. 124.

(36) R.L. op. cit. p. 125.

(37) Ibid. p. 124. Es de hacer notar que Marx hace la distinción entre el sector I de la economía cap que produce medios de producción y un sector II que produce medios de consumo.

(38) Ibid.

(39) Ibid. p. 130.

(40)Ibid. p. 132.

(41) Esta expoliación de las capas medias urbanas y rurales constituye la base material de la oposición pequeño-burguesa al militarismo y a la guerra y se encuentra en la raíz del pacifismo, de la ideología pacifista que distingue a las capas medias.

Pero, víctimas del militarismo sobre el plan de sus efectos inmediatos, los representantes de esta capa participan también a su beneficios, a los efectos benéficos que esta tiene sobre la economía nacional. He aquí por qué la protesta anti-militarista del pequeño-burgués no va nunca más allá del lamentoso lloriqueo ni del reproche impotente.

(42) Rosa Luxemburgo, op. cit., p. 133.

(43) Ibid., p. 134. Hemos traducido «ritmo de desarrollo constante» en lugar de «crecimiento rítmico» utilizado en la edición Maspero.

(44) Ibid.

(45) Ibid., p. 128.

(46) Una serie de aspectos de la economía de guerra que hemos recordado aquí son puestos en relieve en un artículo publicado en el n°2/1951 de «Battaglia Comunista» («Esperando que nos traigan la guerra, nos preparan la economía de guerra»). En lo que respecta a las posiciones corporatistas y pro-armamentistas del oportunismo político y sindical, ver también «Los sindicatos de la movilización guerrera» («B.C.» n°9/1951) y «Los partidarios de la paz rezan por el rearmamento» (B.C. » n°21/1951), «Los sindicatos americanos afilian a la carne de cañón» («B.C.» n°16/1951).

No es inútil recordar que las posiciones tomados en aquel entonces por los sindicatos U.S., que coinciden con la guerra de Corea, serán luego retomadas y acentuadas durante la guerra de Viet-Nam.

(47) «Las grandes cuestiones históricas de la revolución en Rusia», en el volumen «Estructura económica y social de Rusia 1913-1957», p.27 en la edición española, Madrid)

(48) Ibid.

(49)Ibid.

(50)Ibid.

(51) «El socialismo de ayer delante de la guerra de hoy», en «Storia dalla Sinistra Comunista», vol. 1, p. 290.

(52) «En attendant de nous donner la guerre... ("Esperando que nos traigan la guerra, ...")», op. cit.

(53) «Lo que se vuelve evidente» en it. en «Avanti !», 17/9/1915, retomado en «Storia della Sinistra Comunista», vol. 1, p. 290.

(54) Ibid.

(55) «Struttura económica...» op. cit. P. 106.

(56) «Lo que se vuelve evidente... » op. cit. p. 292

(57) «Struttura... » p.105

(58) Ibid.

(59) «Armamentos. Un sector jamás en crisis» en it. y fr., Quaderni dal Programma Comunista n°2, junio 77.

(60) Cf. el punto 9 del texto.

(61) A.S.Millward «La economía de guerra en Alemania», Ed. Angelli, 1972.

(62) «Armamentos...», op. cit.

(63) Karl Liebknecht, «Militarismo y Anti-militarismo», op. cit.

(64) Antes de la aparición de la sociedad de clase no había militarismo. Liebknecht escribe: «En las civilizaciones inferiores, que no conocen todavía ninguna distinción de clase, el arma sirve también de herramienta. Es el medio para procurarse el alimento (para cazar, para arrancar las raíces, por ejemplo) así como instrumentos de defensa contra animales feroces, tribus enemigas y de agresión contra ellas.. Estas armas son todavía tan primitivas que todo el mundo puede fabricarlas en cualquier momento (piedras, palos, lanzas con puntas de piedra, arco, etc.). Lo mismo es válido con respecto a los sistemas de defensa.

Puesto (...) que no existe aún una división del trabajo digna de ese nombre y que todos los miembros de la comunidad tienen casi la misma función social, y que no existen tampoco relaciones de dominación económicas o políticas, el arma no puede representar al interior de la comunidad un apo-

yo a estas relaciones. Y aun existiendo tales relaciones, estas armas no podrían constituir un «apoyo» justamente a causa del carácter todavía rudimentario y primitivo de la técnica de fabricación de armas.

No es sino después que «aparece la división en clases y una más amplia evolución de la técnica de las armas» que «la situación cambia»: en efecto, el comunismo primitivo «no conocía relaciones de dominación de clases ni tampoco normalmente relaciones políticas. En general no hay «militarismo». Con el progreso general de la técnica productiva aparece la división social del trabajo y la comunidad primitiva se divide en clases. Como el arma, en tanto que herramienta agrícola, se emancipa y se vuelve el producto de una rama particular de la producción, el uso de las armas se vuelve también una rama particular de la actividad humana. Lo que era una actividad ocasional de todos se transforma en una actividad permanente de unos pocos, es decir un oficio pedido de manera institucional a grupos bien precisos de la sociedad. La demanda social - en este caso, la demanda de defensa armada de la dominación de una clase por otra - no aparece sino cuando la sociedad posee los medios para responder a dicha demanda; una técnica productiva suficientemente evolucionada para hacer de la producción de armas un monopolio de la clase dominante.

(65) K. Liebknecht, ibid.

(66) Ibid.

(67) «El socialismo de ayer frente a la guerra de hoy», op. cit.

(68) K. Liebknecht, op. cit.

69 «Struttura... », p. 105.

70 «El socialismo de ayer... », op. cit.

(71) «Ustedes no pueden parar. Sólo la revolución puede hacerlo, destruyendo su poder», «Battaglia Comunista» n°2/4.1.1951.

(72) «Lo que se vuelve evidente... », op. cit.

(73) «El socialismo de ayer... » cit.

(74) Cf. Postan, «Storia económica d'Europa 1945-196», Ed. Laterza, 1975.

Los fabricantes de íconos a la obra: Creación de la «Fundación Amadeo Bordiga»

«La "Fundación Amadeo Bordiga", constituida según la voluntad testamentaria de Madame De Meo (viuda de Bordiga), ha sido reconocida oficialmente mediante decreto del Ministerio del Interior del 8/5/98. Han contribuido a la formación de la Fundación personas de diversos orígenes culturales y políticos y de diversas actividades profesionales, quienes se han comprometido, además de cumplir con la voluntad de Madame De Meo a muchos de los cuales estaba ligada por lazos de amistad, a proseguir con los fines comunes expresados en los estatutos».

El artículo 2 de dichos estatutos afirma que «La finalidad de la Fundación es la de valorizar la figura de Amadeo Bordiga, fundador del Partido Comunista de Italia durante el Congreso de Liorna (enero de 1921) dentro de la complejidad de todos sus inseparables aspectos ideológicos, culturales y humanos, en el cuadro del movimiento proletario nacional e internacional; su rigor intelectual y moral en las vicisitudes de la situación italiana y mundial; la inflexibilidad de su batalla para defender la doctrina y el programa marxistas ». En esta óptica, la Fundación «acuerda bolsas de estudio, toma la iniciativa y asegura el financiamiento de actividades de investigación histórica, de publicaciones relativas a los fines generales arriba indicados; de la colocación, clasificación y conservación del material existente así como su incremento por medio de la recolección de documentos donde estos se encuentren; de puesta en relación con las principales bibliotecas italianas y extranjeras a fin de documentar la presencia de Amadeo Bordiga; de publicación de sus escritos poco

conocidos o difícilmente accesibles, de reimpresión de sus textos escritos en diversas épocas, de edición de las obras completas. El material documental y de librería será conservado en una biblioteca-archivo que se deberá organizar en la casa misma de Formia donde la testamentaria vivió con Amadeo Bordiga, hoy sede legal de la Fundación».

He aquí lo que podemos leer del prospecto de presentación de la «Fundación Amadeo Bordiga» inaugurada oficialmente el 27 de mayo de 2000, bajo el patrocinio de la municipalidad de Formia, en presencia del alcalde y el delegado de Trabajos Públicos de la ciudad (la calle que conduce a la casa donde Bordiga acostumbraba a pasar sus vacaciones ha sido rebautizada con su nombre - ¿cuándo veremos su estatua, o si no el mausoleo?).

De tal manera, Amadeo Bordiga, tan calumniado durante su vida e ignorado después de su muerte, va a encontrar «su» lugar en la historia del movimiento proletario y comunista gracias a la obra de elegidos, investigadores, historiadores y amigos de diversos orígenes políticos y culturales, sin olvidar los cientos de millones de libras de generosa subvención atribuida por parte del Ministerio del Interior del gobierno de centro-izquierda! Gracias a toda su buena voluntad, su **figura** será por fin **valorizada!**

Lenin comienza su obra «El Estado y la revolución» escribiendo: «En vida de los grandes revolucionarios, las clases opresoras les someten a constantes persecuciones, acogen sus doctrinas con la rabia más salvaje, con el odio más furioso, con la campaña más desenfadada de mentiras y calumnias. Después de su muerte, se intenta convertirlos en íconos inofen-

sivos, canonizarlos, por decirlo así, rodear sus **nombres** de una cierta aureola de gloria para «consolar» y engañar a las clases oprimidas, castrando el **contenido** de su doctrina revolucionaria, mellando su filo revolucionario, envileciéndola. En semejante «arreglo» del marxismo se dan la mano actualmente la burguesía y los oportunistas dentro del movimiento obrero».

La creación de la Fundación actual, así como las tentativas precedentes del mismo tipo, se inscribe exactamente en esta orientación que corresponde en efecto a una necesidad permanente de la burguesía: destruir el carácter subversivo de programas, posiciones, teorías negando su naturaleza **clasista**; reduciéndolas a invenciones u opiniones de pensadores aislados para que luego a estos se les pueda entonces saludar sus cualidades intelectuales y morales, ya que estas son **individuales**.

EL SENTIDO DEL ANONIMATO EN NUESTRO TRABAJO DE PARTIDO

Amadeo Bordiga, más que ningún otro, insistió sin descanso sobre la lucha contra los daños del individualismo burgués, incluyendo allí a los revolucionarios, contra los estragos, incluyendo allí a los proletarios combativos, de la espera de salvadores, de la creencia en grandes hombres, del culto a los jefes geniales, breve de lo que él llamaba «la teoría del battilochio»:

«Lo nuevo que hay es que, contrariamente a las revoluciones precedentes, no hemos tenido ninguna necesidad, ni siquiera a título de símbolos, de hombres particulares, teniendo una individualidad y un nombre particula-

res.

(...) La revolución burguesa debe necesariamente tener un símbolo y un nombre, si bien esta también, en última instancia, esté hecha por fuerzas anónimas y relaciones materiales. Ella es la última revolución que no sabrá ser anónima: es por esto que la recordamos como una revolución romántica.

Nuestra revolución aparecerá cuando hallamos terminado de postrarnos de rodillas delante de individuos, en una actitud hecha sobre todo de cobardía y desconcierto. El instrumento de su fuerza será un partido perfectamente homogéneo en su doctrina, su organización y su combate; un partido que no otorgará ningún crédito al nombre o al mérito del individuo, que rechazará al individuo la conciencia, la voluntad, la iniciativa, el mérito o la falta, para concentrar todo en una unidad neta y claramente delimitada» (1).

Amadeo Bordiga frecuentemente explicó (ver «Lenin en el camino de la revolución») que en la concepción marxista el partido no es el instrumento de un «gran líder», sino al contrario el «jefe» no es más que uno de los instrumentos del partido, sin duda más importante y más eficaz que otros, pero que, él solo, no puede ser determinante. Las posiciones que los dirigentes del partido tienen la tarea y deben tener la capacidad de expresar, de explicar, de traducir en directivas y reglas de acción, son el **patrimonio colectivo** del movimiento de clase, más allá de países y generaciones.

El carácter anónimo de las publicaciones del partido tiene por finalidad precisamente de facilitar y colocar en primer plano este aspecto: si bien es evidente que son individuos quienes escriben, los mismos no escriben para expresar sus opiniones personales, sino para expresar las posiciones del partido - y el partido en su conjunto contrae la responsabilidad de lo que se publica, así como toda la actividad de sus militantes. El anonimato es por tanto un medio para facilitar la comprensión del carácter impersonal, colectivo, en una palabra **clasiista**, de las posiciones y programa comunistas, al mismo tiempo que un medio práctico para luchar contra la creencia supersticiosa en los grandes hombres, en los «salvadores supremos», y contra los estragos del individualismo burgués; esta es la razón por la cual en toda la historia del movimiento proletario, los textos fundamentales, programas, cuerpos de tesis no llevan firma, aun cuando en la tormentosa

lucha de tendencias y organizaciones que caracteriza la formación del partido, algunos nombres particulares hallan podido servir para simbolizar las orientaciones en lucha.

La lucha contra esta influencia de la ideología burguesa es todo menos fácil, y nuestras «Tesis de Milán», debidas a la pluma de Bordiga, se terminan así:

«El esfuerzo actual de nuestro partido en su difícil tarea es el de liberarse para siempre del empuje traidor que parecía emanar de hombres ilustres, y de la función despreciable de fabricar, para alcanzar en sus objetivos y victorias, una estúpida notoriedad y publicidad para otros nombres personales. Al partido no le deben faltar en ninguno de sus meandros la decisión y el coraje de combatir por un resultado similar, que anticipa de la historia y de la sociedad de mañana» (2).

LA NEGACIÓN DE «IL PROGRAMMA COMUNISTA»

Si, entre los dirigentes de la Internacional, Amadeo Bordiga a sido el que ha encarnado la lucha intransigente de la Izquierda comunista contra las oscilaciones, las maniobras azarosas, les crecientes zigzags, luego contra las degeneraciones del movimiento revolucionario proletario; como todos los verdaderos comunistas, no ha querido jamás ser el inventor de un nuevo movimiento político (*el bordiguismo*), sino el defensor e intérprete más fiel posible a la teoría y al programa político proletario el cual - pese a Marx mismo - ha pasado a la historia bajo el nombre de marxismo; jamás deseó que su actividad política o teórica sea otra cosa que un **trabajo de partido**, un trabajo eminentemente importante pero que cobraba todo su valor por cuanto se integraba al esfuerzo secular de emancipación de la clase proletaria dándose por objetivo la reconstitución del partido de clase destruido por la contra-revolución.

El partido ha replicado a la publicación de obras de Bordiga, a la citación de pensamientos de Bordiga que comenzaron a prosperar desde los años setenta bajo la labor de individuos u organizaciones con posiciones políticas diversas (3). El problema no es de esconder la identidad de los revolucionarios que han escrito tal texto, tomado cual posición - incluyendo aquellos cuya finalidad es la de «proteger» de la recuperación: eso sería caer en una

especie de superstición, en un anti-individualismo fáctico que no es sino la otra cara del individualismo burgués (el nombre de Bordiga sería demasiado terrible o demasiado precioso para ser divulgado más allá de los muros de la secta)(4) - sino el de transformar los textos de partido en textos de un gran hombre, tales publicaciones tenían por finalidad justamente la de negar su carácter de partido, de romper la coherencia de esta actividad, de incensar al individuo, al pensador, para mejor desvalorizar al militante de partido y al partido mismo, con el fin de tratar de utilizar fragmentos de textos, textos aislados o simples frases para sus propias orientaciones políticas y teóricas.

Hace algunos años, un grupo de intelectuales de izquierda había organizado, en colaboración con el Instituto Universitario de Nápoles, un congreso sobre Amadeo Bordiga reuniendo una paleta de especialistas en bordiguismo. «Il Programma Comunista» denunció con razón este evento como un ataque contra la verdadera obra de Bordiga y contra el marxismo:

«Hacer de Amadeo Bordiga un pensador solitario o en un teórico encerrado en su torre de marfil, no es solamente negar desnaturalizar y cambiar completamente su obra. Es también colocarse fuera del surco de la tradición marxista, esto es caer puramente en el idealismo.

(...) Sabemos bien que la restauración del marxismo revolucionario es un hecho material que no se convertirá en readquisición teórica de la clase proletaria hasta que esta sea empujada a actuar como clase para sí, bajo la dirección de su partido revolucionario. Confiar esta tarea a las **proezas** editoriales de comerciantes burgueses o del sub-artesano de «ultra-izquierda», sino más bien a la **actividad orgánica del partido**, es la posición clásica de aquellos que no tienen nada que ver con el marxismo.

(...) Hemos siempre hablado de la «impersonalidad de la doctrina marxista». Este nace en una encrucijada histórica, filosófica y política, como un bloque único que comprende todos los aspectos esenciales en todo lo que corresponde a principios, fines, programa y táctica - categorías estrechamente ligadas entre sí en la función del Partido comunista mundial y validas para todo el ciclo de luchas que el comunismo está destinado a concluir. Y ella encuentra sus instrumentos, sus **máquinas**, en tal o cual individuo, en tal o cual grupo de individuos: el indi-

viduo aporta precisamente su contribución a este ciclo de luchas, le ofrece sus capacidades personales, subordinándolas a las exigencias históricas, negándolas al mismo tiempo como 'propiedad personal' regida por el copyright. Ello no significa negar al individuo o al 'jefe' y sus funciones, sino clarificar su sentido **material** de órgano al servicio del partido y de la clase» (5).

Palabras fuertes, pero vacuas ya que las mismas no han impedido, 4 años más tarde, la participación a una reedición agravada de la misma operación: los dirigentes de «Il Programma Comunista» están efectivamente presentes en la Presidencia, en el consejo de administración y el «comité científico» de la Fundación destinada a «valorizar la figura» del gran vacationista de Formia, publicando sus obras completas, a instruir a los niños en las escuelas, acordando bolsas a «investigadores», al lado de aquellos que los mismos condenaban y gracias a los dineros del Estado: habrá que concluir que tal condenación fue debido al despecho de no haber sido asociados a la empresa?

La presencia de dirigentes de «Il Programma Comunista» en la Fundación es, en todo caso, indispensable para el funcionamiento de esta última ya que es en este periódico que, después de la ruptura de 1952, Amadeo Bordiga había publicado artículos y textos - anónimamente como el de todos los militantes. No se trata solamente de hacer el triaje entre todas las publicaciones del partido, a fin de «identificar» aquellos que venían de la pluma del grande hombre»; el famoso copyright, el derecho de autor, de estos escritos está en las manos de aquellos a quienes la ley burguesa reconoce la **propiedad** del periódico «Il Programma Comunista»: publicar bajo el nombre de Bordiga escritos aparecidos anónimamente en esa época necesita por lo tanto del permiso de estos **propietarios**. Y es precisamente, mientras la grave crisis golpeaba al partido a comienzos de los años ochenta, haciendo volar en pedazos su red internacional, que los dirigentes de este grupo, incapaces de conducir la lucha contra las tendencias liquidadoras a nivel político no habían encontrado nada mejor que recurrir a la justicia burguesa para verse reconocer el famoso derecho de propiedad comercial (la ley italiana había impuesto un «propietario legal» quien formaba parte de estos militantes).

La que siguió a estos hechos ha

demostrado que tal iniciativa, que, sin la sombra de una sola duda, se encontraba fuera del sillón de la tradición marxista, no se debía a un extravío momentáneo y sin consecuencias debido a una excepcional e inesperada situación de crisis. Ya durante la escisión en 1952 en el Partido Comunista, la corriente opuesta a la nuestra se había dirigido a la justicia burguesa para conservar la propiedad del periódico del partido «Battaglia Comunista». Sobre los primeros n° del nuevo periódico, «Il Programma Comunista», fue publicada una nota que decía:

«Advertimos a los lectores que el cambio anunciado en el título del periódico que de «Battaglia Comunista» cambia a «Il Programma Comunista» no se debe a iniciativa nuestra, ni a acciones judiciales coactivas de las cuales no tenemos ningún interés en indicar el origen. Habiéndose tratado de hacer valer contra el partido, contra su continuidad ideológica y contra su periódico, y por supuesto después de haberse apoderado de esta, una propiedad comercial ficticia existiendo sólo en su fórmula burocrática impuesta por la ley, no nos prestaremos a constataciones o discusiones entre personas o individuos; soportaremos las imposiciones ejecutivas sin caer en el terreno de la justicia establecida. Aquellos que se han rebajado delante de ella no podrán jamás regresar al terreno del partido revolucionario. Inútil pues de hablar de sus personas o de sus actuaciones, tanto hoy como más tarde.

El periódico continuará colocándose en la línea que siempre lo ha definido y la cual han representado sus títulos no de 'propiedad', sino de continuidad programática y política (...)(6).

Las desviaciones tienen su lógica y sus consecuencias irremediables si las mismas no son corregidas a tiempo. Habiendo roto entonces con la continuidad programática y política para asegurarse la propiedad comercial, habiendo pedido a la justicia burguesa de reconocerlos como los continuadores y herederos del partido, los dirigentes de «Il Programma Comunista» no lograrán más que en apariencias retornar al terreno del partido revolucionario. La participación en la Fundación Amadeo Bordiga de brazos con elegidos, sabios profesores, amigos de toda proveniencia política - «comerciantes» o «sub-artesanos» que no tienen nada que ver con el marxismo - es la demostración que las afirmaciones de fide-

dad alivia a la línea teórica, programática y política de la Izquierda Italiana y del partido en el cual ella se había encarnado, se habían vaciado de sentido inexorablemente, se habían transformado en pura fachada, en falso semblante.

Cierto es que el periódico «Il Programma Comunista» mantiene hasta ahora un silencio total sobre la última «hazaña» de algunos de sus miembros y dirigentes. ¿Qué quieren esconder a sus lectores? ¿Qué es lo que los embaraza: la participación en una institución burguesa, la gestión de millones acordados por el Estado a dicha institución, la ruptura con el falso purismo acerca del nombre de Bordiga, la conciencia más o menos clara de haberse dejado enlodarse en el fango de las acciones sin principios? En el fondo, poco importa; el silencio del periódico no es más que un signo suplementario de la degeneración política de dicho grupo que ya no es ni siquiera capaz de reivindicar sus propios actos, reemplazando definitivamente por pequeños arreglos y compromisos a la clarificación política, la condición indispensable de una «unidad neta y claramente delimitada» y a la verdadera defensa intransigente del programa comunista.

Sobre esta vía no hay otro desenlace que el deslizamiento cada vez más acentuado e irreversible hacia el oportunismo.

Il Comunista N° 71-72 (Settembre-2000)/Le Proletaire N° 455 (Oct.-Nov.-Déc. 2000)

(1) cf «Le Batilocchio dans l'histoire» («Il Programma Comunista» n° 7, 1953)

(2) cf «Tesis suplementarias sobre la tarea histórica, la acción y estructura del partido comunista mundial» (Milán 1966), en «Defensa de la continuidad del programa comunista», p. 221 (Textos del P.C.Int. N° 7).

(3) cf por ejemplo: «Mise au point à propos de certains "dépassés du programme communiste"», «Programme Communiste» n° 67 (julio-agosto-septiembre)

(4) Este defecto caracteriza a los florentinos místicos de «Il partito comunista» los cuales hablan del «silencio protector» del anonimato. Este anonimato es utilizado por ellos para apropiarse de los textos del partido con el fin de afirmar una continuidad ficticia de su organización con estos.

Es así como dan, sin indicación de su origen, una citación del artículo escrito (anónimamente) por Bordiga («El Battilocchio ...») presentándolo así: «A tal propósito (la utilización del nombre de Lenin, ndr), nosotros (sic!) tenemos el coraje de escribir:». El coraje político de esta gente consiste esencialmente en confundir las cartas, a protegerse bajo el silencio. En su artículo sobre la Fundación Bordiga, escribe para criticar «Il Programma

Comunista», este grupo no es designado sino bajo una obscura alusión («*miserables restos del 'bordiguismo', que no tienen nada que ver con nuestro movimiento desde hace decenios y que concluyen así de forma 'coherentes con su viraje'*» Cf «*Embaumeurs*», «Il Partito Comunista» n°277 (julio-agosto 2000). Ampliar el tema sería explicar un poco a sus lectores de dónde viene este grupo, cuál es el «viraje», y por supuesto

también cuáles son los orígenes de «Il Partito», cuáles fueron las causas políticas y programáticas de la ruptura de 1972 que condujo al nacimiento de su «movimiento». Treinta años después prefieren todavía el silencio protector a la crítica y a la lucha política abiertas.

(5) cf «Il programma Comunista» n° 6-7, junio-julio 1996.

(6) «En défense du programme communiste», «Le Prolétaire» n° 384 (octubre-diciembre 1985).

SUMARIOS DE «EL PROGRAMA COMUNISTA» Órgano del partido comunista internacional

No 1 - Julio 1972

- Programa del Partido Comunista Internacional. - «Pacto por la libertad» = traición al proletariado. - Vietnam.

No 2 - Septiembre 1972

- Resumen histórico del movimiento comunista. - Marxismo y cuestión sindical. (1) - ¿«Unidad de las fuerzas socialistas»? ¡Lucha revolucionaria del proletariado!

No 3 - Nov.- Diciembre 1972

- Restauración de la doctrina. (1) - Marxismo y cuestión sindical (2) - Consideraciones no «situacionistas» sobre la situación española.

No 4 - Enero - Febrero 1973

- Restauración de la doctrina (2) - La huelga de Vigo.

No 5 - Marzo- Abril 1973

- Restauración de la doctrina (Final). - *Las enseñanzas de la Comune de Paris* (Trotsky). - El VIII Congreso oportunista.

No 6 - Abril 1973 (ed. especial)

- La tragedia del proletariado alemán después de la primera guerra mundial (1).

No 7 - Mayo- Junio 1973

- Primero de mayo rojo - Utopía y cretinismo. - La verdad tras el mito del Vietnam (1).

No 8 - Junio 1973 (ed. especial)

- La tragedia del proletariado alemán... (Final)

No 9 - Julio - Agosto

- Qué fue en realidad el «Frente Popular» (1). - La verdad tras el mito del Vietnam (Final).

No 10 - Sept.- Octubre 1973

- Qué fue en realidad el «Frente Popular» (Final). - *Dictadura proletaria y partido de clase.*

No 11 - Nov.- Dic. 1973

- Sin revolución violenta, ninguna clase puede vencer; ni conservar el poder sin dictadura y terror. - Invarianza del oportunismo. - Desde Alemania: Sindicatos «civiles» y huelgas «salvajes» -

No 12 - Enero - Febrero 1974

- Lenin no es el símbolo de la casualidad práctica del oportunismo, sino de la férrea unidad de la fuerza y de la teoría de la revolución. - Exigencia primaria del partido - Los fines de los comunistas - La emigración en Suiza y la función del oportunismo.

No 13 - Marzo - Abril 1974

- Por la lucha contra el capital y contra su principal baluarte, el oportunismo. - Marxismo y clases medias. -

Crisis monetarias y «especulación». - ¡Que vuelva a «exportarse» la revolución! - Un nuevo asesinato de la burguesía.

No 14 - Mayo - Julio 1974

- Marxismo y clases medias (Final). - *El Marxismo y los intelectuales* (Hilo del tiempo de 1949).

No 15 - Agosto - Octubre 1974

- Crisis y Revolución. - Los errores que cometeréis siempre. - Las «lecciones» del MIR. - *La daga y Viernes* (Hilo del tiempo de 1950).

No 16 - Enero 1975

- La parábola del laborismo. - *La única vía de emancipación del proletariado es la de la insurrección, de la destrucción del estado burgués y de la dictadura* (1921).

No 17 - Mayo 1975

- ¡A muerte el viejo y el nuevo contrato social! - *La cuestión agraria* (1947).. - El curso del imperialismo mundial. - Argentina: Represión burguesa y claudicación del oportunismo. - Introducción al Hilo del tiempo «La daga y Viernes».

No 18 - Septiembre de 1975

- Una vez más sobre crisis y revolución. - Portugal: de la revolución floreada a la austeridad. - Cuestiones de doctrina y de táctica revolucionarias: Introducción; Partido abierto y partido cerrado; El frente único - En la continuidad del hilo histórico: Acerca de las relaciones del partido comunista con los otros partidos y corrientes políticas.

No 19 - Enero de 1976

- El mito de la dualidad de poder en Portugal. - *El marxismo y la cuestión rusa* (1957). - El Curso del imperialismo mundial (1). - Al margen del 55° aniversario del *LLamamiento a la clase obrera de ambas Americas* del Comité Ejecutivo del la III Internacional.

No 20 - Mayo de 1976

- 1926-1976: Del socialismo en un solo país a la democracia en todos. - El curso del imperialismo mundial (2). - Lucha revolucionaria, partido y militancia comunista. - La función histórica de la democracia en España.

No 21 - Septiembre de 1976

- España, Italia, Portugal: El posestalinismo latino, honra del estalinismo internacional. - *Las Tesis de la Izquierda*: Introducción; *El asalto de la duda revisionista a los fundamentos de la teoría revolucionaria marxista*; *El ciclo histórico de la economía capitalista*; *El ciclo histórico de la dominación política de la burguesía*. - Al

margen del X° plan quinquenal: el mito de la «planificación socialista» en Rusia. - Acerca de la Conferencia de los Partidos Comunistas de América Latina y del Caribe: Las vías que llevan a las cloacas de la historia. - Lo que distingue a nuestro partido.

No 22 - diciembre de 1976

- Desde el Líbano a la R. Sudafricana pasando por Europa: las consecuencias extremas y devastadoras de la contrarrevolución estaliniana. - *Las Tesis de la Izquierda: Introducción; El curso histórico del movimiento de clase del proletariado; Guerras y crisis oportunistas. - Propiedad y Capital.* - Elementos de crítica política y de apreciación histórica de la Junta de Coordinación Revolucionaria Latinoamericana.

No 23 - Marzo-Mayo de 1977

- La revolución burguesa china ya tuvo lugar; la revolución proletaria en China queda aún por hacer. - *Comunismo, democracia y fascismo: Introducción; La función de la socialdemocracia en Italia; Las vías que conducen al «noskismo»; Roma y Moscú.* - Curso del imperialismo mundial (3). - La cuestión de las nacionalidades en España (1). - Verdad y mentira en la Constitución cubana.

No 24 - Junio de 1977

- En la memoria de los millares de proletarios ferozmente asesinados en Shanghai el 13 abril de 1927 y en los meses sucesivos en toda China. - *En defensa de la continuidad del programa comunista (1): Introducción; Tesis de la Fracción Comunista Abstencionista del Partido Socialista Italiano (1920).* - Factores económicos y sociales de la revolución en América latina (1). - España: la democracia blindada. - Notas internacionales: La situación en Italia; Las oposiciones en los países «socialistas»; La normalización burguesa en Angola.

No 25 - Octubre de 1977

- Otro paso adelante en el camino de la confesión de la naturaleza capitalista de la URSS: la nueva Constitución soviética. - *Marxismo y cuestión sindical: Introducción; En la continuidad histórica del marxismo; Tesis sindicales.* - Factores económicos y sociales de la revolución en América latina (2). - Vicisitudes de la Italia de la posguerra.

No 26 - Febrero de 1978

- El imperio de los grandes Estados capitalistas agitado por incurables antagonismos. - *En defensa de la continuidad del programa comunista (2): Introducción; Tesis sobre la táctica del Partido Comunista de Italia (Tesis de Roma - 1922).* - La cuestión de las nacionalidades en España (2). - A la memoria de Ernesto «Che» Guevara. - Nota de lectura: «Debate sobre los consejos de fábrica».

No 27-28 - Junio de 1978

- La evolución de las relaciones interimperialistas desde la última guerra. - Cuestión femenina y lucha de clase. - Las proezas del marxismo universitario: A propósito de las obras de Baran y de Sweezy. - *El «pensamiento de Mao»:* expresión de la revolución democrática-burguesa en China y de la contrarrevolución antiproletaria mundial (1). - Acerca de la revolución en América latina. - *El programa del Partido.*

No 29 - Diciembre de 1978

- Nuestro «saludo» a la nueva Constitución española. - *En la defensa de la continuidad del programa comunista (3): Introducción; La táctica de la Internacional Comunista en el proyecto de Tesis presentado por el PC de Italia al IV Congreso mundial (Moscú - Noviembre de 1922).* - *El «pensamiento de Mao»:* expresión de la revolución democrática-burguesa en China y de la contrarrevolución antiproletaria mundial (2). - El proletariado chicano, un potencial revolucionario que hay que defender.

No 30 - Marzo de 1979

- La defensa del marxismo es la defensa del arma de la revolución proletaria. - El terrorismo y el difícil camino de la reanudación general de la lucha de clase (1). - Curso del imperialismo mundial: la ofensiva del capital contra la clase obrera. - *El «pensamiento de Mao»:* expresión de la revolución democrática-burguesa en China y de la contrarrevolución antiproletaria mundial (3). - En Irán, revolución a la cosaca. - Nota de lectura: No sólo el estalinismo tiene su «escuela de falsificación».

No 31 - Junio de 1979

- De España a América latina: la democratización despliega su papel contrarrevolucionario. - Sobre la vía del partido «compacto y potente» de mañana. - *Siguiendo el hilo del tiempo: El proletariado y la guerra (1): Socialismo y nación; Guerra y revolución; Guerra imperialista y revolucionaria.* - Nota: ¿Socialismo o producción individual?

No 32 - Octubre de 1979

- Hace 60 años nació la Internacional Comunista. - *Siguiendo el hilo del tiempo: El proletariado y la guerra (2): La guerra revolucionaria proletaria; La novela de la guerra santa; Estado proletario y guerra.* - *La cuestión agraria. Elementos marxistas del problema (1).* - Marxismo y subdesarrollo. - Nota de lectura: La Internacional Comunista y la revolución china de 1927.

No 33 - Enero de 1980

- ¡Acuérdate de las dos guerras imperialistas! - *Siguiendo el hilo del tiempo: Introducción. La «invariancia» histórica del marxismo; Teoría y acción; El programa revolucionario inmediato; Las revoluciones múltiples; La revolución anticapitalista occidental.* - *La cuestión agraria. Elementos marxistas del problema (2).* - El volcán del Medio Oriente: El largo calvario de la transformación de los campesinos palestinos en proletarios. - Nota de lectura: ETA, o la imposible amalgama de nacionalismo y comunismo.

No 34-35 - Abril de 1980

- La era de las guerras y de las revoluciones. - *En defensa de la continuidad del programa comunista (4): Introducción. Proyecto de tesis presentado por la Izquierda al III Congreso del Partido Comunista de Italia - Lyon 1926.* - Una exigencia fundamental para el movimiento obrero: liquidar la dependencia colonial del Ulster respecto a Gran Bretaña. - Nota: Marcuse, profeta de los buenos viejos tiempos.

No 36 - Octubre de 1980

- Asociacionismo obrero, frente proletario de lucha y partido, hoy. - *El marxismo y la cuestión nacional y colonial: Las revoluciones múltiples (1953); Presión «racial» del campesinado, presión de clase de los pueblos de color (1953); Factores de raza y de nación en la teoría marxista (1953): Introducción; La lucha de clases y de Estados en los pueblos de color, campo histórico vital para la crítica revolucionaria marxista (1958); La Cuestión nacional y colonial (1958); El ardiente despertar de los «pueblos de color» en la visión marxista (1960).* - *Lecciones de las contrarrevoluciones (1).* - Nota de lectura: Pierre Frank manipula la historia.

No 37 - Enero de 1981

- Polonia: necesidad de la organización, necesidad del partido. - El cierre de la fase revolucionaria burguesa en el «Tercer mundo». - *El programa revolucionario de la sociedad comunista elimina toda forma de propiedad de la tierra, de las instalaciones de producción y de los productos del trabajo.* - *Lecciones de las contrarrevoluciones (2).*

No 38 - Mayo de 1981

- Polonia, punto neurálgico del orden imperialista mun-

dial. - *Las perspectivas de la posguerra en relación con la plataforma del Partido.* - El viraje de los Frentes Populares o la capitulación del stalinismo ante el orden establecido (1934-1938) (1). - Trotsky, la Fracción de izquierda del PC de Italia y las «consignas democráticas».

No 39 - Septiembre de 1981 - Manifiesto del Partido Comunista Internacional:

- De la crisis de la sociedad burguesa a la revolución comunista mundial.

No 40 - Enero de 1982

- Tras los acontecimientos polacos: ¿en qué punto está la reanudación internacional de la lucha de clase? - *En defensa de la continuidad del programa comunista (5): Introducción. Naturaleza, función y táctica del partido revolucionario de la clase obrera* (1945). - El viraje de los Frentes Populares o la capitulación del estalinismo ante el orden establecido (1934-1938) (2). - Los comunistas y las luchas obreras. «¿Qué hacer?» ayer y hoy.

No 41 - Noviembre de 1990

- Programa comunista reanuda su publicación. - Imperialismo, chauvinismo, antimperialismo de clase. - La reconquista del patrimonio teórico y político de la Izquierda comunista pasa también con la reapropiación de la praxis del partido correcto. - *¿Qué significa hacer el balance de las crisis del partido? (1).* - Lo que distingue a nuestro partido. - El programa del partido comunista internacional.

No 42 - Septiembre de 1992

- En el este: Detrás la omnipresente reivindicación de la democracia, madura a pesar de todo la reanudación de la lucha proletaria de clase - *Siguiendo el hilo del tiempo: Iglesia y fe, individuo y razón, clase y teoría* - ¿Qué significa hacer el balance de las crisis del partido? (segunda parte) - Una nueva publicación del partido en francés: «Bilan d'une révolution»

No 43 - Diciembre de 1995

- La burguesía ha celebrado la «Liberación» y el fin de la guerra mundial - El capitalismo soviético en crisis (1) - *Siguiendo el hilo del tiempo: ¿Para poner los puntos sobre las íes!* - A la memoria de un compañero de la vieja guardia: Riccardo Salvador.

No 44 - Mayo de 2001

¡A los proletarios de hoy! ¡A los camaradas de mañana! - La guerra imperialista en el ciclo burgués y en el análisis marxista (1) - Siguiendo el hilo del tiempo: Brújulas locas - En defensa de la continuidad del programa comunista (6): Tesis características del partido (1951) - El capitalismo soviético en crisis (Fin) - Volante: ¡No a la intervención imperialista en Yougoslavia! ¡Abajo todos los nacionalismos y todas las opresiones burguesas! - Volante: Repuesta a «Rouge», a «Le Monde», a «Le Figaro», a «Liberation», etc. Auschwitz o la gran coartada: lo que nosotros negamos y lo que nosotros afirmamos.

En las «Ediciones Programme»

EN FRANCÉS:

Revista teórica « Programme communiste »

- Numéros 1 à 50 (disponibles uniquement en photocopies) 2 à 3€ le numéro
- Numéros 51 à 57 2€
- Numéro 58 (112 pages) 4€
- Numéros 59 à 88 2€
- Numéro 89 3€
- Numéros 90 à 97 4€
- Numéros 98 8€

Série «Les textes du Parti Communiste International»

- 1. Communisme et fascisme (Nouvelle édition, 2001) 8€
- 2. Parti et classe 5€
- 3. Les Fondements du communisme révolutionnaire. 3€
- 4. Eléments d'orientation marxiste agotado
- 5. «La Maladie infantile», condamnation des futurs renégats (sur la brochure de Lénine «La maladie infantile du communisme») 3€
- 6. Force, violence, dictature dans la lutte de classe agotado
- 7. Défense de la continuité du programme communiste (224 pages dans lesquelles sont reproduits les textes fondamentaux de notre courant publiés de 1920 à nos jours) 9€
- 8. Dialogue avec Staline (réfutation des théories stalinienne sur le socialisme en URSS) 6€
- 9. Bilan d'une Révolution (192 pages sur la

- question russe) 10€
- 10. Elements de l'économie marxiste 10€
- Opuscules «le prolétaire»**
- 5. Question féminine et lutte de classe (1977) 1€
- 6. Socialisme prolétarien contre socialisme petit-bourgeois (1980) 1€
- 7. La grève des nettoyeurs du métro (leçons et bilan) (1977) 1€
- 8. Violence, terrorisme et lutte de classe (1977) 1€
- 9. Elections et gouvernement de gauche, mystifications bourgeoises (1977) 1€
- 10. Postiers en lutte (grève de 78 à Créteil et dans les centres de tri) (1978) 1€
- 11. Auschwitz ou le grand alibi (1960) 1€
- 12. Solidarité prolétarienne contre le contrôle de l'immigration (1980) agotado
- 13. Le marxisme et l'Iran (1980) 1€
- 14. Foyers de travailleurs immigrés: enseignements de 6 ans de lutte (1981) 1€
- 15. Contre la farce électorale, pour la lutte de classe, pour la révolution (1981) 1€
- 16. Pour des revendications et des méthodes de classe (Orientation pratique d'action syndicale) (1981) 1€
- 17. De la crise de la société bourgeoise à la révolution communiste mondiale (Manifeste du P.C. International - 1981) 1,5€
- 18. Vive la lutte des ouvriers polonais! (1982) 1€
- 19. La question parlementaire dans l'Internationale Communiste 2€
- 21. Lénine sur le chemin de la révolution (Texte de 1924, discours après la mort

- de Lénine) 1,5€
- 22. Marxisme et science bourgeoise 1,5€
- 23. Yougoslavie. L'opposition réelle aux interventions militaires et aux actes de guerre réside dans la lutte révolutionnaire du prolétariat et dans sa réorganisation classiste et internationaliste contre toute forme d'oppression bourgeoise et de nationalisme. (1999) 1,5€
- 24. Mai-Juin 68: Nécessité du parti politique de classe 1,5€
- 25. Fascisme, antifascisme et lutte prolétarienne / Italie 1921-1924 (Mai 2001) 1,5€
- 26. A propos de la polémique sur notre texte «Auschwitz ou le grand alibi»: Ce que nous nions et ce que nous affirmons (mai 2001) 1,5€
- 27. Algérie: Seule la lutte de classe prolétarienne pourra mettre fin à la misère et à l'exploitation en abattant le capitalisme et l'Etat bourgeois! (oct. 2001) 1,5€
- 28. Swissair. De la faillite du fleuron suisse à la défaite sans combat des travailleurs. Quel bilan tirer? (Janv. 2002) 1,5€
- 29. Le Courant Communiste International: à contre-courant du marxisme et de la lutte de classe (Déc. 2001) 2€
- 30. Le marxisme et la question palestinienne 4€
- Suplementos al «le prolétaire»**
- Mouvements revendicatifs et socialisme 0,5€
- Révolution et contre-révolution en Russie 1€
- L'antifascisme démocratique un mot

d'ordre anti-prolétarien (1995 - Texte de 1972) 1€

• Algérie: Les enseignements du «Mouvement de Printemps» (1981) 1€

Serie «Les cahiers d'el-Oumami»

1. Le syndicalisme en Algérie (1919-1979) 2€

2. La situation politique en Algérie et les tâches des révolutionnaires (1981) 1€

3. Critique de la théorie de la «Révolution nationale-démocratique de type nouveau» (1982) 2€

EN ITALIANO:

• Storia della Sinistra Comunista: vol. I (1912-1919) agotato

vol. I bis (racolta di scritti 1912-1919) 10€

vol. II (1919-1920) 18€

vol. III (1920-1921) agotato

• Struttura economica e sociale della Russia d'oggi 20€

I testi del partito comunista internazionale

1. Tracciato d'impostazione. I fondamenti del comunismo rivoluzionario 5€

2. In difesa della continuità del programma comunista (disponibile ora solo in fotocopia) 9€

4. Partito e classe 5€

5. «L'estremismo, malattia infantile del comunismo», condanna dei futuri rinnegati 5€

6. Per l'organica sistemazione dei principi comunisti (disponibile ora solo in fotocopia) 9€

7. Lezioni delle controrivoluzioni 5€

Quaderni del Programma Comunista

• Il mito della pianificazione socialista in Russia (1976) 4€

• Il «rilancio dei consumi sociali» ovvero l'elisir di lunga vita dei dottori dell'opportunismo. Armamenti: un settore che non andrà mai in crisi (1977) 6€

• Il proletariato e la guerra (1978) 6€

• La crisi del 1926 nel partito russo e nell'Internazionale (1980) 8€

Reprint « il comunista »

• Marxismo e scienza borghese 3,5€

• La lotta di classe dei popoli non bianchi 3,5€

• La successione delle forme di riduzione nella teoria marxista 5,5€

• Trotsky: Insegnamenti dell'Ottobre. Insegnamenti della Comune 5,5€

• Bordiga: La funzione storica delle classi medie e dell'intelligenza (1925) 3,5€

• Abaco della economia marxista 3,5€

• Lotta di classe e questione femminile 5,5€

• La teoria marxista della moneta 3,5€

• Il proletariato e la seconda guerra mondiale 3,5€

• Antimilitarismo di classe e guerra 4,5€

• Sulla lotta immediata e gli organismi proletari indipendenti 4,5€

• P.C. d'Italia, sezione dell'Internazionale

comunista: Relazione del Comitato Centrale al 2° Congresso Nazionale, Roma 20-24 marzo 1922. 5,5€

• Auschwitz, o il grande alibi 3,5€

Otros opúsculos

• Il terrorismo e il tormentato cammino della ripresa generale della lotta di classe 1,5€

• La lotta di classe ridivampa in Europa col poderoso moto proletario polacco (1980) 1,5€

• Il marxismo e l'Iran (1980) 1,5€

• Dalla crisi della società borghese alla rivoluzione comunista mondiale (Il manifesto del P.C. Internazionale, 1981) 2€

• Punti di orientamento e direttive pratiche di azione sindacale 1,5€

• Avanti verso la rivoluzione comunista mondiale (1981) 1,5€

• Non pacifismo, antimilitarismo di classe! 1,5€

• Punti base di adesione per l'organizzazione, 1952 1,5€

• Chi siamo e che cosa vogliamo (1969) 2€

• Punti di azione sindacale (1972) 2€

• Solidarietà di classe col proletariato cileno (1974) 2€

• Neofascismo, opportunismo e comunismo rivoluzionario (1974) 2€

• Fascismo e antifascismo, strumenti gemelli del rafforzamento dell'ordine costituito (1975) 1,5€

• Il Portogallo dopo il 25 Aprile (1975) 2€

• Elezioni e proletariato (1975) 1,5€

• Dopo le elezioni: cos'è cambiato per i proletari? (1975) 1,5€

• Orientamenti pratici di azione sindacale (1975) 1,5€

• Il programma comunista del movimento dei soldati (1975) 1,5€

• Chimici e contratti (1975) 2€

• Lotte dei ferrovieri e pubblico impiego (a proposito di «corporativismo» e lotta di classe) (1975) 1,5€

• Risposta di classe al riformismo nella scuola (sui decreti delegati) (1975) 2€

• Innocenti: lotta contro i licenziamenti e risposta di classe organizzata (1975) 1,5€

• A caccia di «governi operai» si smarrisce la via della rivoluzione proletaria (1976) 1,5€

• Le ragioni del nostro astensionismo (1976) 2€

• Dove conduce la via parlamentare? (1976) 1,5€

• La scheda elettorale non è l'arma del proletariato (1976) 1,5€

• Elezioni e proletariato (1976) 1,5€

• Il proletariato nella IIa guerra mondiale e nella «resistenza» antifascista (1976) 3€

• Gli investimenti, false risorse dell'opportunismo sindacale (1976) 2€

• Cronologia, Bibliografia, Indice del lavoro

di partito 1951-1975 (1976) 2€

• Distingue il nostro partito (1977) 2€

• Analisi della ideologia delle BR: dallo spontaneismo al terrorismo (1978) 2€

• Dalla fondazione del PCd'I alla questione del Partito oggi (1978) 2€

• All'insegna di obiettivi e metodi di classe, gli ospedalieri hanno rotto la pace sociale (1978) 1€

• Per la costituzione di una vera opposizione di classe nelle lotte proletarie immediate (1979) 1€

• Iran: quale rivoluzione? (1979) 1,5€

• No al lavoro nero! (1980) 1,5€

• Lottiamo uniti per la casa (1980) 1€

• Droga: un disperato tentativo di evadere dalla realtà capitalistica (1980) 2€

• E' la società borghese che produce emarginazione (1981) 1,5€

• Difesa proletaria e repressione (1981) 1€

• La casa è un diritto che si difende con la forza (1981) 1€

• Contro la preparazione della guerra imperialista, preparare la rivoluzione proletaria (1981) 1€

• Chi ha paura della scala mobile? (1982) 1€

• Il nemico delle masse sfruttate palestinesi è anche il nostro nemico (1982) 1,5€

• Elezioni?... No grazie! (1983) 1,5€

• Una prospettiva per le lotte dei disoccupati (1983) 1,5€

• Chi ci guadagna con la mafia? (1983) 1,5€

• Carlo Marx, teorizzatore e formidabile combattente della rivoluzione proletaria e del comunismo (1983) 1,5€

• Sui movimenti di lotta del napoletano (dal 1995 al 2002) - (Giugno 2003) 4€

EN INGLÉS:

• The fundamentals of Revolutionary Communism 5€

• Party and Class 5€

• Communist Program (Organ of the International Communist party) Ns 1 to 7 3€

• The Party's Programme 1,5€

• The Proletarian (Nr.1) (February 2002) 1€

EN ESPAÑOL:

1. Los fundamentos del comunismo revolucionario 4€

2. Fuerza, violencia, dictadura en la lucha de clase 4€

3. Partido y clase (agotado)

El Programa Comunista

• n° 1 à 38, n° 40 2€

• n° 39 (Manifiesto del P.C.I.: De la crisis de la sociedad burguesa a la revolución comunista mundial) 4€

• n° 41, 42, 43, 44 3€

• n° 45 4€

• La epopeya del proletariado boliviano (la lucha de clase en Bolivia hasta

1981)	1,5€
EN ALEMÁN :	
1. Die Frage der revolutionären Partei	3€
2. Revolution und Konterrevolution in Russland	3€
3. Der Kampf gegen den alten und heutigen Revisionismus	2€
4. Die Grundlagen des revolutionären Kommunismus	3€
5. Was heisst, den Marxismus zu verteidigen?	4€
6. Gewalt und Diktatur im Klassenkampf	3€
Kommunistisches Programm (Theoretische Zeitschrift der IKP, bis Nummer 28)	3€
Broschüren	
• Ausschwitz oder das grosse alibi	1€
• Klassensolidarität mit dem Chilenischen proletariat (1975)	4€
• Portugal: Rausch und Katzenjammer einer Scheinrevolution (1976)	5€
EN ARABE :	
• Pour le parti ouvrier indépendant	1€
• Thèses caractéristiques du parti	2€
• Les communistes et la question de la liberté politique	1,5€
• Manifeste du P.C. International	2€
• Ce qui distingue notre parti	0,5€
EN PORTUGUÉS :	
1. Teses características do partido	1,5€
2. Lições das contra-revoluções	1,5€
3. Os fundamentos do comunismo revolucionario	1,5€
• As lutas de classe em Portugal de 25 de Abril a 25 de Novembro	1,5€
EN TURCO :	
• Karl Marx Friedrich Engels: Komünist partisi manifestosu	1,5€
• Rusya'da devrim ve karsi-devrim	1€
• Bulletin Enternationalist Proleter (3 nos parus, 19 - 1983)	1€

EN HOLANDÉS :

• Het democratisch principe 1€

EN POLONAIS

• W Polsce tak samo walka klasy robotniczej 1,5€

EN PERSA :

• Retour au programme communiste révolutionnaire. Ce qu'est et ce que veut le PCInt. 1,5€

• Les fedayins et la question de l'Etat 1€

EN GRIEGO :

• Parti et classe 3€

EN DANÉS / SUECO :

1. Marxismens grundtraek-Partiets karakteristike tesar 3€

2. Vad är och vad vill det Internationella Kommunistiska Partiet 3€

OTROSTEXTOSEN LA BIBLIOTECA DELA IZQUIERDA COMUNISTA

En italiano :

• Amadeo Bordiga: Economia marxista ed economia controrivoluzionaria (263 p.) - Ed. Iskra 12€

• Amadeo Bordiga: I fattori di razza e nazione nella teoria marxista (175 p.) - Ed. Iskra 10€

• A. Bordiga: Drammi gialli e sinistri della moderna decadenza sociale - Ed. Iskra 10€

• Amadeo Bordiga: Imprese economiche di pantalone (153 p.) - Ed. Iskra 12€

• Amadeo Bordiga: Proprietà e capitale (202p.) - Ed. Iskra 12€

• Amadeo Bordiga: Mai la merce sfamerà l'uomo (306 p.) - Ed. Iskra 12€

• A. Bordiga: Dialogato con Stalin - Ed. Sociali 8€

• A. Bordiga: Dialogato coi Morti - Ed. Sociali agotado

• O. Perrone: La tattica del Comintern 1926 - 1940 - Ed. Sociali agotado

• Lettere di Engels sul materialismo storico

(1889/95) (130 p.) - Ed. Iskra 10€

• Plechanov: Contributi alla storia del materialismo (198p.) - Ed. Iskra 10€

• Trotsky, Vujovic, Zinoviev: Scritti e discorsi sulla rivoluzione in Cina 1927 (299p) - Ed. Iskra 12€

• Relazione del P.C. d'Italia al IV congresso dell'Internazionale comunista, nov. 1922 (124 p.) - Ed. Iskra 10€

• William D. Haywood: La storia di Big Bill (L'autobiografia del principale rappresentante degli IWW) (376 p.) - Ed. Iskra 12€

• N. Bucharin-L. Trotsky: Ottobre 1917: Dalla dittatura dell'imperialismo alla dittatura del proletariato 10€

• La sinistra comunista nel camino della Rivoluzione - Ed. Sociali 7€

En français :

• Léon Trotsky: Terrorisme et communisme - Ed. Prométhée 10€

• A. Bordiga: Facteur de race et de nation dans la théorie marxiste - Ed. Prométhée agotado

EN RUSO

• ¿Qué es el partido comunista internacional? N° 1: (En el sumario: - qué es el partido Comunista Internacional - Revolución y contra-revolución en Rusia - crítica de la teoría del Estado obrero degenerado - programa del Partido Comunista Internacional) 3€

• ¿Qué es el partido comunista internacional? N° 2: (En el sumario: - el cambio de dirección del Frente Popular o la capitulación del estalinismo ante el orden establecido (1976) - China: La revolución burguesa china ya tuvo lugar; la revolución proletaria en China queda aún por hacer (1976) - la cuestión de la reanudación de la lucha de clase y las tareas de los comunistas (Reunión de San Donà, de dic. de 1992) 3€

Sumarios «Programme communiste»

Órgano del partido comunista internacional

No 88 (mai 1982)

Après la Pologne, où en est la reprise de classe internationale? / La signification de la tentative avortée d'ouverture démocratique en Pologne / Cronstadt: une tragique nécessité / Le mouvement syndical en France de 1900 à 1908 / Aperçus de la situation au Brésil.

No 89 (mai 1987)

«Programme communiste» reprend sa publication / Nous aurons les lendemains que nous aurons su préparer / Rapport du centre international à la Réunion Générale de juillet 1982 / La religion: appui ou obstacle à la lutte de classe? (Considérations à propos de la théologie de la libération - prêtres et marxisme - Théologie de la libération

- En marge du synode des évêques)

No 90 (septembre 1988)

Impérialisme, chauvinisme et anti-impérialisme de classe / La guerre impérialiste dans le cycle bourgeois et dans l'analyse marxiste (1) / La reconquête du patrimoine théorique et politique de la Gauche communiste passe aussi par la réappropriation de la praxis de parti correcte / Histoire et conditions de la classe ouvrière japonaise dans le second après-guerre.

No 91 (juin 1990)

A l'Est: derrière l'omniprésente revendication de la démocratie, mûrit malgré tout la reprise de la lutte prolétarienne de classe / Cours de l'impérialisme mondial (8) / La

guerre impérialiste dans le cycle bourgeois et dans l'analyse marxiste (2) / Sur le fil du temps; Capitalisme classique et socialisme romantique - L'Ours et son grand roman.

No 92 (novembre 1991)

La guerre du Golfe démontre que les Etats bourgeois sont de plus en plus poussés à résoudre leurs contradictions par la guerre / Le capitalisme soviétique en crise (1) / Points sur la question de la lutte immédiate et des organismes prolétariens indépendants (1) / La guerre impérialiste dans le cycle bourgeois et dans l'analyse marxiste (3).

No 93 (mars 1993)

Marxisme et écolo-socialisme: deux conceptions antagoniques de classes aux intérêts opposés / Histoire de la Gauche Communiste. Vers le Parti Communiste d'Italie, section de l'Internationale Communiste / Vers le parti communiste / Le capitalisme soviétique en crise (2) / Points sur la questions de la lutte immédiates et des organismes indépendants (2) / La portée de la scission de 1952 dans le Partito Comunista Internazionale

No 94 (mai 1995)

Le nouveau désordre mondial. De la guerre froide à la paix froide et, en perspective, vers la troisième guerre mondiale / Histoire de la Gauche Communiste. La naissance du Parti Communiste d'Italie (1) / La question de la reprise de la lutte de classe du prolétariat et les tâches des communistes (Réunion de San Donà - déc. 1992) (1) / Le capitalisme soviétique en crise (Fin) / C'est ainsi qu'est codifié le marxisme agraire / A la mémoire d'un camarade de la vieille garde: Ricardo Salvador / Sur le fil du temps: La batrachomyomachie

No 95 (mai 1997)

Aux prolétaires d'aujourd'hui, Aux combattants de demain / Histoire de la Gauche Communiste. La naissance du Parti Communiste d'Italie (2) / La question de la reprise de la lutte de classe du prolétariat et les tâches des communistes (Réunion de San Donà - déc. 1992) (2) / Sur le fil du temps: Parodie de la praxis / Question kurde: Emancipation populaire ou prolétarienne / Mysticisme florentin / Notes de lecture

No 96 (octobre 1998)

La perspective du communisme trouve dans l'Octobre bolchévique une formidable confirmation. Leçon historique et internationale de la révolution prolétarienne et de la contre-révolution bourgeoise / Les grandes questions historiques de la révolution en Russie. La Russie dans l'histoire mondiale, dans la Grande Révolution et dans la société contemporaine / Repli et déclin de la révolution bolchévique / Annexe. Co-rapport de Zinoviev au XIVe Congrès du P.C.R. (décembre 1925) / Sur le fil du temps: Danse des fantoches: de la conscience à la culture / La question de la reprise de la lutte de classe du prolétariat et les tâches des communistes (Réunion de San Donà - déc. 1992) (fin) / Notes sur les thèses sur les questions d'organisation (1964) / Les trotskystes et la nature de l'URSS. La charlatanerie des Spartacistes / Notes de lecture. Parution du quatrième tome de la Storia della Sinistra Comunista

No 97 (mars 2000)

Le rôle contre-révolutionnaire de l'opportunisme / Propriété et capital (1) - Encadrement dans la doctrine marxiste des phénomènes du monde contemporain / Eléments de l'histoire de la Fraction de Gauche à l'étranger (de 1928 à 1935) (1) / Histoire de la Gauche Communiste. La naissance du Parti Communiste d'Italie (3) / Annexes à l'«Histoire de la Gauche Communiste» - Les abstentionnistes et la fraction communiste: la valeur de la discipline («Il Comunista» n° 3 - 28/11/1920) - L'opportunisme international («Il Comunista» n° 9 - 9/1/1921) - Les unitaires ne sont pas communistes («Il Comunista» n° 7 - 26/12/1920) / Notes de lecture -

«Aufheben» - Marc Laverne et le Courant Communiste International - «(Dis)continuité»

No 98 (mars 2003)

Points de repères marxistes sur l'impérialisme et le terrorisme / Propriété et capital (2) - V La légalité bourgeoise. L'économie capitaliste dans le cadre juridique du droit romain / Histoire de la Gauche Communiste. les premiers pas du Parti Communiste d'Italie / Annexes à l'«Histoire de la Gauche Communiste»: - La fonction de la Social-Démocratie en Italie («Il Comunista» n° 3 - 6/2/1921) - La bataille communiste pour le Congrès de la Confédération du travail («Il Comunista» n° 4 - 10/12/1921) - Le problème du pouvoir («Il Comunista» n° 5 - 13/11/1921) - La marche au pouvoir («Il Comunista» n° 6 - 17/12/1921) - L'usage de la violence («Il Comunista» n° 7 - 24/12/1921) / Eléments de l'histoire de la Fraction de Gauche à l'étranger (de 1928 à 1935) (2) / En défense de l'incendiaire du reichstag. - Van der Lubbe. Les fascistes exécutent. Socialistes et centristes applaudissent («Bilan» n° 3 - Janvier 1934) - Pour les funérailles des victimes du «Diana» («Bilan» n° 3 - Janvier 1934) / Note d'actualité: Réforme des allocations de chômage et réduction du temps de travail: les grandes escroqueries de la bourgeoisie européenne / Notes de lecture: - «Marxist» n°5 (2004) - «L'Internationaliste»

46^e ANNEE
MARS 2003
N° 98

programme
communiste

REVUE THEORIQUE DU PARTI COMMUNISTE INTERNATIONAL

SOMMAIRE

• Points de repère marxistes sur l'impérialisme et le terrorisme	1
• Propriété et capital (2)	
• V. La légalité bourgeoise. L'économie capitaliste dans le cadre juridique du droit romain	8
• Histoire de la Gauche Communiste.	
• Les premiers pas du Parti Communiste d'Italie	20
• Annexes à l'«Histoire de la Gauche Communiste».	
- La fonction de la Social-Démocratie en Italie («Il Comunista» n° 3 - 6/2/1921)	32
- La bataille communiste pour le Congrès de la Confédération du travail («Il Comunista» n° 4 - 10/12/1921)	33
- Le problème du pouvoir («Il Comunista» n° 5 - 13/11/1921)	36
- La marche au pouvoir («Il Comunista» n° 6 - 17/12/1921)	30
- L'usage de la violence («Il Comunista» n° 7 - 24/12/1921)	39
• Eléments de l'histoire de la Fraction de Gauche à l'étranger (de 1928 à 1935) (2)	42
• En défense de l'incendiaire du Reichstag	51
- Van der Lubbe. Les fascistes exécutent. Socialistes et centristes applaudissent («Bilan» n° 3 - Janvier 1934)	53
- Pour les funérailles des victimes du «Diana» («Bilan» n° 3 - Janvier 1934)	57
• Note d'actualité.	
• Réforme des allocations de chômage et réduction du temps de travail: les grandes escroqueries de la bourgeoisie européenne	59
• Notes de lecture	
- «Marxist» n°5 (2004)	68
- «L'Internationaliste»	74

CE QUI DISTINGUE NOTRE PARTI

la revendication de la ligne qu'a eu Mario Liémine, la fondation de l'Internationale Communiste et du Parti Communiste d'Italie (Liémine, 1921); la lutte de la Gauche communiste contre la dégénérescence de l'Internationale, contre la théorie du "socialisme dans un seul pays" et la contre-révolution stalinienne; le refus des Fronts populaires, et des Blocs de la Résistance; la tâche difficile de restauration de la doctrine et de l'organisation révolutionnaires, en liaison avec la classe ouvrière, contre la politique personnelle et électoraliste.

M 2412 - 98 Prix: 8 € / 15 FS / 5 E / 2000 CFA / USA + Cdn US \$ 8 / Amérique latine US \$ 2

A NUESTROS LECTORES :

- LOS TEXTOS AGOTADOS NO ESTÁN DISPONIBLES SINO EN FOTOCOPIA

- NO INCLUIDO LOS GASTOS DE PORTE (Más un 10% del coste económico. consúltenos además, para los envíos por avión)

EL PROGRAMA DEL PARTIDO COMUNISTA INTERNACIONAL

El Partido Comunista Internacional está constituido sobre la base de los principios siguientes establecidos en Liorna con la fundación del Partido Comunista de Italia (Sección de la Internacional Comunista):

1/ En el actual régimen social capitalista se desarrolla una contradicción siempre creciente entre las fuerzas productivas y las relaciones de producción dando lugar a la antítesis de intereses y a la lucha de clases entre el proletariado y la burguesía.

2/ Las actuales relaciones de producción están protegidas por el poder del Estado burgués que, cualquiera que sea la forma del sistema representativo y el uso de la democracia electiva, constituye el órgano para la defensa de los intereses de la clase capitalista.

3/ El proletariado no puede romper ni modificar el sistema de las relaciones capitalistas de producción del que deriva su explotación sin la destrucción violenta del poder burgués.

4/ El partido de clase es el órgano indispensable de la lucha revolucionaria del proletariado. El Partido Comunista, reuniendo en su seno la fracción más avanzada y decidida del proletariado unifica los esfuerzos de las masas trabajadoras encauzándolas de las luchas por intereses parciales y por resultados contingentes a la lucha general por la emancipación revolucionaria del proletariado. El Partido tiene la tarea de difundir en las masas la teoría revolucionaria, de organizar los medios materiales de acción, de dirigir la clase trabajadora en el desarrollo de la lucha de clases asegurando la continuidad histórica y la unidad internacional del movimiento.

5/ Después del derrocamiento del poder capitalista, el proletariado no podrá organizarse en clase dominante más que con la destrucción del viejo aparato estatal y la instauración de su propia dictadura privando de todo derecho y de toda función política a la clase burguesa y a sus individuos mientras sobrevivan socialmente, y basando los órganos del nuevo régimen únicamente sobre la clase productora. El Partido Comunista, cuya característica programática consiste en esta realización fundamental, representa, organiza y dirige unitariamente la dictadura proletaria. La necesaria defensa del Estado proletario contra todas las tentativas contrarrevolucionarias sólo podrá ser asegurada privando a la burguesía y a los partidos hostiles a la dictadura proletaria de todo medio de agitación y de propaganda política, y con la organización armada del proletariado para rechazar los ataques internos y externos.

6/ Sólo la fuerza del Estado proletario podrá ejecutar sistemáticamente las sucesivas medidas de intervención en las relaciones de la economía social, con las que se efectuará la sustitución del sistema capitalista por la gestión colectiva de la producción y de la distribución.

7/ Como resultado, de esta transformación económica y de las consiguientes transformaciones de todas las actividades de la vida social, irá eliminándose la necesidad del Estado político, cuyo engranaje se reducirá progresivamente al de la administración racional de las actividades humanas.

* * *

La posición del partido frente a la situación del mundo capitalista y del movimiento obrero después de la segunda guerra mundial se basa sobre los puntos siguientes:

8/ En el curso de la primera mitad del siglo XX, el sistema social capitalista ha ido desarrollándose en el terreno económico con la introducción de los sindicatos patronales con fines monopolísticos y las tentativas de controlar y dirigir la producción y los intercambios según planes centrales, hasta la gestión

estatal de sectores enteros de la producción; en el terreno político con el aumento del potencial policial y militar del Estado y con el totalitarismo gubernamental. Todos estos no son nuevos tipos de organización con carácter de transición entre capitalismo y socialismo ni menos aún un retorno a regímenes políticos preburgueses; al contrario, son formas precisas de gestión aún más directa y exclusiva del poder y del Estado por parte de las fuerzas más desarrolladas del capital.

Este proceso excluye las interpretaciones pacifistas, evolucionistas y progresivas del devenir del régimen burgués y confirma la previsión de la destrucción y de la disposición antagónica de las fuerzas de clase. Para que las energías revolucionarias del proletariado puedan reforzarse y concentrarse con potencial correspondiente a las fuerzas acrecentadas del enemigo de clase, el proletariado no debe reconocer como reivindicación suya ni como medio de agitación el retorno ilusorio al liberalismo democrático y la exigencia de garantías legales, y debe liquidar históricamente el método de las alianzas con fines transitorios del partido revolucionario de clase tanto con partidos burgueses y de clase media como con partidos pseudo-obreros y reformistas.

9/ Las guerras imperialistas mundiales demuestran que la crisis de disgregación del capitalismo es inevitable debido a que ha entrado en el período decisivo en que su expansión no exalta más el incremento de las fuerzas productivas, sino que condiciona su acumulación a una destrucción repetida y creciente. Estas guerras han acarreado crisis profundas y repetidas en la organización mundial de los trabajadores, habiendo las clases dominantes podido imponerles la solidaridad nacional y militar con uno u otro de los bandos beligerantes. La única alternativa histórica que se debe oponer a esta situación es volver a encender la lucha de clases al interior hasta llegar a la guerra civil en que las masas trabajadoras derroquen el poder de todos los estados burgueses y de todas las coaliciones mundiales, con la reconstitución del partido comunista internacional como fuerza autónoma frente a los poderes políticos y militares organizados.

10/ El estado proletario, en cuanto su aparato es un medio y un arma de lucha en un período histórico de transición, no extrae su fuerza organizativa de cánones constitucionales y de esquemas representativos. El máximo ejemplo histórico de su organización ha sido hasta hoy el de los Consejos de trabajadores que aparecieron en la Revolución Rusa de octubre de 1917, en el período de la organización armada de la clase obrera bajo la única guía del Partido Bolchevique, de la conquista totalitaria del poder, de la disolución de la Asamblea Constituyente, de la lucha para rechazar los ataques exteriores de los gobiernos burgueses y para aplastar en el interior la rebelión de las clases derrocadas, de las clases medias y pequeño-burguesas, y de los partidos oportunistas, aliados infalibles de la contrarrevolución en sus fases decisivas.

11/ La defensa del régimen proletario contra los peligros de degeneración presentes en los posibles fracasos y repliegues de la obra de transformación económica y social, cuya realización integral no es concebible dentro de los límites de un solo país, no puede ser asegurada más que por la dictadura proletaria con la lucha unitaria internacional del proletariado de cada país contra la propia burguesía y su aparato estatal y militar, lucha sin tregua en cualquier situación de paz o de guerra, y mediante el control político y programático del Partido comunista mundial sobre los aparatos de los estados en que la clase obrera ha conquistado el poder.

